



**UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE
MÉXICO**

FACULTAD DE CIENCIAS POLÍTICAS Y SOCIALES

**EFFECTO DE LA MIGRACIÓN Y DE LOS MEDIA SOBRE
LAS CULTURAS TRADICIONALES DEL VALLE DE
ATLIXCO, PUEBLA**

PLANTEAMIENTO TEÓRICO - METODOLÓGICO
1ª Parte

Dr. Gilberto Giménez Montiel

Director

**TESIS QUE PARA OBTENER EL GRADO DE DOCTORA EN
SOCIOLOGÍA PRESENTA**

Mtra. Mónica Gendreau Maurer

México, D.F., 2003

EFFECTO DE LA MIGRACIÓN Y LOS MEDIA SOBRE LAS CULTURAS TRADICIONALES DEL VALLE DE ATLIXCO, PUEBLA

Mónica Gendreau Maurer

Se parte de una revisión histórico documental para definir la región de estudio: El Valle de Atlixco, estado de Puebla. Se trata de una región de cultura rural-tradicional atravesada por la globalización a través de dos procesos: la migración internacional (más del 60% de las familias cuentan con al menos un migrante) y la irrupción de los media en todas las familias. Sustentada en una discusión teórica se elaboran hipótesis en torno a la profundidad y dirección del cambio sociocultural (identitario) en la región a consecuencia de estos dos fenómenos. La investigación implicó una aproximación multimetódica (entrevista por cuestionario en la región, entrevistas a profundidad y estudio monográfico en dos comunidades) y un análisis multivariado. Los principales resultados son: 1. El núcleo de la identidad socioterritorial (local) lo constituyen la familia biológica y simbólica (compadres), el territorio (definido como “tierra”) y la comunidad (expresada en la importancia de la fiesta patronal y el sistema de cargos). 2. Se mostró la irrelevancia de los media en la definición de la identidad tradicional. 3. En la región el efecto de la migración es fundamentalmente reintegrativo, es decir, los migrantes están siempre presentes por diversas vías (comunicación, retornos, envíos de remesas) lo que fortalece su sentido identitario comunitario y la posibilidad de conformación de una comunidad “transnacional”. Sólo en algunas comunidades marginales que carecen de viabilidad económica, la migración tiene un efecto de “drenaje humano”, denominado migración desintegrativa.

MIGRATION AND MEDIA EFFECTS ON TRADITIONAL CULTURES OF THE VALLEY OF ATLIXCO, PUEBLA

Mónica Gendreau Maurer

The Valley of Atlixco, in the state of Puebla, was defined as the region of study through historical research. It was characterized as a valley with a traditional

peasant culture placed across globalization through several processes amongst them: international migration (more than 60% of families have at least one migrant) and new technologies of communication (cable TV, cellular phone, CD recorder, etc.).

Departing from a theoretical discussion to support some hypothesis concerning the deepness and direction of socio-cultural change (regional identity) in the region as consequence of these two processes.

Through a multi-method research (regional survey, monographic description of two communities and in-deep interviews) and multi-variable analysis we have defined some socio-demographic traits and the dimensions of the socio-territorial identity on its relations with migration and new technologies of communication. The main findings are: there is no relationship between media and the construction of traditional identity. 2. The traditional identity nucleus are: the family, biologic and symbolic (V Gr. godfathers, godmothers), the territory (defined as "their land") and their community (reinforced by the participation in traditional festivities of the patron saint). 3. In this region the prevalent effect of migration is a re-integrative one. It means, migrants are always present through diverse means (weekly communication, the sending of money for family support or community improving, etc.). which strengthens their sense of community identity. Only in some border localities, where there is no economic viability, we found a disintegrative migration, which means a slow human "drainage".

A Ramón,
José Ramón, Mauricio y José Antonio,
Por compartir conmigo la vida.

A los millones de migrantes mexicanos, héroes desconocidos,
gracias a los cuales subsiste nuestro México rural,
con la esperanza de contribuir a la legalización de la migración laboral
lo que sería una mínima retribución a sus sacrificios.

AGRADECIMIENTOS

Todo trabajo de tesis, implica el involucramiento directo e indirecto de muchas personas, por ello sólo puede concebirse como un trabajo colectivo. En primer lugar, esta tesis no hubiera sido concebida sin la guía y el apoyo invaluable del Dr. Gilberto Giménez a quien agradezco enormemente su generosidad y su confianza.

En la realización del trabajo de tesis fui apoyada de manera incondicional por Marcela Ibarra Mateos, quien coordinó la aplicación de encuestas realizada por un entusiasta grupo de antropólogos y comunicólogos. Ella supervisó codificación y captura de datos realizada por Luis Fernando Gutiérrez. Concedor del Valle de Atlixco, Ramón Lozano Torres me apoyó en la logística y desplazamiento del equipo de trabajo de campo. También Martha Patricia Vargas realizó el estudio de caso en dos comunidades del Valle, lo que permitió enriquecer el estudio cuantitativo e Irma Ramírez Búlnez estuvo presente en la edición e impresión del texto. A todos ellos mi más profunda gratitud.

A través de la realización del trabajo tuve que consultar a numerosos investigadores, quienes generosamente me proporcionaron información y me sugirieron lecturas. De igual manera, mis lectores que se dieron a la tarea de corregir y sugerir modificaciones indispensables. Sería difícil nombrarlos a todos, pero encontrarán plasmadas sus ideas y preocupaciones en el texto. Aunque soy responsable última de lo que he escrito, agradezco mucho sus recomendaciones.

Imposible dejar de agradecer a la población del Valle de Atlixco quien con su participación en la encuesta o entrevistas nos regaló su tiempo y valiosa experiencia.

En un contexto mexicano, no podría dejar de agradecer a mi familia extensa, que siempre estuvo animándome en la realización del doctorado: Maurice y Rossana, Ramón y Gloria, Xavier y Claudia, Chatis y Antonio, Coral y José María, José Ignacio y Laura, Luis y Chacha, Alejandro y Rocío, Salvador y Haydee con sus maravillosos hijos. Además de mis tíos, primos y amigos a quienes agradezco su afecto, tan necesario.

Finalmente, quiero agradecer a la Universidad Iberoamericana - Puebla y a su personal académico de quienes siempre recibí apoyo e inspiración para la realización de este proyecto.

INDICE GENERAL

PRIMERA PARTE

PRIMERA PARTE	Pág.
SEGUNDA PARTE	1 - 280
	1 - 269
CAPÍTULO I	1
INTRODUCCION	
1.1 Áreas de Estudio y Preguntas de Investigación	4
1.2 Estrategia Metodológica y Población de Estudio	6
1.3 Contenido Capitular	7
CAPÍTULO II	10
LA CULTURA EN EL CONTEXTO DE LA SOCIEDAD MODERNA	
2.1 El Estudio de la Cultura desde las Ciencias Sociales Contemporáneas	10
2.2 La Identidad como una Dimensión Subjetiva de la Cultura	19
2.2.1 La pertenencia social y la identidad	30
2.3 Problemática de la Identidad desde la Perspectiva Socioterritorial	34
2.4 Rasgos Inéditos de la Cultura en el Ámbito de la Globalización	43
2.4.1 Los medios de comunicación masiva y la circulación de las formas simbólicas	49
2.4.2 Los nuevos contextos de la interacción social “mediada”	51
2.4.3 Formación de la identidad en un mundo <i>massmediado</i>	55
2.5 ¿“Retradicionalización” de la Modernidad?	60
2.6 Las Identidades Socioterritoriales en el Nuevo Contexto Global - Local	66
CAPÍTULO III	72
EL VALLE DE ATLIXCO ¿UNA REGIÓN CULTURAL?	
3.1 Dimensiones en el Estudio de la Región	72
3.2 El Desarrollo de las Regiones en México: entre la integración nacional y la autonomía regional	85
3.3 El Valle de Atlixco: Articulación Regional a través de la Historia Económica	90
3.4 Algunos Rasgos Sociodemográficos	138
3.5 La Región de Atlixco desde una Perspectiva Sociocultural	147
CAPITULO IV	156
LA MIGRACIÓN DESDE LAS COMUNIDADES RURALES TRADICIONALES	

EN LA ERA DE LA GLOBALIZACIÓN

4.1 Los Estudios de la Migración: Necesidad de Diálogo entre Disciplinas	156
4.2 La Globalización: Nuevo Contexto de las Migraciones Laborales	169
4.3 Los Grandes Momentos de la Migración Internacional en México	176
4.3.1 Geografía de la migración México – norteamericana	188
4.3.1.1 Algunos rasgos de la migración del valle de Atlixco	199
4.4 El Cambio Sociocultural a Partir de la Migración: ¿Hacia la Constitución de una Comunidad Transnacional?	204
4.5 Transformaciones en la Comunidad Rural: Ciclo Familiar y Ciclo Migratorio	222
4.5.1 La comunidad simbólica: los ausentes siempre presentes	234
4.6 La Migración desde una Perspectiva Sociocultural: Migración (Re)Integradora / (Des)Integradora	238
4.6.1 Algunas Conclusiones Preliminares	246

CAPÍTULO V

ESTRATEGIA METODOLÓGICA

5.1 Algunas Consideraciones Epistemológicas	250
5.2 Aproximación Multidimensional	255
5.3 Objetivos y Preguntas de Investigación	258
5.4 Técnicas de Investigación: Guías de Cuestionario, Observación y Entrevista	260
5.4.1 Justificación empírica y teórica del cuestionario regional	261
5.4.2 La entrevista por cuestionario: variables y bloques temáticos	263
5.4.3 Guías de observación y entrevista profunda	266
5.5 Definición de la Población y Muestra de Estudio	267
5.6 Codificación de Respuestas	269
5.7 Etapas del Análisis	270

APÉNDICE A

MAPAS

APÉNDICE B

TÉCNICAS DE INVESTIGACIÓN Y MUESTREO

TABLAS Y GRÁFICAS

	Pág.
Tablas	
Capítulo IV. La migración desde las comunidades rurales tradicionales en la era de la globalización	
Tabla no. 1. stock migratorio del estado de Puebla respecto a la población residente en el municipio, año 2000	197
Tabla no. 2. rasgos del cambio sociocultural generado por la migración internacional	241
Capítulo V. Estrategia metodológica	
Tabla no. 3. variables de estratificación de la población	268
Tabla no. 4. estrato misceláneo	269
Gráficas	
Capítulo. III. El Valle de Atlixco ¿Una región cultural?	
Gráfica No. 1. Población urbana y rural en la región de Atlixco, 1930 - 1995	143
Gráfica No. 2. Población total en el Valle de Atlixco por municipio, 1930 - 1995	144
Gráfica no 3. población por quinquenios de edad en cinco municipios del Valle de Atlixco	146

APÉNDICE A

MAPAS

	Pág.
Mapas	
Mapa no.1. Regiones naturales del Estado de Puebla	I
Mapa no. 2. Hidrografía del Valle de Atlixco	II
Mapa no. 3. Población indígena y española	III
Mapa no. 4. Relación de haciendas y ranchos del Valle de Atlixco	IV
Mapa no. 5. Vías de comunicación en el Valle de Atlixco	V
Mapa no. 6. Municipios que conforman el Valle de Atlixco	VI
Mapa no. 7. Danzas y dramas de las tres regiones de Atlixco	VII
Relación de haciendas, pueblos y fábricas del Valle de Atlixco	VIII
Tabla no.1. Región de Atlixco.Índice de masculinidad varios años	IX
Mapa no.8. Stock migratorio	X

APÉNDICE B

TÉCNICAS DE INVESTIGACIÓN Y MUESTREO

Guía de entrevista por cuestionario	I
Informe del entrevistador sobre el cuestionario	XIII
Guía de observación – entrevista. Trabajo monográfico	XIV
Muestreo estratificado - aleatorio	XVI
Tabla b17 localidades que integran la muestra según estratos	XXIX
Equipo de investigación	XXXI
Libro de códigos	XXXII

SEGUNDA PARTE

CAPÍTULO VI	Pág.
ANÁLISIS DESCRIPTIVO	1
6. 1 Escolaridad	1
6.2 Características Sociodemográficas	4
6.3 Propiedad – Apego Territorial	6
6.4 Estructura Familiar	10
6.5 La Familia Migrante	13
6.6 Movilidad Residencial y Laboral	17
6.7 Movilidad Regional: diversas formas de pendularismo	22
6.8 Pendularismo Regional: el lugar de trabajo y las visitas	28
6.2 Medios Masivos de Comunicación	33
6.2.1 Usos y preferencias	33
6.2.2 La Información y los medios masivos de comunicación	44
6.3 Percepción de la Estructura Espacial de la Zona de Pertenencia	53
6.3.1 Dimensiones y descripción del territorio	54
6.3.2 Características psico - socio- culturales de la población	66
6.3.3 La práctica religiosa y la orientación política	72
6.3.4 La orientación política	77
6.3.5 Apertura y clausura: actitud frente a la desviación e inmigración	79
6.3.6 Dimensión social de la pertenencia	83
6.3.7 Elementos contrastivos de la identidad	90
6.3.8 Integración del sujeto a la comunidad de pertenencia	94
6.3.9 Redes de solidaridad social e identificación comunitaria	98
6.3.10 Las mediaciones sociales en la compleja relación con el territorio	102
6.3.11 Intensidad y exclusividad de la relación con el territorio	115
6.3.12 Coincidencia entre la zona de origen, de residencia y de pertenencia	123

CAPÍTULO VII	125
ANÁLISIS BIVARIADO	
7.1 El Análisis de Asociación y Correlación de Variables	125
7.1.1 Género	127
7.1.2 Edad	134
7.1.3 Educación formal	140
7.1.4 Ocupación	146
7.1.5 Variables relacionadas con la estabilidad / movilidad de la población	151
7.1.6 Variables de actitud u orientación	159
CAPÍTULO VIII	165
LAS DIMENSIONES DEL SENTIDO DE PERTENENCIA SOCIO TERRITORIAL: EL ANÁLISIS FACTORIAL	
8.1 Núcleo de la Representación Social Comunitaria	167
8.2 Estructura y Articulación del Sentido de Pertenencia	175
8.3 El ámbito Socioespacial de Referencia: localismo / cosmopolitismo	175
8.4 Diversidad de Motivaciones de la Pertenencia	176
8.4.1 Pertenencia por residencia (resid)	176
8.4.2 Pertenencia por autoctonía (autoctonia)	177
8.4.3 Pertenencia por integración social (integr)	178
8.4.4 Pertenencia por la calidad del ambiente	179
8.4.5 Pertenencia por “modernidad” e infraestructura urbana	181
8.5 La Valoración del Abandono de la Comunidad de Origen (actemig)	182
8.6 Movilidad / Permanencia	183
8.6.1 Experiencia migratoria (emigr)	184
8.6.2 Conocimiento de otras regiones (conocim)	184
8.6.3 Estabilidad residencial (estabres)	185
8.7 Los Rasgos Psicosociales	186
8.7.1. Valores que articulan la representación social (psicosoc)	186
8.7.2 Clausura / apertura frente a la inmigración (claus / apert)	188
8.7.3. La integración social	189
8.8 Acceso, Uso y Dependencia Mediática	191
8.9 Los Determinantes del Localismo	192

8.9.1 Motivaciones y sentido de pertenencia local	194
8.9.2 Construcción del modelo explicativo	200
8.9.2.1 Residencia, movilidad, medios, posición social e integración social local	201
8.9.2.2 Influencia de las variables independientes sobre los rasgos psicosociales	206
8.9.2.3 Variables que definen el sentimiento de pertenencia (localismo)	209
8.9.2.4 Los rasgos psicosociales y el sentido de pertenencia	216
8.9.3 Las dimensiones del apego socioterritorial	219
8.9.4 El papel de los medios de comunicación en una cultura tradicional	231
CAPÍTULO IX	241
CONCLUSIONES	
CAPÍTULO X	253
BIBLIOGRAFÍA	
APÉNDICE C	
ANÁLISIS DESCRIPTIVO	
APÉNDICE D	
CONSTRUCCIÓN DE ÍNDICES	

TABLAS DE FRECUENCIA, DE CONTINGENCIA, GRÁFICAS Y DIAGRAMAS

	Pág.
Tablas de Frecuencia	
Capítulo VI Análisis Univariado	
Tabla de frecuencia 1. Escolaridad de la población	2
Tabla de frecuencia no. 2. Estado civil	4
Tabla de frecuencia no. 3. Principal ocupación	5
Tabla de frecuencia no. 4. Ciudad en la que vive(n) el (los) familiar(es)	14
Tabla de frecuencia no. 5. Familiares con los que vivió en otro lugar	20
Tabla frecuencia no. 6. Ubicación lugar donde vivió	21
Tabla no. 7. Respuestas múltiples, motivos del pendularismo regional	23
Tabla de frecuencia no. 8. Estancia más larga en el extranjero	32
Tabla frecuencia no. 9. Tipo de estación de radio que escucha	34
Tabla frecuencia no. 10A. Género musical que más le gusta	35
Tabla de frecuencia no. 10B. Género de programación de radio	35
Tabla de frecuencia no. 11. Género de programa de televisión (3 menciones)	39
Tabla de frecuencia no. 12. Género de la película favorita (3 menciones)	40
Tabla de frecuencia no. 13. Noticias locales, nacionales e internacionales	45
Tabla frecuencia no. 14. Cómo se enteró de las noticias locales, nacionales, internacionales	51
Tabla frecuencia no. 15. Territorio al que se siente muy ligado	55
Tabla de frecuencia no. 16. Tamaño del lugar al que se siente más apegado	56
Tabla de frecuencia no. 17. Descripción del territorio al que se siente muy ligado	57
Tabla de frecuencia no. 18. Tono de la descripción del territorio	58
Tabla de frecuencia no. 19. Ubicación de casa con relación al lugar al que está más ligado	59
Tabla de frecuencia no. 20. Lugar más importante de la zona	61
Tabla de frecuencia no. 21. Sitios importantes de la región	65
Tabla no. 22. Propositiones en torno a rasgos psico - sociales	67
Tabla de frecuencia no. 23 A. Tipo de celebraciones a las que asiste	74
Tabla de frecuencia no. 23 B. Lugar de la celebración	74
Tabla de frecuencia no. 24 pertenencia activa a partidos políticos	78

Tabla no. 24. Percepción de la inmigración	80
Tabla de frecuencia no. 25. Cuándo se presentaron los cambios	84
Tabla de frecuencia no. 26. En qué plano ha habido cambios	85
Tabla de frecuencia no. 27. Percepción de la gente de su comunidad	86
Tabla de frecuencia no. 28. Personas que conoce del lugar al que se siente ligado	86
Tabla de no. 29. Frecuencia con quién pasa su tiempo libre	87
Tabla de frecuencia no. 30. Lugares en los que habitan sus amigos (3 menciones)	88
Tabla de frecuencia no. 31. Percepción de las diferencias con poblaciones vecinas	91
Tabla de frecuencia no. 32. Mención de los tres hechos más importantes de su comunidad	93
Tabla de frecuencia no. 33. Percepción de los problemas del lugar	94
Tabla no. 34. Valores que articulan el sentido de pertenencia	95
Tabla de frecuencia no. 35. Motivos por los que se siente ligado al territorio	95
Tabla de frecuencia no. 36. Pertenencia activa a grupos y asociaciones	99
Tabla no. 37. Construcción del índice compuesto de actitud frente a la movilidad	110
Tabla de frecuencia no.38. Jerarquía de los aspectos que más extrañaría si se encontrara lejos	113
Capítulo VII Análisis Bivariado	
Tabla no. 39. Nivel de significancia (chi cuadrada) entre variables sociodemográficas y estabilidad / movilidad	128
Tabla no.40. Nivel de significancia (chi cuadrada) entre variables socio demográficas / movilidad y variables de tipo rasgos psicosociales y redes sociales	131
Tabla no. 41. Nivel de significancia (chi cuadrada) entre variables socio demográficas / movilidad y variables de participación social	136
Tabla no. 42. Rasgos psicosociales de la población y su relación con variables estructurales	161
Capítulo VIII las Dimensiones del Sentido de Pertenencia Socioterritorial: el Análisis Factorial	
Tabla no. 43. Resultado del análisis factorial	170
Tabla no. 44. Efecto estandarizado (coeficientes beta) de las variables independientes sobre cinco índices de participación e integración social	202

Tabla no. 45. Efecto estandarizado de las variables independientes sobre los rasgos psicoculturales y el uso – dependencia de medios	207
Tabla no. 46. Efecto estandarizado de las variables independientes sobre la variable dependiente locosm	210
Tabla no. 47. Efecto estandarizado de las variables intervinientes (participación e integración social) sobre la variable dependiente sentido de pertenencia (localismo / cosmopolitismo)	213
Tabla no. 48. Efecto estandarizado de las variables intervinientes (rasgos psicosociales) sobre la variable dependiente sentido de pertenencia local (localismo /cosmopolitismo)	216
Tabla no. 49. Efecto estandarizado entre las variables sociodemográficas y el índice de uso / dependencia de medios	233

Tablas de Contingencia

Capítulo VI Análisis Univariado

Tabla de contingencia no. 1. Sexo * educación formal	3
Tabla de contingencia 2. Edad * educación formal	4
Tabla de contingencia no. 3. Sexo * propiedad de la casa	7
Tabla de contingencia no. 4. Sexo * edad * propiedad de la casa	7
Tabla de contingencia no. 5. Sexo * edad * tipo propiedad tierra cultivo	8
Tabla de contingencia no. 6. Agua para riego * régimen de propiedad	8
Tabla de contingencia 7. Agua para riego * tamaño de la propiedad	9
Tabla de contingencia no. 8. Número de personas * parentesco de las	11
Tabla de contingencia no. 9. Sexo * edad de los miembros de la familia	12
Tabla de contingencia no. 10. Sexo*edad*ciudad en el extranjero	16
Tabla de contingencia no. 11. Sexo * lugar en el que nació	18
Tabla de contingencia no. 12. Tiempo*número de lugares en que vivió	20
Tabla de contingencia no. 13. Lugares * motivos del movimiento pendular regional	24
Tabla de contingencia no. 14. Periodicidad * motivos de salidas a la ciudad de Atlixco	26
Tabla de contingencia no. 15. Periodicidad * motivos de las salidas a la Ciudad de Puebla	27
Tabla de contingencia no. 16. Conocimiento de otras partes de México y el extranjero * sexo	30
Tabla contingencia no. 17. Duración de visitas * diferentes partes de México	30
Tabla contingencia no. 18 número de veces que visitó * ciudad	31
Tabla de contingencia no 19. Género programa radiofónico * sexo	36
Tabla de contingencia no. 20. Edad *género programa radiofónico	41
Tabla de contingencia no. 21. Edad *género programa televisivo	42
Tabla de contingencia no. 22. Lugar más importante de la zona (1º) * motivos	63
Tabla de contingencia no. 23. Rasgos psicosociales	72

Tabla de contingencia no. 24. Lugar más ligado (1er lugar) * localidad en la que nació	123
--	-----

Capítulo VII Análisis Bivariado

Tabla de contingencia no. 25. Localidad en la que nació * lugar más ligado (1) * propiedad de tierra de cultivo	152
Tabla de contingencia no. 26. País extranjero en el que ha vivido * lugar al que se siente más ligado (1 ^{er} . lugar)	156

Gráficas

Capítulo VI Análisis Univariado

Grafica no. 1. Grafica 1. Intervalos de edad de la población	1
Gráfica no. 2. Frecuencia de respuestas torno a rasgos psico – sociales	69
Gráfica no. 3. Actitud frente a la inmigración	81
Gráfica no. 4. Actitud frente a la inmigración	82
Gráfica no. 5. Valores que articulan el sentido de pertenencia socio territorial	97
Gráfica no.6. Motivos abandono lugar de origen	103
Gráfica no. 7. Motivos del abandono del lugar de origen	104
Gráfica no. 8. Motivos del abandono del lugar de origen	105
Grafica no. 9. Motivos del abandono del lugar de origen	105
Gráfica no. 10. Actitud frente a la movilidad - A	106
Gráfica no. 11. Actitud frente a la movilidad - B	107
Gráfica no.12. Actitud frente a la movilidad - C	107
Gráfica no. 13. Actitud frente a la movilidad - D	108
Gráfica no. 14. Actitud frente a la movilidad – E	109
Gráfica no. 15. Actitud frente a la movilidad - F	109
Gráfica no. 16. Actitud frente a la movilidad	111
Gráfica no.17. Percepción de la movilidad	111
Gráfica no. 18. Motivos suficientes por los que abandonaría el lugar de pertenencia	112

Diagramas

Capítulo VI Análisis Univariado

Diagrama no. 1. Rasgos psicosociales de los atlixquenses	70
Diagrama no. 2. Valores que articulan el sentido de pertenencia socio – territorial	96
Diagrama no. 3. Lugar más ligado primera mención	118
Diagrama no. 4. Lugar más ligado segunda mención	120
Diagrama no. 5. Lugar menos ligado	122

Capítulo VIII las Dimensiones del Sentido de Pertenencia Socioterritorial: el Análisis Factorial

Diagrama no.6. Motivaciones y sentido de pertenencia local - simplificado	195
Diagrama no. 7. Etapas del cambio sociocultural	197
Diagrama no. 8. Modelo general de pertenencia: las dimensiones del sentido de pertenencia socioterritorial	221
Diagrama no. 9. Medios de comunicación en una cultura tradicional	234

APÉNDICE C

TABLAS DE FRECUENCIA, DE CONTINGENCIA Y DIAGRAMAS

	Pág.
Tablas de Frecuencia	
Tabla de frecuencia no. 1. Ocupación principal de los padres	I
Tabla de frecuencia no. 2. Ubicación tierra de cultivo	I
Tabla de frecuencia no. 3. Composición de la tierra de cultivo	II
Tabla de frecuencia no. 4. Número de personas con las que vive	II
Tabla de frecuencia no. 5. Tipo de familia	II
Tabla de frecuencia no. 6. Familiares en el extranjero	III
Tabla de frecuencia no. 7. Sexo del familiar en el extranjero	III
Tabla de frecuencia no. 8. Tipo de comunicación que mantiene con la familia	III
Tabla de frecuencia no. 9. Lugar en el que nació	IV
Tabla de frecuencia no. 10. Municipio en el que nació	V
Tabla de frecuencia no. 11. Lugar donde nacieron sus padres	V
Tabla de frecuencia no. 12. Municipio donde trabaja	VI
Tabla de frecuencia no. 13. Tiempo de vivir en la localidad	VI
Tabla de frecuencia no. 14. Cambio de domicilio	VII
Tabla de frecuencia no. 15. Familiares con los que vivió	VII
Tabla de frecuencia no. 16. Motivos por los que se mudó	VII
Tabla de frecuencia no. 17. País en el que vivió	VIII
Tabla de frecuencia no. 18. Municipio donde trabaja	VIII
Tabla de frecuencia no. 19. País al que ha visitado	VIII
Tabla frecuencia no. 20. Motivos por los que visito el extranjero	IX
Tabla de frecuencia no. 21. Cuenta con radio	IX
Tabla de frecuencia no. 22. Escucha la radio	IX
Tabla frecuencia no. 23. Cuenta con televisión	X
Tabla de frecuencia no. 24. Frecuencia con ve la televisión	X
Tabla de frecuencia no. 25. Canal que acostumbra ver	X
Tabla frecuencia no. 26. Cuenta con grabadora	X
Tabla de frecuencia no. 27. Cuenta con otro medio	XI
Tabla frecuencia no. 28. Otros nombres del territorio al que se siente más ligado	XI
Tabla de frecuencia no. 29. Asistencia a la iglesia	XI
Tabla frecuencia no. 30. Participa en fiestas	XII
Tabla frecuencia no. 31. Ha habido cambios en la localidad	XII
Tabla frecuencia no. 32. Motivos por los que abandonaría el lugar de apego	XII
Tablas de Contingencia	
Tabla de contingencia no. 1. Parentesco * mantiene comunicación	IV
Tabla de contingencia no. 2. Motivos y frecuencia de las salidas al área conurbada de la ciudad de México	XIII

Diagramas

Diagrama no. 1. Motivaciones y sentido de pertenencia local - XIII ampliado

APÉNDICE D

CONSTRUCCIÓN DE ÍNDICES PARA EL ANÁLISIS MULTIVARIADO

Tablas	Pág.
Tabla no. 1. Construcción del índice actitud frente a la inmigración I (actemig)	
Tabla no. 2. Construcción del índice actitud frente la movilidad I espacial (actmovil)	
Tabla no. 3. Construcción del índice amplitud del mundo (ampmund) I	
Tabla no. 4. Construcción del índice apertura frente a la inmigración II (apert)	
Tabla no. 5. Construcción del índice autoctonia (autoctonia) II	
Tabla no. 6. Construcción del índice clausura frente a inmigración II (claus)	
Tabla no. 7. Construcción del índice conocimiento por desplazamiento II (conocim)	
Tabla no. 8. Construcción del índice valores ligados a una II cosmovisión moderna "individualista" (modern)	
Tabla no. 9. Construcción del índice experiencia migratoria (emigr) III	
Tabla no. 10. Construcción del índice estabilidad residencial III (estabres)	
Tabla no. 11. Construcción del índice pertenencia por integración III social (integr)	
Tabla no. 12. Construcción del índice localismo / cosmopolitismo III (locosm)	
Tabla no. 13. Construcción del índice acceso a diversos medios de III comunicación (medios)	
Tabla no. 14. Construcción del índice uso / dependencia de medios IV (medios2)	
Tabla no. 15. Construcción del índice participación social (partsoc) IV	
Tabla no. 16. Construcción del índice participación política / sindical IV (polsindi)	
Tabla no. 17. Construcción del índice rasgos psicosociales IV (psicosoc)	
Tabla no. 18. Construcción del índice participación socioreligiosa IV (relig)	
Tabla no. 19. Construcción del índice pertenencia por residencia V (resid)	
Tabla no. 20. Construcción del índice salidas a realizar compras V	

(salcomp)

Tabla no. 21. Construcción del índice salidas por estudio / trabajo V

(salestu)

Tabla no. 22. Construcción del índice salidas por visita a parientes V

(salparie)

Tabla no. 23. Índice de solidaridad (**solidar**) VI

Tabla no. 24. Construcción del índice tamaño de localidad “proxi urbanización” (**tamloc**) VI

Tabla no. 25. Construcción del índice estratos de tamaño de localidad “proxi urbani” (**tamloc2**) VI

Tabla no. 26. Construcción del índice movilidad total (**totmovil**) VI

CAPITULO I

INTRODUCCION

El presente proyecto tiene su origen en el seminario temático “Cultura, Identidad y Región” dictado por el Dr. Gilberto Giménez en la División de Estudios de Posgrado de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales. Desde 1995 iniciamos, bajo la tutoría del profesor, la investigación exploratoria en el Valle de Atlixco de manera que se sustentará el proyecto de Investigación apoyado por el CONACYT (3126P-S) del cual esta tesis forma parte, y que abarcaría el bienio 1997-1998.

Nuestro proyecto tiene que ver con los llamados estudios regionales, aunque se propone abordar la región bajo un ángulo novedoso en nuestro país, el del punto de vista cultural en relación con los fenómenos de modernización y globalización. En términos más específicos, el proyecto se inscribe dentro de la problemática de los efectos de la migración internacional y la transnacionalización de la cultura de masas sobre las culturas regionales tradicionales del centro de México.

La región seleccionada como ámbito de estudio es el Valle de Atlixco que por razones que expondremos más adelante, constituye un verdadero “laboratorio” para el estudio del cambio sociocultural en nuestro país. En efecto, Atlixco reúne varias características que lo convierten en objeto de estudio apropiado en relación con el tema de nuestro proyecto de investigación:

1. Constituye uno de los raros casos de superposición y coincidencia entre diferentes tipos de región: la región geográfico-natural, urbano-económica, la político-administrativa y la sociocultural.
2. Constituye un claro ejemplar de “región polarizada” debido a su doble polarización: 1) en trono a su centro natural, la ciudad de Atlixco, y 2) en torno a la ciudad de Puebla, capital del estado.
3. Se caracteriza por la densidad de una cultura rural tradicional muy representativa de las que todavía persisten en el centro de México.

4. Posee una rica historia económica y cultural que se extiende desde la época colonial hasta nuestros días, historia que puede reconstruirse a partir de archivos históricos, monografías y estudios realizados por especialistas, y de la memoria colectiva de los pobladores.
5. En la actualidad, su configuración cultural viene dada por el tejido de sus identidades pueblerinas polarizadas, a su vez, por sus cabeceras municipales.
6. A raíz de la crisis del sector agrícola y de la industria textil (a mediados de los años sesentas), esta región se ha convertido en una zona de “expulsión” de la población económicamente activa hacia los Estados Unidos, específicamente en la región Nueva York - Nueva Jersey.

El conjunto de estas características permite afrontar los dos pasos requeridos por el tema de nuestro proyecto: 1) describir la fisonomía del valle como región sociocultural, no sólo desde el punto de vista de la “cultura ecológica” y la “cultura etnográfica” objetivamente observables (cultura objetivada), sino también desde el punto de vista del “sentimiento de pertenencia” de sus pobladores al territorio regional (cultura subjetivada); 2) Identificar y describir el impacto producido por el contacto de la cultura regional y pueblerina con la modernidad urbana dentro del área estudiada.

En nuestro estudio exploratorio y a partir de discusiones y lecturas propiciadas en el Seminario, consideramos que las principales vías de contacto entre la modernidad urbano-industrial y la tradición campesina-rural son, hoy en día, tres: la migración internacional, la generalización de los mass media y de nuevas tecnologías de comunicación (videocasetera, telefonía inalámbrica, radiograbadora, etc.) en la vida cotidiana y la polarización urbana ejercida por las grandes ciudades en su entorno rural. En el caso de la migración (nacional tanto como internacional) la población se desplaza desde la comunidad rural hacia la modernidad urbana e industrial, alejándose de su lugar de origen. Paralelamente, la exposición a los mass media se da una “migración inversa.” Es decir, es la modernidad urbana e industrial la que, transportada por medios electrónicos, se desplaza hacia la gente, sin necesidad de que ésta abandone su medio social y

cultural de origen. Podría decirse que en este último caso se trata de una especie de “migración a domicilio” sin la necesidad de desplazamiento físico.

Aún mas, encontramos una estrecha interrelación entre ambos fenómenos, ya que es la propia migración la que facilita, sea en el lugar de destino, sea en el de retorno, el acceso a la cultura de masas y la familiarización con las nuevas tecnologías de comunicación electrónica, por un lado. Y por el otro, es el desarrollo de los media y las nuevas tecnologías de comunicación las que “abren” un canal de comunicación continua entre miembros presentes - ausentes, fortaleciendo, estrechando y manteniendo, las redes sociales familiares y comunitarias, por lo que el flujo migratorio no sólo no se interrumpe sino que se amplía.

Por último, el proceso de “metropolización” de la Ciudad de Puebla a partir de la década de los ochenta (desde la creación del Programa de Desarrollo *Angelópolis*) integra a su periferia numerosas localidades rurales a través de la diseminación de residencias secundarias, la intensificación de la horticultura comercial destinada al mercado urbano y el incremento de los sectores secundario (principalmente maquilador) y terciario.¹ Expliquémonos brevemente. La relevancia de estos fenómenos en la vida de las comunidades rurales del Valle de Atlixco no puede comprenderse, en primera instancia, fuera del contexto nacional de la profunda crisis económica, que se manifiesta cíclicamente desde los años setentas y que afecta de manera especial a la población rural. En segunda instancia, como veremos, el contexto internacional caracterizado por la mundialización de la economía y la interconectividad cultural a través de los casi omnipresentes media se asocian al crecimiento de flujos migratorios mundiales que presentan rasgos completamente nuevos. A diferencia del tipo de migración que se dio desde el mundo occidental hacia los países menos poblados de la tierra en el siglo pasado, la migración actual se origina en los países menos industrializados hacia los industrializados (Sur-Norte) y además, no es una

¹ Los principales rasgos de este proceso serán descritos gracias a la investigación histórico-económica realizada sobre la región de Atlixco (Cfr. Cap.III).

migración en un solo sentido, sino que se da en forma de “circuito migratorio” o migración pendular.

Nuestro proyecto se propone, por tanto, elaborar hipótesis consistentes que den respuesta a las siguientes preguntas:

- ¿Cuáles pueden ser, en el mediano y largo plazo, los efectos del proceso de globalización económica sobre las culturas regionales tradicionales de México?
- ¿Qué tipo de cambios puede provocar el flujo de personas (migración) y de bienes (económicos y culturales) entre regiones campesinas con una matriz cultural tradicional?
- ¿Cuáles serían las consecuencias que esto tendría en el desarrollo futuro de regiones campesinas tradicionales que se encuentran atravesadas por la urbanización, la migración masiva y la presencia de los media?

Las respuestas a éstas y otras preguntas semejantes no sólo presenta un interés teórico o científico, sino que puede servir de base para elaborar políticas de desarrollo regional endógeno² que implique, a su vez una política de retención de la población. Como veremos, el apego al territorio y un fuerte sentido de identidad regional son factores centrales en la retención y movilización activa de la población local en vista a su desarrollo futuro. Sin embargo, pocos son los programas de desarrollo regional que incluyen estas variables culturales.

1.1 Áreas de Estudio y Preguntas de Investigación

Los objetivos de la investigación orientan el planteamiento de preguntas específicas que hemos agrupado en tres bloques temáticos y que permitieron establecer la necesaria interrelación y la construcción paralela de las diferentes

² La idea de desarrollo endógeno ha sido presentada recientemente por la UNESCO, que lo define en los siguientes términos: “Es un proceso por el que, repudiando la irritación servil de los modelos externos frecuentemente no adaptados a las necesidades y aspiraciones locales, una colectividad orienta por sí misma su propio progreso en conformidad con sus valores y aspiraciones, y determinando en forma autónoma los objetivos y los medios que en gran medida necesita inventar de acuerdo a su propio genio.” (UNESCO, Conferencia General, 1985).

técnicas de investigación empleadas en nuestro estudio. Por tanto, definimos doce preguntas orientadoras distribuidas como sigue:

- I. ¿Cuáles son **los rasgos** de la cultura en esta región? ¿Obedecen a una lógica de cultura moderna o tradicional? ¿Existen diferencias significativas entre grupos de localidades, en otras palabras, es posible definir subregiones culturales?
 1. ¿Cuáles son las **dimensiones** de la pertenencia socio-territorial en la región (rasgos, amplitud, intensidad, exclusividad / comprensividad)?
 2. ¿Cuáles son **las motivaciones** de la pertenencia: primordial-vital, sociocultural, histórico-estética y/o instrumental?
 3. ¿Cuáles son las relaciones entre las dimensiones y motivaciones de la pertenencia?
 4. ¿Cuáles son las relaciones entre la pertenencia (dimensiones y motivaciones) y los rasgos sociodemográficos (edad, sexo, nivel de escolaridad, ocupación, tipo de personalidad, orientación política y cultural, etc.) y socioculturales de la población de estudio?
 5. ¿Cuáles son **los rasgos del sentido de pertenencia** y el modo en que se percibe y es vista la zona de residencia (localidad)?
 6. ¿Cuáles son las relaciones entre **las dimensiones del sentido de pertenencia y los rasgos de la vida comunitaria** (presencia, intensidad, importancia)?
- II. ¿Cuáles son las relaciones entre la pertenencia (dimensiones y motivaciones) y la experiencia existencial (biográfica) del sujeto, en particular, respecto a **su movilidad-estabilidad territorial** (manifiesta en el desplazamiento y conocimiento de otras regiones, migración nacional e internacional, “pendularismo laboral”)?
 7. ¿Existe alguna diferencia en la manifestación de la pertenencia (dimensiones y motivaciones) entre la población migrante y no migrante (motivos de la migración, duración, actitud frente a la migración)?
- III. ¿Cuáles son **las características de la exposición a los Medios Masivos de Comunicación** (número y diversidad, preferencia de géneros televisivos y musicales)?

8. ¿Cuáles son los “usos”, las preferencias, la orientación hacia los MMC según las características sociodemográficas de los sujetos (edad, sexo, nivel de escolaridad, ocupación, estado civil)?
9. ¿Cuál es la amplitud del conocimiento de otras realidades (regional, nacional e internacional) a partir de los MMC?
10. **¿Existe alguna relación entre las dimensiones de la pertenencia y los usos y preferencias por los MMC?**

1.2 Estrategia Metodológica y Población de Estudio

La elección de la metodología está determinada por consideraciones empíricas (naturaleza del objeto de estudio, tipo de población) pero sobre todo, por el sistema teórico que subyace a la investigación justificándola. En este caso, la selección de los instrumentos está dictada por la teoría de la cultura y de la identidad (como forma subjetivada de la cultura), así como por la definición de región según criterios diversos: geográfico-ecológico, económico, político-administrativo y sociocultural.

Las distintas dimensiones y escalas que implica un estudio regional, nos hizo adoptar una aproximación multimetódica y multiescala, intentando aprovechar los trabajos previos realizados por especialistas de otras áreas, que nos permitieron reconstruir el contexto regional de nuestra investigación.

La metodología empleada, descrita de manera extensa en el capítulo cinco, dependió de las diversas aproximaciones a la región del Valle de Atlixco, constituida por cinco municipios. Por ejemplo, para la descripción de la región en términos geográficos y económicos, se recurrió a la consulta de fuentes secundarias, es decir, al trabajo realizado bajo esta óptica por geógrafos y economistas. Por otro lado, para la reconstrucción de la historia económica, política y cultural de la región, se consultaron toda una serie de fuentes históricas y monografías realizadas por estudiosos de la región considerada que por su enorme riqueza sociohistórica se han plasmado en varios textos y Simposia Internacionales.

El presente trabajo de investigación, como parte del proyecto de investigación CONACYT, se centra en la exploración del sentido de pertenencia que define la existencia o no de una identidad regional a partir de la aplicación de una entrevista por cuestionario que abarca el Valle de Atlixco. En efecto, como la identidad no es un fenómeno directamente observable desde la posición del observador externo, buscamos que los propios actores sociales exteriorizaran y manifestaran discursivamente su sentido de pertenencia socioterritorial. Para este fin, se combinaron una serie de métodos interrogativos (como las entrevistas en profundidad, la encuesta por cuestionario) que complementarán otros trabajos que surgen del mismo proyecto, pero que no serán reportados en la presente tesis.

Un equipo de científicos sociales desarrolló además un estudio monográfico, inspirado en los métodos antropológicos (observación participante y guía de observación) en tres localidades elegidas como representativas de la “densidad cultural” en la región. Sus resultados nos permitieron contrastar aquellos obtenidos por el cuestionario, proporcionándonos otros elementos de comprensión de la realidad bajo estudio.

Es así que en nuestro caso, y debido a la amplitud territorial de nuestro objeto de estudio, procedimos a aplicar una encuesta por cuestionario a una muestra estructurada y aleatoria de individuos que habitan en localidades de cinco municipios (Atlixco, Atzizihuacán, Huaquechula, Tianguismanalco y Tochimilco) que conforman la región del Valle de Atlixco. Los resultados de la encuesta fueron sometidos a un tratamiento estadístico para construir un modelo teórico para comprender las dimensiones del sentido de pertenencia socioterritorial. La combinación de métodos de investigación y de análisis nos facilitó la aproximación a un objeto de estudio complejo que exige diversos enfoques y escalas de análisis. Estos elementos serán detallados en las secciones teóricas y en las conclusiones del presente trabajo.

1.3 Contenido Capitular

El presente trabajo se divide en diez grandes apartados. Los cuatro primeros, de carácter teórico – conceptual, buscan establecer las coordenadas

para situar el contexto del estudio. Iniciamos, en el capítulo dos, con un recorrido en torno a los estudios de la cultura para centrarnos en la problemática de la construcción de las identidades en su relación con el espacio y el territorio en un momento de globalización económica en el que las formas culturales son intercambiadas en dimensiones sin precedentes gracias a la presencia cotidiana de los medios masivos de comunicación.

Una característica central de toda investigación social es su necesidad de referencia a un contexto, en tiempo y espacio, en el que ubicar su objeto de estudio. En nuestro caso, nos hemos propuesto estudiar una región, el Valle de Atlixco, en las postrimerías del siglo XX, para estudiar los procesos que a nuestro juicio se encuentran en la base de la comprensión de los profundos cambios socioculturales que viven otras regiones rurales en el centro de México. Por ello, el tercer capítulo, de carácter fundamentalmente histórico, busca reconstruir la región de estudio en toda su complejidad, incluyendo información que ha sido aportada desde diversas disciplinas, para poder contextualizar nuestro objeto de estudio: el sentido de pertenencia socioterritorial en una región específica como es el Valle de Atlixco.

La discusión en torno a los rasgos de la globalización en las comunidades periféricas se ha dado desde una perspectiva que afirma que los procesos sociales y culturales han sido desterritorializados a raíz de la “deslocalización” de la población, al entrar ésta en contacto con ámbitos tan amplios que “diluyen” o hacen pasar a segundo término el apego con el territorio. La migración, con gran frecuencia, es vista como un proceso en un solo sentido que tiene como resultado la desintegración de las comunidades “expulsoras”: la disolución de su cultura, anomia y la generación de identidades negativas. Sin embargo, desarrollamos un modelo alternativo en el cual la migración pueda contribuir a la revitalización de las comunidades locales y a la ampliación “transnacional” de sus redes sociales, gracias a la débil aculturación de los migrantes en los lugares de destino, por un lado, y a las intensivas y variadas formas de comunicación y relaciones que se tejen no solamente entre los paisanos de la diáspora, sino también las que existen entre éstos y sus familiares y amigos en sus comunidades de origen.

El estudio de la migración internacional desde el punto de vista de una región “expulsora” como Atlixco, en el capítulo cuarto, nos permite construir un modelo teórico para comprender el futuro desarrollo regional en otras áreas de nuestro país con saldo migratorio negativo. La migración no debe ser analizada como una respuesta aislada a los cambios que imprime la globalización económica en nuestras sociedades y regiones periféricas, sino como una manera de vincular sociedades diferentes, a partir de la interrelación de las esferas local - global.

En el quinto capítulo establecemos con detenimiento la estrategia metodológica que se encuentra en la base del presente estudio, señalando nuestra postura epistemológica en relación con la construcción del conocimiento en las ciencias sociales.

Los capítulos sexto a octavo muestran, paso a paso, los momentos del análisis e interpretación de los resultados de la encuesta regional. Partimos del análisis descriptivo y bivariado, para continuar con los análisis factorial y multivariado. Es al final de las diversas aproximaciones que llegamos, en el capítulo octavo, a construir un modelo que nos permite reflexionar sobre las principales dimensiones del sentimiento de pertenencia socioterritorial y del sentido del cambio cultural en las comunidades asentadas en el Valle de Atlixco.

La migración internacional en la región, así como la presencia de los media, lejos de desarticular a las comunidades locales, les permite ampliar sus redes y recursos hacia otros ámbitos espaciales (multi-localizados). La fuerza y orientación del sentido de pertenencia hacia la comunidad local se muestran de manera indiscutible, por lo que afirmamos, conforman una *Gemeinschaft* en sentido töeniesiano. La lealtad a la tierra y la sangre, a la familia y la comunidad, constituyen el núcleo de una identidad tradicional de tipo localista. Es a partir de aquí que podemos comprender el sentido y profundidad del cambio cultural, innegablemente el más generalizado en la región de estudio, pero que se verifica bajo ciertas condiciones socioeconómicas que discutimos en el capítulo noveno.

CAPÍTULO II

LA CULTURA EN EL CONTEXTO DE LA SOCIEDAD MODERNA

“Uno extraña la familia: uno no puede ver a los niños: y allá tienen costumbres que son... bueno, yo no sé, diferentes. Uno no puede ver el volcán, uno que está acostumbrado a sembrar la milpa... todo eso cuenta... Uno “no se halla”... pero la necesidad, es canija”
Migrante San Pedreño

La identidad no se reduce a postularse o afirmarse, sino a rehacerse y reconstruirse a través de diferentes acciones de institucionalización y de creación.
Gabriel Gatti

Para poder abordar el estudio de la cultura en un contexto actual, es necesario hacer un breve recorrido sobre las maneras en que ésta ha sido definida y estudiada. El presente capítulo tiene por objeto entrar en esta discusión, para centrarnos en la problemática de la construcción de las identidades en su relación con el espacio o el territorio en un momento de globalización económica en el que las formas culturales son intercambiadas en dimensiones sin precedentes gracias a la presencia cotidiana de los medios masivos de comunicación.

2.1 El Estudio de la Cultura desde las Ciencias Sociales Contemporáneas

En su sentido original cultura viene de “cultivar” o tender hacia algo y, por analogía, la mente se percibe como un campo de cultivo. Sin embargo bien sabemos que este término, objeto central, adolece de un sentido unívoco. Es por ello que hacemos un breve recorrido de las variantes que nos interesa contrastar para enmarcar adecuadamente el concepto de cultura que emplearemos en el presente trabajo.

Desde los siglos XVIII y XIX se desarrolla en la tradición alemana de filosofía de la historia la *concepción clásica* de la cultura, noción humanista preocupada por el cultivo de las facultades humanas. En esta tradición el término cultura (*Cultur* que deriva en *Kultur*) se opone al de civilización (*civilis*, ciudadano) que describe un proceso de desarrollo humano, un movimiento hacia el refinamiento y el orden, alejado del “salvajismo.” En este sentido civilización se asocia con refinamiento de maneras, mientras que cultura se emplea para

referirse al mundo intelectual, artístico y espiritual en los cuales la creatividad humana podía expresarse.

El nacimiento de la antropología como disciplina científica, preocupada por el análisis, clasificación y comparación de los elementos constitutivos de las diferentes culturas, facilita la crítica de las concepciones sociocéntricas de la “alta cultura” que despreciaba otras manifestaciones culturales no occidentales. Esta nueva disciplina inaugura dos usos básicos del término: la concepción descriptiva y la simbólica. *La concepción descriptiva de la cultura* se asocia al trabajo de Tylor en su obra “Primitive Culture” (1871). Para Tylor “La cultura o civilización, en su sentido etnográfico amplio, es el todo complejo que incluye el conocimiento, las creencias, el arte, la moral, el derecho, la costumbre y cualquier otra capacidad o hábito adquiridos por el hombre en cuanto miembro de la sociedad” (1871, citado por Giménez, 1994, p.5). Esta aproximación inicia una nueva metodología de estudio, semejante al de las ciencias positivas, pero bajo la influencia de las ideas evolucionistas de Darwin lo que constituye un alto costo a pagar. Es en la tradición anglosajona que se desarrollan las influyentes teorías de Boas (difusionismo) y Malinowski (funcionalismo). Este último señala que la antropología debería estudiar las variaciones en la estructura fisiológica de los humanos (antropología física) y en los cambios sociales o culturales (antropología cultural).

Por su parte, la llamada *concepción simbólica de la cultura* inicia con los trabajos de L.A. White y Lévy-Strauss; sin embargo es la obra de Clifford Geertz *La interpretación de las Culturas* la que mayor influencia ha tenido hasta nuestros días, siendo que se trata de un análisis semiótico más que simbólico. Para este autor la cultura es “una jerarquía estratificada de estructuras significativas;” consiste en acciones, símbolos y signos, tanto como “gestos, parodias, expresiones, conversaciones y soliloquios.” Por tanto el análisis cultural implica develar “capas de significado,” describiendo y redescubriendo acciones y expresiones que son ya significativos para los individuos que los están produciendo, percibiendo e interpretando en el curso de su vida diaria (Geertz, 1992, p. 5 y ss.).

Al adoptar la propuesta de Paul Ricoeur, Geertz señala que la actividad del antropólogo es la de ser un intérprete que intenta captar lo que se dice en el discurso social, su contenido significativo, para fijarlo en un texto. Por ello el análisis cultural tiene poco que ver con la formulación de leyes o con la construcción de esquemas evolutivos; la tarea interpretativa es semejante a la que se realiza al interpretar un texto literario (Leeds-Hurwitz, 1993). Geertz ofrece una formulación sumamente novedosa que permite orientar el análisis de la cultura hacia el estudio de los significados y el simbolismo, resaltando la centralidad de la interpretación como la aproximación metodológica por excelencia.

Sin embargo, como señalan Thompson (1990) y Giddens (1993) una de las principales dificultades de la propuesta simbólica de Geertz es que otorga un papel poco relevante a los problemas del poder y el conflicto social que atraviesan todas las formas simbólicas.

Los gestos cotidianos y las acciones, así como fenómenos más elaborados, los rituales, festividades o trabajos de arte, siempre se producen o actúan en *circunstancias sociohistóricas particulares*, por individuos específicos que echan mano a algunos *recursos* y que cuentan con diversos grados de poder y autoridad. Aún más, los fenómenos significativos, una vez producidos o actuados, son circulados, recibidos, *percibidos e interpretados* por otros individuos que se sitúan en circunstancias sociohistóricas determinadas y, a su vez, echan mano a recursos que les permiten comprender su sentido. Desde este punto de vista, los fenómenos culturales pueden ser estudiados como *expresiones de determinadas relaciones de poder* y sirviendo, en circunstancias específicas, para sostener o confrontar las relaciones de poder; además de ser sujetas a *interpretaciones múltiples y aún divergentes o conflictivas* por los individuos que las perciben en el transcurso de su vida diaria (Thompson 1990, 135). Este autor enfatiza tanto el carácter simbólico del fenómeno cultural como el hecho de que siempre se encuentra enclavado en contextos sociales estructurados. En este sentido, el análisis cultural se traduce en el estudio de *la constitución significativa y la contextualización social de las formas simbólicas.*" Y

va más allá al afirmar que como formas simbólicas, los fenómenos culturales son significativos “tanto para los actores sociales como para los analistas.” Reconoce, por tanto, que los fenómenos culturales son interpretados rutinariamente por los actores en el curso de su vida diaria y la interpretación de los analistas busca captar estas características significativas de la vida social. Por lo tanto, aceptar que el proceso cultural se encuentra estructurado implica hacer una distinción entre: a) los rasgos estructurados *internos a las formas simbólicas*, y b) los contextos y procesos *externos socialmente estructurados* en los que las formas simbólicas se encuentran ancladas (p. 137).

La *concepción estructural de la cultura* propuesta por Thompson supone distinguir al menos seis características de las formas simbólicas que abarcan un amplio rango de fenómenos significativos, no sólo lingüísticos, tales como: acciones, gestos, rituales, expresiones, textos, programas de televisión, obras de arte, etc. Las formas simbólicas se caracterizan por ser: intencionales, convencionales, estructurales, referenciales, contextuales y transversales, rasgos que definiremos brevemente a continuación.

Intencionales, significa que las formas simbólicas son expresiones de un sujeto para otro sujeto (o sujetos) que persigue ciertos objetivos o propósitos y busca expresarse de manera que este mensaje pueda ser comprendido por el (o los) otro(s). Sin embargo, no necesariamente el sentido simbólico o intención es comprendido de la misma manera por el productor que por el receptor, no sólo porque sus esquematizaciones no coinciden (Grize, 1990), sino porque los contextos – mediaciones - de producción y recepción pueden no ser los mismos (Thompson, 1995). Volveremos sobre este punto más adelante al hablar de las formas simbólicas mediáticas.

Convencionales, “La producción, construcción o empleo de las formas simbólicas, tanto como su interpretación por aquellos que las reciben, son procesos que típicamente involucran la aplicación de reglas, códigos o convenciones de varios tipos.” (Thompson, 1990, 139, subrayado por el autor). En general estas reglas (de codificación y decodificación) o convenciones son

aplicadas de manera implícita, pero pueden ser develadas por el analista (Leeds-Hurwitz, 1993).

Estructuradas, es decir que “las formas simbólicas son construcciones que despliegan una estructura articulada [...] en el sentido que ellas típicamente consisten de elementos que guardan determinadas relaciones unas con otras” para adquirir sentido (Thompson, 1993, p. 141). Este sería el caso de la estructura narrativa del mito. El lingüista suizo Ferdinand de Saussure hace una distinción entre lengua y habla que nos puede ayudar a comprender este rasgo de las formas simbólicas; la lengua es considerada como un sistema simbólico, como un “sistema de signos” y sus principios de funcionamiento.

Referenciales, este aspecto implica que el significado de las formas simbólicas no se agota en las concatenaciones de elementos (rasgos estructurales) ni en sus interrelaciones (elementos sistémicos). Estas son representaciones de algo, el retrato de alguna cosa, se refieren a algo, dicen cualquier cosa acerca de algo. Por tanto, las formas simbólicas no pueden ser descritas o estudiadas sin tomar en cuenta su referente. Es decir, no basta con conocer el significado de un signo sin tomar en cuenta el significante (aquello acerca lo cual habla). El referente es un objeto, individuo o estado de cosas *extra-lingüístico*.

Contextuales, del rasgo anterior se deriva el hecho de que las formas simbólicas siempre se encuentran ancladas a contextos sociohistóricos específicos tanto como a procesos dentro de los cuales y por medio de los cuales las formas simbólicas son producidas, transmitidas y recibidas. Generalmente las formas simbólicas presuponen un rango de instituciones específicas a través de las cuales, y por medio e las cuales, estas formas son producidas, transmitidas y recibidas.

En este sentido, las condiciones espaciotemporales del contexto de producción pueden ser significativamente divergentes de las características del contexto de recepción; por ello la comunicación es siempre un proceso abierto. Es en este sentido que integramos el concepto de *campo* elaborado por Bourdieu (1980).

“Un *campo* se define como un sistema específico de relaciones objetivas – que pueden ser de alianza o de conflicto, de competencia o de cooperación – entre posiciones diferenciadas, socialmente definidas y en gran parte independientes de la existencia física de los agentes que las ocupan. La especificidad de cada campo depende del tipo de recursos o de capital que allí tiene curso” (p....)

Bourdieu distingue tres tipos de capital: capital económico, cultural y social¹ que son distribuidos de manera desigual en la sociedad y que tienen un cierto grado de convertibilidad entre sí.

Un *campo de acción* puede ser conceptualizado sincrónicamente como un espacio de posiciones y diacrónicamente como un conjunto de trayectorias. Los individuos particulares se sitúan en determinadas posiciones dentro de este espacio social y siguen, en el curso de sus vidas, determinadas trayectorias. Estas posiciones y trayectorias son determinadas, hasta cierto punto, por el volumen y distribución de los recursos de capital (económico, social, cultural y simbólico). Los individuos situados en algún campo de interacción, manejan estos diferentes tipos de recursos con el fin de lograr su intereses particulares.

Al perseguir sus objetivos e intereses en los campos de interacción, los individuos lo hacen siguiendo determinadas **reglas y convenciones** de diversos tipos que pueden ser explícitos - preceptos bien formulados como las funciones en una determinada empresa - pero que generalmente son implícitos, informales, o imprecisos. Por ello podrían ser definidos como esquemas que existen en forma de **conocimiento práctico** “gradualmente inculcado y continuamente reproducido en las prácticas cotidianas,” como podrían ser las convenciones de limpieza o las ‘buenas maneras’ aprendidas desde el nacimiento. Estos esquemas son inculcados y diferenciados socialmente según condiciones de acción e interacción (expresiones, gestos, gustos, etc.). Sin embargo, como señala Bourdieu (1972) la

¹ El capital cultural (diplomas escolares, competencia intelectual o artística...) y el capital social (la red de relaciones sociales que está a disposición de un agente determinado y que puede ser movilizad a su favor) podrían ser convertidos en capital económico y viceversa. A ello habría que añadir el capital simbólico que alude a “ciertos atributos impalpables pero decisivos que se asocian a los que ocupan posiciones dominantes en un determinado campo y que constituyen la base de la *legitimación* del poder: la autoridad, el prestigio, la reputación, la fama, la notoriedad, el honor, el talento, el gusto, la inteligencia, etc.” (Giménez, 1994, p. 11)

aplicación de estas reglas y esquemas no es una operación mecánica ni rígida. Por el contrario, consiste en un proceso creativo que involucra cierto grado de selección y juicio, mediante el cual las propias reglas y esquemas pueden ser modificados y transformados en el proceso mismo de su aplicación. Es decir que la lógica cultural implica al mismo tiempo una lógica de continuidad / discontinuidad, conformidad / disenso o conflicto.

Afirmar que un campo de acción o institución social se encuentra 'estructurado' significa que se caracteriza por asimetrías y diferencias relativamente estables en términos de la distribución y acceso a recursos de varios tipos, poder y oportunidades" (Thompson, 1990, 150). Por ello su análisis implicaría determinar las asimetrías y diferencias que son relativamente estables, señalando las posiciones de categorías y distinciones presentes de manera sistemática.²

Vale la pena resaltar, por último, que el análisis marxista al enfatizar la relaciones de clase, obscureció o subestimó otras formas de dominación y subordinación que no se basan en la división de clase ni pueden reducirse a ella. En las sociedades modernas, el análisis de la dominación y subordinación debe tomar en consideración otras divisiones igualmente fundamentales, tales como: entre sexos, entre grupos étnicos, entre estados-nacionales, por mencionar solamente algunos.

La tesis central de la teoría contextual de la cultura de Thompson, que sigue la propuesta de Bourdieu, implica que **el contexto social es constitutivo de la acción e interacción social tanto como de la producción y recepción de las formas simbólicas**: "Si las características del contexto social son constitutivas de la producción de las formas simbólicas, también son constitutivas de la manera en que éstas son recibidas y comprendidas. Las formas simbólicas son recibidas por individuos situados en contextos sociohistóricos específicos, y las características

² La habilidad de seguir ciertos objetivos e intereses depende de nuestra posición en un determinado campo o institución. El poder, analizado a nivel de campo o institución, implica una posición que nos dota de una capacidad ("empoderamiento") para tomar decisiones, esta capacidad se ejerce frente a otros, con los que se mantienen determinadas relaciones sociales. Las relaciones de poder son sistemáticamente asimétricas por lo que pueden definirse como relaciones de dominación (ibid. Pp. 150-151).

sociales de estos contextos moldean la manera que estas formas son recibidas, comprendidas y valoradas por ellos” (ibid. p. 153).

Al recibir e interpretar las formas simbólicas, los individuos se involucran en un proceso permanente de constituir y reconstituir el sentido (Grize, 1990). Este proceso es parte de lo que conocemos como **“la (re)producción simbólica de los contextos sociales.”** El sentido que es transportado por formas simbólicas y reconstituido durante la recepción puede servir para actualizar y reproducir los contextos de la producción y recepción. Es decir, puede servir de varias maneras para mantener las relaciones sociales estructuradas características de los contextos a través de los cuales las formas simbólicas son producidas y/o recibidas. Esta es una forma de reproducción social: es la reproducción mediada a través del entendimiento cotidiano de las formas simbólicas. Una consecuencia de ello es que las formas simbólicas frecuentemente son sujeto de procesos complejos de valoración, evaluación y conflicto.³ Por ejemplo, un mismo símbolo puede ser valorado y apreciado por un grupo, mientras que puede ser denunciado o despreciado por otros. Este conflicto es característico de las asimetrías y diferenciaciones sociales de todo tipo, especialmente del contacto entre diferentes culturas, como podría ser nuestro caso de estudio.

Un último rasgo de la cultura desde su dimensión simbólico-estructural es su **transversalidad**, es decir que ella “se nos presenta como ubicua, como una sustancia inasible que se resiste a ser confinada en un sector delimitado de la vida social. Dicho de otro modo: en cuanto hecho semiótico, la cultura está en todas partes” (Giménez, 1999, p. 77-78). Según Bassand (1981) “[la cultura] penetra todos los aspectos de la sociedad, de la economía a la política, de la alimentación a la sexualidad, de las artes a la tecnología, de la salud a la religión”(p.7).

³ La metodología de análisis propuesta por Thompson se encuentra influenciada por Ricoeur y consta de tres fases analíticas: producción / transmisión, construcción de mensajes y recepción / apropiación. Parte de un análisis etnográfico para reconstruir la interpretación cotidiana de las formas simbólicas en la vida social. Posteriormente, lo que correspondería a la hermenéutica profunda, se realiza un análisis histórico – social para reconstruir las condiciones de producción, circulación y recepción de las formas simbólicas (contexto) - análisis formal de la estructura interna de las formas discursivas. Por último, realiza la interpretación o reinterpretación que procede por síntesis, “construyendo creativamente un sentido global que imputa a los comportamientos o acontecimientos observados. La interpretación se propone fundamentalmente reconstruir la *dimensión referencial* de las formas simbólicas. Y como por definición toda interpretación puede ser en principio cuestionable, porque constituye una operación abierta a la disputa y conflictiva, la manera de resolverla sería una discusión racional en un espacio de comunicación libre (lo que no siempre es posible de lograr).

Por tanto, la cultura no es un ámbito especializado o “discreto” de la realidad social. El conjunto de las formas simbólicas, la cultura, no es más que la dimensión simbólico expresiva de todas las prácticas sociales por oposición (analítica) a su dimensión instrumental (Geertz, 1992). El estudio de la cultura se entiende como una estrategia analítica de la realidad social que no se basa en una delimitación rigurosa de un ámbito de fenómenos disociables de todos los demás fenómenos sociales” (Giménez, 1994; Wuthnow, 1987). En términos descriptivos podemos finalmente afirmar que la cultura es un universo de significados, de información, de valores y creencias que dan sentido a nuestras acciones y a las cuales recurrimos para comprender el mundo. En muchas ocasiones, este universo de sentido se expresa a través de símbolos, esto es, a través de un sistema de signos que lo representan y evocan, como serían: símbolos de solidaridad o jerarquía, evocaciones del pasado, símbolos nacionales, regionales, étnicos, míticos, religiosos, etc. Este es el material desde el cual se teje la identidad, como veremos más adelante.

Hoy podemos apreciar que la sectorización de la cultura del resto de las relaciones de la vida social ha sido resultado del proceso de especialización que caracteriza a las sociedades industriales y modernas que la propia división en el interior de las ciencias sociales ha favorecido. Lo que proponemos más adelante es que, a pesar de que es necesario realizar una demarcación en virtud de los objetivos de un análisis cultural, no debemos olvidar que se trata del estudio del conjunto de las relaciones sociales bajo un ángulo específico (Fossaert, 1983).

Todo lo anterior tiene implicaciones teórico metodológicas fundamentales en la manera en que nos aproximaremos a la cultura de la región de estudio: a) la enorme importancia del contexto, el estudio de las circunstancias sociohistóricas particulares, cuando hablemos de cultura tradicional nos referiremos a aquella que se manifiesta en el Valle de Atlixco a finales del siglo XX; b) el hecho de que los individuos forman parte de una *sociedad estructurada* (echan mano de recursos y cuentan con diversos grados de poder y autoridad), en nuestro caso estamos estudiando comunidades campesinas que han sido marginadas de los beneficios del crecimiento económico y social de México, comunidades que han sido

obligadas a una suerte de “resistencia” a las diferentes articulaciones de la economía regional hacia la nacional en detrimento de su espacio y su modo de vida; c) la cultura e identidad deberán ser estudiadas como expresiones de determinadas relaciones de poder tanto en el interior de las comunidades como en la región de Atlixco en su relación con las ciudades de Puebla y México (las formas culturales y organización social que sostienen o confrontan estas relaciones); d) por último, habremos de tener muy presente que el proceso de interpretación es abierto (múltiple y aún divergente o conflictivo) como veremos más adelante al estudiar el contexto de interpretación de los mensajes mediáticos, así como los diversos significados del proceso migratorio.

2.2. La Identidad como una Dimensión Subjetiva de la Cultura⁴

Al igual que el concepto de cultura, para el estudio de la identidad encontramos elementos fundamentales en la tradición socioantropológica que nos llega desde los clásicos (Pollini, 1987). Sin embargo, como señala Giménez (1997), esta temática ha sido puesta en escena gracias a la emergencia de los movimientos sociales basados en la identidad de un grupo específico (V.gr. étnico, regional, etc.) o de una categoría social (V.gr. movimiento feminista) para cuestionar una relación de dominación o reivindicar su autonomía.

De acuerdo con Giménez (1994), la problemática de la identidad debe situarse en la intersección de la teoría de la cultura y aquella de los actores sociales (*agency*), a partir del proceso de interiorización subjetiva de la cultura - como *habitus* (Bourdieu, 1979, 1982), o como *representaciones sociales* según la escuela de Moscovici, a la que haremos referencia más adelante (Abric, 1994) – por parte de los actores sociales, sean individuales o colectivos. Por ello, afirmamos, la identidad es la dimensión subjetiva de la cultura “considerada bajo el ángulo de su función distintiva.”

⁴ En esta sección vertimos gran parte de los contenidos revisados en el Seminario, impartido por el Dr. Giménez Montiel, “Cultura, Territorio e Identidad” de la División de Estudios de Posgrado de la UNAM (1995-96), así como los artículos elaborados entre 1995 y 2001 en torno a esta problemática y que se encuentran reseñados en la bibliografía (Giménez y Gendreau).

Para la realización de nuestro estudio resulta pertinente hacer una distinción entre la **cultura objetivada** (institucionalizada) y la **cultura subjetivada o internalizada**. Esta distinción, la propone Pierre Bourdieu (1979) para quien el capital cultural puede existir bajo tres formas: en estado incorporado, la cultura internalizada se presenta bajo la forma de *habitus* integrado por “planes corporales y mentales que operan como una *matriz simbólica* de las actividades prácticas, conductas, pensamientos, sentimientos y juicios de los agentes sociales” (Bourdieu, 1992, Pp. 16-17); en estado objetivado, en forma de “bienes culturales” (patrimonio artístico-monumental, libros, pinturas, etc.); y en estado institucionalizado (V. gr. la cultura escolar legitimada por títulos, prácticas rituales institucionalizadas, etc.). Para enmarcar los objetivos de nuestro estudio reduciremos estas tres formas a una dicotomía; denominaremos formas objetivadas de la cultura a las dos últimas y formas subjetivadas o interiorizadas a la primera. Por supuesto que existe una relación dialéctica entre ambas formas, ya que las formas objetivadas sólo cobran sentido si pueden ser apropiadas y permanentemente reactivadas por sujetos dotados de “capital cultural incorporado”, es decir, del *habitus* requerido para leerlas, interpretarlas y valorarlas. De lo contrario se convertirían en “letra muerta.”⁵

Existe, por tanto, una continuidad entre cultura e identidad en tanto que la última resulta de la forma particular y distintiva en que la primera es internalizada por los actores sociales como matriz unitaria (*ad intra*) y como una forma de diferenciación (*ad extra*) (Giménez, Gendreau, 1995). La identidad es

[...] el cúmulo de representaciones compartidas que funciona como matriz de significados y define y valora ‘lo que somos y lo que no somos’: el conjunto de semejanzas y diferencias que limita la construcción simbólica de un nosotros frente a un ellos. *No es un atributo estático*: mediante la interacción social, se construye en el tiempo y el espacio, y condiciona la acción a la vez que es condicionado por ésta. (De la Peña, 1992, p. 25)

⁵ “En cuanto sentido práctico, el *habitus* opera la *reactivación* del sentido objetivado en las instituciones [...]: el *habitus* [...] es aquello que permite habitar las instituciones, apropiárselas prácticamente y, por ende, mantenerlas activas, vivas y en vigencia; es lo que permite arrancarlas continuamente del estado de letra muerta y de lengua muerta, haciendo revivir el sentido depositado en ellas, pero imponiéndoles al mismo tiempo las revisiones y las transformaciones que constituyen la contrapartida y la condición de la reactivación” (Bourdieu, 1980, p. 96).

Para comprender el concepto de identidad es necesario distinguir entre lo que serían categorías sociales, actores sociales y colectividades. En primer lugar **las categorías sociales** constituyen una abstracción estadística y pueden definirse como una “posición agregada de estatus sociales cuyos sujetos no se encuentran en relación o interacción (Merton, 1965, P. 249); tal sería el caso de “las audiencias televisivas” que corresponden con algunos rasgos sociográficos (sexo, edad, ingreso, etc.) pero que no comparten un cuerpo común de normas y valores. En segundo lugar, los **actores sociales** (individuales o colectivos) conforman **grupos** que implican cierta conciencia y sentido de pertenencia basados en una interacción frecuente.⁶ Por último, encontramos **colectividades más amplias**, como la regional o nacional, cuyos miembros manifiestan ciertos “sentimientos de solidaridad puesto que comparten valores determinados que [se encuentran en la base] de los sentimientos u obligaciones morales que les obligan a responder, como si fuera un deber, a las expectativas ligadas con ciertos roles sociales” (íbid.).⁷ Estas colectividades más amplias corresponderían a las grandes “comunidades imaginadas” en el sentido de Anderson (1983) como la nación⁸ y la iglesia universal – pensadas como una suerte de “cuerpos místicos.” Algunos autores han caracterizado la naturaleza peculiar de la pertenencia a estas grandes comunidades imaginadas e imaginarias llamándola “identificación por proyección o referencia” en clara alusión al sentido freudiano del término (Gallisot, 1987, citado por Giménez, 1997, p.7). Como ejemplos vivos de este sentido de pertenencia, encontramos a muchas comunidades campesinas tradicionales que forman una con sus antepasados y aun con “los ausentes” (migrantes).

Hablando estrictamente, la identidad social podría ser imputada a un individuo, a un grupo o, en otra escala, a alguna colectividad. De hecho el concepto identidad forma parte de la teoría de los actores sociales (Tourraine,

⁶ La diferencia entre culturas, por consiguiente, no depende del “inventario” de características que pueda hacer un observador externo. Los rasgos diacríticos que invocan los actores sociales son los que conforman la identidad, dado que ésta es la dimensión subjetiva de la cultura.

⁷ Evidentemente todos los grupos son colectividades: esta distinción no es meramente taxonómica; el control social tiene lugar de maneras diversas en los grupos o en las colectividades. Aún más, las colectividades constituyen un espacio para la constitución de un grupo: sus valores comunes y normas hacen posible la interacción social” (Merton, 1965, p.248-249).

⁸ No abundaremos en la discusión de la conformación de la identidad nacional, salvo para contraponerla a la identidad regional (Cfr. Cap. III). Recomendamos la lectura de (Dieckoff & Gutiérrez, 2001) en cuya obra se liga la construcción de la identidad nacional a tres imperativos del estado – nación: la estandarización de las prácticas, la “homogeneización y delimitación” de una cultura común válida para los ciudadanos de una nación.

1984; Melucci, 1985; y Pizzorno, 1983) que en años recientes ha venido creciendo ante la crisis de los paradigmas deterministas. No obstante, hay que tener en cuenta la precaución que señalan algunos autores de evitar “hipostasiar” los colectivos como si se tratase de individuos. Pero

“[...] es posible hablar en sentido propio de identidades colectivas si es posible concebir actores colectivos propiamente dichos. [...] Tales grupos (V. gr., minorías étnicas o raciales, movimientos sociales, partidos políticos y asociaciones varias...) y colectividades (V.gr. una nación) no pueden considerarse como simples agregados de individuos (en cuyo caso la identidad colectiva sería también un simple agregado de las identidades individuales), pero tampoco como entidades abusivamente personificadas que trasciendan a los individuos que los constituyen (lo que implicaría la hipostatización de la identidad colectiva.” (Giménez, 1997, p. 11).

Habría que considerarlos más como entidades relacionales, como totalidades diferentes de los individuos que las componen (recordemos la tesis durkheimiana), y en cuanto tales obedecen a procesos y mecanismos específicos (Lipianski, 1992, citado por Giménez (1997)). La identidad colectiva, como veremos a través de nuestro estudio, nos permite conferir significado a una determinada acción realizada por alguna persona, miembro del grupo o colectividad. De acuerdo con Pizzorno (1989) una vez conociendo la cultura podría imputarse un determinado sentido a la acción individual. En nuestra población estudiada, la migración es concebida como una estrategia de sobrevivencia de la familia campesina y no meramente como una suerte de “superación personal” que implicaría alejarse o separarse de este grupo fundamental.

Conviene precisar, además, que las identidades colectivas constituyen solamente la dimensión subjetiva de los agentes colectivos, nunca su expresión exhaustiva, es decir, no son sinónimos. E inversamente, no todos los actores que participan en determinada acción colectiva comparten de manera unívoca y en el mismo grado las representaciones sociales que definen subjetivamente la identidad colectiva de su grupo de pertenencia. Según podremos abundar en el siguiente capítulo, la pertenencia a la Nación Mexicana, la nacionalidad, es

definida y vivida de maneras muy diferentes por los grupos sociales dominantes y por aquellos subordinados, como serían los campesinos (Knight, 1994). Además, siguiendo este ejemplo, no toda identidad colectiva es prerequisite de la acción colectiva, ni viceversa. Veremos la enorme variedad en la justificación que dan los diversos grupos sociales para participar en las guerras contra los invasores extranjeros en el siglo XIX, cuya participación moldea y articula en gran medida las identidades locales y regionales en el centro de México.

Para Habermas (1987) la identidad se encuentra ubicada en el “campo de la subjetividad” de los actores sociales. Ello implica, por definición, el punto de vista de estos actores – insertos en redes sociales de interacción – en relación con *su unidad y sus fronteras simbólicas* (o diferencias), es decir que integra en un todo coherente las diversas experiencias sin importar tanto el contenido como la continuidad de las diferencias; *su (relativa) persistencia en el tiempo*, a través de una biografía incanjeable o de la memoria colectiva compartida; y su *ubicación en “el mundo,”* es decir, en el espacio social y geográfico, como veremos. Por lo tanto, la identidad no debe confundirse con lo que alguna vez se llamó “personalidad” o “carácter social” pues esta última supone el punto de vista objetivo del observador externo. Ya Fredrik Barth (1976) había observado que la identidad de un grupo étnico, por ejemplo, no puede deducirse de la observación directa o de sus rasgos meramente objetivos; no todos ellos tienen un mismo significado para la definición identitaria desde el punto de vista subjetivo de los actores sociales quienes seleccionan sólo algunos de estos rasgos y los jerarquizan de manera que adquieran significado. Más aún, en la medida en que la identidad social tiende a operar como una forma de *super ego* idealizado, los actores sociales tienden a invocar, a definir su identidad, sus rasgos culturales y a “inventar tradiciones” (Hobsbawm, 2002) de tal manera que no siempre cuentan con referencias empíricas.

Para Loredana Sciolla (1983) la identidad realiza tres funciones básicas: a) una **función locativa**, en tanto que sitúa al sujeto en un espacio simbólico y social (que además podría estar ligado a un determinado territorio, como veremos); b) una **función selectiva**, que permite al sujeto ordenar sus preferencias y elegir

entre diferentes alternativas o cursos de acción; y c) una **función integrativa** en el sentido de que ésta provee al sujeto con un marco interpretativo que le permite enlazar las experiencias del pasado con las del presente en una unidad intransferible como relato de “historia de vida” o biografía, o como la memoria colectiva de un grupo social. La existencia de una identidad implica que los actores se reconozcan a sí mismos, sin importar que a través de su historia sus rasgos culturales se mantengan, se transformen, integren los de otra cultura, se pierdan o vuelvan a renacer. Lo que define la identidad no es tanto su contenido inmutable como la permanencia de los límites; de la distinción que permiten una identificación activa de los sujetos que se reconocen como miembros de una comunidad que manifiesta su identidad y conserva su particularidad frente a otros; y de la orientación de su acción a partir de una jerarquía de valores que lo lanzan hacia un proyecto futuro.

Como todo fenómeno cultural, la identidad se encuentra condicionada por y ligada a ciertos contextos sociales y procesos históricos específicos, que la constituyen, adaptan y redefinen a través del tiempo (Thompson, 1990). Y ligado a su carácter contextual se encuentra su **carácter relacional**. Esto significa que la identidad no es una esencia ni un atributo o cualidad del sujeto. Debe ser concebida más bien como la autopercepción del sujeto en relación con otros. En otras palabras, la identidad subjetiva emerge y se afirma solamente en la confrontación con otras identidades, en el proceso de una interacción social que frecuentemente implica una relación desigual y, por lo tanto, luchas y contradicciones (V.gr. obrero/patrón; hombre/mujer; mexicano/’gringo’ o ‘gachupín’, entre otros).

Otro rasgo importante se refiere a la **carga valorativa** que toda clasificación identitaria implica. El reconocimiento de la identidad (tanto si es auto como hetero-reconocimiento) se centra en la formulación de un juicio de valor, en la asignación de una jerarquía de inferioridad o superioridad. Y es que, el reconocimiento de la identidad es un caso especial de la clasificación social, como señala Bourdieu (1992); pero los actores sociales confieren a estas clasificaciones un significado cultural particular ya que “la clasificación que establece una distinción de

relaciones entre familiares y extraños, entre noble y campesino, entre jefe y subordinados, etc., que toman con ellas el significado de constelaciones, de creencias y de sentimientos que definen y dan sentido a estas diferencias” (Thompson, 1990, p. 16).

Esta tendencia de los actores sociales, individuales o colectivos, a valorar positivamente su identidad, tiene como consecuencia estimular la autoestima, la creatividad, el orgullo de pertenencia, la solidaridad grupal, la voluntad de autonomía y la capacidad de resistencia contra la penetración de elementos exteriores. No obstante, la existencia de una identidad positiva, que cohesiona al grupo y lo proyecta al futuro, implica necesariamente determinadas condiciones sociales y materiales para su desarrollo. Por ejemplo, en el Valle de Atlixco en las localidades donde la identidad local es fuerte y positiva –ha resistido los embates de la cultura dominante por deslegitimar su forma de vida -, el campo es un factor de viabilidad económica que permite sustentar la vida, el culto, las tradiciones; en estas localidades encontramos una identidad positiva, abierta, incluso podríamos decir “proyectiva” en cuanto lanzada al futuro.

Sin embargo, en contados casos encontramos individuos y localidades con una representación negativa de la propia identidad, ya sea porque ha dejado de proporcionar “el mínimo de ventajas y gratificaciones requerido para que pueda expresarse con éxito moderado en un determinado contexto social” (Barth, 1976, p. 28), o porque no existen ya bases materiales para el sustento de la vida colectiva, como sucede en regiones marginadas y depauperadas de la Mixteca Poblana. Aún encontramos muchos casos, en nuestro país, de personas que niegan su pasado rural o indígena porque la cultura dominante, que se funda en criterios racistas muy profundos, los ha estigmatizado. En algunos casos esto se debe a que el propio actor social ha introyectado los estereotipos y estigmas que le atribuyen en el curso de las “luchas simbólicas” las clasificaciones sociales. Los actores (individuos o grupos) que ocupan la posición dominante en “la correlación de fuerzas materiales y simbólicas,” y que generalmente se arrogan el derecho de imponer la definición “legítima” de la identidad y la “forma legítima” de las clasificaciones sociales estereotipa y estigmatiza los rasgos culturales de otros

grupos sociales presentándolos como inferiores, carentes de valor o ilegítimos (Bourdieu, 1982, 136 y ss.). En estos casos la identidad “vergonzante” genera frustración, complejo de inferioridad y desmoralización en el individuo, y una especie de “evaporación” o pérdida de los miembros del grupo.

La identidad, como mencionamos arriba, puede ser **individual o colectiva**; de hecho la última es condición de posibilidad de emergencia de la primera. Existe una relación dialéctica entre individuación y grupalidad:

Por un lado, buscando los medios de diferenciarse de otros, el individuo debe aprender desde su más tierna infancia la cultura de su sociedad y de los microgrupos a los cuales pertenece; pero por otro lado, tratará de adaptar la mayoría de las informaciones que le conciernen al interior de las redes de sus relaciones privilegiadas que forman estructuras de comunicación relativamente informales (Bassand, 1990, p. 140).

Una característica de la identidad (individual o colectiva) es su carácter **multidimensional**, ya que resulta del registro del sujeto en diferentes círculos (concéntricos o intersectados) de pertenencia. Por ejemplo, Don Pancho, uno de los sujetos entrevistados en San Pedro Cuaucó, se define a sí mismo como campesino, miembro de la familia López, de origen Nahuatl, el padre de una familia extensa, miembro de la Iglesia Católica gracias a su participación en el sistema de cargos, zapatista y mexicano. Sin embargo, una dimensión domina claramente su identidad: es ser un campesino pobre. De la misma manera, *mutatis mutandis*, esta multidimensionalidad corresponde a las identidades colectivas. Por ejemplo, un grupo indígena se concibe a sí mismo como campesino y mexicano. Por consiguiente, las diferentes dimensiones de su identidad se enclavan en una organización campesina y en una “comunidad nacional” mucho más amplias, que generalmente se subordinan a su sentido de pertenencia étnica.

Otra característica central de la identidad social es su **plasticidad**, su enorme capacidad de ajuste, de variación y reconstrucción. Las identidades nacen, crecen, se transforman y, en algunas ocasiones, mueren y renacen nuevamente. Es por ello que algunos autores prefieren **hablar de procesos de identificación más que de identidad** (Gallisot, 1987).

Para el estudio de este proceso Horowitz (1975) desarrolla un marco analítico que capta la profundidad y extensión del cambio identitario, tanto individual como social, según la siguiente clasificación: a) **la transformación**, implica un proceso de ajuste gradual al ambiente cambiante a través del tiempo; b) **la mutación**, supone la alteración cualitativa del sistema identitario. En el caso de identidades colectivas existen dos figuras de la mutación cultural, una es **la asimilación**, que implicaría una “amalgama” de identidades previas o la construcción de una nueva matriz identitaria a partir de otras identidades. Y la segunda figura, **la diferenciación**, es una división o proliferación de nuevas identidades provenientes de la misma matriz identitaria.

En el caso de las identidades individuales, el fenómeno de **aculturación** debido al contacto intercultural – que puede darse por diversas causas: la migración, el flujo de formas simbólicas mediatizadas, el intercambio comercial, las guerras, etc. – podría dar lugar a otra modalidad de cambio identitario, **la adaptación**, mientras que la conversión religiosa podría considerarse como una figura prototípica de la mutación de identidad.⁹

Nos interesa hacer algunas precisiones más en torno al proceso de aculturación debido a que frecuentemente el estudio de las migraciones humanas desde la perspectiva cultural han abordado este tema. En el ámbito de la antropología se ha empleado el término para describir lo que ocurre cuando personas o grupos de diferente cultura – por ejemplo, las sociedades occidentales económica y culturalmente “desarrolladas” se ponen en contacto con sociedades étnicas mucho más simples o “atrasadas” – entra en contacto directo, produciendo cierto grado de asimilación. El estudio del contexto que favorece este proceso es de suma importancia, como veremos para el caso de los migrantes poblanos en Nueva York.

Desde el punto de vista subjetivo, el cual nos interesa en este momento, la **aculturación** implica la asimilación de algunos rasgos o características culturales de los grupos que entran en contacto. Esto supone, al mismo tiempo, alguna

⁹ De hecho la conversión religiosa puede describirse como el “tránsito” o la “emigración” de un individuo desde un campo identitario hacia otro, renunciando al primero. Por lo tanto, las conversiones religiosas implican, de acuerdo con Peter L.

forma de reorganización, alteración o reacomodo de la cultura previa del individuo o grupo. Sin embargo, de acuerdo con Milton Gordon (1964), quien concuerda con un sinnúmero de estudios antropológicos realizados recientemente, la aculturación no garantiza la asimilación total. Esta implicaría una “asimilación estructural” (en palabras de este autor) mediante el acceso completo a las instituciones de la sociedad receptora como escuelas y universidades, organizaciones políticas y a los “clubes” de los grupos dominantes. En la Nueva España, por ejemplo, los mestizos y criollos tenían un acceso muy limitado a los puestos de poder en las instituciones religiosas, culturales, políticas o económicas gobernadas por los peninsulares, a pesar de que compartían una misma cultura y una misma religión. Y en un ejemplo reciente, veremos que los migrantes del valle de Atlixco que viven en Nueva York no son capaces de ser asimilados a la sociedad receptora. No sólo porque la cultura y lengua representan una barrera, sino por el estado de “persecución” permanente en que viven debido al carácter indocumentado y al bajo status socioeconómico de las actividades que realizan (Cfr. Cap. IV). Por tanto la asimilación no es posible sin la aceptación por parte de la sociedad receptora, profundamente racista, como la estadounidense.

Estamos en condiciones de precisar algunas relaciones teóricas entre cultura, aculturación e identidad. La identidad requiere siempre, como punto de apoyo, una matriz cultural que comporta los emblemas de contraste que marca sus límites – límites que pueden cambiar, pero no su función. Pero, como hemos dicho anteriormente, esta matriz no se identifica con la cultura objetivada, aquélla que puede ser descrita desde el punto de vista del observador externo. Es decir, la cultura subjetivada resulta de la internalización selectiva de algunos elementos de la cultura institucionalizada previamente. Por lo tanto, muchos de los elementos de la matriz cultural pueden cambiar sin que necesariamente se transforme el sentimiento de continuidad ni la permanencia de la identidad. Es a partir de este postulado teórico y tomando en cuenta las diferentes modalidades del cambio cultural e identitario que deducimos una tesis fundamental: Desde una perspectiva diacrónica, **la identidad se define primariamente por la continuidad de sus**

Berger (1971) una “migración ‘entre’ mundos religiosos.” Más precisamente, la transferencia individual de un mundo

límites, es decir, por sus diferencias, más que por el contenido cultural que, en un momento dado, marca sus límites simbólicos o diferencias. Por lo tanto las características culturales de un individuo o grupo podrían ser alteradas a través del tiempo sin que fuese modificada su pertenencia al grupo o su identidad (Barth, 1976). En resumen, la identidad se caracteriza a partir de cierta unidad y fronteras simbólicas y por su relativa persistencia en el tiempo, reconocidas por el grupo o sujeto.

Como discutiremos más adelante, en términos de tipos ideales (Weber, 1976) – y no en el sentido de una realidad concreta, mucho menos de una transición lineal – las identidades, según sus rasgos, podrían clasificarse como **tradicionales** o modernas. Las primeras, generalmente colectivas, se encuentran internalizadas a partir de la convivencia diaria y la continuidad con el pasado, son establecidas por una colectividad solidaria; entre sus rasgos fundamentales resaltan el alto contenido religioso y su referencia permanente a un territorio, al pasado, a las tradiciones de un grupo determinado, a su memoria colectiva,¹⁰ sus tradiciones y modos de vida. En el otro polo, las identidades **modernas**, ancladas en una cultura caracterizada por la “multiplicidad de los mundos de la vida” (Berger, 1971) presentaría los rasgos opuestos: fundamentalmente dislocada, inestable e individualista, resultado de una opción más bien reflexiva y no tanto de una herencia social.

En efecto, la identidad y el sentido subjetivo de la vida no pueden arraigarse en una única definición común de la realidad ni puede ser percibida como un destino. Si bien la memoria colectiva forma parte del sustrato básico de la identidad, ésta es transformada a partir de las opciones personales en el proceso de construcción del sujeto. Sin embargo, este rasgo es mucho más acentuado en la identidad moderna, que se presenta siempre como abierta e inacabada, propensa a la conversión, sobrerreflexiva y, finalmente, múltiple y diferenciada.

religioso a otro (p. 69).

¹⁰ El concepto de memoria colectiva acuñado por Halbwachs permite hacer una conjunción entre herencia e identidad. Si la historia es objetiva y acentúa las discontinuidades temporales, la memoria colectiva, por el contrario “actúa de tal manera que los cambios se resuelven en similitudes tales que constituyen los rasgos fundamentales del grupo.” (Citado por Bassand, 1990, p. 223)

Ahora bien, de la discusión anterior en torno al proceso de aculturación podemos derivar la siguiente tesis: la modernización por aculturación no necesariamente implica una mutación identitaria, sino solamente su redefinición adaptativa. El contacto con la modernidad podría provocar la reactivación de la identidad tradicional a través de algunos procesos regenerativos. Esta tesis ha sido frecuentemente verificada por la sociología de la migración (Pollini, 1987; Santos Jara, 1991). Regresaremos sobre esta discusión más adelante en el capítulo.

Con el objeto de presentar aquí la riqueza de la discusión en torno a la identidad, describiremos de manera sucinta la propuesta de Alain Tourraine (1979) quien al hablar de los proyectos de los actores sociales señala que las identidades podrían ser **defensivas** u ofensivas. Las primeras tendrían como rasgos fundamentales el ser conservadoras y cerradas en sí mismas, limitadas a la “sobrevivencia” ya sea económica o social y destinadas a defender su forma tradicional de vida en contra del proceso de dominación (como podría ser el proceso de modernización). Por otro lado, las identidades **ofensivas** - habría quien les llamaría dominantes (Martín-Barbero, 1991) – serían mucho más abiertas, no se limitarían a la autoafirmación, sino que presentarían un proyecto futuro y un deseo de cambiar. Numerosos autores identifican las primeras (defensivas) con las identidades tradicionales, y las segundas (ofensivas) con las modernas. Como si las primeras carecieran de proyecto futuro y estuviesen volcadas fundamentalmente al pasado. Nuevamente aquí hace falta investigación empírica que evite esta equivalencia simplista.

2.2.1 La Pertenencia Social y la Identidad

En la tradición sociológica encontramos de diferentes maneras la afirmación de que la identidad del individuo se define principalmente, aunque no exclusivamente, por la pluralidad de sus pertenencias sociales.¹¹ Hemos visto que

¹¹ Existe una evidente afinidad en el concepto de pertenencia e identidad / identificación. En la medida en que la identidad y la consciencia de sí hacia su ubicación en el mundo (social) incluye la representación del grupo en el que uno está inserto

es precisamente esta pluralidad de pertenencias la que, en lugar de debilitar o diluir la identidad, la definen y constituyen. El propio Simmel establece una correlación positiva entre el desarrollo de la identidad del individuo y la amplitud de sus círculos de pertenencia. En este sentido, mientras más amplios son los círculos sociales de los que se es miembro, tanto más se refuerza la identidad personal (Citado por Pollini, 1987, p. 32).

Sin embargo, como afirma Giménez (1997) “la pertenencia social implica la inclusión de la personalidad individual en una colectividad hacia la cual se experimenta un sentimiento de lealtad” (p. 6). Y esta pertenencia se actualiza a través de la asunción de algún papel dentro de la colectividad considerada (ser fiel dentro de la iglesia, activista en un partido político, etc.), pero sobre todo mediante la apropiación e interiorización, al menos parcial, del complejo simbólico cultural que representa o es emblema de dicha colectividad (Pollini, 1990, p. 186). La pertenencia social puede manifestar diferentes grados, que pueden ir desde la membresía nominal hasta la militancia, sin excluir todas las variantes del disenso y la apostasía.

Pertenencia etimológicamente se refiere tanto al hecho objetivo de ser parte de alguna cosa, como a la conciencia subjetiva de este hecho. El autor fundamental de esta afirmación es sin duda R.K. Merton (1968) que distingue varios elementos de la definición de pertenencia: **objetiva** (frecuencia estable de interacciones), **subjetiva** (autodefinición) e **intersubjetiva** (definición de otros). Ello nos ofrece además una imagen dinámica (estado de la pertenencia) y no distingue la modalidad en la relación con las características del grupo (sea éste formal o informal) (Pollini, 1984). En este sentido cualquier grupo social - y, por lo tanto, un grupo territorial - se encuentra constituido por sujetos ubicados en el espacio físico (Strassoldo e Tessarin, 1992, p. 37).

La tesis de que la pertenencia a un grupo o a una comunidad implica compartir el complejo simbólico – cultural que funciona como su emblema nos permite abordar esta problemática desde la teoría de las representaciones sociales desarrollado por la escuela europea de psicología social (Moscovici,

(al cual uno pertenece); la identificación, y más explícitamente la individuación, se realiza siempre en relación con el grupo

1984, 1986; Jodelet, 1984, 1989, entre otros). Desde esta perspectiva la pertenencia a un grupo o a una comunidad implica compartir, al menos parcialmente, el núcleo de representaciones sociales que los caracteriza y define. Las representaciones sociales son construcciones socio-cognitivas propias del pensamiento ingenuo o “sentido común” que pueden definirse como “conjunto de informaciones, creencias, opiniones y actitudes a propósito de un objeto determinado” (Abric, 1994, p. 19). Las representaciones sociales son “una forma de conocimiento socialmente elaborado y compartido, orientador de la práctica, que permite la construcción de una realidad común a un conjunto social (Jodelet, 1989, p.36). Por consiguiente, las representaciones sociales se encuentran internamente estructuradas y siempre socialmente contextualizadas, se erigen en marcos de percepción y de interpretación de la realidad, a la vez que como guías de comportamiento y prácticas de los actores sociales.¹²

Esta es otra manera de aproximarse a la problemática de la construcción de la subjetividad (*the self*) ya que las representaciones definen la identidad en tanto “[...] tienen también por función situar a los individuos y a los grupos en el campo social [...] permitiendo de este modo la elaboración de una identidad social y personal gratificante, es decir, compatible con sistemas de normas y de valores social e históricamente determinados.” (Mugny y Carugati, 1985, citado por Giménez, 1997, p. 8)

Por lo tanto, la pertenencia social es un criterio básico que permite a las personas distinguirse, considerarse como únicas “en el sentido de que a través de ella los individuos internalizan en forma idiosincrática e individualizada las representaciones sociales propias de sus grupos de pertenencia o de referencia” (Giménez, 1997, p.8). Es decir que los individuos siempre “modulan” (moldean) las representaciones de su grupo, dando lugar a divergencias y contradicciones de comportamiento entre individuos que comparten un mismo haz de representaciones sociales. Ya hemos señalado esta relación dialéctica, no

de pertenencia. En la literatura no especializada estos términos se expresan de manera intercambiable.

¹² El concepto de representación social se asemeja al *habitus* de Bourdieu (1980) en la medida en que permiten a los hombres de cierto grupo social pensar, sentir y “ver” las cosas desde el punto de vista de su grupo de pertenencia y de referencia (Merton, 1956, citado por Pollini, 1987, Pp. 92 y ss).

unívoca, entre identidades individuales y colectivas, base para la renovación y el cambio sociocultural.

Con excepción de los rasgos que son propiamente psicológicos o de personalidad atribuibles a los procesos subjetivos (sujeto-persona), los elementos centrales de la identidad se definen

[...] como la capacidad de distinguirse y ser distinguido de otros grupos, de definir los propios límites, de generar símbolos y representaciones sociales específicos y distintivos, de configurar y reconfigurar el pasado del grupo como una *memoria colectiva* compartida por sus miembros (paralela a la *memoria biográfica* constitutiva de las identidades individuales) e incluso de reconocer ciertos atributos como propios y característicos – también pueden aplicarse perfectamente al sujeto – grupo o, si se prefiere, al sujeto – actor colectivo (Giménez, 1987, p. 12).

La teoría del *habitus* de Bourdieu - que guarda parentesco con el modelo lingüístico de análisis de la cultura - nos permite aproximarnos desde otro ángulo a esta problemática. El *habitus* funciona como una especie de gramática generativa de las prácticas, como una competencia cultural, análoga a la competencia lingüística (Chomsky) pero vinculada a los diferentes contextos sociales. Por tanto, el *habitus* sería la interiorización de reglas sociales, un conjunto de disposiciones durables, orientadoras de la acción que se define como un “sistema subjetivo pero no individual de estructuras interiorizadas, que son esquemas de percepción de concepción y de acción” (Bourdieu, 1972a, p. 12). Por ello acepta la creatividad siempre gobernada por ciertas reglas. La distinción entre lengua y habla nos permitiría otro ejemplo. La lengua es un fenómeno socialmente heredado, nos proporciona un marco para aproximarnos al mundo, comprenderlo y situarnos en él; sin embargo el habla, aunque regida por reglas gramaticales estrictas, es un hecho subjetivo que produce una infinidad de variaciones que no se deducen directamente de sus condiciones de producción (objetivas) sino que dependen de la intencionalidad, el contexto, los rasgos de cada sujeto. De esta manera, aunque se trata de una categoría subjetiva, el *habitus* no tiene una génesis individual. Este forma parte de la teoría del Campo Cultural que hemos descrito arriba.

Es precisamente el *habitus* el que confiere a la práctica colectiva su coherencia y su unidad. “Da la impresión de orquestación y armonía preestablecida que produce en el observador el funcionamiento de toda sociedad.” Esta teoría permite ligar de manera clara la dinámica cultural de la “socialización” o interiorización de las normas sociales, pero incluyendo a la vez los campos de la desigualdad social y del poder (económico, político, cultural), arraigando las prácticas culturales en el contexto social. El parentesco con la teoría de las representaciones sociales es resaltada por el propio Bourdieu (1992).¹³

Por último, la identidad presenta una clara función selectiva (jerarquizadora) que permite al sujeto – o grupo social - ordenar sus preferencias y escoger entre diferentes alternativas de acción (Sciolla, 1983). Además la identidad orienta y modela el plan o trayectoria de vida – o proyecto social – otorgándole unidad y continuidad. A continuación abordaremos la problemática identitaria en su relación estrecha con el espacio físico o socioterritorial.

2.3 Problemática de la Identidad desde la Perspectiva Socioterritorial

En el conjunto de las ciencias regionales, el sentimiento de pertenencia territorial ha sido un aspecto poco estudiado tanto por la sociología, como la economía o la historia, y se ha desarrollado como un tema secundario en la geografía y la ecología humanas del siglo XX. No obstante, la crisis de la ideología de matriz moderna ha permitido a los elementos más profundos y vitales de la vida social emerger con un filo novedoso. No sólo el lazo con la naturaleza, sino aquél con la “matria,” con el ambiente de vida cotidiana han encontrado un amplio espacio expresivo y legítimo en las últimas dos décadas.

El territorio es uno de los nombres con los cuales las ciencias sociales se refieren a la dimensión físico-espacial de la realidad social. Dimensión

¹³ “En efecto, si el *habitus* es también un *eidos*, un esquema de percepción, antes que nada es un esquema de autopercepción. Y la identidad se define precisamente como una autoimagen, como la autopercepción de un sujeto en relación con otros, tomando como marcas de diferenciación elementos culturales como las creencias, los valores y las ideologías. Se comprende entonces por qué la identidad propia –la individual y la colectiva – se vive normalmente en forma inconsciente, bajo la modalidad del *habitus* y sólo se torna reflexiva y consciente cuando es desairada por situaciones críticas que exigen su recomposición total o parcial” (Giménez, 1994, p. 9).

evidentemente ubicua y necesaria si admitimos que la sociedad no es solamente un constructo mental. Inicialmente el territorio es concebido como elemento o “ente territorial” del Estado o la comuna; en la geografía y la geopolítica en concordancia con el “espacio;” en urbanismo, en la contraposición campo/ ciudad. Sin embargo, dependiendo de la tradición que estudiemos encontramos diversas raíces verbales (lugar, espacio, geo-, región, eco-, etc.). De manera que del sentimiento de pertenencia territorial podría decirse de pertenencia: local, espacial, geográfica, regional, ecológica, o, siguiendo una tradición de la geografía fenomenológica “sentimiento de lugar” o “topofilia” (Tuan, 1982).

Hemos abordado ya el tema de la pertenencia social, del sentido o sentimiento de pertenencia (identidad, identificación), que es un hecho subjetivo tanto como objetivo. Al hablar de **pertenencia socioterritorial** estamos imputando específicamente al sentimiento de pertenencia territorial, compartido por un grupo humano, con un sustrato cultural, económico, demográfico específicos.¹⁴

No obstante, como señala Pollini (1984), en sociología se tiende a considerar el territorio no como objeto directo de apego (afección, identificación, pertenencia) sino como símbolo y mediador de la pertenencia social. El sujeto se siente ligado y perteneciente al territorio no en sí, sino en cuanto en él vive el grupo que es el objeto real de aquel sentimiento. En cuanto es compartido y semejante; en cuanto **es la representación simbólica del grupo**.

La relación “primordial” del hombre con su territorio inmediato – la casa, la propiedad, el pueblo, el paisaje – ha sido escasamente estudiada. La “tierra”, así como la sangre, la lengua, la religión, las costumbres, siempre han sido considerados como los factores primarios de la solidaridad, cohesión, integración social, al menos en las sociedades preindustriales (Pollini, 1987). El concepto de **comunidad**, central en todo el pensamiento sociológico antropológico, deriva su importancia de la fusión de elementos tanto psicosocioculturales como territoriales. La comunidad es una forma de convivencia inmediata, natural, espontánea,

¹⁴ En nuestro estudio de campo se considerarán aspectos objetivos (sociodemográfico, económico, propiedad de la tierra, movilidad social y espacial, migración) y subjetivos (representación y valoración de los aspectos espaciales de la zona o región de pertenencia, redes sociales y familiares, compromiso con acciones muy concretas, etc.) del sentimiento de pertenencia socioterritorial (Cfr. Capítulo IV).

primordial (“mecánica” como diría Durkheim); se basa en las relaciones íntimas, primarias, personales, cara a cara, que son posibles gracias a las condiciones de residencia y vecindad. Es por ello que, señalan los autores clásicos, la comunidad sólo puede ser pequeña y radicar en un espacio limitado (ser localizada). En el otro extremo de la escala, la nación o etnia, como núcleo central de una formación social podría ser de tipo “aespatial” (basado en criterios de raza, lengua, religión, costumbre), pero, salvo contadas excepciones marginales, ésta no puede subsistir sin un territorio, un espacio físico en el que se inserten las relaciones sociales. Casa y patria, familia y nación son sin duda los sistemas socioespaciales más fuertes en la conciencia común, que suscitan sentimientos de lealtad y pertenencia, identidad y solidaridad, más profundas. Estas podrían resumirse en la advocación “sangre y tierra”, sangre como identidad biológica que debe ofrendarse a la grandeza de la casa grande, la patria.

Entre casa y patria existe una gama vasta de sistemas socio-espaciales (territoriales) o “niveles de comunidad”: grupos de casas (barrio, vecindad, colonia); pueblo o localidad (dotado de una cierta organización colectiva); el municipio y, sobre estas encontramos una jerarquía de organizaciones de contenido administrativo, socioeconómico y sociocultural que varían desde la provincia, la región, el país, hasta el Estado.

La antinomia comunidad / sociedad (profundizada por Durkheim, Weber, Tönnies, entre otros) ha permanecido como una concepción firme en la tradición sociológica. En la concepción clásica, los sistemas socioterritoriales restringidos son “destinados” a fundirse en un proceso de ampliación continua de redes de relaciones y de horizontes mentales; este proceso es visto como uno de los aspectos fundamentales del “progreso” – que adquiere otros nombres como desarrollo, modernización, racionalización y, recientemente, globalización. Tal proceso se ha alimentado sobre todo de la tecnología de comunicación que libera la interacción social de la necesidad de la co-presencia entre los actores y ha permitido superar la “fricción” del espacio (Thompson, 1990) al grado que muchos autores hablan hoy de una progresiva “supresión” del espacio como una dimensión importante de la estructura social. Espacialidad, localismo,

territorialidad, son consideradas dimensiones propias del pequeño sistema social (la comunidad el pueblo, la ciudad, la región), mientras que el sistema social global empezaría a ser considerado como aespacial (Cfr. Lumann); al menos desde la perspectiva sociológica, el territorio dejaría de tener importancia. La contraposición hoy no se hace entre la pertenencia (identificación) territorial pequeña y grande, sino en términos de **localismo**, por un lado, y **cosmopolitismo** o globalismo, por el otro. En otras palabras, el localismo como concepto análogo a comunitarismo, municipalismo, provincialismo, ha sido considerado generalmente en la sociología dominante –inmersa en la ideología de la modernidad – como un fenómeno retrógrado, si no es que regresivo o reaccionario - en la siguiente sección abordaremos con mayor detenimiento este aspecto.

En la tradición sociológica, como hemos dicho, esta problemática se expresa en la contraposición entre comunidad y sociedad. Los aspectos fundamentales del cambio social (progreso), han sido definidos en términos de transformación de la comunidad (pequeña, estable, solidaria, natural, localizada) a la sociedad (grande, móvil, competitiva, artificial, deslocalizada). Sin embargo, a partir del proceso de globalización - del cual hablaremos más adelante -, ha surgido un nuevo interés por el fenómeno local y encontramos reflexiones sociológicas que refutan tal macroteoría del evolucionismo lineal a favor de una visión mucho más articulada y compleja. Esta es una de las principales vías de renovación de la teoría sociológica que ha revalorado la dimensión espacial. Cuando abandonamos el ensayismo de la reflexión posmoderna, podemos reflexionar de manera lúcida en las dimensiones de la relación entre cultura y territorio, espacio geográfico y social a partir de la siguiente propuesta:

La observación empírica cuidadosa muestra que el espacio (en sus diversas especificaciones), permanece como uno de los aspectos fundamentales de la realidad social, en cuanto presupuesto, vínculo, medio y fin de gran parte de las acciones humanas; y la importancia del sistema socio-espacial cada vez más amplio, no anula, sino que se sobrepone y estimula dialécticamente el fortalecimiento de aquello que es más pequeño. El lazo con el territorio, al contrario de lo que se ha sugerido en contra del

mundo tradicional, en lugar de desvanecerse, se multiplica, se complejiza, se extiende en varias direcciones, se intensifica de varias maneras. La vida del hombre continúa siendo de modos muy variados y, aunque inadvertido (para la sociología) está condicionada por la matriz espacial inscrita en su propia corporeidad. Es decir que la sociedad continúa siendo un sistema localizado (situado en un lugar) (Strassoldo e Tessarin, 1992, p. 11 y ss.).

El apego afectivo al territorio –topofilia, como la llama Yi-Fu Tuan, 1974 – especialmente al lugar de origen, parece ser una constante antropológica en la relación del hombre con su medio ambiente que “trasciende las condiciones sociales y los niveles de desarrollo” (Giménez, 1996, p. 14). Y es que el entorno territorial ha presentado para el hombre lo familiar y conocido, lo bello y saludable, un ámbito de seguridad y abrigo, una extensión del propio hogar y un medio para construir su identidad. No obstante, no podemos afirmar que la relación con el territorio continua inalterable. Las investigaciones recientes muestran la persistencia de las identidades socioterritoriales, aunque “bajo formas modificadas y según configuraciones nuevas” (ibid). Este es el objeto central en nuestra investigación.

Para ello, seguiremos la propuesta teórica desarrollada por Pollini (1998) en torno a la pertenencia socioterritorial, en la que define las diversas dimensiones, niveles y modalidades del involucramiento humano en relación con el territorio. Desde **un punto de vista estático**, el autor distingue cuatro dimensiones de la pertenencia socioterritorial: la localización territorial, la participación ecológica (o apego), la pertenencia social y el consenso social (o la conformidad cultural). Haciendo un recorrido en la teoría sociológica clásica y contemporánea construye el esquema central de lo que será nuestra investigación.¹⁵ El **punto de vista dinámico** lo abordaremos al estudiar las transformaciones que existen en la relación entre territorio y vida social a partir de dos fenómenos fundamentales que acarrea la modernidad: la predominancia de la movilidad y los desplazamientos – entre los que entrarían las migraciones y el impacto de los mass media - así como el fenómeno de la globalización económica, aprehendidos como dinámicas que

¹⁵ Conferencias impartidas por el Prof. Pollini en el IIS-UNAM, Ciudad de México, 23 al 25 de noviembre de 1998

obligan al desplazamiento y contacto intercultural como variables centrales al cambio social y cultural.

Siguiendo el esquema, la primera dimensión (no simbólica) denominada **localización territorial**, indica nada más la situación de los individuos en un territorio determinado, siguiendo la idea weberiana que establece que la ciudad podría ser definida como un conjunto de individuos extraños y heterogéneos que no guardan ninguna relación entre sí.

La segunda dimensión, definida como **participación ecológica**, implica la anterior, pero añade el hecho de una interacción 'ecológica' o instrumental. A partir de los estudios de la escuela de ecología humana, autores desde Park hasta Hawley (Citados por Pollini, 1987), señalan que la sociedad humana podría funcionar solamente al nivel "biótico" de comunidad "ecológica" de manera no diferente a aquél que se encuentra en la naturaleza donde los individuos interactúan sólo sobre la base de intereses competitivos y lo único que comparten en común es la base territorial. En esta acepción, la "*Community*" no presenta las características de cohesión o solidaridad que se atribuyen a la comunidad en la tradición tönniesiana, sino al contrario, es el reino del individualismo y del conflicto.

Esta distinción es importante ya que para transitar de la mera "colocación ecológica" al sentimiento de pertenencia social es necesario que medie el proceso de socialización, que implica la "incorporación de la personalidad de elementos simbólico culturales compartidos: costumbres, tradiciones, creencias," como lo señala Pollini (1984). La concepción ecológica de la comunidad es sugestiva para explicar ciertos rasgos de la sociedad moderna y algunos efectos de la globalización, que funcionan y se expanden en aparente carencia de valores y símbolos compartidos (anomia, alienación).

La contribución de Parsons (1951) en este sentido es interesante, ya que distingue entre el sistema ecológico (no sólo de connotación ambiental) y el sistema social. El primero incluye las relaciones tipo empresa-cliente, donde lo ecológico no sólo implica la colocación, sino algunas formas de relación. El rasgo fundamental del sistema ecológico es que pertenece a una dimensión no simbólica de la vida social. Implica un cierto apego a la "*community*" que implica una

población territorialmente organizada, más o menos arraigada en el suelo que ocupa y cuyas unidades se encuentran en relación mutua de interdependencia. De acuerdo con este autor, la community está formada por la residencia, el lugar de trabajo o de actividad, el complejo de relaciones, sean materiales o no, pero que no implican la dimensión sociocultural.

En la dimensión simbólica,¹⁶ o simbólico expresiva, Pollini encuentra dos modalidades más. La **pertenencia social** en el sentido weberiano de “pertenencia común subjetivamente sentida.” En este sentido, la pertenencia social concierne solamente a las relaciones de comunidad (como *Gemmeinshaft*). Aquí la distinción de Parsons (1951) resulta muy pertinente, ya que la diferencia central entre el sistema ecológico y el sistema social es que el segundo implica un componente sociocultural (roles, normas y valores). Parsons amplía el concepto Weberiano de pertenencia al señalar que ésta es una condición de cualquier colectividad social que genera relaciones de lealtad y que comparte un complejo simbólico común. Por ello, el desarrollo del sentimiento de pertenencia social requiere de un proceso de socialización que implica la “incorporación de elementos simbólico culturales compartidos: costumbres, tradiciones, creencias. La pertenencia se teje sobre una red de relaciones entre los individuos que conforman el grupo o comunidad” (Pollini, 1998).

La cuarta modalidad, definida por Pollini a partir de la contribución de Weber, es la **conformidad cultural o consenso**. Este autor distingue entre la condición de pertenencia social y la de consenso – que Parsons no distingue –, ya que, a pesar de compartir los mismos valores, los grupos pueden manifestar una pertenencia social diferente, y a la inversa. La conformidad y la pertenencia no coinciden desde un punto de vista analítico, aunque resulta difícil disociarlas empíricamente.

Si se asume, como la mayor parte de los autores que hemos considerado, que la pertenencia es un sentimiento, ésta solamente puede darse sobre el plano psico-socio-cultural. En un plano meramente objetivo, geográfico, no puede existir

¹⁶ En la base de la distinción entre las dimensiones simbólica y no simbólica se encuentra la definición de símbolo de George Herbert Mead. Un gesto deviene en significativo o símbolo, cuando suscita la misma respuesta que el gesto, ligando lo simbólico con lo no simbólico (Pollini, 1987).

más que la colocación y el apego. Un problema abordado por Pollini y su grupo es el hecho de que una colectividad “colocada” sobre un territorio puede funcionar como grupo o sistema (puede interactuar de modo coordinado) a pesar de que carece de sentimiento de comunidad, de cohesión cultural, o de participar en una comunidad de valores. Las cuatro modalidades, analíticas, podrían aparecer juntas: la localización, el apego, la pertenencia y la unidad cultural por consenso. Sin embargo, lo interesante del esquema es que permite ver gradaciones y modalidades y aceptar que el hecho de que se manifiesten todas al mismo tiempo es una posibilidad, no una necesidad. Esta distinción será fundamental al estudiar la experiencia migratoria desde comunidades del Valle de Atlixco hacia la gran urbe global de Nueva York.

La enorme contribución a esta teoría por parte de Émile Durkheim en su obra “Las Formas Elementales de la Vida Religiosa” (1995) es el haber descrito la constitución del grupo social a partir de un tótem o símbolo. El tótem, a pesar de ser un objeto natural, se torna en símbolo de algo. Por lo tanto, la relación entre el grupo y el territorio no es ya más instrumental, sino que adquiere un carácter simbólico. ¿Cómo es que el territorio se torna en un elemento de la identidad hasta el punto de definirla a partir del espacio? Cuando el territorio se relaciona con el grupo social en sentido simbólico, se torna en un lugar y símbolo que expresa un sentimiento social. La contribución del territorio a la conformación de la identidad es que éste puede ser visto no sólo en términos puramente ecológicos, sino fundamentalmente socioculturales (Pollini, 1987).

La diferencia entre pertenencia social y conformidad cultural se manifiesta en la distinción entre el **grupo de pertenencia** y el **grupo de referencia**. Uno puede pertenecer a una comunidad territorial, pero referirse a grupos no territoriales (por ejemplo, el grupo de trabajo); y de la misma manera, puede haber grupos territoriales de pertenencia o referencia. En el caso de la movilidad territorial – conocida como pendularismo -, que es diferente de la movilidad social, una persona que habita en una localidad pertenece a esta área, pero trabaja en otra (posiblemente a miles de kilómetros de distancia), por tanto, su grupo de trabajo es su grupo de referencia, pero en la comunidad socioterritorial continua

constituyendo el grupo de pertenencia.¹⁷ Este tipo de “fluidez” territorial, según investigaciones realizadas recientemente en Suiza (Bassand, 1985) y el Norte de Italia (Strassoldo e Tesarín, 1987),¹⁸ confirman que la movilidad, lejos de diluir, refuerzan la pertenencia socioterritorial original. La movilidad no es la antítesis de la pertenencia socioterritorial. Sin embargo, cuando se da una movilidad residencial - migración definitiva, por ejemplo - ésta podría llegar a debilitar la pertenencia territorial original. Volveremos a este punto más adelante cuando hablemos de los rasgos de las sociedades tradicionales y modernas.

Regresando a al **sentimiento de pertenencia socioterritorial**, situada en el nivel de las relaciones sociales y de mundo simbólico – expresivo, conviene señalar que la pertenencia socioterritorial es una de las dimensiones de la identidad, no es la única, ni pretende ser exhaustiva. Para indagar **la extensión, modalidades y tipos de relaciones sociales que articulan este sentimiento**, Pollini (1987), Strassoldo y Tessarin (1992) elaboran un amplio cuestionario. Con éste buscan saber si las relaciones sociales de un grupo que comparte el espacio físico – geográfico de diferente amplitud (el barrio, la colonia, el municipio...) lo hace desde una perspectiva significativa y si se percibe como una colectividad social, distinta de otras. Además de definir qué tipo de colectividad constituyen (ecológica o sociocultural); si se presenta en forma de clausura hacia los extraños – nosotros/ otros, dentro/ fuera, miembros / no miembros – y cuál es la dinámica de las relaciones sociales estructuradas como colectividad. Si se trata de una colectividad de tipo comunitario (Gemeinschaft) o es otro, de tipo ecológico, político, económico. En los próximos capítulos abordaremos la manera en que nosotros hemos adaptado este estudio para el Valle de Atlixco.

Por último, nos gustaría señalar que existe un nexo no únicamente etimológico entre pertenencia y participación. La primera indica el “sentirse parte de”, la segunda el “ser parte de” o “tomar parte en”; la primera indica el aspecto

¹⁷ Para ejemplificar, en las entrevistas realizadas a los Atlixquenses migrantes, estos manifiestan como grupo de pertenencia su comunidad de origen, su pueblo o su familia. Sin embargo señalan como grupo de referencia a los compañeros de trabajo, sea en NY o de Atlixco.

¹⁸ Los autores desarrollan un cuestionario que comprende una escala espacial que va desde el barrio, la localidad, la comunidad, el municipio, el valle, la provincia, la región, la nación Italiana, hasta Europa y el mundo entero. En el capítulo V hablaremos con detenimiento de las preguntas de investigación que guiaron el estudio italiano a partir del cual adaptamos el nuestro.

sentimental, estático; el segundo se refiere a aquél comportamental y dinámico. Como afirman Berelson y Steiner (citados por Strassoldo e Tessarin, 1992) “la interacción genera integración,” lo que es una manera de hipostasiar que la pertenencia genera participación y viceversa. Estudiar la pertenencia es por tanto estudiar uno de los presupuestos de la participación. Este es uno de los objetivos más importantes de la investigación, ya que “sin pertenencia no hay participación y sin ella no hay ni libertad ni posibilidades de desarrollo endógeno.

La discusión anterior es acorde a los propósitos de nuestra investigación, ya que nos permitirá descubrir niveles o “estratos” en la cultura de nuestra región de estudio como son: el ecológico, el etnográfico y el de los procesos identitarios vinculados con el sentimiento de pertenencia socioterritorial. En el siguiente capítulo nos centraremos en la discusión en torno al concepto de región, además de realizar una seria revisión histórica de la región de Atlixco.

Asumimos que puede existir una cultura regional en sentido ecológico o etnográfico, sin que necesariamente exista una identidad regional. Por lo tanto, esta identidad debe probarse y no presumirse *a priori*. Entendemos por identidad regional la imagen específica y distintiva (dotada de normas, modelos, representaciones, valores, etc.) que los actores sociales de una región se forjan de sí mismos a partir de su cultura interiorizada y, particularmente, de su percepción del espacio (es decir, de sus representaciones espaciales) (Guidani y Bassand, 1982, p.24).

Ahora bien, los procesos identitarios han sufrido cambios profundos debido precisamente a las modificaciones en el ámbito de los intercambios simbólicos que hoy se realizan en una escala global. Veamos a continuación cuáles son estos nuevos rasgos y de qué manera enriquecen, abren, posibilitan nuevos procesos de formación de la identidad en las sociedades contemporáneas.

2.4 Rasgos Inéditos de la Cultura en el Ámbito de la Globalización

Para contextualizar nuestro problema de estudio en torno a la conformación de la identidad en las poblaciones tradicionales de México - inmersas en un proceso de

interconexión económica, política y cultural de dimensiones mundiales -, es necesario resaltar las nuevas condiciones de producción, circulación y recepción de las formas culturales en el mundo contemporáneo. Por ello resaltaremos algunos aspectos de la discusión en torno a los rasgos que definen la dinámica cultural e identitaria en las sociedades tradicionales y modernas, considerando la globalización como la última etapa, más reciente, del proceso de modernización de las sociedades occidentales.

La modernidad, que inicia en el siglo XVI y se arraiga con gran vigor desde el siglo XVII hasta nuestros días, se caracteriza por la apertura progresiva de las fronteras, de todo tipo, entre las que destacan las de las fronteras mentales y culturales. Esta apertura será la condición de emergencia de los conceptos de individuo, de economía de mercado y, a finales del siglo XVIII, de democracia en la que los medios masivos de comunicación empiezan a desempeñar un papel fundamental.¹⁹

La tesis central de Thompson (1990, 1995), que retomamos en nuestro trabajo, es que a partir del siglo XVI se inicia un cambio profundo en los modelos intelectual y cultural de la comunicación que afectan profundamente la esfera cultural del mundo moderno. Desde el correo, la biblioteca, la prensa y, simultáneamente, el crecimiento del comercio terrestre y marítimo, han sido instrumentos de esta apertura, acentuada evidentemente por el desarrollo de las vías de comunicación, el manejo de la electricidad y las ondas electromagnéticas, hasta llegar hoy a las nuevas tecnologías de la telemática y la informática. Los grandes cambios económicos, políticos y sociales, no obstante, han sido resaltados como parte del proceso de modernización, pero pocas veces se ha mostrado que la irrupción de los medios masivos de comunicación se encuentra en el corazón de la modernidad y del cambio cultural de la sociedad occidental contemporánea. La valorización de la información surge paralelamente con el desarrollo de los sistemas de comunicación rápidos, eficaces y globales, de

¹⁹ Hay diversas maneras de comprender la modernización, de periodizarla y caracterizarla. Aquí no tocaremos más que los aspectos más relevantes relacionados con los cambios culturales asociados con la modernidad.

manera que hoy se han tornado en condición de funcionamiento de las sociedades complejas en el marco de la economía mundializada.

De hecho, la comunicación parte de la necesidad esencial de interacción humana, pero se erige en razón de ser del modelo cultural occidental; de allí deriva su enorme éxito: el individuo libre, capaz de expresarse, de elegir, de intercambiar. Es innegable que hoy la comunicación se ha tornado en piedra de toque para el establecimiento de los equilibrios sociales, culturales, políticos y económicos; la salud, los sistemas de defensa, la investigación, la producción, etc. son organizados en torno a las redes de comunicación y de las técnicas asociadas a éstas.

La modernización, como parte del mundo industrial y urbano, es percibida en la esfera de la cultura en forma de una progresiva secularización de las creencias y las prácticas a partir de la cada vez mayor “racionalización” de la vida social. La religión y la magia, así como otros rasgos de la cosmovisión del mundo tradicional, dejan de tener importancia para la modernidad que favorece la emergencia de un sistema secular de creencias que puede movilizar a los individuos sin hacer referencia a otro tipo de valores o seres. Se percibe, al menos a nivel analítico, una contraposición entre la cosmovisión mítica religiosa de la sociedad preindustrial frente a una sociedad considerada como “conciencia práctica” enraizada en las colectividades sociales y animada por sistemas seculares de creencias, culminación de los movimientos revolucionarios radicales del siglo XIX y principios del XX, y heredera del Iluminismo y el predominio de la razón.

El pensamiento social clásico, surgido en esta concepción del mundo, construye la idea de que el desarrollo de las sociedades modernas (industriales) traería consigo la desaparición de la tradición. La tradición se mira como algo del pasado (por tanto negativo), ya que las sociedades vivirían un proceso “irreversible” de racionalización, desencantamiento o “destradicionalización” de la cultura. La influencia de esta concepción teleológica del desarrollo social ha llegado hasta nuestros días; forma parte integral de las teorías de la modernización acuñadas desde los años cincuenta y sesenta y revitalizadas en

años recientes a partir de la dominación del paradigma neoliberal y la preeminencia del mercado global que ha llegado incluso a vaticinar la era del “fin de las ideologías.”

Resulta fundamental, por lo tanto, para comprender no sólo los cambios en la dinámica cultural, sino en las formas de pensamiento asociadas a la modernidad, hacer un recorrido de algunas concepciones teóricas que nos hablan de la transición entre la tradición y la modernidad, desde el punto de vista cultural. Sin embargo, conviene señalar una precaución: al hablar de la oposición entre el mundo tradicional y moderno lo haremos construyendo tipos ideales (Weber, 1976) y no como si se tratase de realidades concreta; mucho menos queremos afirmar la transición lineal del primero hacia el segundo. Una tesis central de nuestro trabajo será mostrar el carácter multidireccional e incierto del cambio sociocultural, que implica la posibilidad de “retradionalizar” el mundo moderno.

Para ello, habremos de desembarazarnos de la concepción demasiado optimista de algunos autores clásicos, dignos hijos de su época. Desde el punto de vista filosófico la teoría social, heredera del iluminismo, consideraba la tradición como fuente de mistificación, enemiga de la razón y obstáculo del progreso humano. Por ello, el desarrollo de las sociedades modernas implicaría una dinámica inherentemente destructiva de la tradición: la movilidad, la velocidad de los cambios en todas las esferas sociales (en valores y estilos de vida), la urbanización, la creación de ámbitos de contacto intercultural (la conquista, el mestizaje, la “melting pot”, etc.) disolverían y romperían las relaciones sociales y tradiciones en las que se fundaban las sociedades precapitalistas. Según el propio Marx el desarrollo del modo de producción capitalista y la industrialización desbaratarían el tejido de la vida social precedente, liberando a las sociedades del yugo de las corporaciones y la religión. Weber, por su parte, no compartía el optimismo marxista en torno a la capacidad transformadora del capital industrial, y señala que éste vendría acompañado por un cambio en las visiones del mundo tradicionales. Ello acarrearía algunos problemas asociados, como el surgimiento de un estado burocrático, la acción racionalizada y adaptada a los criterios de la eficiencia técnica (cálculo racional) que provocaría el “desencantamiento” que el

mundo moderno tendría que pagar por la modernización. El problema en ambas teorías de la modernidad está en que consideran que las formas tradicionales de vida y aquéllas de la vida moderna son opciones *mutuamente excluyentes* y que la transición de una hacia la otra era, más o menos, inevitable. No obstante, numerosos estudios recientes muestran que la tradición lejos de desaparecer o “evaporarse” se ha adaptado a las nuevas formas de la vida moderna (en gran medida a raíz de las migraciones y a la ampliación de la circulación de las formas simbólicas a través de los medios de comunicación). Esta es una tesis central de nuestro trabajo que retomaremos a la luz de los resultados de la encuesta regional.

Sin pretender incursionar en la amplísima discusión en torno a la **globalización**, nos gustaría señalar que apoyamos la tesis de que ésta es la etapa más reciente del proceso de modernización que se manifiesta en “una creciente interconexión entre diversas partes del mundo, proceso éste que ha provocado la emergencia de formas complejas de interacción e interdependencia” (Thompson, 1995, p. 148). Sin embargo, no se trata de cualquier tipo de internacionalización o transnacionalización, sino que, para diversos autores la globalización emerge cuando: a) se generan actividades que se realizan en un ámbito de alcance global (o casi global) y no simplemente regional; b) estas actividades, además, son organizadas, planeadas y coordinadas a escala global; y c) se generan actividades que implican cierto grado de reciprocidad e interdependencia, de modo que actividades localizadas y situadas en diferentes partes del mundo se influyan y codeterminen recíprocamente. Se puede hablar de globalización sólo cuando el alcance de la interconexión es efectivamente global” (Castells, 2000).²⁰

Giddens (1990) presenta una teoría interesante del proceso de la globalización, vista como la “radicalización de la modernidad” – en palabras del autor “la modernidad es intrínsecamente globalizante.” Su análisis permite

²⁰ Existen diversas aproximaciones al estudio de la globalización desde la perspectiva de los sistemas mundiales (Braudel, 1972; Amin, 1999; Wallerstein, 1974; Fossaert, 1995; Robertson, 1992, entre los principales); desde un enfoque institucional (Giddens, 1990); y desde la historia y la geografía económica (Taylor, 1999) y Sassen (1998) quienes resaltan la nueva cara de la migración en un mundo globalizado. Los principales argumentos han sido desarrollados en otros trabajos (Giménez y Gendreau, 2001) y que dado el enfoque de nuestro trabajo no abordaremos aquí.

distinguir cuatro procesos clave que, con una dinámica propia, impulsan la conformación global de la realidad social: el surgimiento de un sistema de Estados Nacionales; la emergencia de bloques militares; el desarrollo de mercados capitalistas de alcance mundial y la expansión de infraestructuras globales de comunicación. Habremos de extendernos más en este último aspecto para discutir el carácter de la relación cultura – globalización.

Desde una perspectiva no desarrollista este autor describe algunos de los rasgos de las sociedades modernas y señala que en las fases iniciales de la modernización, numerosas instituciones se profundizaron de manera crucial en las tradiciones características de las sociedades premodernas. Por ejemplo, las primeras organizaciones productivas se arraigaron en la continuación de formas tradicionales de vida familiar.²¹ Pero a medida que el proceso de modernización entra en una fase avanzada – que Giddens denomina “modernización tardía” – las tradiciones preexistentes se encuentran crecientemente minadas. Sin embargo, aquí cabe señalar con toda claridad que las prácticas tradicionales no desaparecen, sino que se transforman, como veremos a continuación (Giddens, 1990).²²

²¹ Por ejemplo, en las áreas del México rural, la migración laboral internacional, lejos de ser una “integración” a la modernidad, tiene lugar en el contexto de las estrategias de sobrevivencia de las familias tradicionales y con la finalidad de resistir a las fuerzas que los orillan a abandonar el campo y sus formas ancestrales de subsistencia.

²² Appadurai (1992) desde una perspectiva que no deja de ser interesante, distingue cinco dimensiones de la globalización (siempre borrosas y fluidas): a) la perspectiva de la movilidad de las poblaciones (*ethnoscape*); b) la perspectiva técnica (*technoscape*); c) la perspectiva financiera del capital (*financescape*); d) la perspectiva de las ideologías de estado (*ideoscape*) y de las contraideologías, de los movimientos orientados a la esfera política (la democracia, los derechos humanos, la soberanía de los estados, etc.); y, por último la perspectiva de los medios masivos (*mediascape*) que incluye la difusión a escala mundial de las formas culturales (discursos, imágenes, etc.). Esta interesante aproximación, sin embargo, adolece de una clara distinción de la influencia o preeminencia de la esfera económico - financiera en la articulación de los procesos mundiales.

²² La “comunicación masiva” surge con el desarrollo de instituciones involucradas en la producción a gran escala y la difusión generalizada de bienes simbólicos en un ámbito nacional y transnacional. Sólo de esta manera podemos entender que los productos mediáticos devienen en “formas simbólicas mercantilizadas y reproducibles” disponibles extensamente en tiempo y espacio, para circulación y recepción de un número cada vez mayor de población. Entonces, la comunicación deviene *masiva* en sentido de la escala de la producción y consumo de las formas culturales mediatizadas, no porque los receptores se tornen en una “masa amorfa” e inerte, como sugerían algunas teorías comunicológicas de mediados de los años cuarenta (De Moragás, 1985).

2.4.1 Los Medios de Comunicación Masiva y la Circulación de las Formas Simbólicas

En el centro de las transformaciones culturales que acarrea el proceso de modernización encontramos que, precisamente, el desarrollo de los medios de comunicación masiva (MCM)²³ altera la manera y extensión en que las formas simbólicas se producen, transmiten (circulan) y perciben (apropian) en las sociedades modernas. Coincidimos con Thompson (1995) en el sentido de que los estudios en torno a la modernidad han acentuado los cambios en las esferas económicas (industrialización, apertura de mercados nacionales e internacionales) y políticas (conformación de los Estados – nacionales y surgimiento de las democracias occidentales), pero han descuidado el estudio de las profundas transformaciones en la esfera simbólica ocasionadas, precisamente, por la *massmediación* de la cultura moderna.

No obstante, es importante resaltar que estos cambios en los ámbitos económico, político y sociocultural se han entrelazado de maneras complejas; éstas han presentado formas diferentes de transformación en contextos históricos y geográficos determinados que, en conjunto, en su interrelación, han definido los contornos de la geografía de la sociedad contemporánea (Taylor, 1999). Por ello no es posible hacer generalizaciones en torno al proceso de modernización, sino que es necesario estudiarlo en cada contexto espaciotemporal. Thompson (1995) y Castells (2000), desde diferentes ópticas, se proponen estudiar minuciosamente la nueva organización simbólica – de la estructuración del poder simbólico en su inextricable asociación con los poderes económico, político y militar – para desentrañar la manera en que ha influido en, y ha sido transformada por el proceso mismo de la modernización y, en su etapa más reciente, la globalización.

En el largo período de ampliación del ámbito de los MCM, que va desde la emergencia hasta la consolidación de las redes de comunicación en Europa y Norteamérica, es posible identificar algunos momentos significativos a partir de

cambios tecnológico - económicos de gran envergadura. Inicialmente, el telegrama se desarrolla como un medio de comunicación que explota el potencial de la electricidad y su crecimiento se da de manera sostenida desde la segunda mitad del siglo XIX. Enseguida, el desarrollo de redes de comunicación de carácter global se origina con el nacimiento e institucionalización de las agencias internacionales de noticias que, aunque tienen sus orígenes en la segunda mitad del siglo XIX, se consolidan en las primeras décadas del XX. En tercer lugar, apreciamos el surgimiento de nuevas formas de transmisión de información a través de las ondas electromagnéticas que han permitido el desarrollo de la radio y la televisión, inicialmente en algunos contextos nacionales - Inglaterra, Estados Unidos, México y Brasil -, pero cada vez más con un carácter definidamente internacional.

A partir de los años sesenta tiene lugar la proliferación sin precedentes de canales de comunicación y difusión de información. Por un lado, encontramos la conformación de conglomerados de comunicación mundial que juegan un papel central en el sistema global de comunicación y difusión – entre los principales están: Time Warner y Rupert Murdoch's News Corp. (Dyson, y Humpreys, 1990). Al mismo tiempo, presenciamos un desarrollo vertiginoso de nuevas tecnologías: las redes de cable (que amplían la transmisión electrónica de información), los sistemas satelitales de comunicación de larga distancia y la digitalización de información (microprocesadores, teléfonos celulares, etc.). De esta manera se crean las bases para la convergencia entre las tecnologías de información y de comunicación, la telemática e informática, que permite transformar con una velocidad extraordinaria textos en imágenes y transmitirlos instantáneamente a todo el mundo (Castells, 2000). Es ahora que, con toda certeza podemos hablar de redes de comunicación de alcance mundial y del surgimiento de Nuevas Tecnologías de Comunicación (NTC) (Gómez Mont, 1992).²⁴

²⁴ Hoy en día gran parte del desarrollo de las organizaciones comerciales, militares, de salud, etc. dependen de estas Nuevas Tecnologías de Comunicación que han permitido el crecimiento de industrias mediáticas de envergadura global. Esta situación requiere de investigación profunda especialmente en las sociedades y zonas periféricas. Los casos de México, Brasil e India que, debido a condiciones específicas e irrepetibles lograron un importante crecimiento en sus sistemas televisivos y cinematográficos, son dignos de estudio.

²⁴ Hay autores que, incluso, llegan a desarrollar la tesis de que estas NTC al centrarse en una cultura fundamentalmente visual a partir del "imperio de la imagen" originaría el decaimiento de la lectura y podría acarrear la pérdida del pensamiento

Al tiempo que la comunicación y el flujo de la información se tornan globales, el enorme desarrollo de las NTC permite el surgimiento de formas de comunicación “más personalizadas e interactivas” (desde la selección de canales, horarios, formas de comunicación interactiva, etc.).²⁵ Por tanto, la emergencia de sistemas de comunicación por cable y vía satélite representan el desarrollo de una nueva modalidad de transmisión cultural que coexiste con las formas anteriores más extendidas (TV, radio local, prensa). Estas formas innovadoras de transmisión -que sirven para estimular nuevas e inexistentes formas de actividad productiva, interacción social, intercambio comercial, acción pública, etc. - **siguen teniendo un papel profundamente selectivo y diferenciador**, ya que su acceso depende, en primera instancia, de su disponibilidad – el desarrollo en infraestructura que no se encuentra en el mismo nivel entre países ni entre regiones - y, en última instancia, depende del nivel de ingresos de la población, ya que no todos pueden adquirirlos. La rapidez con que se vuelve obsoleta la tecnología hoy, sin embargo, permite que exista una tendencia a la reducción de su precio. Por ejemplo, hoy encontramos que los mexicanos en NY pueden ver y escuchar programas en español, llamar por teléfono a sus casa, intercambiar cassettes (vídeo y en audio), etc. Es decir, estas NTC han permitido ampliar la cuasi-interacción “cara a cara” hacia otros ámbitos geográficos, facilitando una nueva forma de co-presencia y favoreciendo la ampliación de la interacción familiar y comunitaria. A esta situación la hemos denominado multilocalización de la comunidad tradicional que ha modificado radicalmente los rasgos y efectos de la migración laboral que hoy ya no puede ser concebida según los esquemas de inicios del siglo XX. Sobre estos temas abundaremos en el capítulo IV.

2.4.2 Los Nuevos Contextos de la Interacción Social “Mediada”

El desarrollo de los MCM ha afectado radicalmente tanto los patrones tradicionales de interacción social, como el alcance y difusión de los relatos y tradiciones vehiculados por ellos. La presencia cotidiana de los *media* ha

analítico y profundo. Por ello se facilitaría su manipulación y control (Sartori, 1998). Estas hipótesis tienen que ser

reordenado y complejizado los patrones de interacción humana a través del espacio y el tiempo. Gracias a ellos, hoy la interacción social puede ser separada de su contexto espacio-temporal. Según Thompson (1995) es posible definir tres formas o tipos de interacción: **cara a cara** es la que experimentamos en los contextos localizados de vida diaria; la **interacción mediada** se realiza a través de algún medio técnico (desde el papiro hasta la nueva computadora); y la **cuasi-interacción mediada**, implica la difusión “masiva” de formas simbólicas a través de los MCM hacia contextos lejanos (en tiempo y en espacio). Estas formas o modalidades de interacción, constituyen también nuevas maneras de interrelación y experiencia que han modificado, asimismo, los contextos de construcción de la identidad (individual y colectiva) y de la acción social.

Para abordar las diferencias fundamentales entre estas tres formas de interacción y comunicación, conviene revisar la propuesta de Grize (1990). Para este autor el uso del *lenguaje natural* permite que los signos empleados durante la comunicación puedan tener sentido para los participantes en este proceso. Aún si las palabras remiten a nociones, cada una de ellas corresponde a una “esquematización”²⁶ compartida entre emisor y receptor, de manera que permite no sólo la comunicación, sino la comprensión. Por ejemplo, al hablar de gato o de perro, mi interlocutor comprende a qué me refiero, porque compartimos una misma esquematización. El análisis de la comunicación implica, necesariamente, el re-conocimiento de las finalidades o intenciones de la comunicación (sean afectivas o cognitivas), tanto por parte del que habla como del que escucha. Al mismo tiempo, la comunicación se inscribe en la relación dialéctica entre las prácticas discursivas y sus condiciones socio-culturales de realización - lo que Thompson (1995) define como “contexto” – ya que las situaciones comunicacionales remiten a relaciones de fuerza y de sentido propios de la

estudiadas empíricamente en diversos contextos y con poblaciones diferentes antes de ser aceptadas o generalizadas.

²⁶ Grize (1990) pertenece a la escuela Piagetiana por lo que el concepto de esquematización se refiere fundamentalmente a la visión de la realidad, a la representación social de la que se parte para interpretarla, a los códigos compartidos que posibilitan la comprensión y apropiación.

estructura social.²⁷ Es decir, éstos imprimen en el discurso las características de los sujetos en esta relación (Bourdieu, 1980).²⁸

La interacción cara a cara ha sido suficientemente abordada por gran cantidad de estudios sociales, mientras que la mediada y la cuasi-interacción nacen a partir de la irrupción de los medios de comunicación en los contextos de vida diaria, al facilitar que sujetos que no comparten un mismo contexto, una misma ubicación espacio temporal, establezcan alguna forma de comunicación e intercambio. Thompson (1990, 1995) señala que los medios de comunicación introducen una transformación radical en los contextos de la experiencia cotidiana mediante un rompimiento de las “ataduras” de tiempo y espacio lo que constituye el rasgo distintivo de la circulación de las formas simbólicas en el mundo moderno. A continuación describiremos rápidamente estas tres modalidades de interacción social:

La interacción cara a cara ocurre en un contexto de co-presencia, implica una interacción dialógica (en la que intervienen el lenguaje corporal y gestual) y el flujo de información en dos sentidos (Grize, 1990). **La interacción mediada**, en cambio, involucra necesariamente el empleo de algún medio técnico (papel, cables de electricidad, ondas electromagnéticas, etc.) que permita transmitir las formas simbólicas hacia individuos que se encuentran alejados en términos del espacio geográfico, de tiempo o de ambos. En este tipo de comunicación los participantes no comparten el mismo sistema de referencia espacio temporal y, por lo tanto, no pueden asegurar que los otros comprendan las expresiones deícticas que emplean (gestos, expresiones faciales, entonaciones). Es decir que se cuenta con menos elementos simbólicos para reducir la ambigüedad, a pesar de que los sujetos compartan las mismas esquematizaciones. En otras palabras, la producción, circulación y apropiación de las formas simbólicas se realiza en contextos diversos, lo que acarrea una mayor complejidad en el proceso

²⁷ La comunicación, como proceso de transmisión de formas simbólicas supone el análisis de las seis características propuestas por Thompson (1993): intencionales, convencionales, estructurales, referenciales, contextuales y transversales (Cfr. Supra).

²⁸ Recomendamos revisar la crítica de algunas teorías de la comunicación que surgen en los años cuarenta en Estados Unidos de Norteamérica y que, no obstante que desconocen los aspectos contextuales de la comunicación, han tenido una enorme influencia en nuestros países. Inician con la “Teoría de la Aguja Hipodérmica” o *Bullet Theory* (Shramm, 1971) hasta llegar a la más reciente de los “Usos y Gratificaciones” (Halloran, 1970; Bumer y Katz, 1974). Consultar Gendreau (1997) y Wolton (1997), entre muchos otros.

comunicacional tanto como en su análisis (Gendreau, 1997). Por ello, la comunicación tiene un carácter más abierto y requiere, además, de habilidades o recursos específicos para interpretar los mensajes (dominio de la lecto-escritura, manejo de la computadora, etc).

Por último, el surgimiento de **la cuasi-interacción mediada** involucra la disponibilidad sumamente extendida de información y contenidos simbólicos a través del espacio y el tiempo (lo que rompe la necesidad de la co-presencia). La comunicación cara a cara, tanto como la mediada, se encuentra orientada hacia receptores específicos (las intencionalidades definidas por el contexto y situación de comunicación), para los cuales se producen determinadas acciones, gestos e informaciones. En el caso de la cuasi-interacción mediada las formas simbólicas se producen para un amplio grupo de receptores potenciales, por lo que se torna esencialmente monológica, es decir que, el flujo de la información se realiza predominantemente en un solo sentido. Sin embargo, no hay que olvidar la enorme importancia en la diferenciación de los contextos de producción, circulación e interpretación que hacen que la comunicación mediada no “garantice” una misma manera de interpretar los significados.²⁹

Es innegable que la presencia de los MCM transforma la vida cotidiana de los individuos que están en posibilidades de recibir mensajes muy diversos como parte rutinaria de su vida cotidiana, como ha quedado documentado suficientemente (Liebes, T. & E. Katz; 1993; Lull, 1995; 1998; Cobarrubias, et. al. 1994; y Tapia, 1996). Pero, sobre todo, el desarrollo de los medios técnicos permite separar la comunicación y la interacción social de su localización física, lo que ha generado nuevas formas de actuación política y nuevas modalidades de organización de la vida (familiar, productiva, cultural, política) que tiene consecuencias fundamentales para la vida social contemporánea.³⁰

²⁹ En este caso el análisis de las situaciones comunicacionales (Grize, 1990) resulta igualmente abierto e indeterminado ya que no es fácil captar las relaciones de fuerza y de sentido propios de la estructuración de los contextos sociales. No sólo es difícil captar las intenciones o finalidades de la comunicación, sino que, además las relaciones de fuerza (autoridad) no son transparentes. Por ejemplo, los “conductores” de algún prestigiado noticiario cuenta con cierta investidura por ser el que transmite “la verdad” y difícilmente puede ser visto como “portavoz” de algún grupo o de ciertos intereses. Thompson (1995) resalta que las formas simbólicas pueden ser ideológicas, no por su contenido, sino por la función de mantener (u ocultar) una estructura de desigualdad o dominación.

³⁰ Thompson (1990, 1995) menciona que uno de los principales efectos de ello es que hoy “la política se torna inseparable del arte de manipular la visibilidad” por lo que la arena política se reconstituye y amplía. No abundaremos sobre este aspecto por la limitación de espacio.

Nos interesa resaltar que “la naturaleza e impacto potencial de este nuevo reino de experiencia se encuentra modificado por los arreglos institucionales y formas de poder que caracterizan los contextos dentro de los cuales los mensajes de los medios son producidos, transmitidos y recibidos” (Thompson, 1990, p. 18). Es decir, a pesar de aceptar las transformaciones introducidas por los *media* en la vida social, éstos no se tornan en “definidores” únicos del contexto, sino que, de acuerdo con la concepción estructural de la cultura, **forman parte de los contextos sociales en los que se definen tanto la identidad como la acción social y, de manera dialéctica, estos últimos son modificados** (ampliados, reelaborados, redefinidos) a través de las técnicas y lenguajes introducidos por los *media*.

La investigación sobre los MCM se han centrado en el análisis de los patrones del flujo internacional de los bienes simbólicos, pero han descuidado el estudio de los usos y formas de apropiación diferenciada de los materiales simbólicos globalizados.³¹ Estos no se han planteado ¿qué hacen los receptores con ellos? ¿cómo los entienden? ¿cómo los incorporan a las rutinas y prácticas de su vida diaria? ¿de qué manera se incorporan a la construcción identitaria (individual y colectiva)? ¿Cómo se vinculan a nuevas formas de acción y a la formación de movimientos sociales inéditos? En nuestro estudio partimos de esta perspectiva formulando estas y otras preguntas en torno a la presencia de los *media* en una sociedad tradicional como es el Valle del Atlitxco.

2.4.3 Formación de la Identidad en un Mundo *Massmediado*

Si bien es innegable que los MCM modifican la experiencia subjetiva, no es tan clara la forma en que se articulan con otros procesos como la construcción del

³¹ La tesis, bastante extendida, del “imperialismo cultural” desarrollada principalmente por Schiller (1992), Dorfman y Mattelart (1979), aseguraba que el resultado de la “invasión” electrónica amenazaría y destruiría las tradiciones y culturas locales. Según ellos, la herencia cultural de los países menos desarrollados sucumbiría bajo la influencia de los programas televisivos (y de otro tipo) infundiéndolos los valores del consumismo. Por lo tanto, la dependencia cultural implicaría una profunda transformación de las sociedades subdesarrolladas. No obstante, hoy encontramos un mundo mucho más complejo y diferenciado y podemos constatar que el efecto de la “difusión global” de los productos mediáticos ha sido incierto y multidireccional (Cfr. King, 1997; Braman, S. & A. Sreberny – Mohammadi, 1996).

sujeto, de su identidad y la definición de su acción. A este respecto encontramos, al menos, dos posiciones divergentes. Por un lado, Giddens (1991), tanto como Thompson (1995), resalta la ambivalencia resultante de la intersección entre lo lejano y lo familiar a partir de la presencia de los *media*. Es decir, no queda claro cómo el complejo de experiencias producido por la “intrusión” de acontecimientos y fuerzas distantes en nuestros contextos locales y familiares – originado por los *media* y las NTC – tienen un impacto en la conformación de la subjetividad. Su tesis básica es la de que nuestro mundo fenoménico se ha tornado cada vez más global y esto influye en la manera en que nos relacionamos con él. Sin embargo, John Tomlinson (1996) cuestiona esta afirmación al señalar que, si bien

Es cierto que nuestra experiencia cotidiana de lo local está objetivamente estructurada por fuerzas que en última instancia son de carácter global [...] *no se infiere de aquí que nuestra experiencia sea en sí misma global*. [...] el mundo, como sistema complejo, quizás determine en última instancia nuestra experiencia local, pero ciertamente no constituye la figura central en la percepción cotidiana de la mayor parte de la gente (Subrayado nuestro, p. 68).

Este autor también rechaza la tesis de teóricos provenientes de diversas disciplinas según los cuales nuestra experiencia se habría globalizado en virtud de la ampliación de nuestra conciencia a través de la “experiencia mediada.” En otras palabras, hay quienes aseguran que existe un impacto en nuestra conciencia cotidiana derivada de la experiencia mediática de acontecimientos distantes (en tiempo y espacio).³² Sin embargo, coincidimos con Tomlinson (1996), las experiencias directas y “genuinamente” locales tienen un mayor peso, una prioridad mayor aun en un contexto de vida cotidiana abierto a lo global a través

³² Aquí entraría toda una gama de teóricos de la posmodernidad que hablan de la “fluidez” del contexto espacial, de manera que desligarían completamente la formación de la identidad de su contexto socioterritorial (Cfr. García Canclini, 1990; y recientemente Martín-Barbero y Rey, 1999).

³² No toda forma de conocimiento o experiencia afecta de la misma manera la formación identitaria. En términos de la escuela de Psicología Social es necesario distinguir entre los elementos centrales y periféricos (*core / peripheral*) en una representación social. Los primeros provienen de la cultura y el contexto compartidos por el grupo primario (la familia, el vecindario, la escuela, la iglesia) y social (la clase social, el contexto socioterritorial, etc.); mientras que los elementos periféricos o “modulaciones” subjetivas provienen de la experiencia individual y son los que definirían una personalidad diferenciada (Cfr. Moscovici 1984; Doise, W. et A. Palmonari, 1986; y Jodelet, 1989). Podríamos aceptar, entonces, que estos elementos periféricos dependan, en alguna medida, de las formas culturales mediáticas disponibles a través de los MCM; pero difícilmente podríamos afirmar que los elementos centrales de la configuración identitaria se definieran de manera fundamental a partir de los contenidos mediáticos.

de los *mass media*. Como veremos en los capítulos siguientes, nuestro estudio contribuye a apoyar esta tesis.

Reconocemos que en el mundo moderno la formación de la identidad (*self-formation*) se torna más reflexiva y abierta, en el sentido de que los individuos dependen cada vez más de sus propios recursos para construir una identidad coherente. Sin embargo, Thompson (1995) afirma que, precisamente, este proceso de formación identitaria se nutre cada vez más de los materiales simbólicos *mediáticos* y, por tanto, las posibilidades de apertura en la formación de la identidad son cada vez mayores. Ahora, conviene resaltar la precisión que hace Tomlinson (1996) en el sentido de que estos materiales no tienen el mismo “peso específico” que aquellos provenientes de la experiencia directa.³³ Thompson (1995) también reconoce que si bien los MCM “desconectan” algunos materiales simbólicos de un contexto determinado, **no llegan a destruir la conexión entre la formación identitaria y el contexto local compartido**. El argumento de Thompson, siendo fiel a su teoría estructural de la cultura, es que

[...] esta conexión entre la formación identitaria y el lazo con la localidad no se destruye, ya que todo conocimiento que viene de un contexto determinado, es apropiado por los individuos que se sitúan en contextos específicos en donde la significatividad de este conocimiento – es decir, qué significa para ellos y cómo es empleado por ellos – depende siempre de los intereses de los receptores y de los recursos que movilizan en el proceso de apropiación (p. 207, cursivas nuestras).

Toda experiencia mediatizada, en palabras del autor, es una experiencia que tiene lugar en un contexto diferente al cual ocurren los eventos. Por consiguiente, ésta se recontextualiza a partir de la propia experiencia. Es decir, **la experiencia de acontecimientos distantes (en tiempo y espacio) son resignificados, reactualizados mediante recepción y apropiación a través de las formas culturales propias y de los contextos de la vida cotidiana.**³⁴ Otro rasgo digno

³⁴ En términos de Martín – Barbero (1991) la recepción de cualquier forma simbólica mediática se encuentra “mediada” por los patrones culturales. Y, añadiríamos nosotros, por los “códigos populares” que en el caso de nuestra población de estudio solamente escucha o ve aquellas programaciones que resultan significativos desde estos códigos: melodrama, situaciones agonísticas, nota roja, en fin, eventos que se encuentran directamente relacionados con su vida diaria.

de resaltarse es que la experiencia mediada generalmente implica una relación intermitente, selectiva y parcial, que no sucede con la experiencia directa que es continua y totalizante.³⁵

En un mundo crecientemente interconectado y en el que se encuentran disponibles múltiples materiales simbólicos, la identidad (entendida como proyecto simbólico reflexivamente organizado) se ha tornado crecientemente abierta, sin constricciones o condicionamientos estrechos, y cada vez es menos limitada por los contextos de la vida diaria. Reconocemos que su naturaleza se ha transformado, pero de ninguna manera se encuentra dispersa o disuelta; simplemente se encuentra mucho más abierta a nuevos materiales simbólicos.³⁶

Cuando hablemos más adelante de la formación de las identidades socioterritoriales en un contexto de globalización de los medios de comunicación y de las migraciones internacionales, retornaremos a esta tesis que afirma que la relación de la cultura con el territorio se ha transformado, pero sigue jugando un papel predominante en la definición identitaria de gran parte de la humanidad, especialmente de las comunidades tradicionales como las que son objeto de nuestro estudio.

Por último, en la discusión en torno a la formación de **la identidad y el sentimiento de pertenencia** Tomlison (1996), entre otros autores de la corriente cultural del estudio de los medios (Turner, 1990), afirma que difícilmente puede existir una conciencia de pertenencia a una comunidad supuestamente globalizada, sea bajo la figura de una “comunidad de riesgo” frente a posibles catástrofes ecológicas, o bajo la forma de una “comunidad mediada” por la intervención de los *mass media*. Aquí la distinción de Pollini (1987) entre

³⁵ “La experiencia mediada no es un flujo continuo, sino una secuencia discontinua de experiencias que tienen un grado variable de importancia para la identidad. Para muchos individuos cuyos *proyectos de vida se arraigan en contextos prácticos de su vida diaria*, gran parte de las formas de experiencia mediada pueden adquirir una conexión tenue con sus vidas; pueden estar intermitentemente interesados, ocasionalmente entretenidos, pero no se trata de los problemas que más les preocupan. Al mismo tiempo, los individuos también experimentan selectivamente las experiencias mediadas, interrelacionándolas con sus contextos de experiencia directa que forma el tejido conectivo de su vida diaria y, en tanto que experiencias mediadas, han sido incorporadas reflexivamente en sus proyectos de vida, adquiriendo una importancia profunda y durable” (Morley, 1992, p. 150). Vemos, por tanto, que la relación entre la experiencia mediada y la conformación identitaria no es una relación ni causal, ni directa, ni unidireccional.

³⁶ Concediendo que los rasgos de la identidad en el mundo contemporáneo han sido alteradas por la presencia de MCM en los contextos de la vida diaria, no podemos aceptar que la identidad se haya disuelto “mediante la profusión de mensajes mediáticos” o a partir de la metáfora de “la sala de espejos” que no captura el proceso de formación identitaria, y lo define como si nada fuera fijo y todo cambiara (Baudrillard). Esta propuesta puede ser refutada desde la perspectiva de la escuela de Moscú.

community y *gemmeinschaft* resulta sumamente esclarecedora. La comunidad de riesgo, formada a partir de una ansiedad compartida con otros, no puede generar un “nosotros global” sino, a lo sumo, un cierto sentido de interdependencia o riesgo compartido. Pero éste será siempre frágil y aún podría ser desplazado fácilmente del primer plano de la conciencia – se queda en el nivel de la *community* que comparte un mismo territorio (en este caso mundial). P. Ej.: las situaciones de emergencia nacional han generado una respuesta solidaria de gran parte de los mexicanos, sin embargo, estos movimientos con el paso del tiempo se “diluyen” y desaparecen.

Desde este punto de vista, los *mass media* “tienen una incapacidad intrínseca” para generar cualquier tipo de comunidad sociocultural debido a su ya mencionado carácter de comunicación monológica que impide toda interacción real. Además, no parece posible construir una gran “comunidad imaginada” sin los requisitos indispensables de un prolongado trabajo cultural, simbólico y, sobre todo, sin la memoria de un pasado común y un proyecto futuro compartido. Al mostrar los resultados de nuestro estudio abordaremos este hecho con información empírica. Tal parece que la conformación de una *gemmeinschaft* (o comunidad sociocultural) cuenta con ciertas restricciones contextuales que, si bien se amplían con la revolución de la movilidad y la comunicación, siguen siendo una condición necesaria para su desarrollo.

Para finalizar esta sección, queremos señalar que los MMC abren la posibilidad de una nueva forma de involucramiento o acción social a partir de algunas experiencias mediadas (Thompson, 1995). Por ejemplo: la experiencia de la guerra de Bosnia, la actual de la Guerra de Irak o las hambrunas en África Central, generan nuevos movimientos sociales que, partiendo de estas experiencias establecen nuevos compromisos y acciones colectivas.³⁷ En el caso de nuestras comunidades migrantes, los MCM les han permitido “compartir” y revivir algunas festividades y actividades importantes de su comunidad mientras

³⁷ El tema requiere de mucha más profundidad de la que podremos abordar aquí, pero vale la pena señalar que, según Thompson (1995), los media confrontan a la mayoría de la gente frente a un problema de “dislocación simbólica” ya que la capacidad de experimentar no se encuentra ya ligada al encuentro cotidiano, cara a cara, sino que muchas veces es posible asimilar esta experiencia de eventos distantes y establecer algún tipo de “relación” interpersonal, incluso con personajes lejanos y de los cuales uno no espera respuesta alguna. Este sería el caso de algunos ídolos musicales juveniles.

se encuentran ausentes: un entierro, la fiesta patronal, una comilona familiar, etc. que se graban y permite a las familias en ambas localizaciones (Atlixco – Nueva York) compartir una misma experiencia mediatizada, que refuerza su identidad colectiva aun sin el hecho de compartir una proximidad espacial incluso por períodos de tiempo considerablemente largos.³⁸

2.5 ¿“Retradicionalización” de la Modernidad?

Para resaltar una de las transformaciones culturales de las sociedades modernas que aquí nos interesa, revisaremos algunos de los rasgos y funciones que desempeñaba la tradición en las sociedades preindustriales, para contrastarlas con las nuevas características que ésta adquiere con el desarrollo de los *mass media* y la apertura de las fronteras geográficas y mentales propias de la modernidad.

De manera muy rápida y sin profundizar en ello, podemos decir que en las sociedades tradicionales el sentido del pasado y del mundo futuro se encuentran marcados por el contenido simbólico de la interacción cara a cara. El sentido del mundo proviene de las comunidades social y espacialmente delimitadas a las cuales uno pertenece; éstas se encuentran constituidas por la tradición oral, y son producidas y reproducidas en los contextos de la vida diaria. El surgimiento de los *media* permite al individuo experimentar eventos y observar otras culturas distantes, de manera que es posible abarcar mundos que están más allá del contexto local y de las redes de comunicación interpersonal. En nuestro estudio los *media* considerados como “multiplicadores” de la movilidad, al permitir que poblaciones localizadas tengan contacto con contextos lejanos (en tiempo y espacio), ... Y de esta manera, su estudio es paralelo al de los desplazamientos físicos de la población a partir de la revolución de la movilidad y los medios de transporte que ha favorecido y ampliado los movimientos migratorios internacionales. Ambos fenómenos (paralelos) introducen cambios importantes en

³⁸ La presencia de cadenas televisivas y radiodifusoras creadas para la población “hispanica” en Estados (algunos programas en radio o prensa local) permiten a los migrantes contar con referentes culturales bastante próximos a su cultura de origen. Abre toda una veta de investigación.

las sociedades tradicionales antes mucho más “aisladas.” En el capítulo IV nos centraremos en la discusión en torno a la migración, mientras que ahora abordaremos los posibles cambios culturales introducidos por los MCM.

De manera siempre analítica los estudiosos del tema señalan que el mundo **tradicional** privilegia la duración y la continuidad; cada uno se inscribe en una historia en la que se respetan los códigos y los usos del grupo al que uno pertenece. Por tanto la construcción de la trayectoria personal (identidad) consiste en conjugar la singularidad de su destino con la fuerza de las tradiciones heredadas. En un sentido caricaturesco podríamos decir que el individuo “se reproduce” más que innovarse. Por otro lado, la **modernidad** instaaura el tiempo del sujeto, no de la tradición; del presente, más que el pasado; de la expresión, más que la regla; del yo, más que de los otros. Por tanto, la disciplina, la obediencia, el respeto al pasado, a las tradiciones, a la memoria, son valores ligados a la cultura tradicional. En cambio, hoy subsiste un presente indefinido, casi sin reglas, donde cada uno, singular y libre, conquista su singularidad (Wolton, 1997, p.59). Sin embargo, existen numerosos vasos comunicantes entre estos dos mundos que se nos presentan como antitéticos.³⁹

Para realizar un profundo análisis de las transformaciones de la tradición en las sociedades modernas, Thompson (1995, Pp. 185 y ss.) resalta cuatro ámbitos o aspectos de la tradición: **el hermenéutico**, el normativo, el de legitimación y el identitario. En el primer ámbito resalta que *la tradición representa un esquema interpretativo*, una cosmovisión específica del mundo, basado en ciertas suposiciones y asunciones tomadas como dadas (Gadamer, 1980). En este sentido la modernidad, como antítesis de la tradición, inaugura una nueva tradición, o grupo de tradiciones – como marco interpretativo -, que se basan en presupuestos tomados como dados y que proveen un marco de referencia a la comprensión del mundo.

³⁹ Desde otra perspectiva, E. Rajchenberg y C. Héau-Lambert (2002) muestran el tortuoso proceso desde una concepción religioso – tradicional del tiempo hasta su “laicización” y control por parte del Estado Moderno. Esto como un momento previo al uso capitalista del tiempo para disciplinar la mano de obra e imponer la producción industrial.

En su **aspecto normativo**, si bien en la tradición las creencias y patrones de acción del pasado sirven como guías para la acción y la articulación de creencias del presente, muchas veces las prácticas se rutinizan y son aceptadas sin que medie alguna discrepancia o reflexión. En este sentido la acción misma puede hacerse explícita y tener un nivel de justificación para la continuidad del *status quo*: “eso es lo que siempre hemos hecho...”, “las buenas familias ...”, “Es conveniente comportarse como la gente...” No obstante, la modernidad también inaugura nuevos esquemas o guías para la acción práctica: la lógica de la acumulación y la ganancia inmediata, la especialización de las prácticas y los espacios sociales, la medición y control del tiempo, la racionalización de los procesos sociales, el individualismo, etc. (Weber, 1975) son los nuevos ropajes de la legitimación de la acción social. Por tanto, podemos afirmar, ambos paradigmas poseen, en algún grado, una dimensión normativa.

El tercer aspecto, **de legitimación**, consiste en que la tradición puede, en ciertas circunstancias, servir como base de sustentación para el ejercicio del poder y la autoridad – aspecto bastante profundizado por Weber (1974) al definir el tipo ideal de dominación tradicional. En este sentido, entonces, “la tradición puede tener un carácter abiertamente político: puede servir no sólo como una guía para la acción normativa, sino también como base para el ejercicio del poder sobre otros y para asegurar la obediencia hacia ciertas órdenes o jerarquías” (ibid, p. 186). Es aquí donde encontramos el autoritarismo y patriarcalismo característicos de la familia tradicional profundamente arraigada en nuestro México rural. Pero, igualmente, en la sociedad moderna existen mecanismos de legitimación del poder burocrático (Weber, 1974) o burgués (Marx y Engels, 1977).

Desde su dimensión **identitaria**, la tradición provee un conjunto de supuestos, creencias y patrones de comportamiento que han sido heredados del pasado. Es decir que, las tradiciones proveen algunos de los materiales simbólicos necesarios para la formación de la identidad (tanto colectiva como individual). Por ello, “el sentido de uno mismo y el sentido de pertenencia se encuentran modelados – en diversos grados y dependiendo de los contextos sociales-, por los

valores, creencias y formas de comportamiento transmitidas del pasado” (Thompson, 1995, p. 186).

Otras formas de la tradición, como son las creencias y prácticas religiosas, se encuentran entretejidas con las actividades cotidianas que proveen a los individuos de un **sentido de pertenencia a la comunidad**, un sentido de identidad que los sitúan como parte integral de una colectividad mayor, con una historia común y un destino compartido.⁴⁰ Es muy importante señalar que este aspecto conformador de la identidad, propio de la tradición, no ha sido eliminado con el desarrollo de las sociedades modernas. Cuando mucho ha sido adaptado (en parte por la presencia de los *mass media*, la movilidad territorial y la migración internacional) y relativizado con el crecimiento autónomo del individuo que hoy se caracteriza por ser un agente mucho más reflexivo capaz de elaborar su identidad de manera mucho más abierta. En otras palabras, las sociedades modernas no eliminan la necesidad de formular un conjunto de conceptos, valores y creencias que nos permitan dotar de sentido al mundo y encontrar nuestro lugar en él. El desarrollo de las sociedades modernas viene acompañado por la emergencia de un nuevo conjunto de conceptos, valores y creencias que combinan elementos del progreso técnico, el conocimiento científico y el humanismo secular. Sin embargo, este proceso no resulta de manera “mecánica” (Durkheim, 1995), sino que es proceso de una elaboración reflexiva y personal.⁴¹

Es innegable, queremos resaltar, que los MCM se erigen en la condición de posibilidad de la transformación de la tradición en dos sentidos. Por un lado, el desarrollo de los *media* ha favorecido el declive de la autoridad tradicional al minar el fundamento tradicional para la acción. Hoy los *media* son fuente de nuevas experiencias y conocimientos que ya no dependen de la autoridad tradicional. Por ejemplo, nuestros jóvenes adquieren conocimientos a través de internet, que no

⁴⁰ En nuestro estudio encontramos que la fuente identitaria fundamental proviene tanto de la familia tradicional - la de sangre y la ampliada a través del sistema de cargos, las redes de compadrazgo -, como de la comunidad imaginada - aquella que se forma entre vivos y muertos, presentes y ausentes. Ambas se articulan en el profundo arraigo a la tierra (Cfr. Capítulo VI).

⁴¹ El resurgimiento y arraigo de muchos movimientos religiosos tanto en Latinoamérica, Estados Unidos como en el Mundo Islámico - hoy numerosos movimientos religiosos de diverso credos que empiezan a ejercer su poder en la esfera política - confrontan profundamente la teoría clásica de la modernización que concebían la cosmovisión religiosa como una forma “atrasada” que sería suplantada por la ‘razón pura’. Hay teóricos que señalan que estos movimientos podrían verse como una forma de enfrentar la indeterminación radical de la vida moderna. También existe, desde luego, quien interpreta esta

sólo no corresponden, sino que no dependen ya de la interacción cara a cara. Por otro lado, los *mass media* se constituyen en mecanismos de ampliación de la tradición al desligarla de los contextos locales compartidos (requerido por la tradición oral, por ejemplo). Aún más, los MCM han creado las condiciones para la transmisión y renovación de la tradición en una escala que excede las posibilidades que tenía en el pasado. La evolución de las técnicas de “fijación” del contenido – desde la letra impresa, el rasgo electrónico o la imagen – por lo que es posible su transmisión fuera de las ataduras del contexto espacio – temporal de producción y recepción. Hoy la tradición ha ampliado su difusión hacia contextos muy diferentes de aquellos en que fueron originados, propiciando un movimiento que Thompson (1995) ha definido como la **re-tradicionalización del mundo moderno**. Por ello, afirma este autor, las tradiciones se han transformado radicalmente “[éstas] no desaparecen, sin embargo han perdido sus raíces en los contextos compartidos locales y cotidianos,” para abrirse al ancho mundo y encontrar “nuevos asideros” y nuevas formas de manifestación.

La tradición, lejos de des-localizarse, al abrirse hacia nuevos ámbitos sociales, se *re-localiza* en contextos remotos (en tiempo y espacio) a aquellos en los que surge, por ello se “libera” de las constricciones impuestas por la transmisión oral y el contexto de interacción cara a cara. Pero, nuestra tesis central es que, si bien la tradición se encuentra menos “constreñida” por un espacio concreto, ello *no ha implicado la destrucción de la conexión entre tradiciones y determinadas unidades socioespaciales*. Por el contrario, “el ‘desarraigo’ de las tradiciones ha sido la condición para su reinserción en nuevos contextos y en nuevas unidades socioterritoriales que exceden los límites de las localidades en las que surgieron” (Thompson, 1995, p. 197). Podemos asegurar, entonces, que **la tradición ha sido multilocalizada, pero no desterritorializada**. Esta es la tesis central de nuestro trabajo. En el presente estudio mostraremos que las tradiciones no se destruyen, sino que más bien se actualizan, se amplían, se adaptan, para ser llevadas a nuevos contextos – como podríamos ver en las fiestas patronales (re)actualizadas en Nueva York por los poblanos migrantes –

transformándose, pero permaneciendo vivamente en el corazón mismo de la modernidad, como podría ser Nueva York, una ciudad global (Sassen, 1998).

Los *mass media*, como veremos más adelante, juegan un papel importante en la reinvención de la tradición y en su reinserción en contextos distintos a los de su origen. Podemos hoy describir la festividad de la Virgen de Guadalupe en pleno Manhattan, rodeada de una parafernalia urbana nunca vista antes en un contexto rural, ni aun en la ciudad de México; o la resignificación de la “Batalla del 5 de Mayo” una fecha marcada por el calendario cívico nacional, de baja significación en la memoria colectiva de las comunidades tradicionales del Valle de Atlixco, pero que de pronto, se torna en un “llamado a la raza” para defender “la patria” y la libertad en un contexto de persecución como el que viven los migrantes indocumentados en las grandes ciudades norteamericanas. Estos aspectos podrían ser objeto de futuras investigaciones.

Ahora bien, esta posibilidad de trasladarse hacia nuevos contextos, ha tornado a las tradiciones mucho más vulnerables y “volátiles” y, en ocasiones incluso, han sido “maniatadas” por campañas comerciales mediáticas. Ni qué decir del día de la madre, el día del amor y la amistad, etc. y tantas otras “seudo – tradiciones” que no se encuentran ancladas en la vida cotidiana, ni son creadas o sostenidas por grupos sociales, sino que son impuestas por elites políticas, empresariales, promotores de la industria turística, etc. Es conveniente señalar, finalmente que, el desarraigo y la reinserción de las tradiciones en nuevos contextos no necesariamente las torna menos auténticas ni por ello deben ser menospreciadas. Sin embargo, para discernir su autenticidad, se requiere de un trabajo minucioso de reconocimiento del sentido profundo de las tradiciones (como cultura subjetivada) en un grupo social determinado.⁴²

Los media, tanto como la migración, han permitido que las poblaciones al desplazarse hacia nuevos contextos espaciales (áreas urbanas, países lejanos)

modernización.

⁴² Existen numerosos esfuerzos por vincular las comunidades rurales de Puebla con los migrantes en NY. Algunos movidos por un interés de organización social y defensa de los derechos (como la Asociación Tepeyac, que publica un semanario denominado “El volcán”); algunos programas de radiodifusoras y programas televisivos que pretenden vincular las comunidades de aquí y allá (La Radiante, Tribuna, TV3, etc.); y recientemente el gobierno del Estado ha mostrado una mayor preocupación por estos paisanos y ha instalado la “Casa Puebla” y algunos programas para canalización del envío de recursos a las comunidades de origen.

“lleven” en sus espaldas tanto sus cosmovisiones del mundo, como sus costumbres y creencias hacia otros ámbitos, (re)creando su cultura en nuevos contextos. Esto puede comprenderse mejor al estudiar la creación de la Nueva España, Nueva Valladolid, Nueva York, Nueva Jersey, en tiempos de La Colonia, o de la “Placita Olvera”, *China Town*, *Little Havana*, como una clara demarcación cultural del territorio gracias a la inserción de la cultura de origen en los lugares de destino de la migración internacional. Volveremos a esta discusión en el capítulo IV.

Para concluir esta sección diremos que el efecto del desarrollo de los media en la tradición no ha sido devastador. Como en el caso de la globalización en la cultura, los MCM han transformado la tradición, tanto en sus rasgos como en el papel que juega en la vida social. Veremos a continuación que la ampliación en la movilidad y el rompimiento de fronteras generados por la modernidad no han terminado con la relación de la cultura con el territorio. Si bien las identidades socioterritoriales se han transformado, el vínculo con el territorio continua jugando un papel importante en la construcción identitaria (Pollini, 1987).

2.6 Las Identidades Socioterritoriales en el Nuevo Contexto Global - Local

Hoy asistimos a un mundo cada vez más interconectado que ha puesto de manifiesto la problemática social que se torna cada vez más global, pero, al mismo tiempo, sus manifestaciones son inevitablemente localizadas (o locales). Un grupo cada vez mayor de autores (ISA, 2001)⁴³ apoya la concepción de que lo global sólo puede manifestarse localmente, por lo que una teoría de la globalización requiere ser elaborada en contrapunto con una teoría de lo local. En esta línea, Sara Brahman (1996) señala que el enorme interés por lo local, desde inicios de los años ochenta, surge como respuesta a la experiencia de la globalización. Hoy lo local se torna visible a partir de tres rasgos fundamentales: a) como *resistencia a la globalización* (encontramos aquí, como ejemplo, el reciente movimiento de apoyo internacional despertado en torno al EZLN que se presenta como

⁴³ Congreso de la International Studies Association, Chicago III, February, 2001.

alternativa a la globalización “desde arriba”); b) como *fuentes de particularidades y diferencias*, la cultura regional y local continua teniendo una densidad fundamental en la vida social y en la dinámica cultural (Bassand, 1990); por último, c) como *reserva de sentido* para los individuos y las comunidades, ya que son las comunidades primordiales - la familia, el vecindario, los grupos de pertenencia socioterritorial, etc. - los que proporcionan *el mínimo de coherencia que confiere sentido al mundo* y permite el despliegue de la vida cotidiana. Los contextos cotidianos, a su vez, continúan teniendo un enorme peso en la organización de la identidad y las representaciones sociales (Pollini, 1987). En el caso de la comunidad, lo local constituye la referencia central para la formación identitaria, el sentido de pertenencia y orientación de la acción.

En nuestro mundo la interacción global – local se manifiesta con particular claridad en la dinámica mundial de los *mass media* que transportan acontecimientos de lugares remotos a nuestros hogares tornándolos “familiares”. Ahora bien, la publicidad que insiste en que la comunicación “ha devenido global,” oculta el hecho de que son unas cuantas firmas (CNN, CNI, CBS, entre otras) las que transmiten la información “mundial” pero, siempre, manteniendo una determinada perspectiva de los mismos - claramente anclada en una visión estadounidense y occidental de los hechos. Los elementos más dinámicos de este modelo de globalización mediática se han originado en el mundo industrializado. De hecho la participación en la producción y distribución de las formas simbólicas mediáticas no es equitativa, ya que conservan la orientación de las relaciones centro-periferia determinantes de los flujos no sólo económicos. Presenciamos un juego múltiple y complejo de interacciones entre los poderes económico, político y simbólico que no conducen, ni remotamente, a una “comunidad” o aldea global.

¿Cómo plantear la relación entre cultura y globalización a partir de la teoría expresada hasta aquí? Hemos señalado la importancia de no disociar la cultura de los sujetos sociales que la producen, la emplean o la consumen, ya que no existe cultura sin sujeto, ni sujeto sin cultura. Por tanto, todas las manifestaciones culturales tendrían que estar siempre referidas a un “espacio de identidad” (Giménez, 2000). Ahora bien ¿De qué manera la formación de la identidad se ve

modificada por los espacios de globalización, por la *mediatización* de las formas culturales en una escala mundial? Para poder responder a estas cuestiones la distinción entre las *formas objetivadas* y *formas interiorizadas de la cultura* (Bourdieu, 1979, 1985) deviene crucial. Es necesario distinguir (analíticamente) entre formas simbólicas y estructuras mentales interiorizadas, por un lado, y símbolos objetivados bajo la forma de prácticas, rituales y objetos cotidianos (religiosos, artísticos, etc.), por el otro. Esta distinción nos permite ver que la “globalización de la cultura” basada en la mercantilización, a escala mundial, de algunas formas objetivadas (productos, imágenes, informaciones, etc.) no implica que éstas sean interiorizadas de manera directa y sin mediación alguna. Lo que algunos autores tipifican como “cultural mundializada” no es más que una descripción taxonómica, sin referencia a los diferentes contextos de producción, circulación y consumo (apropiación) de dichos bienes.⁴⁴

En su trabajo más reciente, Giménez (2000) plantea una serie de hipótesis que resumen los resultados de investigaciones actuales en torno a la globalización desde la perspectiva de una concepción simbólico estructural de la cultura. En primer lugar, no se puede hablar de una “cultura global” unificada, homogénea y fuertemente integrada – siguiendo el modelo de las culturas nacionales – transportada a una escala mundial. Ello requeriría la constitución de alguna forma de “estado global” y de una identidad también global. Si partimos del hecho de que la identidad implica no sólo compartir una memoria, un conjunto de símbolos comunes, sino que requiere del establecimiento de fronteras en relación con un “afuera,” la demarcación entre un nosotros y ellos, es difícil pensar la idea de construcción de elementos de contraste extra-planetarios (Featherstone, 1992). Además, el trabajo lento de construcción identitaria “global” implicaría también alguna instancia gestora realmente global.

⁴⁴ Renato Ortiz (1997) habla de mundialización de la cultura a partir de una lista de lo que él llama “iconos” de la mundialización: T-Shirts, tarjetas de crédito, McDonalds, Música Pop, etc. Enlistando, desde el punto de vista del observador externo, bienes de consumo extendidos por todo el globo. Sin embargo, como veremos, el simple hecho de lucir una gorra de los “Mets de NY”, traer el cabello largo, o emplear tatuajes en los brazos, no hacen a un muchacho huaquechulense compartir la cultura de los barrios neoyorquinos, ya que su identidad sigue estando articulada por la pertenencia a su familia y a su pueblo (Vargas Espinosa, 2001).

En segundo lugar, las formas simbólicas se producen y distribuyen en una escala que trasciende el ámbito de los estados – nación,⁴⁵ por lo que la cultura global así entendida se encuentra sometida simultáneamente a procesos de integración y desintegración, producción global / consumo local, divulgación / resistencia. Por ello no es pertinente aplicar a la cultura así entendida “dicotomías mutuamente excluyentes como las de heterogeneidad / homogeneidad, desintegración / integración o diversidad / unidad, salvo para fines analíticos (Giménez, 2000).

En tercer lugar, lejos de una homogeneización cultural o la conformación de una “aldea” global” (McLuhan, 1964), encontramos la presencia simultánea de una pluralidad de culturas locales, crecientemente interconectadas entre sí –como podría ser el caso de nuestros migrantes Atlixquenses y sus paisanos en NY – además del crecimiento casi exponencial de los flujos de formas simbólicas que han “perdido” (u ocultado) su vinculación con el contexto de producción (Thompson, 1995). En este sentido, asistimos a un proceso de comunicación e intercambio cultural caracterizado **por la producción globalizada de las formas simbólicas al tiempo que la apropiación (consumo) tiene siempre un carácter localizado**. Hemos discutido suficientemente este aspecto, poco estudiado empíricamente, de la manera en que los diferentes contextos de apropiación (consumo) alteran el significado de un mismo “producto” o bien cultural (Liebes y Katz, 1993). Pocos autores enfatizan el acceso desigual a las formas simbólicas mediáticas definido por el acceso inequitativo al poder — económico, político, simbólico (Thompson, 1995). De aquí se deriva que las corporaciones trasnacionales, que controlan la producción y la distribución de las formas simbólicas, no pueden controlar los efectos culturales de los mismos en los diferentes contextos locales de consumo. Esta es una tesis que sustenta nuestro estudio del “consumo” de los media en el Valle de Atlixco.

⁴⁵ Appadurai (1992) señala que los bienes de consumo de circulación mundial - las llamadas “culturas populares” en sentido americano, aquéllas transportadas por los *mass media* – llegan a integrarse al orden de la cultura como signos o símbolos expresivos de un estilo de vida, y frecuentemente tienen una connotación de poder y *status*. Un automóvil, por ejemplo, no sólo posee un valor instrumental para el usuario, también puede comportar un valor simbólico en la medida en que tiene una connotación de status alto (Bourdieu, 1990).

John Street (1997) cuestiona el hecho de que la globalización de la cultura mediática sea efecto de fuerzas puramente económicas resultantes de las estrategias de mercado de las grandes corporaciones transnacionales. “Las políticas nacionales y hasta las locales –como las de desregulación y apertura indiscriminada del mercado interno – han desempeñado un papel decisivo en el fortalecimiento de las tendencias globalizantes. Por consiguiente, la globalización no es tanto un proceso inevitable, como un verdadero proyecto político. En general las teorías de la globalización tienden a ignorar las actividades de ámbitos inferiores que sirven de soporte a los procesos globalizadores, pasando por algo las conexiones entre lo local, lo nacional y lo global (p. 76 y ss.). Por consiguiente, no existe una “cultura popular global” ni bajo una forma unitaria – según las teorías difusionistas de la estandarización – ni bajo una forma multicultural y “fluida” – como afirmarían las teorías posmodernas.

Consiguientemente, la mayor interacción entre las culturas no ha generado ni “una pluralidad de culturas iguales, ni una síntesis armoniosa de las mismas” (Street, 1997, p. 72). De acuerdo con este autor, lo que se nos presenta como “cultura global” no es más que la cultura dominante de las sociedades centrales,⁴⁶ a la que no todos los habitantes del planeta tienen un mismo acceso. “Las culturas son siempre parte de una lucha por el poder, una lucha en la que los recursos (culturales y financieros) no están igualmente distribuidos, de donde resulta que ciertos países y regiones se encuentran indefensos frente a las maniobras del sistema de comercio mundial” (íbid.). La configuración que adquiere la *cultura popular mundial* (formas simbólicas mediáticas, en términos thompsonianos) no es la de una cultura homogénea, sino más bien, la de un **pluralismo jerarquizado** a partir de la distribución de los poderes económico - financieros que estructuran las relaciones centro / periferia (Amin, 1999).

Por último, en cuarto lugar, nos interesa refutar aquí la tesis alimentada por diversos ensayistas, economistas y filósofos que plantean insistentemente la tesis de que la globalización económica ha acarreado la *desterritorialización o des-*

⁴⁶ La cultura “global” emerge de las sociedades centrales de América y Europa, y es manufacturada y distribuida por corporaciones radicadas en los Estados Unidos, Europa y Japón. Hay que tomar con cautela la pretensión de que nos

localización de los procesos económicos, sociales y culturales. La globalización habría “eclipsado” la importancia de los territorios interiores, de las regiones y los Estados nación, sustituyéndolos por redes transnacionales de carácter comercial, financiero y mediático (Braman & Sreberny-Mohammadi, 1996). La revolución mediática y de las comunicaciones ha favorecido los desplazamientos humanos de manera tal que la transmisión de la cultura se da a partir de una profunda transformación del contexto en el que se ancla la experiencia. Por un lado, el vertiginoso desarrollo de los medios masivos — a partir de la era de las telecomunicaciones y la informática —, ha permitido romper los contextos de tiempo y lugar que permitían la comunicación interpersonal. Como hemos visto, actualmente los *media* abren los horizontes tradicionalmente limitados a la localidad y dependientes de la interacción cara a cara. Por otro lado, las migraciones implican el cambio del contexto social en el que se lleva a cabo la vida cotidiana y en el que se “anclan” los procesos de socialización, las relaciones y acción social. De esta manera, tanto el material simbólico como el contexto del que se parte para construir la identidad se han transformado, y con éstos, se ha transformado el proceso de formación identitaria. Sin embargo, la pregunta sigue siendo si estas transformaciones en los contextos de la vida diaria — tanto por los *media* como por las migraciones internacionales — han “diluido” el vínculo con el territorio, de manera que hoy la identidad pudiera tornarse “a-espacial”, “fluida”, “híbrida”. Antes de responder a esta cuestión, es necesario reflexionar detenidamente en la relación entre territorio y cultura, tarea que realizamos en el próximo capítulo.

CAPÍTULO III

EL VALLE DE ATLIXCO

¿UNA REGIÓN CULTURAL?

Las geografías también son simbólicas: los espacios físicos se resuelven en arquetipos geométricos que son formas emisoras de símbolos. Llanuras, valles montañas: los accidentes del terreno se vuelven significativos apenas se insertan en la historia.

Octavio Paz

Una característica central de toda investigación social es su necesidad de referencia a un contexto, en tiempo y espacio, en el que ubicar su objeto de estudio. En nuestro caso, nos hemos propuesto estudiar una región, el Valle de Atlixco, en las postrimerías del siglo XX, para estudiar los procesos que a nuestro juicio se encuentran en la base de la comprensión de los profundos cambios socioculturales que viven otras regiones rurales en el centro de México.

El presente capítulo pretende hacer un recorrido en torno a las diversas maneras en que se han abordado los estudios regionales, con la finalidad de marcar las coordenadas en la reconstrucción de la propia región de Atlixco, a partir de diversos criterios: el geográfico – natural, el económico, el político administrativo y el cultural.

3.1 Dimensiones en el Estudio de la Región

La región constituye un concepto multifacético que abarca no solamente elementos geográficos y espaciales, sino además culturales, políticos y económicos. Por ello no podemos partir de un solo modelo o metodología para dar cuenta de las complejas manifestaciones históricas de las regiones en el contexto mexicano. De allí que toda aproximación a la región requiera de una perspectiva multidisciplinaria, en que cada una aporte y profundice en una dimensión específica. Por ello, las regiones son, por definición maleables y esencialmente sistemas históricos, más que entidades con límites y características fijas (Van

Young, 1992). Los criterios elegidos para su definición determina lo que el observador obtiene como región.

Las regiones como objetos de estudio son multidimensionales, pero al mismo tiempo constituyen sistemas negociados y espacios vividos que forman construcciones sutiles de una conciencia y memoria colectivas. Y en este mismo sentido de la demarcación regional, no podemos concebir la región sin un referente mayor, ya que la relación región / nación deviene importante para comprender la dinámica de ambas. Es por ello que en este capítulo intentaremos abordar de la manera más sintética posible la problemática de la región al tiempo de ir mostrando algunos rasgos específicos del Valle de Atlixco que definiremos como una región bajo diversos criterios.

Inicialmente el concepto de región remite a su origen **geopolítico**. Es decir, no podemos considerar el espacio solamente desde el punto de vista de su valor simbólico o económico, región - del latín *regere* – lleva desde su misma raíz el sentido de mando, de regir, de organizar. La región, para los geógrafos, es la región militar, que implica el control político, el empleo de la fuerza, el dominio y control sobre los medios de producción y distribución en un espacio delimitado.¹ Ello remite, como señala Van Young (1992), a la interacción entre la fricción de la distancia y la prevalencia de un modo (o modos) de producción al analizar una región. Y es que “sin producción no podría haber intercambio, y sin intercambio, no habría relaciones espaciales” (Pérez Herrero, 1992). La diversidad regional que se manifiesta a través de la historia nacional corresponde, generalmente a esfuerzos de descentralización y desconcentración del Estado Central (Bassand, 1990, p. 82). Toda demarcación regional remite, en última instancia a la manifestación espacial de diversas formas y relaciones de poder.

La región: concepto multidimensional. El concepto de región proviene de tradiciones científicas diferentes. No se trata de una categoría transhistórica, no expresa una definición real ni es un concepto unívoco (nomotético) en torno al cual pueda construirse una “teoría general de las regiones” (De la Peña, 1991, p. 125). Por el contrario, se trata de un concepto histórico, politético cuyo significado se

¹ El propio Yves Lacoste escribe en 1976 un texto ilustrativo denominado “Geografía para la Guerra.”

modifica por las circunstancias de tiempo y lugar. No obstante, la utilidad de este concepto es que nos permite concebir la relación entre los procesos sociales y el espacio. “La extensión y los límites de la organización espacial son producidos por procesos sociales, que en sí mismos pueden dividirse en varios ejes diferentes. La fricción de la distancia adquiere significación cuando los procesos sociales la absorben” (Pansters, 1998, p. 86).

Ahora bien, la definición de región requiere de claridad y rigor ya que las comparaciones construidas en torno a ésta se tornan problemáticas si no podemos designar con mayor o menor precisión las dimensiones y variables que estamos comparando y los procesos que las articulan (ubicación de funciones de producción, estructuras de mercado, dotación de recursos, etc.) (Van Young, 1991, *passim*).

La plasticidad y elusividad del concepto de región se manifiesta en el hecho de que existen diversos criterios sistémicos para definirla, desde fuerzas económicas hasta procesos políticos e institucionales y los criterios culturales que estructuran el espacio. Es por ello necesaria una comprensión multivariada y multidimensional de la región. Este enfoque de la región nos prevendrá contra el peligro de la reificación.

“Dado que las regiones se definen adecuadamente por la escala de cierta clase de sistema interno de las mismas y, dado que las sociedades humanas se constituyen típicamente con un gran número de clases diferentes de sistemas mutuamente influyentes, ¿cuál es el sistema que hay que elegir para definir las regiones?” (Van Young, 1991, p. 110). Uno podría partir de la geografía física, de la producción y distribución, de la estructura política, el intercambio o las relaciones de mercado. También dependerá de la escala que utilicemos, del momento histórico que analicemos, y del punto de partida desde el que definamos la región. Lo importante aquí es partir de *las relaciones*, más que de los elementos, una región es un micro sistema, dentro de otro mayor.

La región natural y geoeconómica. La estructura físico geográfica ha representado un criterio valioso para la demarcación de las regiones “naturales.”

Los primeros en preguntarse por este complejo término han sido los geógrafos. En México, las características geográficas y topográficas, las enormes distancias y el relativo aislamiento de ciertas zonas, favorecieron enormemente la consolidación de un mosaico regional. Las enormes distancias, especialmente en el período colonial e inicios del siglo XIX, aunado a las características físicas facilitaron el surgimiento de un complejo arreglo entre zonas climatológicas, micro ecologías, subculturas e historias locales. Las dimensiones de lugar y espacio, han sido atravesadas por las de historia y cultura. Los iniciadores de esta reflexión, han sido los trabajos pioneros de Angel Bassols (1979) y Claude Bataillon (1969) quienes realizan las primeras propuestas teóricas en torno a las regiones de México, incluso en contra de la aceptación dominante de que México conforma una nación moderna en el siglo XX.² Es en esta discusión que la distinción entre el *regionalismo* y *regionalidad* devienen importantes. La segunda como cualidad de ser región ha sido bien descrita por los geógrafos, mientras que el regionalismo, que sería un sentimiento, una identificación (cultural, política, de lealtad) que van desarrollando a través del tiempo y comparten grandes grupos de personas en ciertos espacios geográficos ha sido desarrollado mucho más por antropólogos e historiadores. Nosotros trataremos de abordar ambos aspectos a lo largo del trabajo, partiendo de la definición de la región en términos de características del espacio, para transitar hacia el sentimiento e identidad socioterritorial regional o *regionalismo*.

Bataillon (1969) realiza una crítica interesante a la teoría de las regiones naturales o geográficas en México, enfatizando la función de producción como la variable definitoria de las regiones, combinando por tanto una región geoeconómica, considerando las redes de intercambio y distribución como “los hilos” que mantienen “unida” a la sociedad y articulan las diferentes regiones geohistóricas. Este énfasis parece subyacer en la discusión de la escala urbana y el poder productivo de la esfera de influencia de la ciudad. Por tanto, afirma el

² Liverman y Cravey (1992) hacen un interesante recorrido en torno a diferentes criterios que han sido empleados en el presente siglo para definir las regiones de México.

autor, para comprender las regiones deberíamos estudiar las relaciones de mercado.

Por otra parte, Bassols (1986) señala que “las regiones geoeconómicas [entendidas como región – plan] para la aplicación de programas de conjunto, deben basarse en toda una gama de aspectos naturales, demográficos, económicos y sociales, que conduzcan a integrar unidades para dicho propósito. No pueden ser regiones naturales, ni tampoco áreas de población, ni incluir sólo fenómenos productivos, ni los derivados de índole social, *deben ser el conjunto de todos ellos*. Deben representar en suma las regiones geoeconómicas, de diverso rango y complejidad” (p. 39, resaltado por el autor).

Las regiones geoeconómicas, por tanto, son producto del desarrollo social y se comienzan a estructurar desde periodos anteriores a las relaciones de producción capitalista, consolidándose a partir de la industrialización y especialización (agrícola, ganadera, forestal o comercial) en una escala estatal o nacional, a partir de las redes de comunicación y de transporte, que se van articulando con mercados locales, nacionales e internacionales. Desde los trabajos de Bassols (1975, 1983, 1986) y Bataillon (1969) vemos que los geógrafos han abandonado la rigidez del concepto de “región natural” para insistir más en una formación histórica de los territorios, condicionada, pero no determinada por factores fisiográficos.

Una visión interesante que propone Hoffmann (1992) es el estudio de las relaciones entre los sistemas de producción y sus entornos regionales. El desplazamiento de un cultivo por otro o la aparición de nuevos, deben considerarse como la expresión de una serie de factores relacionados entre sí: cambios en la estructura agraria, transformaciones de la economía y política nacionales, fluctuaciones del mercado internacional. Es por ello que a través del análisis histórico y regional se reconstruye un esquema de interpretación de la dinámica de la sociedad local, de sus motores internos de transformación así

como de sus relaciones con el centro urbano y la sociedad que la engloba (nacional e internacional).³

Como puede apreciarse en el Mapa no. 1 (Cfr. Apéndice A), la región natural del valle de Atlixco puede coincidir con la región económica, principalmente en la época prehispánica en que la influencia de la naturaleza llega a ser decisiva en la conformación regional (Bassols Batalla, 1983). Ello sin olvidar que las zonas climáticas se presentan como un *continuum* y las líneas que separan unas de otras no son límites bruscos o fronteras bien marcadas, sino áreas amplias que indican la dirección hacia donde se presenta una transición o cambio. Desde el punto de vista del investigador

Una definición funcional muy simple [de región] sería la de un espacio geográfico con una frontera que lo delimita, la cual estaría determinada por el alcance efectivo de algún sistema cuyas partes interactúan más entre sí que con sistemas externos. Por un lado, la frontera no necesita ser impermeable y, por otro, no es necesariamente congruente con las divisiones políticas o administrativas más familiares y fácilmente identificables, o aun con los rasgos topográficos. (Van Young, 1991, p. 102)

Por tanto, desde el punto de vista geoeconómico las regiones parecen *corresponder* en cierta forma con horizontes naturales, con categorías físico geográficas, para ubicarnos en un espacio que probablemente no ha cambiado mucho desde la época preindustrial.

La región histórica. La utilidad del concepto de región se manifiesta fundamentalmente en su dimensión diacrónica, ya que ha sido apropiado al estudio del periodo colonial y precapitalista en México y América Latina, como ha

³ La definición de una región nos permite estudiar la relación entre los procesos sociales y el espacio, "la extensión y los límites de la organización espacial son producidos por procesos sociales" (Pansters, 1998, p. 86). Sin embargo, el autor señala que "no debiera atribuirse a lo regional y lo espacial ninguna naturaleza causal o teórica, ya que las relaciones espaciales no producen efectos por sí solas" (ibid.). Sin embargo, desde la perspectiva de los problemas complejos (Morín, 1986) resulta importante señalar que depende del momento histórico y del desarrollo de las fuerzas productivas y tecnológicas, de la integración del mercado y centralización política, el peso que adquiere la dimensión espacial. Lo importante aquí es considerar todas las dimensiones con la idea de que, en una visión diacrónica, alguna de estas predomine y conforme una articulación regional diversa. Por ejemplo, el entorno natural, la constitución geomorfológica y climática del valle de Atlixco y la abundancia de agua (Grosso y Garavaglia, 1996; Morales Moreno, 1996; Tortolero Villaseñor, 1996) permitieron el establecimiento de población prehispánica y el desarrollo posterior de la agricultura intensiva (triguera) e industria textil que emplea la fuerza hidráulica (recurso abundante y económico) (Thompson, 1989). Recientemente la dimensión ambiental ha sido incluida a las preocupaciones del desarrollo desde el último cuarto del siglo XX en que esta dimensión ha sido puesta en el centro de la discusión del Desarrollo Sustentable (Leff, et. al., 1992, *passim*)

sido ampliamente aceptado. No obstante, afirmar que las regiones “desaparecen” desde mediados del siglo XIX implicaría estar realizando una lectura únicamente desde los procesos de integración y distribución económicas manifiestos ya a finales del siglo XIX, pero no en términos políticos - encontramos una estructura política regionalmente fragmentada, aún en el México contemporáneo – y menos aún desde una dimensión cultural, que es la que tratamos de resaltar en el presente estudio, y que nos muestra un complejo mosaico cultural en lo que hoy constituye el territorio nacional.

La enorme maleabilidad del concepto de región se refiere no sólo a su dimensión espacial sino, de manera particular, a la temporal. Por ejemplo, no podemos afirmar que las regiones que han existido a través de la historia de nuestro país sean meros artefactos o agendas de investigación. El cambio y transformación a través del tiempo es esencial para su constitución (Pérez Herrero, 1992). En otras palabras, si bien el análisis sincrónico permite apreciar el espacio, el análisis diacrónico permite captar la región.

Aquí debemos revisar brevemente el asunto de la historicidad en dos sentidos: primero, si se tratara de una cualidad real del espacio histórico, la regionalidad debería estar arraigada en el tiempo; y segundo, si las regiones pudieran existir subjetivamente [en la historia - esto es, si tienen alguna realidad histórica ó memoria social] para la gente que vive en ellas. (Van Young, 1992, p.8).

La definición de la región como proceso histórico tiene consecuencias importantes para nuestro análisis, ya que el constructo regional como una categoría descriptiva o analítica debería cambiar en el tiempo y el espacio. Un ejemplo cercano lo constituyen las características y la delimitación de las regiones en el área central de México, y en el estado de Puebla que es el caso que nos ocupa, que han venido cambiando con el tiempo. Han estado mucho mejor definidas en el período precapitalista, en donde la región (*le pays* desde la geografía cultural francesa) se distinguía claramente por una forma de vida, de producción y consumo. Sin embargo, la generalización del mercado nacional, la ampliación de las redes carreteras y los medios de comunicación necesariamente

alteran e integran regiones antes bien definidas y diferenciadas. En el presente siglo encontramos, por ejemplo, una mayor integración interregional en torno a la producción y distribución, de manera que las regiones devienen una suerte de “ladrillos” en la construcción del desarrollo económico. Por ello las “regiones” – y el análisis regional – han sido vistas más como una suerte de reductos “precapitalistas” y “premodernos” que impiden la integración comercial, la vida urbana moderna caracterizada por la producción para el intercambio y el consumo. Visión que no compartimos y que habremos de reelaborar en el presente trabajo.

Pero aún más, al introducir la *dimensión diacrónica* en la problemática regional, podremos involucrar el estudio de procesos y actores, alejándonos del peligro de una visión excesivamente sistémica o estructuralista. Las regiones deben verse “como espacios procesales cuya arquitectura interna y dirección están sujetas a una negociación constante de los actores internos y externos” (Van Young, 1992, p. 27).

De esta manera, los sistemas regionales pueden ampliarse o reducirse a través del tiempo. La dinámica histórica es una segunda estrategia para prevenir la reificación de nuestro objeto de estudio. “En suma, el concepto de región debiera enfocarse con una combinación de *dimensiones sistémicas* (socioeconómicas, políticas y culturales) y una dimensión *histórico – procesal* que, por decirlo así, resucite a las primeras” (Pansters, 1998, p. 86 subrayado por el autor).

Afirmamos entonces que la región es “en sí misma un concepto dinámico cuyo estudio puede decirnos mucho sobre los tipos fundamentales del cambio social [en sentido amplio] en espacios definidos a lo largo del tiempo.” (Van Young, 1991, p. 102). La dialéctica cambio / permanencia constituye la lógica de la reconfiguración / consolidación regional que deberá ser captada por nuestro análisis.

Una región está en constante cambio –algunos afirman incluso que la región es un proceso- en su totalidad o en algunas de sus partes. El análisis muestra que en los periodos más o menos largos, las regiones aprehendidas bajo el ángulo centro – periferia, pueden cambiar

considerablemente. Las regiones centrales [que en cierta formación económica articularon otros procesos económico sociales] devienen más o menos periféricas, y el inverso también puede ser observado. (Bassand, 1990, p. 86).

Tal sería el caso de la ciudad de Puebla y el Valle de Atlixco, que tienen una enorme importancia en el desarrollo de la Colonia en los siglos XVI y XVII como proveedores de la metrópoli Española y la ciudad de México, pero que pierden peso e importancia desde el siglo XVIII y particularmente el XIX. Sin embargo, nuevamente desde inicios del XX la industria textil que se asienta en estas dos ciudades hace que la región vuelva a tener enorme relevancia nacional e internacional.⁴

Siguiendo a los diferentes autores (Van Young, 1992; Pérez Herrero, 1991 y 1992; De la Peña, 1991 y 1992; y Pansters, 1998) contamos con suficientes apoyos para afirmar la necesaria combinación de una lectura sincrónica o “vertical” (geográfica, social, económica, política, cultural) que cambia de dimensiones según el eje horizontal o diacrónico. Además, la delimitación y definición de la región según diferentes criterios nos obliga necesariamente a tomar en consideración el contexto, primero estatal y nacional, posteriormente extranacional, con el que dicha región “negocia” su espacio (de producción e intercambio, de poder, de significados) sin los cuales no es posible comprender la dinámica regional.⁵

La región entre la generalización / particularización. Desde el punto de vista teórico, el análisis regional ayuda a resolver la tensión entre la generalización y la particularización. Aún más, los espacios regionales proveen la base para un análisis que no es tan pequeño (localidades, comunidades) ni en un nivel de agregación (naciones, sistema – mundo) de difícil aprehensión, sino que nos permite resolver la tensión entre la generalización y el particularismo. “El análisis regional puede hacer por el sistema espacial lo que Redfield intentó para el

⁴ En este momento de la discusión queda bastante claro que no todos los lugares tienen que ser conceptualizados como parte de una región, ni toda región debería ser concebida como área contigua a otra. Las regiones pueden concebirse como espacios polarizados, constituidos por interacciones del tipo centro / periferia.

cultural: reconciliar la microperspectiva con la macroperspectiva.” (Van Young, 1991, p. 104). Sin embargo, no hay que olvidar que al definir una región, hay que determinar el nivel superior con el que ésta se relaciona; esta matriz mayor en la que encajan las “regiones” (región mayor, estado nacional, sistema mundial, etc.).⁶

Diferenciación Social en la Región. Los diferentes enfoques desde los que se realizan los estudios regionales nos permiten concluir que las regiones no son necesariamente homogéneas internamente – bajo ningún criterio: social, económico o cultural. Su diferenciación y desarticulación en ocasiones pueden jugar un papel sumamente importante en la evolución a través del tiempo, tanto como sus diversas relaciones con el poder central, sea éste colonial o, en tiempos recientes, nacional y trasnacional.

Los estudios históricos y antropológicos han mostrado que la división espacial de la producción y el trabajo originan agudas desigualdades en el desarrollo regional

La oposición entre regiones –o entre oligarquía regional y Estado–no sustituye a las contradicciones básicas de clase traídas por la expansión del sistema capitalista; ambos tipos de oposiciones se combinan en formas cuya descripción, comprensión y análisis se plantean como tarea para el investigador de campo. La oposición de clase también tiene una dimensión espacial; si existe un sistema regional de clase (i.e., puesto en marcha por la operación principal de mecanismos regionales: la hacienda, la ciudad mercado, el enclave minero), cada clase puede definir *su* región en términos diferentes (De la Peña, 1991, p. 161).

Estas múltiples oposiciones plantearán un problema al estudioso y planificador regional ¿Cuál de todas las concepciones regionales subyace en los proyectos de desarrollo regional? Volveremos a esta discusión en nuestras conclusiones.

⁵ La región debiera concebirse como un “problema complejo” (Morin, 1986) como un (sub)sistema en continua interacción con el entorno.

⁶ Van Young (1991) muestra el paralelismo entre los conceptos: sistema regional y de clase ya que ambos muestran la diferenciación (diferencias funcionales entre sus partes o grupos componentes), muestran jerarquía (es decir, relaciones de poder asimétricas dentro del sistema), pero sobre todo, exhiben la característica de articulación, es decir, la interacción predecible entre los elementos que constituyen el sistema. La región constituye una *matriz para la convergencia del espacio físico y social*. (Pp. 105 – 106).

La región cultural. Como señalamos en el capítulo anterior, el espacio es valorado y vivido subjetivamente, es decir, se experimenta como lugar valorado (“sense of place” como lo establece el geógrafo e historiador David Robinson, citado por Van Young, 1992, p.9). El ámbito “natural” de percepción y acción, el espacio percibido como el ámbito donde compartimos nuestras vidas, se encuentra culturalmente determinado y, por tanto, es cambiante a través del tiempo y las circunstancias. En otras palabras, el espacio de vida deviene en objeto de la afectividad de los sujetos / actores sociales. Diversos estudios históricos muestran que las regiones devienen en alianzas entre localidades contra el autoritarismo del centro a partir de un fuerte sentimiento regional o regionalista (De la Peña, 1992; Cerruti, 142).

Para que una región se torne en un espacio valorado, en objeto de nuestros deseos y lealtades, es necesario además, que el espacio social sea experimentado o “imaginado” como una comunidad con la que compartimos ciertos valores y por la cual estaríamos incluso dispuestos a dar la vida. La dimensión territorial valorada puede ir desde la localidad hasta la nación (Polini, 1990; Strassoldo e Tessarín, 1992). Los antropólogos, en este sentido, son los que mejor han desarrollado el concepto de región cultural. La región, según la tradición boasiana describe áreas o regiones culturales para “indicar la distribución espacial y el ritmo de comunicación de ciertos rasgos (traits) y patrones (patterns) creados o utilizados por un grupo humano durante cierta época u horizonte (Cfr. De la Peña, 1991). De dimensiones profundamente variables, la región cultural

se presenta como un espacio medio, menos extendido que la nación o el gran espacio de civilización, más vasto que el espacio social de un grupo y *a fortiori* que un lugar. Integra lugares vividos y espacios sociales con un mínimo de coherencia y especificidad, que hacen de la región un conjunto que posee una estructura propia (la combinación regional), distinguible por ciertas representaciones en la percepción de los habitantes y los extraños (las imágenes regionales). La región es menos netamente percibida y concebida que los lugares de lo cotidiano o los espacios de la familiaridad. Pero constituye, en la organización del espacio – tiempo vivido, una

envoltura esencial, anterior al acceso a entidades mucho más abstractas, mucho más desviadas de lo cotidiano” (Fremont, 1976, citado por De la Peña, 1991, p. 128).

El lugar se configura por las actividades cotidianas de una persona o una unidad social menor (el hogar sería el lugar prototípico); el espacio social se configura por las actividades de un grupo o de una categoría social más amplia: el barrio, la localidad, la región, la ciudad, por ejemplo. En este trabajo abordaremos el estudio de la región desde esta perspectiva cultural por lo que el análisis de las dimensiones natural e histórico social o económica devienen fundamentales. Como señalamos con anterioridad, el entorno, la constitución del espacio natural constituye la materia prima de lo que sería el espacio social valorado por quienes lo habitan. “En el hombre el espacio no es meramente categoría *a priori* de conocimiento, sino de experiencia acumulada, proyecto de cotidianidad que puede continuarse o transformarse [...en] *concepto de espacio [que] es socialmente creado porque es socialmente vivido (...).*” (De la Peña, 1991, p. 127, resaltado nuestro).

Por ello, la diversidad cultural regional además se expresa y constituye mediante una identidad más o menos difusa que se basa en una historia social compartida (memoria), en un entorno natural modificado (*antropizado*) en una serie de valores, usos y costumbres (cultura etnográfica) que permiten distinguir por diferencia las diversas regiones culturales. Si bien en México han sido menos reconocidas por el discurso centralista y el proyecto de integración nacional durante los siglos XIX y XX, cada vez más los estudios históricos y antropológicos dan cuenta de las diferentes regiones culturales. La identidad regional corresponde entonces a una especificidad territorial:

En la mayoría de los casos, estos aspectos lingüísticos, religiosos, históricos y geográficos de la diversidad cultural se recortan y se refuerzan mutuamente, y frecuentemente también, interactúan con los status socioeconómicos centrales o periféricos. Estas especificidades culturales dan lugar a movimientos y a partidos políticos que frecuentemente se

estructuran teniendo como base fundamentos culturales (Bassand, 1990, p. 87).

Sobre este sustrato que podríamos denominar *cultura objetivada* (Bourdieu, 1976) se construye un concepto de *identidad regional* como una “creación colectiva, fundada sobre el patrimonio cultural de una región siempre en devenir, es decir, sobre su proyecto. La identidad regional es creatividad permanente, exploración incontenible” (Bassand, 1990, p.87). Es precisamente a partir de esta dimensión subjetiva, que la región deviene en objeto de deseo, en objetivo de la acción y de las decisiones político económicas.

Desde la perspectiva de la cultura subjetivada el estudio de la identidad regional y sus relaciones con el desarrollo regional resultan pertinentes. Bassand (op. cit.) considera que la identidad y la dinámica cultural regional permiten dinamizar las fuerzas sociales hacia un proyecto deseado, compartido, aceptado de futuro. Habremos de abordar este aspecto en el capítulo de conclusiones.

La relación ciudad / campo en la definición regional. Finalmente, el estudio de las regiones nos obliga a realizar un análisis del sistema urbano en su conjunto. Generalmente las regiones se desarrollan, se definen, a partir de algunas formas de concentración urbana que, desde tiempos precolombinos van conformando ciudades o centros de población. La región se encuentra también articulada a partir de su sistema jerárquico de ciudades y de la interacción entre éstas y el campo. De hecho “Una ciudad no existe aislada, sino formando parte integrante de un sistema regional, insertado a su vez en una configuración nacional e internacional (...). Desde la perspectiva de la urbanización como dinámica regional, podemos observar que es perfectamente compatible una estabilidad a nivel regional en un periodo de inestabilidad a nivel internacional” (Pérez Herrero, 1991, p. 232).

Por ello la relación ciudad / campo

[...] no debe ser entendida desde la perspectiva del dualismo, como un enfrentamiento desarrollo / subdesarrollo, civilización / barbarie, capitalismo / feudalismo [...] Se ha destacado que en los procesos de formaciones regionales no se puede entender a los indígenas sin comprender a los no

indígenas, y viceversa, se ha puesto de manifiesto la simbiosis existente entre 'economía blanca' y 'economía indígena' (ibid.).

En este sentido, la variable demográfica debe ser considerada un elemento acelerador o multiplicador de signo positivo o negativo, y por tanto impulsor de la (des)integración regional. Dicha variable debería ser analizada en combinación con el proceso de mercantilización, a su vez nítidamente conectado con las relaciones de producción. Por ello, recomienda Pérez Herrero (1991), no debemos limitarnos a describir relaciones cuantitativas entre población y producción, sino relacionar las series con la organización de la producción, las condiciones laborales, los mecanismos coercitivos. Es bajo esta dimensión que la distribución geográfica de funciones suele reflejar una división o especialización económica espacial que será necesario estudiar.

A continuación buscaremos aplicar varios de los conceptos desarrollados a la conformación regional de México, como un momento obligado del contexto inmediato al estudio del Valle de Atlixco.

3.2 El Desarrollo de las Regiones en México: entre la integración nacional y la autonomía regional

Brevemente y a manera de contexto, en esta sección mencionaremos algunos rasgos de la dinámica regional en México. En contra del discurso hegemónico de la construcción nacional, encontramos varios investigadores que muestran que:

Es imposible ver la formación de la nación mexicana como una línea siempre en ascenso; es un proceso histórico dinámico en el cual los intentos de integración y centralización son seguidos por la desintegración y fragmentación. Las tensiones entre la unidad nacional y las identidades regionales o locales (patria chica), entre el Estado central y las estructuras regionales de poder y entre una economía nacional integrada y las economías regionales tienen profundas raíces históricas (Pansters, 1998, p. 20).

Knight (1994) habla no de uno, sino de varios tipos de nacionalismo que sugieren que tanto la supuesta falta de conciencia nacional de los campesinos, como el sentimiento nacionalista derivado de la Revolución han sido exagerados. El nacionalismo, como sentimiento o proyecto económico, tiene que verse como un fenómeno polifacético, como un objeto de disputa política discursiva, más que un “cemento” social sencillo.

Según este autor, en México, como en otros estados latinoamericanos, el nacionalismo es más bien una construcción moderna, que inicia desde el siglo XIX e involucra una amalgama ideológica del estado y la nación relacionada con una doctrina de soberanía. Por esto el nacionalismo es menos un “sentimiento natural o primordial, y más una creación del estado moderno y de las elites dirigentes. En términos de política es un fenómeno ‘*top- down*’ más que ‘*bottom – up*’” (Knight, 1994, p. 140). El nacionalismo constituye una matriz cultural para la sociedad industrial moderna.

Los diversos momentos en el devenir histórico proporcionan un “cultivo” interesante para los sentimientos nacionalistas. Los héroes de la independencia, la reforma o la revolución, forman parte de esta “comunidad nacional imaginada” (Anderson, 1983) que, para actualizarse, requiere además de un cemento político y económico para mantener unida la República.

En este sentido, *la región* constituye un “marco de referencia” que surge al hablar de fenómenos locales y que varía en el tiempo. Esto cuestiona radicalmente la correspondencia entre Estado y Nación: niegan que el hecho nacional pueda subordinarse a factores de continuidad política. “La nación es la historia de un tejido inextricable de etnia, política y economía, y la región -en la acepción de los historiadores nacionales- es la expresión espacial de tal tejido.” (Florescano citado por De la Peña, 1991, p. 130).

Nos interesa aquí, señalar brevemente la distinción fundamental entre el nacionalismo criollo y burgués (proyecto político y económico) y el nacionalismo popular que se encuentra mucho más ligado a la “patria chica” o *matria* como la define González (1991). Esto adquiere relevancia para nuestro estudio en que buscamos desentrañar los rasgos de la identidad socioterritorial a partir de

ámbitos espaciales que corresponden con una *concepción popular* de la localidad, la región y la nación. Y la distinción de Knight (1994) nos permite señalar que

[...]para los patriotas populares, la comunidad nacional ‘imaginada’ se realizaba y ejemplificaba en una comunidad local específica; la defensa local de la comunidad se asocia con la defensa de patria, dando significado a la expresión lapidaria de Ignacio Ramírez: ‘el municipio es la nación’ (Brading, 1992 p. 185; citado por Knight, 1994, p. 146).

De aquí que la tesis de que los campesinos (iletrados, parroquianos, tradicionales) no pueden ser patriotas no se sostiene. Sin embargo, la noción de nacionalismo campesino / popular es radicalmente diferente al nacionalismo de la élite. Veremos en el caso de Atlixco cómo la participación en la revuelta revolucionaria puede ser entendida a partir de esta distinción.

Si bien el “nacionalismo campesino” representa una cristalización de sentimientos más o menos primordiales, no podemos negar que las diferentes manifestaciones de nacionalismo implican siempre elementos de “imaginación”. Por ello hay que evitar dicotomizar entre comunidades no imaginadas y naturales cuyo prototipo sería la comunidad local, frente a otra imaginada y “antinatural” como podría ser la comunidad nacional (Anderson, 1983). Incluso, habría que rechazar la visión concéntrica (sociocéntrica y evolucionista) de los nacionalismos que supone que este sentimiento se desarrollaría progresivamente desde el centro hacia la periferia, pasando por la familia y la comunidad hacia la región, la etnia o la nación. Dependiendo de las circunstancias históricas los grupos pueden “saltar” del círculo interno al externo o quedar a mitad del camino (provincialismo o regionalismo recalcitrante).

Como lo señalan Pérez Herrero (et. al., 1991), para muchos historiadores resulta apropiado hablar de regiones históricas en el México colonial. Sin embargo, no todos estarían de acuerdo en aceptar que hoy en día, después de un proceso largo y tortuoso de construcción nacional, pudiésemos hablar de una estructura regional prevaleciente en México.

El análisis de la regionalización supone conocer la historia del Estado colonial y del surgimiento trabajoso de los Estados nacionales. Por un lado,

estos mecanismos de poder centralizado crearon (o apoyaron) la división espacial de la producción y el trabajo; por otro, el poder central debió enfrentarse al poder regional que de tal división emergía. Una forma analíticamente efectiva de definir la regionalización es a partir de la existencia de núcleos de poder localizados y relativamente capaces de tomar decisiones del centro; deja de existir la regionalización cuando el Estado nacional centraliza efectivamente el control (De la Peña, 1991, Pp. 158 – 159).

Encontramos entonces, en la definición de la regionalización una interacción continua entre el Estado nacional emergente del siglo XIX que se contrapone al dominio regional y la construcción del Estado nacional posrevolucionario que ha significado la fragmentación, subordinación e integración del poder regional hacia las nuevas formas de centralismo político económico del Estado Mexicano.

La construcción del Estado nacional implicaría entonces la hegemonía de una clase dirigente y la puesta en práctica de instituciones, mercados, sistema de clases y culturas dominantes de carácter nacional. Muchos apuntaban a la “desaparición de la pluralidad cultural o étnica” porque concebían que la construcción nacional implicaba un proceso de aculturación y de asimilación (mestizaje); en pocas palabras, de “desaparición” de los regionalismos. Sin embargo, nuestro estudio da cuenta de lo contrario. A pesar del largo período de construcción nacional posrevolucionario, que genera profundas transformaciones en el Valle de Atlixco, podemos dar cuenta de un proceso de cambio - resistencia en que la cultura local según esta lógica “se adapta” pero no se disuelve y en su estructura interna (“Core” según la escuela de Moscovici, Jodelet, 1989) mantiene una lógica tradicional centrada en un profundo arraigo a la tierra y a la familia (tierra y sangre) (Cfr. Capítulo VI).

Es durante el período porfirista (Pax Porfiriana 1876 – 1911) que México se torna más integrado al tiempo que se genera una reacción en contra de la explotación y subordinación central que se manifiesta violentamente en la Revolución de 1910. No obstante haber sentado las bases del proyecto de

desarrollo económico capitalista de amplitud nacional, el Porfiriato nunca alcanzó una hegemonía durable sobre la base de valores compartidos y una mediación política efectiva. Díaz crea una superestructura estatal exitosa, pero no logra establecer las mediaciones y legitimidad esenciales para ésta (Pansters, 1998).

Por su parte, la élite económica posrevolucionaria desarrolla un nacionalismo económico, cuya síntesis encontramos en el artículo 27 constitucional que “representa una política racional, calculada e incremental para asegurar el control nacional de la economía” (Knight, 1994, p. 151). También aquí encontramos una clara diferencia entre el nacionalismo económico de la elite gobernante de aquel nacionalismo económico popular, encarnado en los proyectos de Zapata y Villa. El primero se enfoca al problema macroeconómico de la “dependencia” de la inversión externa manifiesto en el “nacionalismo revolucionario”, el segundo en la cuestión microeconómica del conflicto agrario y la lucha por la tierra (Cfr. Knight, 1994, *passim*).

El nacionalismo económico de la élite formó parte de un diseño mayor del Estado de construcción nacional que no era nuevo si analizamos los intentos de Juárez y Díaz, pero que después de la violenta experiencia de la revolución comprende la urgente tarea de construcción de un proyecto nacional: “Forjando Patria,” como diría Gamio. Es entonces la Revolución una nueva fuente de mediación y legitimidad del Estado posrevolucionario que da lugar a la reforma educativa ligada estrechamente a la reforma agraria: *escuela y ejido* iban de la mano. Incluso se construye todo un complejo simbolismo en torno a la soberanía mexicana (nacionalización petrolera del 38), reparto agrario (ejido) y demandas laborales (CTM) que se capitalizaban en un frente nacional popular. “Este reacomodo patriótico indica el crecimiento de sentimientos genuinos nacionalistas desde los años de la Revolución, y la capacidad del Estado para movilizar, para poner cuerpos, banderas y pancartas en las calles. De acuerdo con esto, el moderno Estado Mexicano logra una enorme capacidad movilizadora ‘top-down’.” (Knight, 19994, p. 54 y ss).

A pesar del relativo éxito en la construcción del Estado-nación basado en concesiones populares revolucionarias y en la construcción del partido

hegemónico que desde la Revolución había logrado cohesión y estabilidad, éste se ha venido erosionando a raíz de la crisis económica que estrecha los márgenes de acción del Estado, con la enorme corrupción prevaleciente en el partido de Estado, con la manipulación que el propio PRI ha hecho de los símbolos patrios al grado tal que, como mostraremos en los resultados en el estudio, la población entrevistada no se identifica más con la nación mexicana.

Tal parece que hay un considerable repliegue hacia el localismo, fundado en el hecho de que han sido las familias y organizaciones comunitarias las que han hecho frente a los ciclos de crisis económica que desde los años sesenta los mantienen en una situación por debajo de los umbrales de vida humana a los campesinos no sólo de la región de estudio, sino del país entero. Hoy ya no existe un Estado paternalista fuerte a quien demandar tierra, empleo, educación, servicios, etc. Hoy dependen sólo de las familias y de sus redes para hacer frente a esta situación y la migración internacional no requiere ya de ningún soporte del Estado mexicano. Por el contrario, el excesivo corporativismo y corrupción evidentes han sido la semilla para la emancipación de muchos pueblos que empiezan a despertar y a votar por partidos de oposición o a organizarse para hacer obras de infraestructura que antes correspondían al Estado. Como veremos en el capítulo siguiente, la migración internacional está representando un medio de autonomía económica y política de la población rural. Nuestro trabajo se centrará en el estudio de la relación entre este proceso migratorio y la orientación del cambio sociocultural en una región específica: el Valle de Atlixco.

3.3 El Valle de Atlixco: Articulación Regional a través de la Historia Económica

De acuerdo con la discusión anterior, partimos de la tesis de que la región no es un concepto *apriorístico* sino una construcción que surge de diversas dimensiones: geográfica, económica, político administrativa, cultural, etc. en un doble eje sincrónico y diacrónico. Por consiguiente, cualquier región debería ser considerada más como una hipótesis a ser probada, que como un dato empírico (Van Young, 1992). En este sentido, el Valle de Atlixco constituye una

microrregión de una mayor que estaría conformada por el Estado de Puebla y la región central de México.

Para evaluar y profundizar en el estudio de las características de la región del Valle de Atlixco consideraremos las dimensiones señaladas en la sección anterior. Partiendo del criterio más simple, podríamos decir desde el punto de vista geográfico o espacial, que una región es mayor a una localidad pero menor que un estado-nación. Sus límites estarían determinados gracias a que algunas de sus partes interactúan más entre sí que con el sistema externo. Pero, al mismo tiempo, los límites no son fijos o impermeables, ni necesariamente congruentes con las divisiones político administrativas, o aun con características topográficas construidas.

No obstante, si no definimos con precisión los criterios a partir de los cuales definimos una región,⁷ podemos caer en una suerte de vocablo unívoco que haría referencia a un sinnúmero de cosas. Por ejemplo, Pérez Herrero, (1992) señala que las regiones podrían ser: “naturales, históricas, económicas, lingüísticas, culturales, étnicas, censales, militares, religiosas, fiscales, educacionales” etc. El referente por antonomasia para la región es, al menos en México y América Latina, el municipio. Y es que gran parte de la información censal, económica, político administrativa, demográfica, etc. se encuentra desagregada en esta escala. De allí que en muchas ocasiones, y la nuestra no será la excepción, tiene uno que “ajustar” los criterios para la definición de una región a partir del ámbito municipal.

⁷ Jacques Boudeville (1970) propuso una triple caracterización a las regiones económicas: homogénea, polarizada y planificada. La primera se definiría por alguna característica de agrupamiento (historia, cultura, lengua, base económica, marco biofísico, etc.). Por ejemplo: la región maicera, la región cultural mesoamericana. La región se define por la similitud de las partes pero que no necesariamente se interrelacionan sistémicamente. La economía neoclásica define regiones homogéneas como condiciones para una movilidad perfecta de bienes y factores (Richardson, 1978). El segundo modelo es aquél del sistema nodal o funcional. Éste nos habla de jerarquía e interconexión, de actividades económicas especializadas y espacialmente localizadas, no necesariamente contiguas ni homogéneas. Una región funcional se caracteriza por su diferenciación interna y la interdependencia de sus partes componentes. De aquí el concepto de “polos de desarrollo” (generalmente centros urbano – industriales o turísticos) en función de los cuales se agruparían una serie de interrelaciones e intercambios con las demás subáreas. Un ejemplo claro sería el área definida por la influencia de la ciudad de México, que abarca no solamente su zona metropolitana, sino otras ciudades importantes como son: Querétaro, Toluca, Pachuca, Puebla y Cuernavaca. Recientemente a partir de los esfuerzos de planeación del desarrollo desde la administración pública se construye el concepto de “región – plan” que consiste en la definición de un área o región de trabajo a partir de objetivos operativos y de evaluación de los planes y programas: la región de la Sierra Norte definida por SSA o por la CFE, las regiones indígenas definidas por INI, etc.

La región del valle de Atlixco se encuentra ubicada en la parte centro-poniente del estado de Puebla, en el centro de la República Mexicana, y está integrada por los municipios de Atlixco, Atzizihuacán, Huaquechula, Tianguismanalco y Tochimilco.

Existe un desacuerdo entre Fuentes Aguilar (s.f.) y Bataillon (1969) quienes señalan con precisión la existencia del Valle de Puebla, mientras que para Garavaglia (1996) “*geográficamente* tampoco es una auténtica región, dado que constituye una zona de transición entre el duro clima de la meseta poblana y la Tierra Caliente- por supuesto, el paisaje y la vegetación reflejan ese carácter transicional.” (p.76)

Debido al levantamiento de dos sistemas montañosos que se sitúan al Norte y Sur del actual estado de Puebla “quedó suspendido entre ellos y a gran altura una extensa altiplanicie, la llamada meseta poblana; ésta es, en realidad, una prolongación de la altiplanicie mexicana, situada entre las Sierras Madres Oriental y occidental, paralelas a los litorales del Golfo y del Pacífico. Dicha altiplanicie está limitada al sur por el sistema volcánico transversal. Así la meseta poblana está comprendida entre los bloques montañosos del Norte y del Sur y los altos relieves del Este y el Oeste” (Fuentes Aguilar, s.f.). El Popocatepetl (en Náhuatl “cerro que humea”) que domina el valle de Atlixco es un volcán joven y hasta el cuaternario estuvo en gran actividad, situación que ha vuelto a presentarse desde diciembre de 1994. El gran volcán, al obstruir los antiguos patrones de drenaje, dio origen al valle de Atlixco. “Este volcán [...] alberga en sus laderas altas, innumerables áreas de infiltración de agua; allí la reservas de nieve son el origen de gran parte de los ojos de agua y fuentes que alimentan los ríos del valle” (Garavaglia, 1996, p. 78). Esto hace que algunos de los ríos del sistema tengan un alto grado de escurrimiento subterráneo, de 20 a 23 por ciento de la precipitación anual, por lo que la agricultura se realiza con mayor independencia de la temporada de lluvia (Von Erffa, HILER, knoblich y Weyl, 1976).

Geográficamente el Valle está delimitado hacia el sureste por la región Mixteca⁸ y hacia el noroeste por el volcán Popocatepetl. Los cerros de Tilcoayo

⁸ Esta región se caracteriza por un suelo árido, clima caluroso y lluvias escasas.

(2,500 m.), Texistle, Zoalpitepec, Chiquihuite y Mecate (2,100 m.) cierran el valle hacia el oeste en forma descendiente y poseen también algunos ojos de agua importantes. El valle se cierra al este por la llamada Sierra del Tentzo (o Tenzo). Al sur está definido solamente por un claro desnivel en descenso donde comienza a definirse el valle semitropical de Izúcar (Fuentes Aguilar, s/f).

Tanto las aguas que se desprenden de la Sierra del Tentzo como los benéficos deshielos del Popocatepetl forman una verdadera esponja silícea que deposita en el Valle siete corrientes acuíferas importantes. Estas son el río Nexapa (conocido en la región como Molinos) y el Atoyac (nombrado localmente Cantarranas) como los mayores, siendo importantes el Atila y el Palomas, todos ellos formando parte de la cuenca alta del río Atoyac, afluente principal del Balsas (Torres, s.f., p. 11). Estas características climáticas e hidrológicas dan al valle de Atlixco una vocación idónea para la agricultura, que se practica desde la época prehispánica (Cfr. Mapa 2, Hidrografía en Apéndice A).

Desde el punto de vista ecológico, el valle de Atlixco conforma una región natural caracterizada por un clima que va del semi cálido a cálido, con lluvias en el verano en casi toda la región. La parte más cercana al volcán presenta clima semifrío y subhúmedo. El suelo es fértil gracias a los numerosos arroyos que la atraviesan y que forman parte del río Atoyac.

Históricamente la región de Atlixco se ha considerado una zona de importancia económica y densidad cultural y religiosa. Así lo demuestra el asentamiento de grupos indígenas como olmecas, xicalangas y teochichimecas - este último aporta elementos culturales que llegan a extenderse hasta la Sierra de Puebla (Landa Abrego, 1962; Silva Andraca, 1970). Actualmente todavía se conservan algunas costumbres e instituciones indígenas, aunque la lengua Náhuatl se ha extinguido casi totalmente (menos del 20% de la población es bilingüe según el XI Censo de Población 1990). Hoy perviven elementos culturales comunitarios de raíces indígenas ligados a la organización de las fiestas patronales y celebraciones que continúan siendo un factor importante en la integración de la región cultural.

Los primeros asentamientos prehispánicos se ubican en las cercanías de los ríos, arroyos y manantiales, como son: Huaquechula, Axocopan, Santa Ana Coatepec, San Pedro Atlixco y Santa María Tochimilco que eran irrigados por los ríos Cantarranas, el Nexapa o bien poseían nacimientos de aguas además de escurrimientos estacionales. Existen evidencias de la construcción de canales y terrazas para cultivos en diversas zonas. El uso continuo de la tierra evidencia la presencia de una cierta organización del trabajo, relaciones de producción, organización social y tecnología agrícola de importancia (Paredes Martínez, 1991). Nuestra región de estudio constituía un territorio de frontera entre el pueblo de Calpan y los señoríos de Huexotzinco y Cuauhquechollan (de los cuales derivarían posteriormente Huaquechula y Huejotzingo, como pueblo de indios) (Chevalier, 1976). La integración de estos señoríos a la Triple Alianza permite aseverar que se practicaba una agricultura de tipo intensivo para poder surtir de alimento a las poblaciones del México central. En el Mapa No. 3 (Cfr. Apéndice A) es posible apreciar la ubicación de las poblaciones indias a la llegada de los españoles y durante el primer siglo de la Colonia. Veremos cómo, a pesar de reducir sus tierras, continuarán ocupando el espacio y la memoria social hasta nuestros días.

Los indígenas fueron adaptando durante milenios sus sistemas agrícolas basados en maíz, frijol, calabaza y otros vegetales en relación con el aprovechamiento máximo de la estación de lluvias. Se encuentra información sobre plantas domesticadas para el consumo, que continúa siendo características en la región como son: el “guaje”, chile, amaranto, aguacate, zapote, guayaba, tejocote, mamey, maguey, algodón, nopal y calabaza. La agricultura, centrada en la “trilogía” de la agricultura prehispánica mesoamericana (la asociación maíz - frijol o maíz-calabaza) es una tendencia fundamental a la autosuficiencia, más que a la exportación fuera de la región que era relativamente menor que con la llegada de los españoles. Por su parte, los europeos introducen importantes sistemas de riego para la producción triguera, que requiere de más agua que el cultivo maicero (Torquemada, 1698, citado por Garavaglia, 1996).

El agua, la tierra y los declives del terreno han sido factores fundamentales para la articulación de la producción agrícola y posteriormente fabril, para la

localización de asentamientos poblacionales y para la valoración económica y simbólica de la región.

La altitud de las tres subregiones del Valle se encuentran representados por las ciudades de Tochimilco (2,150 m.) en las faldas del volcán [zona del volcán], Atlixco (1,881m.) en las tierras medias [“los solares grandes y chicos”] y Huaquechula (1,600m.) en la zona de transición hacia la Mixteca [“zona caliente”]. “Las diferencias entre Atlixco y Tochimilco, por un lado, y Huaquechula, por el otro, son evidentes y esto se relaciona con el carácter de *área de transición climática* que posee el valle” (Garavaglia, 1996, p. 86). Ya desde la colonia se hablaba de las haciendas y ranchos de “tierra fría” y las de “tierra caliente” poco aptas para la cría de ganado ante la inexistencia de pastos naturales permanentes.

Con pinceladas muy gruesas podríamos dibujar cinco períodos históricos que han ido perfilando los rasgos de la región de estudio y que constituyen el sustrato para la sedimentación cultural en Atlixco. Los sistemas de producción y circulación ha ido conformando una región geoeconómica bastante bien delimitada, a pesar de que, según los criterios naturales, el Valle de Atlixco estaría enmarcado por una zona de transición mucho más amplia (denominado Valle Poblano).

Origen del reparto Español y la producción triguera. Desde los primeros conquistadores (Hernán Cortés, Diego de Ordaz, Bernardino Vázquez de Tapia) se tienen descripciones del valle. Sin embargo, es a partir de la fundación de la Puebla de los Ángeles en 1532 que Atlixco inicia su transformación hacia lo que será efectivamente el “Valle de Atlixco” como una entidad espacial económica y socialmente mucho más integrada y diferenciada de otras áreas. A fines de este año se reparten las primeras parcelas de tierra a colonos europeos.

Entre 1532 y 1534 “se reparten en total parcelas a 61 colonos, pero, sólo diecisiete de ellos ocuparían realmente sus parcelas. Y en 1535 se siembran los primeros granos de trigo. Podemos decir que, entre 1532 y 1535 se han colocado las piedras siliars de lo que será el valle cerealero de Atlixco durante el XVI” (Garavaglia, 1996, p. 99). Y hacia finales de la década de 1550 “el valle hervía de ocupantes hispanos dedicados fundamentalmente a la producción triguera (si bien

las viñas, los frutales y la cría de gusano de seda tuvieron también cierta importancia en el periodo más temprano)” (ibid.).

De acuerdo con una abundante historiografía de la región central del Valle de Puebla (Hirschberg, ed., 1981, citado por Torres, s/f), el Valle de Atlixco se asocia al crecimiento de la ciudad de Puebla, ya que ésta es considerada uno de los primeros asentamientos urbanos españoles del siglo XVI (de hecho la segunda ciudad de la Nueva España) y el valle de Atlixco es considerado ya como un sitio de “laboreo agrícola.” Esta situación subsidiaria del Valle de Atlixco hacia la ciudad de Puebla, continuará hasta nuestros días a través de las diferentes articulaciones socioeconómicas de la región, como veremos a continuación.

Como consta en el Archivo General de la Nación (Sección Padrones, Vol. 25 citado por Torres, s/f, p. 12) es hacia 1574 que el Virrey Pedro Farfán, Oidor, “consigue por R. Cedula de 1579 la gracia que sin perjuicio de las ya establecidas poblaciones de Indios se destinase terreno para la Formación de la Villa de Carrión en el Valle de Atlixco...” (ibid.) La villa española se ubica en el antiguo pueblo de Atlixco (que significa “agua a la faz de la tierra”) contaba con más de 32 vecindados (Landa Ábrego, 196). En ese momento el valle “ya producía alrededor de 100 mil fanegas anuales de trigo [alrededor de 55 mil hectolitros] y era el auténtico *granero de la Nueva España*. Sus trigos y harinas llegan a México, Puebla y los puertos del Caribe” (Chevalier, 1976, p.100). Esto era posible gracias al cambio tecnológico importante e intensificación de la agricultura (riego, empleo de bueyes y arado) aunado al clima que favorecía hasta dos cosechas anualmente.

La extensión y amplitud de las vías de comunicación del valle y su estratégica localización cercana a las ciudades de Puebla y México y en la ruta hacia el puerto de Veracruz, hacen que las fincas (haciendas y ranchos) se especialicen casi exclusivamente en el cultivo de trigo (“*todas son de pan llebar*”) de manera que la frontera agrícola se ampliara al máximo y los terrenos baldíos fueran casi inexistentes. El valle poblano no sólo había sido la región más destacada en cuanto al volumen y calidad de su producción cerealera, sino que en

la segunda mitad del siglo XVII contaba con la concentración más alta de molinos trigueros de toda Nueva España (Thompson, 1989).

Algunos grupos indígenas (especialmente en el área del volcán en Tochimilco) que provenían de una sociedad prehispánica menos polarizada socialmente, pudieron encontrar un “nicho” en este nuevo orden produciendo frutas, verduras y trigo para el mercado local de españoles en los años inmediatos a la conquista. Esto continúa hacia el siglo XVIII cuando Tochimilco cuenta todavía con decenas de pequeños y medianos productores de trigo, tanto indígenas como mestizos y varios caciques convertidos en hacendados. Asimismo hay un grupo de mercaderes y molineros españoles –algunos también hacendados- que lucran con el trigo y la harina en los mercados urbanos (ciudades de Puebla, México y Veracruz) y del Caribe (Thompson, 1989).

Los primeros repartos de tierra constituyen parcelas medianas y pequeñas (entre una y dos caballerías). Sus dueños siendo verdaderos *labradores* en el sentido que la palabra poseía en Castilla del siglo XVI, ya que no contaban formalmente con acceso a fuerza de trabajo indígena. Es hacia el siglo XVII que se da un proceso ininterrumpido de concentración de tierra en las haciendas.

Otro hecho digno de destacarse de esta época es que, pese a la idea de que Atlixco formaba una “frontera” o territorio libre, casi todas las tierras tenían dueño, y una parte importante de labradores medianos y pequeños eran arrendatarios de los señores de Huexotzinco (y más tarde de los españoles). Sin embargo, se va constituyendo “un grupo de propietarios plenos de la tierra, grupo que se va afirmando en el transcurso de la segunda mitad del siglo [XVI] y que será el núcleo original de los linajes de hacendados del siglo siguiente.” (Garavaglia, 1996, p. 100). La importancia triguera del valle originó una fuerte inmigración de europeos y una profunda transformación de la estructura agraria, social y política, así como del entorno natural.

No se cuenta con información precisa en torno a la extensión y/o ubicación de las fincas de españoles. Incluso, como veremos, no existe un claro criterio para diferenciar haciendas de ranchos ni permite hacer inferencias respecto al total de áreas cultivadas. Se tiene noticia de la presencia de molinos de trigo (“molinos de

pan moler”) movidos por la fuerza motriz del agua que posteriormente se empleaba en los cultivos.⁹ Según coinciden varios estudiosos, sólo una cantidad poco importante se transformaba en harina (probablemente para consumo local), ya que el trigo entero era comercializado fuera de la región. En 1792 se encuentran registrados solamente cinco molinos en el valle dedicados a surtir de harina a la población europea del valle y a las haciendas azucareras del sur del Obispado (hoy Morelos) (Cfr. Torres, s.f.).

La fuerza de trabajo la constituyen algunos animales de tiro (bueyes y caballos) y predominantemente indios, que son forzados al trabajo a través de dos sistemas: la gañanía y el repartimiento de trabajo, ya que en esta área la encomienda tiene poca importancia.¹⁰ Además los indígenas “serán los responsables de construir las obras hidráulicas que posibilitarán el enorme crecimiento de las fuerzas productivas en manos de los españoles.” (Garavaglia, op. cit. 107). Algunos de ellos recibían un pago muy bajo por jornal, pero el Estado español garantizaba de esta manera la oferta de mano de obra necesaria para el cultivo cerealero. Se sabe que el repartimiento fue prohibido hacia mediados del siglo XVII debido en gran parte a la catástrofe demográfica indígena y a la progresiva extensión de la gañanía (Ocampo López, 1992).

A partir de 1580 el desarrollo de la producción harinera es un factor importante factor de atracción de trabajadores de otros poblados como Huejotzingo, Cholula, Huaquechula, Izúcar de Matamoros, Chietla, Chalma, Nexcotla, Clamecatitlan, San Salvador, Tepepayaca, Huatlatlauca y Tepeaca (Díaz, 1987). Además un creciente grupo de labradores castellanos, andaluces y extremeños poblaron el valle en búsqueda de una vía de ascenso social. Con todo

⁹ Como hemos mencionado, el uso intensivo del agua con fines agrícolas se da desde la llegada de los europeos y es hacia 1592 tienen lugar los primeros repartos de agua de la los ríos de San Baltasar y la Moraleda “para dividir el flujo entre varias decenas de españoles, conventos, la fuente pública y dos pueblos indígenas” (Garavaglia, Op.Cit., p. 114).

¹⁰ De raíces indígenas, ya que en el valle existen “*macehuales terrazgueros*” dependientes de los dos Señoríos del valle, los gañanes no tenían derechos sobre la tierra, sólo el usufructo y estaban obligados a realizar prestaciones personales y pago de tributos a sus “señores” huexotzincas. Es así que los gañanes que los españoles comienzan a tener desde el siglo XVI en el valle, se asemejan mucho a los antiguos “*terrazgueros*” prehispánicos. Incluso, en la venta de parcelas éstos se veían obligados a obediencia al nuevo propietario. Otra forma de asegurar la fuerza de trabajo es a partir de los “repartimientos,” que proviene de raíces indias que partían de obligaciones laborales hacia autoridades étnicas superiores (*tequio*) que en época prehispánica, se enmarcaba en un mundo cultural que le otorgaba cierto contenido ritual y simbólico, que se pierde definitivamente cuando se transformó en repartimiento de trabajo colonial, mediante la asignación por turnos de la fuerza de trabajo de los pueblos indios a los agricultores hispanos no encomenderos.

y la imprecisión de la información en torno a ubicación y extensión de las propiedades, ésta puede dar cuenta del profundo proceso de concentración de la tierra (y despojo de los pueblos indígenas) que tiene lugar a lo largo del siglo XVII y predominantemente en el XVIII.¹¹

Del más de un centenar de extensiones pequeñas y medianas de las explotaciones del primer período (que poseían una o dos caballerías), van quedando pocos rastros a fines del siglo XVII. Cada vez más un grupo de linajes y de redes familiares que irán controlando la mayor parte de las haciendas y ranchos del valle [...] Es decir, ese enorme crecimiento de las fuerzas productivas, termina beneficiando a un grupo de colonizadores muy reducido y gran parte de los *labradores* del primer periodo se han ido esfumando (Garavaglia, 1996, p. 124).

Esto con la consiguiente reducción y repliegue de las tierras de labranza de los pueblos indios que se alejan de las fértiles tierras del valle y de las posibilidades de acceso al agua, elemento fuertemente controlado por las autoridades europeas en favor de sus paisanos. En el Archivo General de la Nación se encuentran innumerables documentos que atestiguan el que los habitantes de las naciones indias se quejan de ser “despojados” de sus tierras y su agua.

Entre las principales transformaciones sufridas en el Valle durante los dos primeros siglos de la colonia encontramos el profundo cambio en la lógica económica debido a la comercialización del trigo, aunada al cambio tecnológico productivo y a la inclusión de una diversidad de cultivos y frutales europeos: naranjo, lima, nogal, manzana, pera, durazno, higo, granada, piñón y membrillo. A finales del siglo XVI el desarrollo tecnológico se encuentra vinculado a la producción, molienda y comercialización del trigo (arado, yuntas, carretas equipadas y hoces para la siega del trigo, molinos movidos por fuerza hidráulica). Sin embargo, ésta no desplaza del todo la producción maicera dada la necesidad de alimentación de la mano de obra de las poblaciones indias. El uso intensivo de

¹¹ Aunque no existe información completa ni confiable, según algunos padrones en el Valle habría aproximadamente 22 haciendas en la localidad de Atlixco y 13 ranchos sólo en la Villa de Carrión. Además se sabe de la existencia de 22 haciendas en el partido de Huaquechula, 9 ranchos y 20 pueblos indios. En la ciudad de Atlixco se tiene noticia de la importancia de los conventos que poseían seis haciendas y tres ranchos (Torres Bautista, s/f)

suelo y agua implicó deforestación y deterioro ecológico. La sostenida expansión del mercado triguero y la provisión de madera para la Ciudad de México originan un proceso de desmonte que ocurre durante todo el período colonial (siglos XVI a XVIII).

Desde el punto de vista de la concentración y composición demográfica, la importancia agrícola del Valle se manifiesta en el hecho de que para 1530 se registran alrededor de 20 agricultores europeos y, en sólo cincuenta años, esta cantidad ascendió a más de 1000 (Paredes Martínez, 1991). Ello aunado a las migraciones de trabajadores desde otras regiones del México central, lo que favorece concentración poblacional en una región agraria como Atlixco que va acompañada de un sistema de diferenciación social que ha permitido al grupo dominante organizar y controlar los recursos regionales. No obstante, las transformaciones demográficas en la región podrá comprenderse en toda su magnitud en función de las transformaciones de otras dos variables: los cambios en el sistema de producción – distribución y en las estructuras de poder (local – regional - extraregional).

Es en el orden socio político que encontramos los cambios más profundos: bajo la dominación española, se impuso una nueva forma de control de los recursos (naturales y humanos). La baja demográfica indígena favoreció la congregación de los naturales no sólo con la finalidad de ser evangelizados sino para aprovechar su mano de obra. En el Valle las principales congregaciones indígenas que permanecieron desde la colonia han sido: San Martín Tlapala, San Pedro Atlixco, San Pedro Cuauco, San Jerónimo Coyula y La Trinidad Tepango (Consultar Mapa 3, Apéndice A). Además de la fundación de la Villa de Carrión, el valle se torna en un centro de inmigración europea considerable: no sólo labradores y jefes políticos, sino el establecimiento de órdenes religiosas (predominantemente franciscanos y dominicos), así como toda una variedad de arrieros, regatones y comerciantes encargados del transporte y venta de la producción agrícola. Encontramos hasta nuestros días algunos rastros de esta diferenciación sociocultural característica en el Valle. La ubicación de Atlixco en el

eje comercial México – Puebla – Veracruz le permite adquirir una enorme importancia en la economía novohispana de los siglos XVI y XVII.

Si bien la conformación regional es predominantemente solar, siendo los centros urbanos más importantes las ciudades de México, Puebla y la Villa de Carrión (posteriormente denominada Ciudad de Atlixco), el mercado del trigo hacia el Caribe y Sudamérica imprimen algunos rasgos de región dendrítica en cuanto a que introduce profundas fluctuaciones en el ciclo económico del trigo haciendo que la región pase por períodos cortos de enorme producción y bonanza frente a lapsos mayores de depresión económica debido a la enorme competencia que otras regiones cerealeras en el mercado novohispano (Cfr. Thompson, 1998, *passim*). Sin embargo, la trama regional queda definida desde el epicentro en la ciudad de México, centro administrativo y político, recaudador de impuestos y mercado aglutinador de metales y productos para su consumo o exportación. En el contexto de la región central poblana, se organiza una retícula mucho más compleja en torno a núcleos urbanos de menor tamaño (que incluye otras ciudades como Cholula, y Huexotzingo) pero con una mayor interacción entre las ciudades de Puebla y el Valle de Atlixco no sólo por ser ésta la capital del Obispado e Intendencia del mismo nombre, sino porque en ella coinciden elementos sociales, económicos y políticos que definen y determinan el destino de la producción agrícola e industrial. Esta estructura de región central implica diversos vínculos simbióticos interregionales con otras subregiones anidadas (*nested*) que se organizan a partir de una jerarquía urbana y regional que variará con el tiempo.¹²

En este sentido, la dinámica regional se encuentra influida por coyunturas internas (abundancia de fuerza de trabajo, precios de insumos, ciclos agrícolas, proceso de control y concentración de la tierra y el agua) como externos

¹² Si bien esta imbricación o anidación regional se va desarrollando con el paso del tiempo, en el contexto de las zonas geoeconómicas delimitadas por Bassols Batalla (1975) encontramos la zona centro sur donde queda ubicada la faja central de Puebla, tiene a su vez nueve regiones polarizadas en forma dominante por el área metropolitana de la ciudad de México. En ella se localizan ciudades de importancia como Toluca, Cuernavaca, Pachuca, Tlaxcala, Puebla y Querétaro, en torno a las cuales, se integran nueve regiones, destacando la conformada por el eje Puebla – Atlixco – Cholula – San Marín - Tehuacán localizadas en la faja central de la entidad poblana. La importancia contemporánea de este eje, de antecedentes históricos perfilados en el período colonia, como hemos visto, se manifiesta a partir del desarrollo textil a finales del siglo XIX y principios del XX. A finales del siglo XX prevalece este sistema de ciudades, encabezando la jerarquía urbana la ciudad de Puebla que concentra cerca del 26.4% (1,222,177) del total de la población del estado de Puebla (4,624,239) (INEGI, 1995).

(abundancia o escasez de harina, precio del trigo, oferta de productos desde otras regiones). Como veremos más adelante, el Valle de Atlixco se conforma en torno a un mercado regional bastante diversificado que presenta un intercambio intenso con la ciudad de Puebla. El auge e importancia de la región, se encuentran ligados de manera muy estrecha a la propia suerte de aquella ciudad que, siendo la segunda del Virreinato, pierde importancia paulatinamente hacia finales del siglo XVII y durante todo el siglo XVIII.

La creciente especialización regional en la producción triguera define la suerte del Valle y de sus pobladores. En la historiografía local encontramos numerosos casos de terratenientes que, a pesar de la producción intensiva y la concentración de recursos (tierra y agua) se encuentran profundamente endeudados con la institución financiera de la época: la Iglesia (Cfr. Archivo de Notarías de Atlixco). Esto origina a su vez un intenso mercado de compra – venta de tierras especialmente desde mediados del siglo XVII, lo que favorece el acrecentamiento de las propiedades y su transferencia de los labriegos españoles originarios hacia familias acaudaladas de la elite de la ciudad de Puebla, por lo que muchas de las decisiones en torno a la producción en el Valle se definen, ya desde entonces, fuera del ámbito regional.

Consolidación del Sistema Hacendario: Siglos XVII al XIX. La producción triguera intensiva, los ciclos económicos de la demanda de harina de las ciudades de México y Puebla, que crecía considerablemente en los períodos en que la armada española ubicada en el Caribe requería alimentar a sus tropas, imprime un carácter cíclico a la agricultura de la región y favorece las economías de escala. Esto se acompaña por un lento proceso de concentración de la tierra y la creación de nuevas formas de control de la mano de obra campesina e indígena.

A inicios del siglo XVII, la “Era de Oro de Atlixco”, en el valle se llegaban a producir más de 37 mil cargas de trigo, mientras que toda la provincia de Guadalajara producía solamente 43 mil cargas hacia 1802 (Thompson, 1989, p. 31). Esto permitía que los propietarios llevaran “una vida decente y pudiesen

pagar las deudas de más de 1,400,000 que pesaban sobre sus predios, que eran las más altas en este período” (íbid.).

Como hemos mencionado, las enormes fluctuaciones del mercado harinero hacen que el sistema agrícola se encontrase fuertemente endeudado con la Iglesia. Sumado a este hecho, un grupo de especuladores de la tierra de los distritos cercanos a Puebla acentúan las crisis recurrentes que vive la economía regional. A finales del siglo XVIII toda la provincia entra en una fuerte decadencia, y pierde importancia relativa frente al surgimiento de otras regiones como el Bajío y Jalisco. “En 1791, Ignacio Maneyro observó que la sociedad urbana de la hacía tiempo opulenta Villa de Carrión, encontrábase en el fondo de una decadencia, mientras que la economía rural basada en la producción de trigo se aproximaba hacia el precipicio” (Citado por Thompson, 1989, p. 33).

Durante este largo periodo de depresión económica tienen lugar también: el estancamiento de la población (en gran parte debida a la emigración hacia otras regiones), la progresiva marginalización de las principales rutas de intercambio (que se desplazan hacia el centro y norte de la Nueva España) y la pérdida de mercados extrarregionales para los productos agrícolas y manufactureros de la provincia.

Desde finales del siglo XVIII y durante la primera mitad del XIX Puebla vive una situación de depresión agrícola, pobreza y desempleo, únicamente contrarrestada por la incipiente producción textil que, lejos de modernizarse o vivir una verdadera transformación industrial, se monta en una tecnología protoindustrial de baja calidad y menor productividad frente a la industria moderna confinada en pocas ciudades del centro y sur del país. En profundo contraste con esta situación, en los años previos a la Guerra de Independencia varias de las principales fortunas poblanas tuvieron lugar gracias a que algunos dejan la agricultura e invierten en la manufactura o se ocupan en la burocracia citadina (Thompson, 1989, *passim*). Esto origina un flujo de la elite regional hacia la capital del estado desde donde se controla la producción agropecuaria de diversas regiones. Es decir que, tiene lugar un claro desplazamiento del centro de poder económico y político regional y se inicia todo un proceso de centralización en la

capital del estado, solamente paralelo al proceso de concentración económica, política y cultural de la capital de la nueva República Mexicana.

Tanto en la escena nacional como en la local, el México del siglo XIX se construye como *nación* en la medida en que las elites de poder económico heredadas del sistema de la economía colonial de finales del siglo XVIII, fueron capaces de reconstruir espacios económicos del antiguo régimen con una nueva orientación política, sustituyendo paulatinamente las viejas formas de representación y legitimidad por las del paternalismo [...] y, sobre todo, intentando unir el ámbito de su influencia económica con la política, acelerando enormemente la movilidad social y el mestizaje racial y cultural (Morales Moreno, 1999, p.6).

Cabe resaltar que la consolidación del sistema hacendario en la región tiene lugar en la segunda mitad del siglo XIX como consecuencia de la desamortización de los bienes de la Iglesia y comunidades campesinas que trajeron como consecuencia la acumulación de propiedades en manos no de agricultores medios – actores de una economía moderna - sino en la de grandes propietarios (Bazant, 1977). En este contexto nacional más amplio, una de las características de la región central del país, y Atlixco no es la excepción, se manifiesta en el fortalecimiento de las haciendas como unidades productivas agrícolas dominantes. La organización del espacio y de la población se da en torno a éstas, que adquieren una enorme importancia para la subsistencia de amplias regiones del territorio estatal y nacional. Una de las características peculiares de las haciendas en el Valle de Atlixco es que, lejos de hacer desaparecer a las poblaciones indias, las integra a la producción agrícola. Los llamados “pueblos libres”, a pesar de verse reducidos hacia las tierras menos fértiles y carentes de riego, no desaparecen a lo largo de los siglos XVII a XIX. Las comunidades rurales desarrollan toda una serie de estrategias económicas, demográficas y sociales, que les permiten “resistir” a las presiones del desarrollo de la producción desde una lógica mercantil y capitalista.

Si bien no existe un estudio serio que abarcase los tres siglos (tampoco existen fuentes suficientes para ello), solamente para tener una idea del proceso

de “despojo” de tierras a las poblaciones, se podría considerar el número de poblaciones indias y españolas a finales del siglo XVI (Cfr. Mapa 3, Apéndice A) con el hecho de que a finales del porfiriato el 77% de la población se asentaba en pueblos libres. En nuestra región de estudio (que abarca cinco municipios), antes del reparto agrario (1920) existían 67 pueblos, de los cuales sólo 42 poseían tierras. Por ejemplo, de los 26 pueblos del municipio de Atlixco sólo 11 poseían tierras. Es de suponerse que los 25 restantes se ubicaban en terrenos pertenecientes a las haciendas (Cfr. Paredes Mújica, 1997, p. 34 y ss.).

La diferenciación social en el Valle puede apreciarse por el tamaño y concentración de los asentamientos poblacionales en la época:

En el último tercio del siglo XVIII el Partido de Atlixco contaba ya con 56 haciendas y 26 ranchos esparcidos en un territorio que registraba 24 pueblos y la villa de Atlixco, como cabecera principal. [...] El Partido comprendía la Villa de Atlixco que comprendía su periferia agrícola, un gran pueblo de indios llamado de Acapetlahuacan, cuatro conventos con tierras y uno de monjas clarisas. Siendo esencialmente una villa de españoles, su principal mercado era el de Puebla [...] (Cita del Padrón elaborado por el visitador Ignacio Maneyro, 1792, citado por Morales Moreno, 1999)

Los cinco curatos adicionales de la Villa administraban la vida espiritual de 34 pueblos indios y 34 haciendas que se asentaban en el Valle. Desde su fundación hasta finales del siglo XIX las relaciones económico sociales de la región se definen primordialmente por el eje agro – industrial de las haciendas y molinos de trigo.

A lo largo del siglo XIX la integración regional dejó de estar ligada al desarrollo de circuitos comerciales extraregionales (hacia la ciudad de México y el exterior) lo que permite la generación de nuevos patrones de intercambio interregional (en que la ciudad de Puebla siempre juega un papel relevante), enmarcado en la jerarquía urbana heredada de la colonia que permanece casi inalterada durante toda la centuria. Después de la independencia, las profundas guerras intestinas que sufre el país favorecieron la ruptura de la organización del

espacio colonial facilitando el fortalecimiento y el repliegue regional y local a partir de la organización hacendaria (Pérez Herrero, 1992).

Los estudios realizados en nuestra región desde la segunda mitad del siglo XIX y principios del XX dan cuenta de la compleja estructura social y productiva que se establece en torno a la producción triguera impulsada desde las haciendas: el hacendado o propietario, que interactúa con el jefe político y los presidentes auxiliares para asegurar los contratos de los peones y el pago de anticipos de los “gañanes”; el administrador de las fincas; los rancheros de la hacienda que disponían de terrenos para explotación propia; los terrazgueros que arrendaban pequeños terrenos de la hacienda para siembra de maíz; toda una gama de jerarquía de puestos y trabajadores especializados: rayadores (mejoramiento y limpieza de canales de agua), ayudantes, mayordomos, trojeros, artesanos, alfalferos (cultivaban terrenos de alfalfa), albañiles, carpinteros, talabarteros, trojero, caporal, velador, entre otros. (Cfr. Parada Mújica, 1987, *passim*).

Como en Atlixco no tuvo lugar la encomienda, se instauraron diversos mecanismos para contar con mano de obra en las épocas de mayor trabajo agrícola. Además del peonaje (gañanía), la aparcería (medianía) y el arrendamiento de tierras a algunas poblaciones indígenas de la región, se tiene noticia de la práctica de la esclavitud y de formas extraeconómicas de control de peones, siendo que algunos de ellos llegan a ser “inventariados” en las escrituraciones de compra venta de tierras después de las piezas de ganado y los aperos de labranza (Cfr. Padrón General del Población 1721).

Aunado al proceso de concentración de la tierra, la presión demográfica de las poblaciones indias y campesinas sobre los recursos del Valle, dan lugar a una serie de intercambios entre las haciendas y los pueblos, en detrimento de los segundos. De manera semejante a los estudios de Warman (1976) y De la Peña (1980) en el estado de Morelos, encontramos que en el Valle de Atlixco

[...] el campesino [...] ha podido mantener una estructura social propia - cuyos componentes básicos son las unidades domésticas de producción / consumo y los vínculos simétricos entre estas unidades - a lo largo del tiempo. Dos son las razones principales de esta persistencia: las estrategias

demográficas complejas y precisas de los campesinos y la necesidad ineludible que tienen del campesinado otros segmentos que con él mantienen relaciones asimétricas: la hacienda antaño y las empresas capitalistas hoy (De la Peña 1991, p. 151).

En contra de la idea de que las haciendas harían desaparecer a los pueblos campesinos, constatamos a inicios del siglo XX la presencia de relaciones consuetudinarias entre ciertas haciendas y determinadas poblaciones a veces bastante alejadas, de donde venían los pobladores en épocas de mayor demanda de mano de obra. “Cada hacienda tomaba en cuenta las condiciones respectivas del mercado de trabajo que se presentaban en sus alrededores, y las tradiciones antiguas. Es muy característica la estabilidad de las relaciones que tenían pueblos enteros o ciertos grupos de estos pueblos con una hacienda o con el dueño de la hacienda” (Mertens, 1988, p. 162). Incluso en el contrato de compra – venta de una propiedad, el nuevo dueño asumía las deudas anteriores adquiridas por los gañanes y respetaba la costumbre de contratar jornaleros y cuadrillas de los pueblos con los que se tenían acuerdos consuetudinarios. Para ser reclutados, los jornaleros y cuadrillas, generalmente recibían un anticipo en especie o moneda que no sobrepasaba una cantidad que podía ser cubierta con una o dos semanas de trabajo (íbid.).

Contrariamente a la tesis de la historiografía mexicana muy extendida hasta inicios de los sesenta que concebía las haciendas bajo la imagen de una agricultura económica y socialmente atrasada y organizada de acuerdo con patrones semif feudales, los trabajos pioneros de Jean Bazant y Enrique Florescano permiten visualizarlas como unidades económicas capitalistas (Citados por Mertens, 1988). Los dos estudios detallados de las haciendas del Valle en la segunda mitad del siglo XIX realizados por Mertens (1988) y Torres Bautista (1994) muestran cómo algunas sufren profundas transformaciones económicas y organizativas de manera que pueden ser definidas como unidades económicas capitalistas. A partir de fuentes primarias Mertens asegura que “las haciendas productoras de granos en México central, a pesar de su atraso técnico, eran

también empresas capitalistas, tanto respecto a su organización de explotación como de la forma de pensar de sus propietarios” (p. 63).

Cabe destacar que los dos medios fundamentales de relación de trabajo en las haciendas se expresan en los gañanes y los jornaleros o peones. Los primeros se encontraban ligados por una relación de dependencia con la hacienda, ya que contaban con techo y trabajo asegurados, posibilidades de endeudamiento para hacer frente a contingencias (como enfermedad o muerte) y el maíz necesario para la manutención de su familia. Mertens (1988) muestra que la ética de la economía moral que sustentaba la reciprocidad hacendado – gañán tenía como objetivo garantizar la subsistencia elemental de los segundos de manera que mantuviese las estructuras sociales profundamente desiguales. Y en un ámbito en el que la subsistencia se encontraba continuamente amenazada por las crisis agrícolas y la escasez de tierra, los gañanes (que eran el menor número de los empleados en las haciendas) gozaban de un seguro de subsistencia al cual se subordinaban todos los demás derechos. No obstante, el hilo que sustentaba esta condición “privilegiada” era muy frágil ya que:

[...] las condiciones favorables para su situación económica solamente se mantenían mientras el dueño de la hacienda las garantizaba. Todas estas ventajas se basaban en un tipo de derecho consuetudinario, pero de ninguna manera tenían respaldo legal. El resultado era que a los gañanes en las haciendas [...] les iba relativamente bien mientras trabajaban para la hacienda, pero *el paternalismo del hacendado los retenía en un estado de dependencia social y económica*. (íbid., p. 195, resaltado nuestro).

Sin embargo, ésta no era la condición de la mayoría de la población campesina en la región. La escasez de tierras, la menguada calidad de las mismas, la imposibilidad de acceder al crédito o de asegurar el suministro de agua, hacía que las condiciones de vida de la población fueran sumamente precarias y estuvieran marcada por frecuentes crisis agrícolas. De allí que los pueblos y las familias campesinas hayan desarrollado toda una serie de estrategias de sobrevivencia, ante las condiciones impuestas por la hacienda, entre las que se encontraban el trabajo temporal en las haciendas y empresas capitalistas – tanto las ubicadas en

el Valle de Atlixco, como, posteriormente, en las ciudades de Puebla y México. En el capítulo IV veremos cómo estas estrategias se complementan con la migración internacional.

Los jornaleros o peones contratados por las haciendas eran mucho más numerosos que los gañanes, pero su trabajo se limitaba a unas cuantas semanas al año.

Eran contratados consuetudinariamente de algunos pueblos circundantes. Recibían un anticipo insignificante de su sueldo y al aceptarlo estaban obligados a trabajar en la hacienda. Este procedimiento de reclutamiento se llamaba ‘adineración’. [...] [Éste] fue un proceso tradicional, que ni el dueño de la hacienda ni el cuadrillero [reclutador] ponían en duda. El anticipo limitado significaba para el trabajador la garantía contra cualquier negación del jornal. Y para la hacienda esta estrategia de reclutamiento en tiempos de gran necesidad de fuerza de trabajo garantizaba trabajadores que solamente debían ser contratados a corto plazo (Mertens, 1988, p. 166).

Algunos de estos eran reclutados en pueblos lejanos y la hacienda les proporcionaba una troje para dormir y se contrataban mujeres (tezquiz) encargadas de preparar los alimentos. Las cuadrillas recibían “además del jornal, porciones de maíz, frijol y chile como alimentación gratuita. También a veces, se les otorgaba maíz para su abastecimiento como parte de la remuneración. En áreas donde resultaba difícil contratar jornaleros, se les daba la facilidad, al igual que los gañanes, de comprar maíz en la hacienda a un precio menor que el del mercado” (íbid.). Aunque también se les vendía frijol, éste no era subvecionado, sino que se ofrecía a precios de mercado. Como las condiciones de trabajo que no requería de ninguna calificación, “la disposición de lealtad frente al dueño de la hacienda obviamente era el criterio más importante y decisivo al contratar a la gente” (íbid., p. 165). Este criterio aplicaba tanto a peones como a gañanes.

Otra forma de relación con los pueblos colindantes, más para reducir la presión sobre la demanda de la tierra que para reclutar mano de obra, facilitaba el arrendamiento de tierras de menor calidad (no aptas para el cultivo de trigo) por parte de algunos campesinos (terrazgueros), los gañanes y administradores de la

propia hacienda. De esta manera se aseguraba la producción de alimentos básicos (maíz y frijol) para la población rural en la región.

Cabe resaltar por último que Mertens en su estudio coincide con Katz (1987) en que la práctica de endeudamiento de los trabajadores que se llevaba a cabo en las haciendas era un medio limitado para que los hacendados obligaran a sus trabajadores a permanecer en sus haciendas; no obstante registran sumas de menor monto de lo que hasta entonces se había supuesto. Asimismo, al menos en las haciendas estudiadas por Mertens, no existía tienda de raya. El mercado de la ciudad de Atlixco, que empezaba a adquirir una importancia regional desde el siglo XIX, facilitaba tanto a trabajadores como a jornaleros encontrar alternativas de compra de algunos artículos como: vestido, aperos de labranza, utensilios para las cocinas, etc. Hemos de volver sobre este punto al mencionar la enorme importancia regional que adquiere el mercado en nuestros días.

Algunos estudiosos de Atlixco en los siglos XIX y XX, Herrera Feria (1987), Mertens (1988), Torres Bautista (1994) y Parada Mújica (1997), muestran la simbiosis que se establece entre hacienda y comunidades campesinas, que contaban con algunas tierras cultivables que aseguraba a sus habitantes una existencia precaria.

Esta situación mantenía en los habitantes de los pueblos el interés por el trabajo asalariado en la hacienda vecina, por un lado, y por el otro, liberaba al hacendado de los costos de la (re)producción de la mano de obra indispensable para hacer frente a los ciclos agrícolas de la siembra de trigo (siembra, escarda y cosecha) lo que permitieron a las haciendas aplicar una estrategia flexible y adecuada a sus necesidades para reclutar la fuerza de trabajo (Mertens, 1988, p. 157).

Las tres formas fundamentales de relación de trabajo con la hacienda, consideramos, habrán de influir en la manera en que estos actores participan en el movimiento revolucionario y reparto agrario. De acuerdo con la hipótesis de Mertens, el nivel de vida de los gañanes era superior al de la masa de los campesinos de los pueblos y sería probable que percibieran su situación como “privilegiada” por lo que se podría explicar “que sus ambiciones durante la

revolución no estuvieran dirigidas a destruir la institución de la hacienda” (íbid. P. 195). Sin embargo, los campesinos que habían permanecido en sus pueblos viendo reducirse cada vez más sus tierras y su acceso al agua, probablemente percibían como una amenaza la expansión de la frontera agrícola en el cultivo del trigo en menoscabo del maíz y frijol. Además, como habremos de ver más adelante, la instalación de fábricas textiles en torno a la ciudad de Atlixco habría de ser otro voraz competidor por la tierra y el agua en la región. Consideramos que la irrupción y violencia de la revolución zapatista que se extiende en el Valle tiene origen en el hecho de que la hacienda llega a violar los principios de la economía moral que establece una relación asimétrica aceptable siempre y cuando no comprometiera la subsistencia misma del campesino.

Hay autores que afirman que las extensiones de tierra de las haciendas no pueden ser equiparables con las de otras regiones del Norte de México. Pero la densidad demográfica del valle y la falta de tierras de cultivo para las poblaciones rurales tornan a las haciendas en propiedades grandes en términos regionales. Al mismo tiempo, la diferencia entre hacienda y rancho es muy imprecisa y no se relaciona necesariamente con su extensión. Veamos el ejemplo de una hacienda tomada de los inventarios del siglo XVIII

Xonacatepec: esta hacienda con su rancho anexo, tiene una 58 caballerías (un poco más de 2054 hectáreas), divididas en áreas de riego, de temporal y de pastos. Los valores de inventario en 1738 eran un 60 por ciento para las tierras, un veinte por ciento para los ocho surcos de agua y sus construcciones hidráulicas, el diez por ciento en las restantes construcciones y un poco más del ocho por ciento para los animales destinados a la producción (Garavaglia, 1996, p. 118).

Por su parte Herrera Feria (1987, Pp. 90 y ss.) señala que “la mayoría de los hacendados poseían menos de 500 hectáreas y sólo las fincas que colindaban con las de la parte central del valle eran mayores, generalmente abarcaban entre 1,000 y 2,000 hectáreas.” Existen, desde luego excepciones, como la hacienda Matlala ubicada en el municipio de Huaquechula que llegó a concentrar cerca de 18,000 Has. A finales del siglo XIX, la estructura agraria del Valle estaba

conformada por aproximadamente 44 haciendas, 15 ranchos y 67 comunidades o pueblos libres, que en su mayoría poseían una pequeña porción de tierra (Consultar en el Apéndice A la relación de haciendas y ranchos, donde se enumeran las fincas y se señala su extensión aproximada).

No solamente hubo un proceso de acaparamiento de tierras, igualmente en el Valle se desata una fuerte competencia por el agua, recursos indispensable para la producción cerealera y textil. Si bien el agua tiene un uso semimercantil en el periodo prehispánico (P. ej. Huaquechula era tributaria en especie por el agua que recibe), claramente adquiere un *valor de mercado* al integrarse abiertamente al valor de las haciendas, primero, y de las empresas textiles, posteriormente. En los siglos XIX y XX el agua se vende y se arrienda (Cfr. Garavaglia, op. cit., *passim*).

A finales del porfiriato la integración regional se da en función de diversas formas de producción: el riego y las mayores extensiones para la producción cerealera, las tierras de temporal, para la provisión alimenticia de los pueblos (maíz y frijol) y algunos pastizales para el mantenimiento de los animales en regiones que han sido deforestadas o en los agostaderos de la zona de Tierra Caliente. Este “esquema tripartito que repite la exigencia del acceso a recursos múltiples, pero, ahora con una concepción territorial continua y mercantil, típicamente occidental (Bruno Veccio, 1986, citado por Garavaglia, 1996). Este autor desarrolla la idea de que existe una transformación desde una concepción “topológica” o cultural del espacio propia de las poblaciones indias, hacia la concepción “catastral” europea del espacio. La dominación del valor de cambio sobre el valor de uso de los activos agrícolas (tierra y agua) son una manifestación clara del desarrollo de la agricultura capitalista en la región que se instaura definitivamente desde mediados del siglo XIX. En nuestro trabajo de campo habremos de indagar los sentimientos de apego socioterritorial definidos por una lógica mercantil o moderna, que contrastaría con el sentimiento de pertenencia tradicional.

La producción triguera y la exportación de harina hacia otras regiones del país, a pesar de las enormes fluctuaciones, continuó siendo el producto más

importante de la región durante los siglos XVII al XIX. En este último lapso la producción triguera llegó a su auge en 1879 pero a partir de allí, y sobre todo desde 1886, cae en una irreversible decadencia, arrastrada en gran parte por la crisis harinera de Puebla (Malpica, 1989). Los profundos cambios en la economía y sociedad nacional que la van perfilando a finales del siglo XIX como una nación en la que se han sentado las bases del desarrollo capitalista (De la Peña, 1991), toman una expresión definitiva con la muerte del sistema hacendario; muerte violenta y definitiva debido al cruento movimiento revolucionario de 1910 y al intensivo proceso de reparto agrario que abarca las dos décadas siguientes.

Industrialización y crecimiento urbano: nacimiento de la industria textil (Porfiriato). En 1877 se inicia un período de industrialización que abarcará hasta 1960 caracterizado por el predominio absoluto de la industria textil. En este año se instala la primera fábrica moderna del Valle en el cual se establecieron paulatinamente siete de las más grandes fábricas textiles del país y de América Latina, siendo la más importante de ellas Metepec,¹³ segunda en importancia en el país, después de la de Río Blanco en la región de Córdoba – Orizaba.

En 1902 Atlixco llega a ocupar el segundo lugar en importancia en el estado de Puebla en lo que se refiere al número de fábricas textiles, superado solamente por la ciudad de Puebla y seguida de Huejotzingo, Cholula, Tecali y Tehuacán (Gamboa, 1985). El valle ofrece una combinación de factores que favorecen la localización de las fábricas textiles de gran importancia no sólo en el ámbito nacional sino latinoamericano. La ubicación geográfica nuevamente es relevante, ya que le permite estar cerca de los grandes mercados potenciales (ciudades de México, Toluca, Puebla) y de las materias primas (algodón veracruzano), además de que la ciudad de Puebla contaba con toda una tradición de hilanderos y tejedores desde el siglo XVII. Los bajos salarios de la región (de los más bajos del

¹³ Segunda corporación industrial manufacturera más grande del país y la inversión más importante en el estado de Puebla en época porfirista. Por la enorme importancia que adquiere en Atlixco y por tratarse de un centro industrial que se organiza a partir de los principios de los socialistas utópicos, resulta interesante consultar el estudio de Barbosa Cano (1980), Morales Moreno (1996) y la colección de trabajos en torno a la Historia Obrera en Atlixco (Malpica, 1989). Metepec conforma una ciudad obrera que imprime un profundo cambio sociocultural en los trabajadores y sus familias que provenían en su mayoría de ámbitos campesinos tradicionales.

país) y la mano de obra abundante, sobre todo la de origen rural,¹⁴ facilitan la instauración de fábricas poco tecnificadas que requerían fuerza de trabajo escasamente capacitada y potencialmente libre – en el mismo sentido de las poblaciones campesinas que trabajan temporalmente en las haciendas.

Para la instalación de las fábricas el entorno geográfico natural resulta ser relevante: la fuerza hidráulica que se genera gracias a los ríos que cruzan la ciudad de Atlixco, además del paisaje abrupto que permitía el aprovechamiento de caídas de agua.¹⁵ La utilización de la fuerza hidráulica en los procesos textiles dio el sello distintivo a la región atlixqueña y al valle poblano. Se desarrolla una geografía económica que determinaba el uso más tradicional de la energía sustentada en la explotación de las caídas de agua. Esto mismo, que es un factor fundamental para su competitividad en los años iniciales, condenan a esta industria a una muerte prematura ante la imposibilidad de lograr una reconversión industrial eficiente hacia otras formas energéticas y tecnológicas. Además, nuevamente el desarrollo económico de la región estará inevitablemente obligado a las enormes fluctuaciones en los precios de los productos textiles en los mercados nacional e internacional.

La especialización económica en un solo producto, como en el caso de la producción triguera, impedirá a la región contar con estrategias alternativas para hacer frente a los ciclos de caída en la demanda y a la competencia externa. Del mismo modo, durante los ciclos de auge industrial Atlixco generó enormes excedentes que no fueron empleados en la reconversión tecnológica ni en el desarrollo de cadenas productivas que pudieran generar empleos y desarrollar nuevas áreas de competencia económica. Se repetía nuevamente la historia del

¹⁴ “El censo de 1910 nos muestra la siguiente distribución del espacio: una ciudad (Atlixco), 33 pueblos, seis rancherías, 72 haciendas y ranchos, dos molinos y seis colonias fabriles. La mayoría de los habitantes vivía en los pueblos no en las haciendas ni ranchos. Sin embargo eran estas últimas las que desde la época de la Colonia se habían adueñado de las mejores tierras. El 74.8 por ciento del territorio de la comunidad [municipio] de Atlixco estaba en poder de haciendas y ranchos y la totalidad de los terrenos se podían regar. A los pueblos, a pesar de que pudieron guardar tierras ante la ofensiva desamortizadora de mediados del siglo, no les quedan más que tierras marginales e inhóspitas[...].” (Mertens, citado por Tortolero, 1996, p. 26).

¹⁵ Para finales del siglo XIX ya existían cinco plantas hidroeléctricas que surtían a las fábricas que sustituyeron de manera relativamente rápida las antiguas plantas de vapor (Gamboa, 1985).

“granero de la Nueva España” ahora con “la perla textil” de Puebla: años de auge y crecimiento precediendo a una profunda crisis y desarticulación.

El establecimiento de la industria textil, que tiene lugar a finales del auge hacendario en el ocaso del porfiriato, origina un desplazamiento del dinamismo regional desde la agricultura hacia la industria. Esta transición corresponde al “entrelazamiento de las élites agrarias y urbanas que van conformando el espacio industrial y por tanto, las nuevas regiones económicas del siglo XIX” (Morales Moreno, 1999, p.8). Como veremos, esto implica un proceso peculiar ya que no significó una verdadera revolución tecnológica ni una modificación profunda en las relaciones de trabajo. Según Thompson (1989) en Puebla tanto como en Atlixco la producción textil no implicó una revolución industrial a la europea, sino que tiene lugar un proceso “proto industrial” adaptado a las características sociales e idiosincráticas del centro del país.¹⁶

Siendo el valle de Atlixco una región cuya población tiene una larga tradición ligada al trabajo agrícola, las compensaciones de la geografía y la disponibilidad de enormes extensiones de tierras de antiguas haciendas y molinos transformados en fábricas permitieron el desarrollo de nuevas plantas textiles sobre la base del uso tradicional del espacio agrícola como ya había sucedido desde las primeras fábricas textiles instaladas en el territorio poblano a principios del XIX (Morales Moreno, 1996, P. 362).

En los inicios de la industrialización en el Valle de Atlixco, a diferencia de lo que sucede en otras regiones, las fábricas se “adaptan” en gran parte a las condiciones no sólo del entorno geográfico y natural, sino a las “costumbres” de la vida agraria en la región. Los orígenes rurales de la incipiente industria regional se arraigan

¹⁶ El estancamiento económico de Puebla desde el siglo XVIII y la incapacidad para iniciar la modernización de la industria en el siguiente siglo dejó a la sociedad poblana –y a gran parte de la mexicana– suspendida, sin cambio, en un estado petrificado que continúa hasta finales del XIX. A pesar de las reformas constitucionales, la política estatal o nacional continuó siendo un asunto elitista y en Puebla ésta se encontraba dominada por una reducida élite (Thompson calcula que no serían más de 100 familias), el clero y ocasionalmente algunos representantes de algunos grupos medios (comerciantes y artesanos). El republicanismo no modificó ni cambió seriamente muchos de los rasgos más tradicionales de la sociedad urbana ni de la política: “[E]l Proteccionismo se tornó una religión en Puebla durante los treinta años posteriores a la independencia. Servía como una doctrina para combatir el liberalismo económico que muchos temían minaría el edificio social en su conjunto” (Thompson, 1989, p. XXIV). Conservadurismo y proteccionismo fueron los rasgos ideológicos esenciales de los futuros industriales poblanos, rasgos que se conservan hasta muy entrado el siglo XX.

[...] en los nuevos espacios manufactureros surgidos como prolongamiento o como transformación radical de las tierras de cultivo de las haciendas [...] el manejo agrario en cuanto a formas de sujeción de los trabajadores y sus familias en los nacientes espacios fabriles de la segunda mitad del XIX son las fuentes que prepararon un intento ‘desde adentro’ de saltar de la manufactura artesanal y doméstica a la gran fábrica (Morales Moreno, 1999, p. 26).

Salvo en el caso de Metepec que representa un proyecto de transformación social,¹⁷ gran parte de las demás fábricas establecen relaciones laborales con campesinos que, lejos de migrar a la ciudad y desarrollar una vida urbana, continúan ligados a sus comunidades y a la producción de subsistencia de manera tal que, como veremos más adelante, en el período de paro de la producción durante la gesta revolucionaria, éstos retornan a sus comunidades y a sus familias. “La gran fábrica se expandirá sobre el espacio agrícola de estos pueblos y haciendas, intentando subordinarlos a su ciclo productivo y mercantil” (ibid. p. 27).

A finales del Porfiriato la estructura económica regional se torna mucho más compleja ya que la naciente industria se “monta” sobre la estructura agraria prevaleciente.¹⁸ El valle de Atlixco es una de las zonas del país con más alta concentración de comunidades campesinas y grandes haciendas – seis familias concentraban 22 mil hectáreas – por lo que existía una abundante fuerza de trabajo disponible para la industria. De hecho, la instalación de industrias textiles no implicó la desaparición de las demás actividades ni de los actores sociales que integraban el sistema hacendario / pueblerino. Si bien las fábricas compiten con las haciendas por los recursos: tierra, agua, mano de obra, ello no produce su desaparición. Los pueblos se enfrentan a un nuevo competidor por sus tierras y

¹⁷ Consultar la amplia bibliografía especializada que se ha desarrollado sobre este centro industrial: Gamboa Ojeda (1979); Dirección General de Culturas Populares, SEP, IMSS, UAP, (1988); Malpica (1989); Morales Moreno (1996) y (1999), entre otros.

¹⁸ Desde el punto de vista del área cultivada, en 1904 predominaban los terrenos de temporal (19, 152.56 Has) sobre las de riego (11,990.94 Has.) que se concentran en dos municipios: Huaquechula y Atlixco. También en este último se asienta la floreciente industria textil. El principal cultivo de la región continuaba siendo el trigo y se cultivaba en menor medida maíz, frijol, cacahuate y chile. En dos haciendas localizadas en “Tierra caliente” se llegó a cultivar caña de azúcar (Parada Mújica, 1997, Pp. 234).

agua, pero que al mismo tiempo ofrece oportunidades para conseguir un salario tan necesario para el frágil equilibrio económico que rige las estrategias de sobrevivencia de la familia y comunidad campesinas. Una muestra de la integración de diferentes lógicas de producción y de subordinación la encontramos en el hecho de que hacia principios de 1900 hay una tendencia al aumento de los jornales de la región que se debía, según Mertens (1988), más que a una tendencia generalizada en el país “al importante auge de Atlixco como centro de la industria textil poblana después de 1900, quitando de la agricultura gran cantidad de trabajadores” (p. 170).¹⁹

Aunado a lo anterior, además del crecimiento de la zona urbana y de los servicios asociados a ella (infraestructura urbana, carreteras, centros de educación y salud, etc.) surgen nuevos asentamientos poblacionales diferenciados: por un lado algunas zonas residenciales para los propietarios, directivos y empleados de confianza de la pujante industria, por el otro, colonias obreras en donde se teje una cultura laboral ligada a nuevas formas de organización sindical hasta ahora desconocidos en la región y el país. El proceso de conformación obrera, las épocas de consolidación y auge, junto con el proceso de disolución a finales de los años sesenta a partir del cierre de las fábricas más importantes, imprimirán una orientación y radicalización importantes a la conformación del poder regional posrevolucionario. Habremos de abordar este punto más adelante.

Según Tortolero Villaseñor (1996), Parada Mújica (1997), Morales, (1996) y Marroni (tesis), entre otros, las nuevas características regionales moldeadas por el proceso de desarrollo industrial y el crecimiento urbano de finales del siglo XIX y principios del XX podrían resumirse en siete rasgos gruesos: a) la práctica de una agricultura de altos rendimientos y ligada a un mercado nacional o internacional - aunque reducida en dimensiones continua hasta nuestros días- donde el riego y la extensión de la tierra continúan siendo elementos fundamentales. Las propiedades

¹⁹ Lo que resulta sorprendente es la afirmación de Mertens (1988) a partir de una investigación de Nickel (1978) de que “en la mayoría de las haciendas central – mexicanas, que no estaban situadas cerca de una ciudad o plantas industriales, el jornal de un gañán adulto quedaba en 2 reales desde la época de la colonia hasta la revolución” (p. 170).

fluctúan entre 500 y 5000 hectáreas y siguen ocupando los terrenos más fértiles y mejor comunicados del valle; b) la introducción de las vías de ferrocarril y el mejoramiento de los caminos que conectan a los centros de producción con las ciudades de Atlixco y Cuautla, así como con la red carretera del México central y la línea de ferrocarril hacia Jalapa y Veracruz; c) la multiplicación de los ranchos y las fábricas que se disputan el espacio y los recursos a los pueblos y haciendas; d) la intensificación de la disputa por el agua, la construcción de diques y obras de irrigación para haciendas y fábricas; e) una considerable tala de bosques y la formación de nuevos asentamientos poblacionales en torno a los nuevos centros fabriles en la zona del volcán; f) la creación de compañías agrícolas que introdujeron nuevos cultivos, nuevas técnicas y formas de aprovechamiento de los recursos, y que conllevan una modificación de la relación laboral agrícola en términos capitalistas: obrero / patronal que acaba con las relaciones paternalistas y consuetudinarias que sostenían al sistema hacendario; g) la inmigración desde los diferentes pueblos de la región, así como de otros estados del centro del país, hacia las industrias textiles fuertemente ligadas al mercado nacional, en sus inicios, y al mercado internacional a partir de los años veinte, pero fundamentalmente durante la guerra y la posguerra. Con todo esto, no cabe duda, el desarrollo capitalista entraba en franca ascendencia en todo el Valle.

Los intereses comerciales de la elite regional continuaban estrechamente ligados a la ciudad de Puebla –muchos de los propietarios de haciendas e industriales vivían en esta ciudad – y seguían definiendo el espacio económico en el Valle de Atlixco hasta inicios de 1920 (Morales Moreno, 1996). La revolución implicó un lapso que interrumpe la actividad productiva no sólo en la agricultura, sino en las fábricas, y a partir de los años veinte con el intenso reparto agrario se define una nueva articulación económica y social regional.

La Revolución y el Reparto Agrario: Fin del Sistema Hacendario. Una constante a través de la historia socioeconómica del Valle de Atlixco ha sido que la presión demográfica se torna en detonador de importantes procesos de cambio. Desde los siglos XVII al XIX el crecimiento poblacional fuerza el arrendamiento o aparcería de algunas franjas de tierra a las poblaciones campesinas para

garantizar su sobrevivencia y su sometimiento; más adelante justificará la “invasión” de tierras de algunas haciendas en la época revolucionaria y ejercerá presión para acelerar el reparto agrario de los años veinte y treinta; recientemente, hacia finales de los años setenta, el crecimiento poblacional, aunado a la crisis agrícola e industrial, será un factor detonador de la migración internacional.

No es posible calcular la participación de los campesinos de la región de Atlixco en el movimiento revolucionario aunque es probable que los gañanes y demás empleados de las haciendas no buscaron acabar con ellas (Cfr. Mertens, 1988). Sin embargo, podríamos proponer como hipótesis que en Atlixco se da una baja participación campesina, como sucede en otras regiones del país (Brading, 1991). La continua presencia del “ejército del Sur” en un área densamente poblada y con enormes conflictos por la tierra podrían haber propiciado una mayor participación. Sin embargo, las entrevistas realizadas durante el trabajo de campo nos dan cuenta de que muchos de los pueblos libres pagaban un “impuesto de guerra” a los rebeldes y eran asolados por diversos grupos revolucionarios así como por los propios carrancistas. La mayor parte de los documentos que hacen referencia a las acciones zapatistas datan del año de 1917, (año de mayor presencia) y van disminuyendo paulatinamente de 1918 a 1920 (Parada Mújica, 1997, *passim.*). Es innegable la preeminencia del Ejército del Sur y de sus ideales, retomados posteriormente por el movimiento agrarista de los años veinte.

Se pueden distinguir con bastante claridad dos periodos en la lucha revolucionaria en la región. El primero, de 1910 a 1920, caracterizado por una enorme inestabilidad y guerras intestinas en las que se enfrentan diversos grupos revolucionarios; el segundo, de 1920 a 1930, caracterizado como un período de calma relativa y lucha por la reivindicación de la tierra a partir de dos mecanismos fundamentales: la invasión de tierras y la organización campesina agrarista (en torno al Partido Nacional Agrarista) para el reparto de las mismas.

[...] durante el período de 1910 a 1920, se dio una intensa actividad revolucionaria, presentándose primero como un zapatismo – maderismo en contra de la dictadura de Porfirio Díaz y posteriormente como un zapatismo en contra del gobierno carrancista constitucionalista. En esta segunda fase

podemos deducir que la mayor parte de la región estuvo dominada por zapatistas [...] Si bien no se puede hablar de una participación masiva del campesinado en el ejército del Sur, se puede afirmar que la mayor parte del campesinado lo hizo indirectamente apoyando a las hordas zapatistas, lo que les permitió a éstas imponerse en la mayor parte de la región atlixquense (Parada Mújica, p. 66).

Aunque imprecisamente, se sabe que a inicios de 1910 se desató una ola de persecuciones contra líderes maderistas en la ciudad de Atlixco. Igualmente, para sofocar cualquier disturbio se envió desde la ciudad de Puebla una fuerza de “Rurales estatales” a las ciudades de Atlixco y Cholula. Existe una numerosa correspondencia que da cuenta de la importancia que revisten las haciendas cercanas a la ciudad que son defendidas para que pudieran producir cereales, especialmente en los años de guerra generalizada en el país. Sin embargo, los municipios de la zona del Volcán (Tochimilco y Tianguismanalco) por su situación de “mirador del valle y la conexión a través de caminos rurales – madereros hacia Morelos, son resguardados por los zapatistas quienes instituyen en Tochimilco un centro importante de operaciones. Asimismo, Huaquechula, por encontrarse alejado de Atlixco y ser la entrada desde el Sur, se torna en “tierra de nadie” y es objeto de numerosos saqueos y hostigamiento.²⁰

En 1916 ante la situación de guerra generalizada en la región en la que diversos grupos armados, sin estar necesariamente ligados a algún grupo revolucionario, se dedicaron a saquear y robar tanto haciendas como pueblos, se instituye en Tochimilco, Huaquechula y algunas otras poblaciones la llamada “defensa ciudadana,” con la anuencia del propio Zapata, para que contaran con alguna protección (La France, 1987).

La presencia zapatista en la región fue importante a pesar de su falta de articulación a partir de una clara estrategia. Un ejemplo de ello es que existieron

²⁰ En el trabajo de campo realizado en Huaquechula como parte del proyecto (Vargas, 2000) en numerosas entrevistas realizadas a personas que sobrevivieron al hambre y la persecución en esos años, dan cuenta de que los pobladores no tenían seguridad alguna ya que los diversos grupos que llegaban a la ciudad, saqueaban y maltrataban brutalmente a sus habitantes. En 1918 y 1919 muchos de sus pobladores habían muerto o emigrado buscando protección en las ciudades de Atlixco, Cholula o Puebla.

algunos líderes zapatistas regionales - Juan Uvera en Tochimilco ⁻²¹ y hubo un grupo importante de seguidores de Domingo Arenas, jefe local de la región tlaxcalteca que había organizado el movimiento agrario regional y después de 1915 se declara a favor de Zapata. No obstante, acepta la invitación de las fuerzas constitucionalistas a cambio de hacerse general de brigada y conseguir algunas tierras para los campesinos tlaxcaltecas, lo cual es percibido como una traición y es asesinado en agosto de 1917 en San Pedro Cuauco (Parada Mújica, 1987, p. 65). Asimismo, hay un cierto contagio entre el naciente movimiento obrero y el movimiento agrario. Fortino Ayaquica, obrero textil originario de Atlixco, a los 28 años encabezó a las fuerzas zapatistas y más adelante es nombrado general y presidente municipal de Tochimilco.

Los rebeldes organizados en bandas de varios cientos de hombres cada una, luchaban con las fatigadas fuerzas del gobierno por el control de pueblos claves y la línea del ferrocarril interoceánico que pasaba por los pueblos de Cholula, Atlixco e Izúcar de Matamoros en su ruta entre Puebla y el vecino Estado de Morelos. Los primeros en caer fueron los pueblos de Huehuetlán y Huaquechula (La France, 1987, p.87).

Las haciendas e industrias no escaparon a la ira zapatista, cuya estrategia era la desarticulación total de la producción y el robo de ganado y granos. La mayoría de las fábricas suspendieron totalmente la producción en esta época y los obreros emigraron hacia otras regiones o se replegaron a sus pueblos. La región del Volcán, la sierra del Tenso y la tierra caliente llegan a ser territorio zapatista en el diecisiete. Como hemos dicho, solamente las 13 haciendas asentadas en el área colindante a la ciudad de Atlixco tuvieron mejores posibilidades de defenderse de las luchas intestinas entre diversos grupos zapatistas y el ejército constitucionalista. Al término de la gesta, una vez pacificado el país bajo la presidencia de Carranza, tanto en Puebla como en otras partes del Estado “un grupo de generales poblanos que participó en las luchas zapatistas había logrado conservar sus armas, y varios de ellos apoyaron las invasiones de tierras que los campesinos efectuaron desde 1918” (Rivera Castro, 1988, p.98).

²¹ Hoy en día existe una localidad en el Municipio de Huaquechula con este nombre.

El período comprendido entre 1918 y 1920 se caracteriza por una tensa tregua. Por un lado los campesinos, antiguos jornaleros y peones, se sentían con el derecho a un pedazo de tierra inspirados por los ideales zapatistas. Algunos jefes zapatistas habían otorgado tierras a los participantes en la gesta. Es precisamente el área más alejada del poder de las autoridades y fuerza federal asentada en la Ciudad de Atlixco donde se da con mayor intensidad la toma e invasión de tierras. Por otro lado, los hacendados de la región “estaban seguros de gozar del apoyo de las autoridades locales y federales.” No faltó la intervención de la fuerza federal para desalojar a algunos pobladores campesinos de la región de Atlixco, así como la manipulación de peones de confianza para desarticular toda organización campesina en torno a la toma (pacífica o no) de tierras o para crear cuadrillas y grupos armados defender sus propiedades (Parada Mújica, 1997, p. 70 y ss.).²² A finales de los años diez la situación agrícola en el valle pasaba de un decrecimiento a la total parálisis, acompañada de la enorme inseguridad y abandono de tierras por parte de la mayor parte de los hacendados.

Algo que vino a sumarse a esta situación tensa es el movimiento que encabezan algunos grupos obreros que, después de un largo período de inactividad fabril en el que dejan de percibir ingresos, invaden algunos terrenos que colindan con centros fabriles – fundamentalmente en el municipio de Atlixco – con la finalidad de establecer “colonias obreras” que pudiesen contar con terrenos para el cultivo de granos básicos para el autoconsumo (Morales Moreno, 1996).

El gobierno del estado, presionado por el descontento del campesinado que iniciaba un proceso de invasión de tierras, se vio obligado a aceptar y reconocer algunas de las “posesiones militares” provisionales de los pueblos que lo solicitaban. En el Valle de Atlixco entre 1916 y 1918 las fincas sufren las primeras afectaciones en favor de los campesinos de pueblos libres, quienes tiempo atrás las habían perdido a través del proceso de concentración de la tierra que los había obligado a transformarse en jornaleros, medieros y arrendatarios de las mismas fincas. Este movimiento, que no llegó a generalizarse, acelera y profundiza el

²² Existen numerosos documentos en el Archivo Municipal de Atlixco que muestran la querrela por la tierra: las denuncias de invasión, por un lado, o de represión y extorsión por el otro.

proceso de Reforma Agraria que inicia en 1921 en el marco de la legislación constitucional.

La amplísima difusión y resonancia de los ideales zapatistas se muestran en la extensión y profundidad con que se lleva a cabo la reforma agraria, por un lado, y por la huella en la memoria social de los pobladores del Atlixco. Durante nuestro recorrido por las diversas localidades del Valle pudimos constatar esta presencia en un número importante de escuelas (Emiliano Zapata, Caudillo del Sur, Tierra y Libertad); en casi absolutamente todas las poblaciones, por pequeñas que éstas fueran, no faltaba una calle de nombre Emiliano Zapata – generalmente la principal. Inclusive, encontramos una localidad cuyo nombre sintetiza el imaginario religioso con su participación revolucionaria al denominarse “Mártir de Chinameca.”

El segundo período, que comprende de 1920 a 1930, se caracteriza por la conformación de grupos y organizaciones fuertemente combativas: el Partido Nacional Agrarista y la Confederación Regional Obrera Mexicana (C.R.O.M.). Dos bastiones de la lucha obrero – campesina que surgen en el valle de Atlixco, uno ligado fuertemente a los ideales zapatista, el otro arraigado en un naciente movimiento obrero, y que llegan a tener una fuerte influencia en el ámbito nacional a partir de la instauración de nuevas formas de poder en la región en su interacción con el poder central (estatal y nacional).

En un contexto más amplio, en esta misma década el estado de Puebla es “uno de los estados más convulsos, donde no hubo un gobernador que terminase su periodo de gestión completo, hasta el ascenso del general Mijares Palencia en 1933. La práctica política dominante era el forcejeo entre los caudillos locales y los políticos de la ciudad de México” (Torres Bautista, 1994, p. 96). Más adelante, el gobierno de Froylán Manjarez, oriundo de Tochimilco, se caracteriza por un proceso de afectación agraria acelerada que impulsa para acrecentar su fuerza política frente al grupo de Álvaro Obregón (ibid.).

A partir de 1920 el movimiento campesino atlixquense lucha decididamente por obtener la tierra y llega a tener una importante resonancia estatal gracias a la

formación de organizaciones o comisiones agrarias que pelearán la tierra en el marco jurídico legal establecido desde 1915 con la Ley del 6 de Enero. Un grupo de campesinos y pequeños agricultores establece una filial del Partido Nacional Agrarista fundado el 25 de septiembre de 1920. De acuerdo con el estudio de archivo realizado por Paredes Mújica (1997) aproximadamente las 67 poblaciones campesinas de la región que solicitan ejidos entre 1917 y 1936 “lo hicieron a través de sus respectivas comisiones agrarias y posiblemente asesoradas por el Partido Agrarista Atlixquense” (p. 75).

La rapidez con que se atendieron las resoluciones agrarias es digna de notarse. El reparto agrario tiene lugar principalmente durante los gobiernos de Obregón y Calles. Según el estudio realizado por Parada Mújica (1997) de las 44 haciendas existentes en la región hasta 1920 fueron afectadas 31. De un total de 54 142 Has. se reparten 26,944 Has. reduciéndose casi a la mitad el terreno que éstas conservaron. Y de un total de 15 ranchos (que concentraban 5,912 Has.), después de afectar a 13 de ellos, quedan con una superficie de 3,712 Has.²³

Gran parte de las fincas ya no conservaron ni siquiera las hectáreas no afectadas. Se tiene información de que los propietarios de las exhaciendas vendieron a las comunidades campesinas toda o parte de la superficie que les quedaba, contribuyendo de esta manera a la conformación de la pequeña propiedad en diversas localidades rurales. Además de que, ante la desarticulación económica y social de las unidades productivas hacendarias, y como consecuencia del abandono de la tierra, gran parte de la superficie sobrante siguió siendo afectada por las acciones agrarias posteriores conocidas como ampliaciones ejidales. El proceso de Reforma Agraria en Atlixco, que se inicia en 1926 y concluye en 1938, culmina con la destrucción de la estructura hacendaria porfirista dando lugar a una gran movilización en la propiedad territorial que en la región no tiene parangón salvo en los orígenes del reparto español a inicios del siglo XVI.

²³ Según otra fuente, entre 1922 y 1924 se habrían repartido 35, 220 hectáreas a las 48 haciendas existentes en Atlixco (Torres Bautista, 1994, Pp. 98 – 100). Las más afectadas habrían sido 24, y solamente 13 no habrían sufrido en su patrimonio. Ante esta inconsistencia en la información de diferentes fuentes, preferimos emplear la información del Registro Nacional Agrario obtenida por Parada Mújica (1998) que abarca el período más amplio.

La reforma agraria en Atlixco tuvo como base fundamental la existencia de viejas comunidades campesinas y no la formación de nuevos núcleos poblacionales. Es por ello que coincidimos con la hipótesis de que el reparto agrario constituye una verdadera “restitución” de tierras a las poblaciones que habrían sido despojadas con anterioridad.²⁴ Algunos de estos pobladores aún conservan documentos del reparto de aguas realizado en el siglo XVI. “Las 68 comunidades de la región recibieron en conjunto una superficie de 45,057 Has., de las cuales se encuentran registradas como de riego 3,941 has., de temporal 12,894 has. y cerriles 15,837 has., dando un total de 32,672 has. Las 12,385 has. faltantes se encuentran clasificadas como tierras de agostadero” (Parada Mújica, 1996, p.98).²⁵ Como puede apreciarse, en las dotaciones predominan las tierras de temporal, así como las de menor calidad, no aptas para la agricultura. Se establece el minifundio como forma de tenencia de la tierra, que resultará insuficiente para la siguiente generación de campesinos. No parece haber habido consideración alguna de agrimensura, de calidad de suelos o de acceso a riego para afectar las propiedades (Torres Bautista, 1994, p. 101). Sin embargo, la propiedad privada continuó siendo un eje fundamental de la naciente estructura agraria. Las mejores tierras, con mayor infraestructura hidráulica y bien comunicadas, continuaron ligadas a la agricultura comercial.

Nuevamente se establece en el Valle un patrón diferenciado de producción agrícola que obedece a lógicas de producción diversas pero no excluyentes: la agricultura comercial de la propiedad privada (entre 50 y 250 has.), la pequeña

²⁴ Estamos en contra de la postura de Torres Bautista (1994) quien afirma que “no hay relación directa entre la situación de los pueblos y las afectaciones a las haciendas. No se verifica el aserto de la historia oficial, según el cual la Reforma Agraria dotó de tierras a los pueblos despojados o carentes de ellas” (p. 98). Además de que no se da un proceso importante de fundación de pueblos, hemos hablado suficientemente de la presión demográfica y la falta de tierras para la sobrevivencia de la población rural a finales del siglo XIX. La dificultad para encontrar mano de obra se explica más por la presencia de la industria textil que por la existencia de tierras de labranza para los campesinos (Mertens, 1988). Tampoco coincidimos con la aseveración de que “las haciendas de Atlixco que ocupaban la mayor parte del valle se habían formado desde el segundo tercio del siglo XVI en tierras vacías.” (ibid.) Hemos discutido con anterioridad que, si bien no de manera intensiva, las tierras eran cultivadas por terrazgueros que las arrendaban a los señores de Calpan y Huaquechula (Garavaglia, 1996; Grosso y Garavaglia, 1996). Además, Torres Bautista no da cuenta del proceso de concentración de las mejores tierras por parte de las haciendas entre los siglos XVII y XVIII. La profundidad del proceso de reparto agrario se explica, además, por la presencia del movimiento agrarista en el Valle de Atlixco, que cuenta con lazos hacia organizaciones políticas extrarregionales y que construyen su poder y control regional a partir del reparto de tierras.

²⁵ Desde entonces se instituye el minifundio como forma de propiedad y producción en la agricultura de subsistencia. Considerando la superficie cultivable dotada a las comunidades campesinas (aprox. 16,835 has.) divididas entre el número de beneficiados a finales de 1938 (7,658 campesinos) nos da un promedio de 2 hectáreas por campesino.

propiedad (entre 2 y 10 has.), la propiedad ejidal (2 a 5 has.) y un cuarto tipo, la propiedad comunal, entendida como la tierra que los campesinos explotan en común y que generalmente se encuentra conformada por pastos, bosques y cerriles. El predominio del ejido es el elemento sobre el que se funda la estructura agraria de Atlixco y del México contemporáneos. En cuanto a la fuerza de trabajo, la figura del jornalero que trabaja en las tierras, ya no del hacendado sino del nuevo ejidatario y propietario, sigue siendo importante.

La destrucción de las grandes haciendas implica también un cambio en la estructura social. El reparto y las nuevas formas de tenencia de la tierra se manifiesta en la pérdida de poder de las elites regionales y en el surgimiento de una nueva clase política ligada a las grandes figuras de la Revolución Mexicana. A finales de los años treinta

En Atlixco no quedaba prácticamente nada de las antiguas elites. La ruptura con el pasado fue más que violenta. La que por largos años fuera polo industrial, la segunda ciudad del estado de Puebla, pasó a ser un sitio donde los enfrentamientos de facciones, casi todos con fuertes dosis de violencia, pasaron a ser la cotidianidad [...] (Torres Bautista, 1994, 139).

Eran los tiempos en que se fue consolidando un nuevo grupo en el poder a partir de la elite revolucionaria, centrada en un nacionalismo económico donde el Estado se erige como principal actor de la transformación social y económica (Katz, 1987). Este tiene su contraparte en el poder regional a partir del surgimiento de caciques agrarios que favorecen nuevas clientelas y poderes locales. Según este autor “la afectación agraria a nivel nacional era limitada hasta entonces [1925] y se había contenido. Sin embargo, en los lugares donde se llevó a cabo, imperó más la intención de escalar en la espiral del poder, de competir contra los aliados campesinos, que dar solución a un problema social y económico” (p. 111). De esta manera se teje una intrincada red de poder regional a partir del reparto agrario que busca afectar y hostilizar a los propietarios más ricos de Atlixco. Ello ligado a la lógica del control central y del desarrollo de la industria textil, que abordamos a continuación.

Florecimiento y Ocaso de la Industria Textil: Hacia la centralización económica y política. La época posrevolucionaria abre un periodo de construcción de la nación mexicana moderna que implicará el sometimiento y control de diversos movimientos regionales a través del sistema de transporte, los mecanismos de mercado, la logística militar y los medios de información e intercambio cultural. El estado nacional que se construye a partir de la ideología revolucionaria, establece en la escuela (laica y gratuita, de carácter nacional) y el ejido los cimientos del sistema político centralista y autoritario que prevalece hasta finales del siglo XX (Pansters, 1998). Desde el gobierno de Obregón se tejen las principales alianzas con el Partido Nacional Agrarista y con los obreros organizados en la CROM y el Partido Laborista que surge de ella, ambos con ascendientes importantes en la región de Atlixco.

Al morir la hacienda, que habría jugado un papel fundamental en la organización productiva y social del territorio, se da paso a un sistema regional en el que la ciudad de Atlixco y la industria textil jugarán un papel determinante en la nueva conformación económica, política y social de la región, con rasgos que prevalecerán hasta nuestros días. Inicialmente el proceso de consolidación del Estado Mexicano es una tarea de los grandes caudillos revolucionarios que tenían necesidad de realizar alianzas con los caciques regionales. Posteriormente, la institucionalización de la vida política y la consolidación del Gobierno - Partido Nacional Revolucionario (más adelante Revolucionario Institucional) se establecen las nuevas reglas del control político nacional que definirá el espacio para la formación de grupos regionales muy poderosos. Las nuevas elites revolucionarias surgen a partir de los enormes recursos del Estado y, en términos políticos, del poder centralizado en el ejecutivo que gracias a la corporativización y cooptación de los sectores sociales más demandantes (obreros y campesinos) permite una relación directa entre éstos y el presidente en turno que se constituye en su “protector.”

Durante el período de industrialización del país, las funciones cada vez más importantes, no sólo en materia de control político, sino de promoción e intervención económica del Estado central se van ampliando. En Atlixco, como en

otras regiones del México central, se establecen las bases de la dependencia de los grupos políticos regionales hacia el poder central. Además, la hegemonía sindical de la CROM se logra por medio de la hegemonía política de su partido, el Partido Laborista Mexicano (PLM). Sin embargo, esta hegemonía se rompe cuando el entonces secretario de Industria, Comercio y Trabajo, Luis N. Morones, líder también de la CROM y del PLM, se enfrentó al general Álvaro Obregón en la lucha por la presidencia de la república (Malpica, 1989). Esto se manifiesta en la mayor importancia que adquiere el Partido Agrarista Atlixquense (ligado al Partido Agrarista Nacional) apoyado por el gobierno estatal en contra de los moronistas, lo que da lugar a una lucha cruenta entre ambos y a un debilitamiento del poder local en los ámbitos estatal y nacional.

Posteriormente, con la formación de otros dos sindicatos que se disputan la hegemonía regional, la Federación Revolucionaria Obrero Campesina (FROC) y la Confederación de Trabajadores Mexicanos (CTM) de pensamiento mucho menos radical que la CROM, tiene lugar en Atlixco un período de violencia y huelgas continuas en las diversas fábricas. Las ventajas de una u otra central se vieron favorecidas desde el poder central - por los propios presidentes Cárdenas y Ávila Camacho- y terminan con la creación de una nueva central llamada Federación de Trabajadores de Puebla ligados a la CTM (FTP-CTM) que se alía a la CROM, logrando de esta manera la pacificación en Atlixco (Melé, 1990).

La institucionalización de la vida social en el país propicia un importante florecimiento de la industria textil, favorecida además por el contexto internacional. La segunda Guerra mundial abría un mercado muy importante para los productos mexicanos, entre los que se destacan los de la rama textil. En las ciudades de Puebla y Atlixco se inicia un periodo de crecimiento industrial que durará hasta 1960. En esta última se conforma una influyente dirección en el ámbito del sindicalismo nacional:

[...] desde 1948 a nuestros días esta organización monopoliza los puestos del comité central de la Confederación Regional Obrera Mexicana (CROM), que es una de las dos centrales sindicales más importantes de México. Es indudable que para realizar tal hazaña se requirió que previamente lograra

hacer desaparecer a otras centrales sindicales en la región de Atlixco, cuestión que logró dos veces, en 1925 y en 1948, cuando la CROM se convirtió en dominante en Atlixco, dando lugar también a su dominación en el medio rural atlixquense (Malpica, 1989, p.45).

La política regional se centra en las nuevas figuras de caciques que facilitaban la transmisión de “beneficios sociales” a cambio de un control cada vez más fino y centralizado de las demandas populares. El caso de Atlixco es ejemplar, en cuanto a la enorme influencia política que tiene el representante de la CROM: Antonio J. Hernández, ligado directamente con el Partido Nacional Laborista y con los representantes obreros (Pansters, 1998). Los estudios regionales dan cuenta de la cambiante relación entre los grupos de poder regional y federal, así como de la fragilidad de los liderazgos políticos regionales y sus fuentes de poder. Durante los años veinte y treinta crece enormemente el poderío de la CROM, pero a partir de aquí se detona una enorme tensión entre los caciques regionales y las autoridades federales (CROM vs Manuel Ávila Camacho) que se manifiestan en acciones que van desde la cooptación (si resultaban “funcionales” al proyecto centralizador) hasta la eliminación (si se manifiesta una confrontación directa al poder central). Es en este esquema que podemos explicar la articulación del poder regional bajo el liderazgo de Luis N. Morones y Antonio J. Hernández, y de sus sucesores contemporáneos Blas Chumacero Sánchez (CTM) y Eleazar Camarillo Ochoa (CROM). Este último considerado como el segundo cacicazgo en importancia del estado de Puebla, que finalmente inicia un proceso de debilitamiento conforme pierde importancia la clase obrera dirigente al tiempo que entra en una crisis irreversible la industria textil que le sirve de sustento.

Por tanto, “El período comprendido entre 1920 y 1940 se considera como de transición entre un sistema político fragmentado y regionalizado, donde predominaba el uso de la fuerza (1910 – 1920), y otro donde se aplicaban las formas institucionalizadas y centralizadas del poder” (Pansters, 1998, p. 101). El acercamiento a Alemán sirvió a la CROM para controlar todos los sindicatos por encima de la CTM. Tal hecho permitió que a partir de 1948 la CROM emergiera como un cacicazgo absoluto en Atlixco con una posición importante en el seno de

la dirección nacional de la CROM (Melé, 1990). El poder lo detentaban siete personas, líderes sindicales de las fábricas más importantes. La historia política del fortalecimiento del cacicazgo en Atlixco vinculada estrechamente al poder central, de manera no siempre institucional, le permite una larga vida que llega hasta mediados de los años ochenta, con la muerte de Antonio J. Hernández.²⁶

Los bastiones de la CROM estaban en Atlixco y Orizaba. Después de una escisión en 1944, la CROM ya no es más que un sindicato esencialmente poblano. Es entonces que “la alianza privilegiada con el poder local va a institucionalizarse en 1946 con la integración de la CROM en el estado de Puebla al PRI recientemente creado” (Melé, 1990, p.60).

Desde la mitad de la década de los sesenta la industria textil (y el movimiento obrero regional) entran en una etapa de franco declive. Además de los cambios en el ámbito exterior que, con el fin de la Posguerra, cierran los mercados a la exportación textil mexicana, las cruentas luchas sindicales y los continuos paros constituyen un elemento más que se suma a la decadencia del sector textil en la región. La percepción de la radicalización y fuerza del movimiento obrero en Atlixco propició que los industriales dejaran de invertir y no se llevara a cabo una transformación tecnológica necesaria para poder competir en un mercado cada vez más exigente, por lo que muchas de las fábricas quiebran, terminando el ciclo de auge industrial en la región que no volverá a tener la importancia nacional que llegó a alcanzar.

La presencia de la CROM y su líder Antonio J. Hernández, como aglutinador del poder local en la región, se mantiene hasta bien entrados los años sesenta y aún después del desmantelamiento de la industria textil.²⁷ Hasta antes de que en 1995 el Partido Acción Nacional (PAN) ganara los comicios locales “la CROM controlaba el ayuntamiento, las ligas deportivas, los sindicatos, las uniones

²⁶ En Atlixco surge el primer sindicato nacional y un centro patronal. Posteriormente, la CROM fue la primera organización que a nivel estatal destapó a Miguel Alemán como candidato sustituto de Maximino Ávila Camacho —que siendo candidato presidencial, muere envenenado en una comida al realizar una visita a Atlixco (Malpica, 4 diciembre 1996).

²⁷ Hernández tejió toda una red de compromisos y prebendas en los diferentes pueblos, dando concesiones para el establecimiento de algunos servicios y transportes, proponiendo a sus allegados para desempeñar los cargos de la presidencia municipal y diputaciones locales y federales (Melé, 1990, p.60). En una entrevista una señora de San Félix Hidalgo nos comentó que “Don Antonio era compadre de todo el mundo y nunca faltaba a bautizos y quince años.”

de boleros, locatarios del mercado, taxis, el rastro municipal y la cámara de Comercio. Hoy en día, únicamente conserva algunas agrupaciones y la Cámara de Trabajo” (Malpica, diciembre 4, 1996). Un reflejo de la crisis de la industria textil se muestra en el hecho de que entre 1969 y 1970 la población económicamente activa de la ciudad se redujo en un 68 por ciento, quedando sin trabajo más de 10 mil personas, de los 72 mil habitantes del lugar. El aumento de la población en un período de diez años fue únicamente de 5 por ciento a diferencia de la década de los sesenta que habría sido del 33 por ciento. Con la quiebra de las empresas textiles en los años sesenta, los sindicatos las pusieron a funcionar como cooperativas, pero en poco tiempo cierran definitivamente. La mayor crisis estalló en 1986, un año después de la muerte de Antonio J. Hernández. Este es el periodo en que se inicia la recomposición del poder local marcado por la desaparición de los grandes caciques sindicales, con los que muere un sistema de control corporativo central subordinado al partido de estado.

El ocaso de la industria textil viene acompañada, además, por una crisis del sector agrícola de carácter nacional que afectará de manera particular la economía campesina del valle. La penetración de la economía monetaria y el crecimiento demográfico, llevan a los campesinos a producir cosechas comerciales en las tierras tradicionalmente dedicadas al autoconsumo, por lo que hoy encontramos al fértil valle transformado en un área erosionada y con parcelas de tierra sin cultivar. Para complementar la economía familiar, los atlixquenses tanto de la ciudad como del campo emigran a las ciudades de Puebla y México y, desde mediados de los setenta, inician un proceso migratorio hacia los Estados Unidos que hoy abarca una proporción considerable de la población en edad productiva.

La profunda crisis económica y la reconfiguración del poder regional se manifiestan además en un proceso de transición electoral. Desde 1986, siendo Atlixco la tercera ciudad del Estado de Puebla, el PAN inicia una carrera ascendente obteniendo ese año una votación cada vez más cercana al PRI hasta llegar a ganar las elecciones municipales y para diputados federales

consecutivamente a partir de 1995.²⁸ El PAN no es la única fuerza en la región, ya que desde sus orígenes el PCM (Partido Comunista Mexicano) se había opuesto al poder de la CROM en ciertas juntas auxiliares y realiza una alianza con la CNC para tratar de vencer a los representantes del poder cromista sobre la región (Melé, 1990, p. 95). Otro factor relacionado con el fenómeno del ascenso de la votación por partidos de oposición se relaciona con el crecimiento de la población urbana, que empieza a sobrepasar a la población rural desde los años setenta, como veremos en la próxima sección.

Crisis Industrial y Agrícola: Inicio de la migración internacional. La agricultura florece en el valle entre los años treinta y cincuenta. La pequeña propiedad campesina y ejidal, dedicadas a la producción de granos básicos y de algunos otros productos comerciales como: chile, verduras, cacahuete, jícama, etc. para el mercado regional y nacional – Mercado de La Merced en la ciudad de México-, generan una corriente importante de recursos hacia la región. Sin embargo, la estructura minifundista en tierras de temporal, la baja organización campesina para la producción, la carencia de recursos para invertir en alguna tecnología productiva o de riego, aunados al crecimiento poblacional, han dado lugar a una agricultura ligada a la “reproducción de la pobreza” del campesinado en México, no siendo una excepción la región de Atlixco (Gendreau, 1998). Haría falta además, estudiar al ejido desde la óptica del control político, la exacción de riqueza por parte de los intermediarios (“coyotes”) y caciques regionales, fuertemente ligados a la estructura de poder regional (CROM – PRI). Elementos todos ellos que requieren de una investigación mucho más profunda que no es objeto del presente trabajo.

La decadencia de la industria textil, que hemos descrito arriba, coincide con la crisis del campo mexicano, sumiendo a la región en una etapa de decrecimiento económico generalizado a inicios de los años setenta. Ambos procesos son considerados detonadores de la migración internacional que en nuestra región de

²⁸ El ritmo ascendente del PAN se manifiesta en las cuatro cabeceras más importantes del Estado, entre ellos la ciudad de Puebla. Su competitividad empieza a tener arraigo importante en las zonas de urbanización creciente y con mayores índices de educación. En nuestra región de estudio, Atlixco es el único municipio gobernado por el PAN, que comparte algunas presidencias auxiliares con el PRD y los cuatro municipios restantes continúan retenidos por el PRI. En Tianguismanalco el PAN es la segunda fuerza, mientras que en Atzitzihuacán la segunda fuerza es el PRD (García García, 1998, p. 234).

estudio ocurre más tarde que en el occidente mexicano. Ello se explica en gran medida por la intensa reforma agraria que tuvo lugar en Atlixco que, además de constituir un medio de subsistencia, ha permitido al campesino mantener un fuerte sentido de pertenencia comunitaria local, como veremos en el capítulo VIII.

La nueva recomposición geoeconómica de la región deja de estar concentrada en un solo sector; no volveremos a encontrar la preeminencia ni de las haciendas trigueras ni de la industria textil. A finales del siglo XX encontramos la persistencia de la agricultura de subsistencia al tiempo que se desarrollan una gran diversidad de actividades económicas. Hoy podemos decir que la región económica se articula obedeciendo a varias lógicas diferentes. Primeramente, continuamos encontrando las localidades rurales dedicadas a la agricultura tradicional, ligada al mercado local – en la Ciudad de Atlixco-, base de sustentación de la población que habita las mayoría de las comunidades campesinas. Sin embargo, las familias dependen cada vez más de las remesas enviadas por los migrantes, gracias a las cuales continúa reproduciéndose la vida campesina en el Valle.

En segundo lugar, encontramos una lógica productiva y de asentamiento urbano mucho más ligado al mercado nacional e internacional (agricultura de exportación: flores, principalmente). Pero sobre todo, en “los solares” – zona que se localiza en torno a la ciudad de Atlixco – tiene lugar un importante desarrollo urbano al perfilarse como zona residencial y recreativa de población proveniente de las ciudades de Puebla y México, D.F. A ello contribuye el hecho de que en los noventa se construye la autopista que une las ciudades de Puebla y Atlixco como parte del proceso de metropolización de la Angelópolis. El equipamiento urbano del centro del Estado de Puebla en torno al desarrollo industrial en la ciudad capital, incluye la construcción del aeropuerto de Huejotzingo, el anillo periférico, numerosos desarrollos habitacionales y comerciales que ubican a la Ciudad de Atlixco en una situación privilegiada para la instalación de maquiladoras de la rama de la confección. El desarrollo urbano en torno a las mejores tierras para labor de los solares chicos y grandes, de fácil acceso desde la ciudad de Puebla,

han tornado al Val de Cristo -una de las primeras haciendas de la región, localizada en las tierras más fértiles- en un suburbio angelopolitano.

La instalación de maquiladoras en áreas rurales²⁹ ha generado empleo principalmente para mujeres jóvenes. Dada la cultura patriarcal que les impide emigrar a distancias largas, se convierte en una alternativa de trabajo. Empleo sumamente precario, pero finalmente un ingreso seguro para la familia campesina. Este es un proceso que apenas inicia pero que, seguramente, tendrá repercusiones económicas, demográficas y sociales de gran envergadura.

La construcción de la “Autopista del Sol”, que conectará la ciudad de Puebla - y el Puerto de Veracruz – con el Puerto de Acapulco, empieza a generar especulación en los terrenos del Valle por los que cruza dicha carretera.³⁰ Históricamente la localización ha resultado ser un factor importante en la organización económica regional. Su cercanía a las ciudades de Puebla y México, y su condición de área de “paso” entre los puertos de Veracruz y Acapulco facilitará la instalación de nuevas industrias y, seguramente, el crecimiento urbano de la ciudad. Hay quienes incluso vislumbran que

El proceso de expansión [metropolización de la ciudad de Puebla] que se prevé como producto de la combinación del proyecto modernizador y de la dinámica propia de la entidad, concretará definitivamente la integración física entre Puebla y Cholula y se iniciará el proceso de desbordamiento hacia Atlixco (Cabrera Becerra, 1994, p. 83)

Al mismo tiempo, como hemos mencionado, en el valle se desarrolla una Agricultura Comercial destinada al mercado regional, nacional y aún a la exportación (especialmente floricultura y todo tipo de plantas de ornato).

Todo ello pone en juego una serie de procesos económicos que generarán necesariamente una recomposición del uso del suelo, procesos inflacionarios de la renta del suelo urbano y rural que harán prácticamente imposible que los

²⁹ Dato de la Secretaría de Finanzas para Puebla en 1998 – 1999.

³⁰ Pudimos constatar durante el trabajo de campo en San Juan Tejupa y San Jerónimo Coyula el enorme temor a “perder” las tierras ante la expropiación para la construcción de la autopista y la especulación de que están siendo objeto sus propiedades. Una norma que establecen estas comunidades campesinas para mantener de alguna manera su integridad es la de: “no vender a extraños a la comunidad.” Aún se mantiene viva en la memoria social los tiempos de especulación y competencia por la tierra y el agua por parte de las empresas textiles como para ver este fenómeno con “buenos ojos.”

lugareños que no están directamente relacionados con la economía industrial, comercial o urbana, vivan en su ciudad. Pueden mejorar sus condiciones de vida aquellos que se relacionan directamente con el nuevo auge económico, pero de ninguna manera éste incluye a todos. El precio a pagar resultará muy alto: degradación ecológica, desplazamiento de la población rural hacia terrenos de menor capacidad productiva, etc.

Importancia del Mercado de Atlixco como articulador de la región económica. Como hemos visto, desde la época Colonial, el Valle de Atlixco se ha conformado una región económica con una delimitación bastante clara, en términos de la organización productiva, de la interacción comercial y del tejido social que se fue entrelazando entre las poblaciones indias y campesinas y las haciendas y fábricas textiles. Este tejido social y económico prevalece hasta nuestros días en que la ciudad de Atlixco desempeña claramente el papel de polo regional. Esto es percibido por los propios habitantes, como lo veremos en el capítulo de resultados. Quisiéramos, de manera breve, destacar el papel fundamental que ha venido desempeñando el mercado de la ciudad como centro de intercambio regional que ha adquirido una creciente importancia. En los estudios sobre las haciendas del Valle de finales del siglo XIX ya se habla de su importancia regional. Aunque no contamos con un estudio profundo, sabemos que se trata del tercer gran mercado regional del Estado de Puebla (después de los mercados de San Martín Texmelucan y Tepeaca). Como señala Morin

La presencia o ausencia de periodicidad mercantil en los sistemas regionales de tipo central es importante por tratarse de un indicador de naturaleza y del grado de la jerarquía urbana intrarregional, del grado de oportunidades de consumo, y del grado de vinculaciones laterales en los niveles más bajos e intermedios de la jerarquía (citado por Van Young, 1991, p. 116)

En la región de Atlixco también encontramos la presencia de ferias periódicas en pueblos pequeños y medianos y en algunas ciudades más grandes en el altiplano Mexicano que llegan a tener resonancia en la región: Izúcar, Cuautla, Puebla, Toluca, entre otros. La existencia de un importante mercado regional no se

contrapone a la apertura de la región hacia otras mayores, como la de la Ciudad de México, y desde la apertura a la economía internacional, la región establece nuevamente lazos importantes con el mercado externo –exportación de flores y de mano de obra, predominantemente.

Resulta sumamente interesante tomar en consideración que la mayor parte del intercambio agrícola regional se realiza en el mercado de Atlixco, que es de tipo semanal, al cual asiste cerca del 90% de la población según la información arrojada por una encuesta aplicada. En un estudio piloto en torno al mercado³¹ pudimos constatar la enorme influencia regional del mercado de Atlixco. En primer lugar, llama la atención el tamaño - abarca cerca de 14 manzanas - y el despliegue de una enorme diversidad de productos. En éste se intercambian: granos (maíz, variedades de frijol, lenteja, chícharo, etc.), legumbres (cebolla, calabaza, zanahoria, lechuga, etc.), flores (gladiola, nube, rosas, gerveras, cempuazúchitl, etc.), todo tipo de ropa y zapatos, aperos de labranza, abarrotes, jarciería, etc. Además, pudimos constatar la presencia de un intercambio en gran escala (mayoreo), en pequeña escala (menudeo) y aun fue posible constatar que se realiza trueque de ciertos productos como: chile, verdura, flores, granos. Los pequeños productores que no logran terminar de vender sus mercancías, las intercambian por otras que requieren para su consumo cotidiano.

El mercado de Atlixco, tercer mercado regional en el estado, congrega a más de cinco mil comerciantes, muchos de ellos dedicados al mayoreo. No obstante, la agricultura comercial de la región se destina al mercado nacional principalmente a través del mercado de la ciudad de México (Mercado de la Merced) hacia el cual acceden los pequeños productores organizados. Como mercados secundarios se emplean los de Izúcar y Cuautla. Además pudimos constatar la presencia consuetudinaria de vendedores provenientes de los estados de: Tlaxcala, Morelos, Oaxaca y el Estado de México. Valdría la pena hacer un estudio mucho más profundo en el que se mostrara su enorme influencia económica y social.

³¹ Trabajo de Campo realizado por el equipo de investigación constituido por 20 pasantes y licenciados de antropología, comunicación y sociología de tres universidades de Puebla. El trabajo fue sistematizado por el Lic. Luis Fernando Gutiérrez. En este reporte es posible dar cuenta de la importancia, riqueza de productos y amplitud regional.

Ahora bien, este mercado regional nos permite ver solamente la “punta del iceberg” de la economía regional, ya que resulta fácil dar cuenta de las relaciones comerciales con otros mercados urbanos; no obstante, oculta la gran cantidad de interrelaciones con las pequeñas localidades que producen, consumen y comercializan sólo en un nivel intrarregional o pueblerino. Desde el punto de vista de la jerarquía urbana (densidad demográfica, estructura de poder e influencia económica), la ciudad de Atlixco desempeña claramente el papel de centro regional en cuanto a que en ella se asientan los poderes públicos, los servicios financieros, la oferta de bienes durables y servicios educativos y de salud de nivel regional.

A la articulación mercantil habría que añadir la administración pública y el poder político, que si bien se encuentran centralizadas en la ciudad de Puebla, son facilitadas por la presencia de una red carretera que la comunican con el resto de las grandes ciudades del Estado de Puebla (principalmente las ciudades de Puebla e Izúcar de Matamoros), pero asimismo se encuentra enlazada con las carreteras interestatales que conectan la región con los estados de México, Morelos, Guerrero y Oaxaca (Cfr. Mapa 5, Red Carretera, Apéndice A).

Todos estos elementos nos permiten afirmar que nos encontramos en presencia de una región económica que se articula a partir de los subsecuentes modos de producción con ámbitos de mayor jerarquía como serían las ciudades de Puebla y México. La región de Atlixco, lejos de encontrarse aislada, hasta la fecha ha estado subordinada a las políticas económicas del gobierno central y ha ido adaptándose desde sus propias características a los cambios profundos experimentados por la organización económica y política nacional que hoy adquiere dimensiones globales. Precisamente la migración internacional es una manifestación de esta interconectividad del sistema económico mundial.

Como en otras regiones del país, al morir el siglo XX, se puede dar cuenta de la pérdida de autonomía económica y política. Ya no podemos hablar de la presencia de elites regionales que hicieran frente o se articularan al poder central. Con la pérdida de importancia de las grandes industrias textiles y del sistema

hacendario, desaparecen también los grupos económicos y políticos más influyentes. Hoy en día las decisiones en torno a la conducción económica de la región provienen de grupos poderosos externos a ésta. La instalación de maquilas con capital externo (predominantemente coreano), la construcción de la carretera del Sol y la posible construcción de un corredor industrial, la conurbación con la Angelópolis, entre otros, son procesos que se deciden desde fuera de la región. Sin embargo, ahora que se completa el proceso de pérdida de autonomía regional, no podemos afirmar que esto se deba solamente a un proceso de centralización económica o política. México, como gran parte de las naciones del planeta, ha perdido “autonomía” frente a una economía mundial controlada cada vez más por los organismos multilaterales (Banco Mundial, Banco Interamericano de Desarrollo) y por los grandes consorcios económico – financieros. La nueva conformación regional, entonces, es mucho más compleja de lo que imaginamos. La región debe pensarse hoy no sólo en términos de su relación con otras regiones o con el estado nacional, sino con el sistema económico mundial que define una geografía económica inédita. En este entorno las redes económicas no se fundan más en la densidad demográfica y la proximidad, sino que serán el transporte y las comunicaciones las que van a detonar la integración y el desarrollo de amplias regiones de nuestro país (Bassand, 1990).

3.4 Algunos Rasgos Sociodemográficos

Desde la conquista, al establecimiento de la administración civil virreinal se sobrepone la religiosa. Las fundaciones de los conventos de los frailes franciscanos y agustinos en todo el estado, van integrando las jurisdicciones de la diócesis de Puebla fundada desde el siglo XVI, en el que resaltan las zonas de curatos y las doctrinas religiosas. Aunque existieron varias divisiones territoriales, la más importante fue la división eclesiástica, que dividía el territorio en porciones sujetas a jurisdicciones correspondientes a la jerarquía propia de la iglesia. Las provincias de evangelización definían regiones encomendadas a las órdenes monásticas para la difusión y arraigo de la religión católica entre los indígenas

(Fuentes Aguilar. s.f.). De acuerdo con la interpretación cartográfica de Commons de la Rosa (1971, citado por Fuentes Aguilar, s.f. p. 54) la diócesis comprendía en 1550 casi todo el actual Estado de Puebla menos una pequeña parte al norte, toda la porción central de Veracruz desde el río Tecolutla hasta llegar hasta el mar, y buena parte del estado de Guerrero cubriendo parte de la zona Tlapaneca hasta el Océano Pacífico.

La administración civil dividió el territorio virreinal en jurisdicciones menores: corregimientos y alcaldías, subdivididas éstas a su vez en otras más reducidas: repúblicas de indios (las que en el valle de Atlixco se conservarán como “pueblos libres”), alcaldías y pueblos. La áreas de mayor población, como la Villa de Carrión, incorporaban pequeñas comunidades a las que genéricamente se les dio el nombre de barrios (íbid. p. 54).

A fines del siglo XVIII tiene lugar una gran reforma en la organización territorial del imperio español a partir de la instauración del sistema de intendencias. Esta primera división tuvo doce intendencias entre las que se encuentran la de México y la de Puebla de los Ángeles, que reduce su territorio en comparación con el Obispado, pero en la que ya aparece como una jurisdicción el Valle de Atlixco.

Durante la guerra de Independencia y en la primera parte del México independiente, el territorio poblano se mantuvo sobre la división de intendencias. En el segundo Congreso Constituyente (1824) se consignan 25 provincias, entre las cuales encontramos a Puebla. Es cuando se establece la República Federal, que el territorio de Puebla es organizado como un Estado entre otras 23 entidades federativas confirmadas en la Constitución Política de 1824. Finalmente, a partir de la Constitución de 1857 se define el territorio del Estado de Puebla con dimensiones mayores a las que hoy conocemos y con una división interna mucho menos fragmentada: “El territorio del Estado de Puebla es el que actualmente comprende los partidos de Acatlán, Amozoc, Atlixco, Chalchicomula, Chiautla, Chicontepec [...] es decir, 25 partidos.” (Citado por Fuentes Aguilar, s.f., p. 58). Más adelante, en 1858 los partidos nominados del Estado de Puebla se agrupan en ocho grandes Departamentos: Atlixco, Llanos, Matamoros, Puebla, Tepeaca,

Tlapa, Tuxpan y Zacatlán. Es importante notar que, históricamente, el Valle de Atlixco constituye una unidad político administrativa reconocida y con una demarcación bastante precisa. Ello es importante en el proceso de construcción de la identidad socioterritorial que se funda en otro criterio más: el político administrativo. Esta situación permanece a lo largo del siglo XIX y llega hasta nuestros días aún después del decreto de octubre de 1962 que define los 217 municipios que conforman el estado de Puebla en la actualidad.

Además, la división político administrativa (el municipio) acaba siendo finalmente un criterio valioso para delimitar la región una vez que han sido tomadas en cuenta las dimensiones geográfica, histórica y económica. Esto se debe en gran medida a que la mayor parte de la información socioeconómica actual se encuentra disponible en este nivel de agregación. Pero también creemos que a más de siglo y medio de su instauración, la división municipal llega a tener un impacto en la definición de ámbitos socioterritoriales específicos. Cuando la definición municipal coincide además con el establecimiento de las poblaciones prehispánicas o coloniales, la denominación político administrativa podría desempeñar un papel importante en el proceso de identificación socioterritorial. Los casos de Huaquechula y Tochimilco son ejemplares. Al ser áreas densamente pobladas desde antes de la colonia y al adoptar este mismo nombre como municipios a mediados del siglo pasado, han favorecido que la densidad histórico cultural favorezca el arraigo de la identidad local y municipal. En el estudio de campo encontramos pobladores “orgullosamente huaquechulenses” o “tochimilqueños”³² más que reconocerse como pobladores del Valle de Atlixco. La actual ciudad de Atlixco (antigua Villa de Carrión), por su parte, toma su nombre de una población prehispánica situada en la región del volcán.

Según este criterio político – administrativo, el Valle se encuentra conformado por cinco municipios: Atlixco, Huaquechula, Tochimilco, Tianguismanalco y Atzitzihuacán, que coinciden con la región natural y económica descrita más arriba. Abarca una extensión territorial de 928.30 Km²

³² Consultar el excelente trabajo de investigación de la Antropóloga Martha Patricia Vargas Espinoza (2002) realizado en la ciudad de Tochimilco.

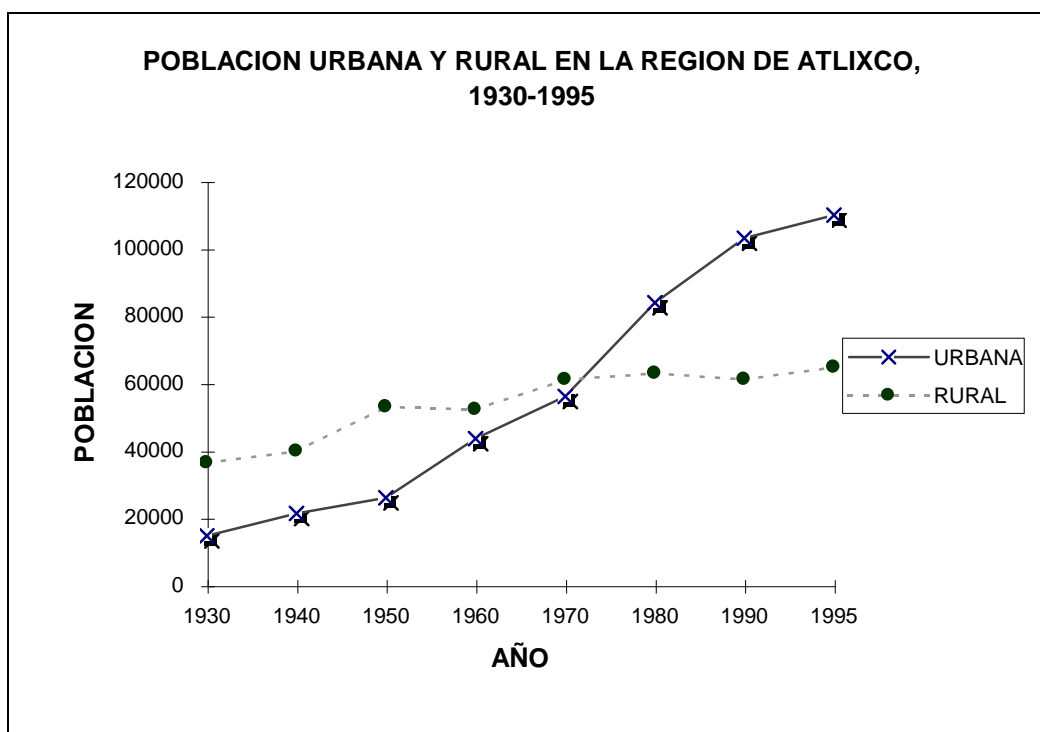
aproximadamente (Consultar el Mapa No. 6, Apéndice A). Con esta delimitación será posible dar cuenta de algunos rasgos sociodemográficos interesantes.³³

Hemos señalado la enorme importancia que tienen los cambios demográficos regionales como variable asociada a cambios económico sociales. La densidad demográfica del valle es considerablemente alta desde la época prehispánica, como hemos visto en las primeras crónicas, y con la llegada de los españoles esta situación se refuerza aún más. “Resulta muy difícil saber cual es el *termino ad quem* para estos datos, pero, si vivían 12,347 indígenas en los pueblos y las haciendas en 1755, no parece descabellado suponer una población superior a los 100 mil habitantes para el valle prehispánico” (Garavaglia, 1996, p.77). Huaquechula y Tochimilco son las concentraciones poblacionales indígenas más importantes en la región, hecho que se manifiesta en la construcción de los grandes conventos franciscanos que obedecen a la necesidad de concentración de mano de obra así como a la tarea de la conquista espiritual. Si bien existe un descenso de la población autóctona durante el siglo XVII, esta se recupera y no deja de crecer a partir del siglo XVIII y especialmente a finales del XIX en que Atlixco se torna un centro fabril que atrae una población numerosa de los estados del centro del país. Ya desde inicios del siglo XIX tienen lugar los primeros movimientos migratorios de la región hacia las ciudades de México y Puebla como consecuencia del crecimiento natural de los pueblos; pero en la medida que se recupera la actividad agrícola y se instauran los nuevos centros fabriles, desde finales del siglo XIX el flujo migratorio hacia la región se torna positivo (Morales Moreno, 1999, p. 12).

Actualmente los cinco municipios del Valle tienen una población de más de 164 mil habitantes, de los cuales más de la mitad vive en la ciudad de Atlixco, y el resto se asienta siguiendo un patrón poblacional sumamente disperso - en localidades de menos de 2,500 habitantes- que conforman una gran variedad de localidades rurales (INEGI, 1990).

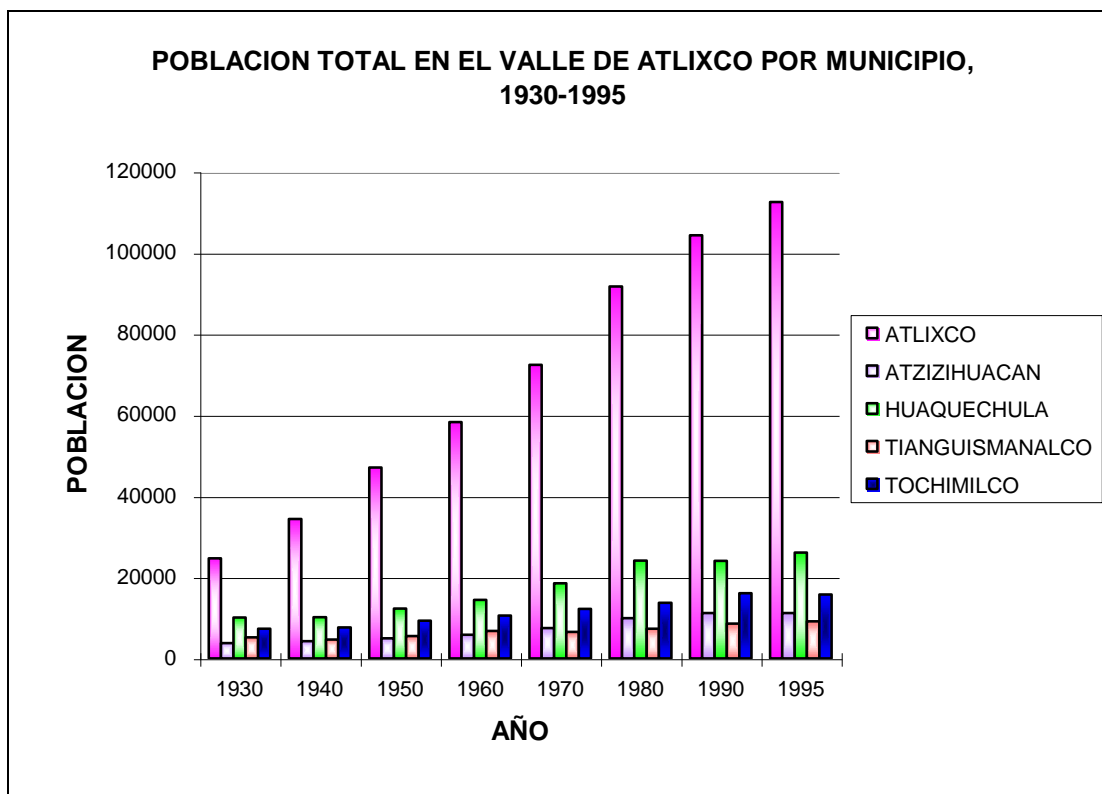
³³ La extensión de cada uno de los municipios es la siguiente: Atlixco (229.22 Km²), Atzitzihuacán (127.57 Km²), Huaquechula (223.25 Km²), Tianguismanalco (114.81 Km²), Tochimilco (233.45Km²). INEGI (1985) Anuario Estadístico del Estado de Puebla.

En el presente siglo, la población urbana tuvo un fuerte crecimiento desde los años cuarenta, y especialmente en la década de los cincuenta – período en que se registra un proceso de poblamiento de las zonas urbanas de todo el país como resultado de las políticas de industrialización. Además en estos años tiene lugar el mayor auge de la industria textil. Posteriormente, en la década de los setenta vuelve a apreciarse un crecimiento urbano importante si se compara con el estancamiento en la tasa de crecimiento de la población rural que pierde terreno frente a las ciudades (INEGI, 1930-1990). Como podemos apreciar en la siguiente gráfica, la tasa de crecimiento poblacional empieza a reducirse durante los años ochenta - a excepción de los municipios de Tianguismanalco y Tochimilco (1.59 y 1.62 respectivamente), que presentan un ligero repunte en el crecimiento poblacional. La tasa de crecimiento promedio regional pasa de 1.72 entre 1950-60 a 1.39 entre 1980-1990. Este fenómeno no es privativo de Atlixco, ya que encontramos que en todo el país tiene lugar una fuerte migración rural – urbana hacia las principales ciudades del país (Partida Bus, 1995). Para el caso de los pobladores de Atlixco, esta migración se efectúa de manera temporal o definitiva principalmente hacia las ciudades de Puebla y México.

GRÁFICA No. 1. POBLACION URBANA Y RURAL EN LA REGION DE ATLIXCO, 1930-1995

Fuente: Instituto Nacional de Estadística, Geografía e Informática. (1930) V Censo de Población (1940) VI Censo de Población (1950) VII, Censo de Población y Vivienda, (1960) VIII Censo de Población y Vivienda, (1970) IX Censo de Población y Vivienda, (1980) X Censo de Población y Vivienda. (1990) XI Censo de Población y Vivienda. México. Desde el censo de 1970 se establece población urbana aquellas localidades mayores a 2500 habitantes. Este criterio cambia en 1990.

Como podemos apreciar en la siguiente gráfica, el peso poblacional de la región recae de manera muy significativa en el municipio de Atlixco, en donde se concentra el 64.39 por ciento de la población de toda la región. Por otra parte, los municipios de Tianguismanalco y Atzitzihuacán presentan los porcentajes más bajos de población con respecto a la región, 5.22 y 6.40, respectivamente.

GRÁFICA No. 2. POBLACION TOTAL EN EL VALLE DE ATLIXCO POR MUNICIPIO, 1930-1995

Fuente: Instituto Nacional de Estadística, Geografía e Informática. (1950) VII, Censo de Población y Vivienda, (1960) VIII Censo de Población y Vivienda, (1970) IX Censo de Población y Vivienda, (1980) X Censo de Población y Vivienda. (1990) XI Censo de Población y Vivienda. México.

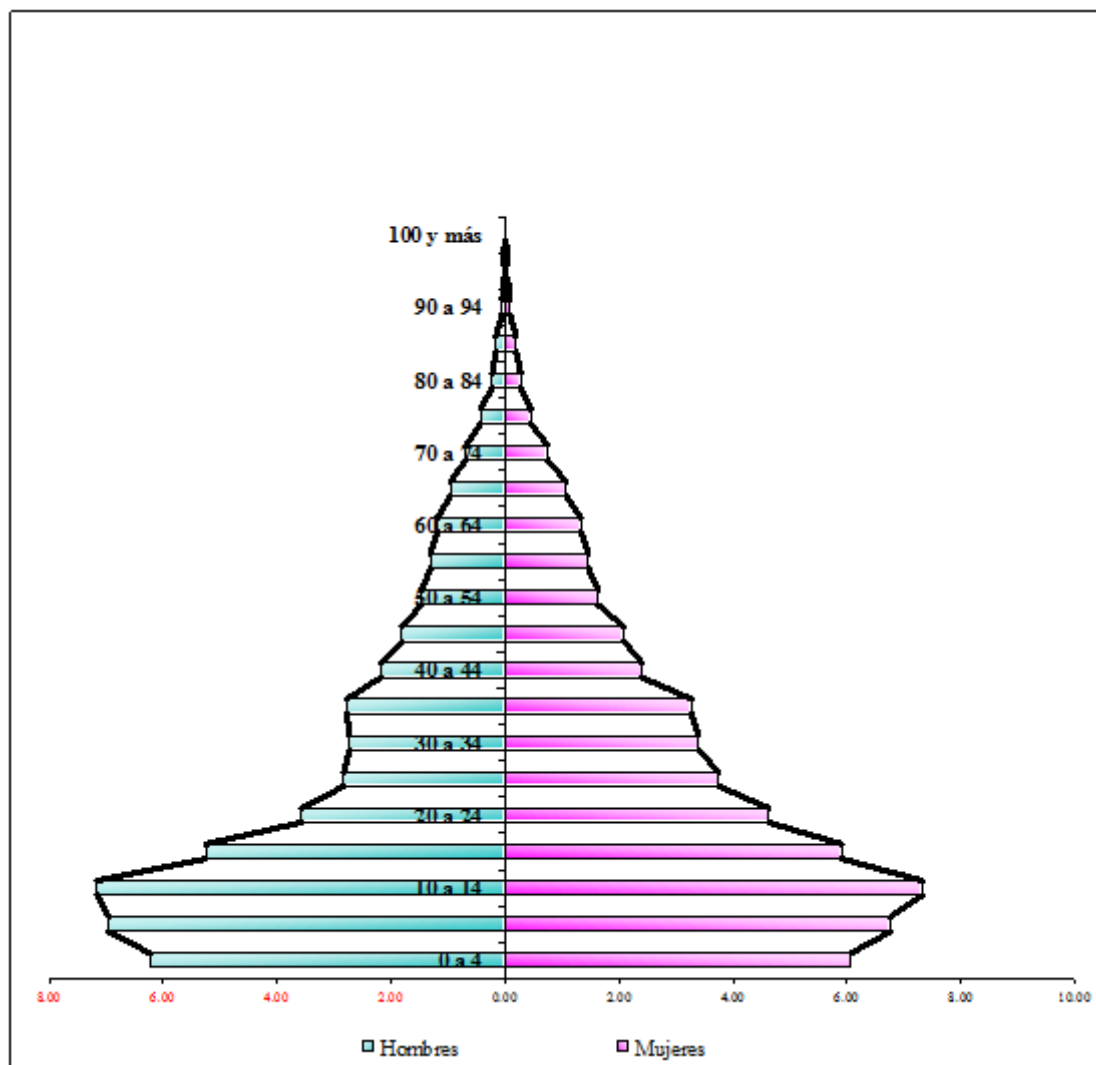
Con excepción de la ciudad de Atlixco, la cual presenta una estructura económica diversificada, la economía regional se concentra fundamentalmente en la agricultura de subsistencia. Como hemos visto, el promedio de la parcela campesina fluctúa entre 1.5 y 5 hectáreas, y la gran mayoría de ellas son consideradas tierras de temporal (Marroni, 2001). Precisamente, la diferenciación productiva no depende sólo de la extensión de la tierra sino del acceso al agua. En tierras irrigadas es posible producir cultivos comerciales para el mercado nacional (hortalizas, flores, frutas etc.). El sector secundario ha dejado de tener importancia desde la crisis de la industria textil, por lo que la economía urbana se concentra en el sector terciario - en el comercio al por menor - que ha crecido desde finales de la década de los setenta. La composición de la Población Económicamente activa es mayoritariamente rural en el área. Solamente el Municipio de Atlixco tiene una

proporción mucho menor de PEA agrícola (32.55%) frente a un 46.46% de PEA en el sector servicios y un 20.99% del sector secundario (INEGI, 1990).

La agricultura que habría sido suficiente para garantizar el sustento de la familia campesina, ante la imposibilidad de ampliar la frontera física y la presión demográfica, hoy resulta incapaz de garantizar la subsistencia de la familia campesina y ha forzado a la población joven a emigrar en busca de otras alternativas de empleo. La comercialización de algunos de los productos, así como el empleo como jornaleros en las zonas cañeras aledañas a la región, o como empleados en la rama de la construcción fueron alternativas de ingreso temporal para la población de Atlixco hasta hace unas décadas. No obstante, las agudas y recurrentes crisis económicas vividas en México desde inicios de los años ochenta lanzaron a los Atlixquenses hacia una búsqueda de oportunidades en el mercado laboral norteamericano.

Un indicador interesante de que el proceso migratorio se concentra significativamente en la población masculina en edad productiva puede apreciarse en la siguiente gráfica. Si comparamos el número de hombres y mujeres para todos los grupos de edad, encontramos que existe un “déficit” de hombres en los quinquenios de edad de 15 a 49 años, precisamente la edad más productiva. En la gráfica puede apreciarse como una “mordida” en la pirámide de edad correspondiente al género masculino. En los grupos de edad de 20 a 24 años se contaba con 6,168 hombres por 7, 988 mujeres, y en el quinquenio de 25 a 29 años, encontramos 4, 896 hombres frente a 6,478 mujeres. Esta brecha va cerrándose paulatinamente hasta el quinquenio de edad de 45 a 49 años en que son 3, 132 hombres por 3, 593 mujeres. Como veremos en el capítulo siguiente, ante la dificultad de medir con precisión la migración internacional, los demógrafos proponen algunas mediciones poblacionales indirectas que nos permiten descubrir algunas huellas de este fenómeno.

GRÁFICA No 3. POBLACIÓN POR QUINQUENIOS DE EDAD EN CINCO MUNICIPIOS DEL VALLE DE ATLIXCO



Fuente: INEGI, 1995, Censo de Población y Vivienda.

Otra medida indirecta de la pérdida de población es el índice de masculinidad (número de hombres por cada 100 mujeres, Cfr. Tabla 8, apéndice A) que para el caso del Valle de Atlixco ha venido decreciendo considerablemente de 1990 a 2000 pasando de 92.72 en 1990 a 88.15 en 2000; el municipio con el menor valor es Huaquechula (85.90), que a pesar de ser uno de los más ricos en agricultura, presenta una trayectoria migratoria de más de 40 años (Vargas Espinosa, 2002).

La economía, la política y las fuerzas externas a la región, los arreglos productivos y de poder, han sido las fuerzas que han moldeado la constitución de

las regiones de México. El poder central y estatal, tanto como la predominancia del mercado internacional hoy en día, interactúan con las resistencias de los grupos dominantes en la región, han ido (re)definiendo el espacio, actualmente jalonado por un flujo de migración internacional sin precedentes que pone en contacto directo a las diversas localidades del Valle de Atlixco con un área específica de la Unión Americana: Nueva York – Nueva Jersey. Indiscutiblemente la región de estudio, como muchas otras en el país, se encuentra en un momento de profundos cambios económicos, políticos y sociales que seguramente se manifestarán en el ámbito cultural y los procesos de conformación identitaria.

3.5 La Región de Atlixco desde una Perspectiva Sociocultural

Como hemos aceptado, la región se define según el o los criterios a partir de los cuales se observa. En este sentido, Atlixco constituye una región desde una perspectiva natural y geográfica, económica e histórica. Por ello, podríamos avanzar como una hipótesis bastante sólida que el Valle de Atlixco es uno de los casos poco comunes de “traslape” o coincidencia de diferentes criterios de definición de una (micro)región y nos restaría profundizar si también lo es desde una perspectiva sociocultural.

Los elementos estudiados hasta ahora, conforman un sustrato mínimo para poder hablar de una región sociocultural (De la Peña, 1992). Pero no bastará mostrar la continuidad y especificidad de algunos rasgos etnográficos y lingüísticos. La identidad regional (regionalismo) es más el resultado de múltiples relaciones que de una sola fuerza, como podría ser la dominancia del sistema económico, político, social o espacial. Es la interacción lo que constituye la región y no la inversa. Es más, hemos señalado la necesidad de observar la región como un ente procesual, más que estático y acabado, como el espacio en el que tienen lugar negociaciones entre diversos actores e instituciones. Por ello el Valle de Atlixco ha sido una zona de influencia política y económica a través del tiempo, a pesar de que las manifestaciones de esta integración regional han cambiado profundamente en las diferentes etapas históricas que consideramos en la sección anterior.

La región, como nudo o coincidencia entre el espacio objetivado y subjetivado puede ser estudiado según una doble manifestación:

La estrategia sistémica (etic) corresponde rudamente a mi uso del concepto 'regionalidad' [como cultura objetivada], mientras que la estrategia centrada en el actor (emic) es aquella del 'regionalismo'[cultura subjetivada]." (Entrikin, 1991, citado por Van Young, 1992, p.28).

Esta regionalidad, o sentimiento de pertenencia regional, es una relación múltiple, en la cual se encuentran traslapadas y reforzadas formas funcionalmente interdependientes de la integración regional, como hemos ido viendo en nuestras aproximaciones sucesivas. En consecuencia, **la región no es una mera categoría analítica, sino una fuente de organización espacial y sociocultural**

En la primera dimensión: el territorio constituye por sí mismo un "espacio de inscripción" para la cultura y, en este sentido es equivalente a una de sus formas objetivadas. De hecho, sabemos que no existe ningún territorio virgen o completamente nativo, sino solamente aquellos tatuados por la historia, la cultura y el trabajo humanos. Aquí encontramos la perspectiva de la Geografía Cultural que desarrolla, entre otros, el concepto central de geosímbolo. Este se define como "un lugar, un itinerario o una extensión que por razones políticas, religiosas o culturales se viste con una dimensión simbólica a los ojos de algunos pobladores o grupos sociales, y que alimenta y refuerza su identidad" (Bonmaison, 1981, p. 256).

Desde este punto de vista, los llamados bienes ambientales tales como áreas ecológicas, paisajes rurales, poblaciones urbanas o pequeños pueblos, sitios pintorescos, las peculiaridades del hábitat, los monumentos, las redes de caminos y veredas, los canales de irrigación y, en general, cualquier naturaleza "antropizada" podría considerarse como un bien cultural y, por definición, como una forma objetivada de cultura. En esta dimensión, el territorio constituye por sí mismo un espacio de inscripción para la cultura, por lo que equivale a una de sus formas objetivadas (Cfr. distinción que establece Bourdieu, Cap. II).

En esta dimensión pudimos constatar que el valle de Atlixco se encuentra marcado por geosímbolos a la vez que cuenta con un patrimonio ecológico

ambiental definido: el Popocatepetl y la sierra del Tenzo como geosímbolos de referencia permanente; el paisaje irrigado por los numerosos brazos de los ríos Cantarranas y Nexapa, además de la abundancia de agua, manantiales, acequias y pozos como lugares reverenciados;³⁴ las áreas de cultivo bien definidas desde la época colonial; la red caminos rurales que delimitan y comunican a los diversos pueblos entre sí. Encontramos además un abundante patrimonio arquitectónico que nos habla de las diferentes etapas de la vida económica y social en el Valle: exconventos franciscanos y una profusión de iglesias en cada una de las comunidades con sus santos patronales distintivos; viejos cascos de hacienda; plantas textiles con sus zonas de habitación obrera; construcciones recientes en colonias periféricas, entre muchos otros.

En la segunda dimensión, el territorio es considerado como marco o área en el que se asientan las instituciones culturales y se distribuyen las prácticas sociales. Este sería el territorio que está espacialmente ligado, aunque no unívoca ni mecánicamente, a un espacio cuyas fronteras pueden ser establecidas con menor precisión que en el caso de la dimensión anterior. Hay siempre rasgos objetivados de la cultura que permanecen en un territorio más o menos definido y que pueden ser descritos a partir del trabajo etnográfico: patrones de conducta distintivos, maneras de vestir, celebraciones anuales y ferias, rituales característicos que acompañan el ciclo de la vida -aquellos que se refieren al nacimiento, matrimonio y muerte, por ejemplo - danzas folklóricas, cultura alimentaria, formas lingüísticas y sociolectos locales o regionales, etc. Este conjunto de rasgos constituyen la cultura etnográfica de cierto lugar o territorio (Gouchard, 1994).

En esta segunda dimensión, el territorio es considerado como marco o área en el que se asientan las instituciones culturales y prácticas sociales, en el sentido de la cultura etnográfica. En nuestra región de estudio hemos podido dar cuenta de esta dimensión a partir del trabajo de campo del equipo de investigación. Pudimos constatar que el valle de Atlixco conserva todavía algunas costumbres y rituales prehispánicos, dentro de los que destacan: la lengua náhuatl fuertemente

³⁴ En Huaquechula desde tiempos inmemoriales existe una fiesta local el día de la Santa Cruz en la que se hacen votos

vinculada a los ritos del matrimonio, la institución del padrinazgo y compadrazgo (Muñoz Cruz y Podestá Siri, 1994); los bordados autóctonos - que se emplean en algunas prendas de uso diario celosamente escondidas bajo la ropa urbana-; los ritos relacionados con la continua renovación del sistema de cargos y las mayordomías, entre otros. La presencia fuertemente extendida de la organización comunitaria a través del sistema de cargos, ligadas a la conservación de tradiciones dentro de las que destaca la celebración del día de muertos que presenta variantes regionales muy interesantes (Lemus, 1998; Vargas, 2000), donde Huaquechula empieza a desarrollar un atractivo turístico en el estado de Puebla.

El arraigo del catolicismo popular, producto de la inculturación religiosa, es un elemento fundamental en la cultura regional. Éste integra la visión indígena y la española en una síntesis dinámica y articulada de elementos de ambas culturas (Maurer Avalos, 1999). La religión tradicional indiscutiblemente es un elemento esencial de la cultura rural y pueblerina. Ésta gira alrededor del culto al santo patrono, ya que

Es el campo donde el indio se siente libre y donde afirma su identidad.[...] Los misioneros consagran cada poblado a un santo patrono, lo convirtieron en una cofradía a quien corresponde honrar al santo, no sólo mediante el culto espiritual como la misa, oraciones etc. sino con culto visible: bailes, ágapes, saludos, oraciones, procesiones, etc.[...] De esta manera los misioneros introducen en el culto un elemento netamente cristiano, que sin saberlo ni pretenderlo ellos, casaba muy bien con el culto audiovisual indígena, y reconciliaban el mundo español con el indio. (íbid. Pp.8-9)

En muchos casos, el santo patrono fue escogido por los pobladores indios, para ser honrado con exclusividad a cambio de su protección especial. Resulta sumamente interesante notar la persistencia de las fiestas patronales a pesar de los esfuerzos laicizadores del estado mexicano desde el siglo XIX. Este culto, exclusivo de los indios, permanece en la población mestiza como parte del

“México Profundo” del que nos habla Bonfil Batalla (1990). Hoy podemos constatar en los nombres de las poblaciones la persistencia del culto al santo patrono: San Jerónimo Coyula, San Pedro Cuauco, La Magdalena Yancuitlalpan, La Soledad Morelos, entre otros.

Acorde con ello, la realización de la fiesta

[...] es no sólo una representación plástica y vívida del ideal de la vida comunitaria: armonía, trabajo, alegría, etc., sino que es un factor de refuerzo de la identidad indígena, esencialmente comunitaria, no sólo porque al santo se le pagan sus favores sirviendo a la comunidad, sino porque al hacer fiesta se sigue la tradición y costumbre de los ancestros, fundadores de la fiesta (ibid. p. 9)

Asimismo, la fiesta es el medio de mantener la estructura y jerarquía en la comunidad. **El sistema de cargos** que se mantiene hasta nuestros días, implica una responsabilidad compartida y la manifestación más clara de lealtad y apego a la comunidad local que hoy se asienta en dos ámbitos territoriales: Nueva York y alguna comunidad del Atlixco.

Resultó sumamente interesante notar durante la realización del trabajo de campo el papel central del santo patrono en las prácticas religiosas campesinas. Las imágenes continúan siendo veneradas aún por la población más joven. En la siguiente fotografía podemos apreciar que en lugar de los tradicionales exvotos – corazones, piernas, brazos -, los familiares de los migrantes cuelgan a la capa protectora del santo los primeros dólares ganados allende la frontera. En la misa que se celebra antes de la partida, los futuros migrantes prometen al santo enviar recursos para la construcción del templo y la realización de la fiesta. Este “pacto” se sella con el primer envío de dinero a los familiares que prenden un billete en gratitud a la protección recibida durante el peligroso trayecto.

En toda la región de Atlixco, como sucede en los pueblos del México central, las fiestas patronales continúan teniendo gran importancia. Estas han sido transformadas en su forma externa - hoy intervienen nuevos elementos:

bandas de música moderna, ferias mecánicas, etc. El conjunto de fiestas patronales en la región pueden estudiarse además como un sistema de intercambio en el que participa gran parte de la población regional, inclusive, los pobladores ausentes.³⁵ Por ejemplo, en entrevistas realizadas durante el trabajo de campo, tuvimos noticia de grupos musicales (como el grupo “cariño”) que parten anualmente a Nueva York para tocar “a la paisanada” en la fiesta del santo patrono. En el equipo de trabajo hemos visto la importancia de realizar un trabajo mucho más profundo en torno a las fiestas patronales de la región para ver los nuevos elementos que se han introducido como consecuencia de la migración, ya que a través de las fiestas y los ritos –de noviazgo, matrimonio, bautizo- se actualizan los lazos comunitarios, y se establecen vínculos que trascienden la esfera local.³⁶

En Atlixco encontramos además rasgos de **la familia extensa y patrivirilocal** típicamente rural que describiremos en el siguiente capítulo. Asimismo encontramos elementos vestimentarios de los pueblos campesinos del centro del país y una cultura culinaria propia de la región, que aprovecha semillas y especies locales (el “guasmole” de huaje, los chapulines asados, el mole de cacahuete, los tlataloyos, la salsa de tomate verde y cominos, la carne salada, las tortillas de maíz azul y rojo, pinole, tostadas, dulce de pepita, entre mucho otros). Esta información ha sido recabada mediante el trabajo etnográfico realizado en tres localidades seleccionadas por sus elementos contrastantes en la región.

También encontramos, en esta perspectiva, la realización de actividades festivas de carácter regional que, desde una iniciativa externa a las poblaciones, instituyen ferias regionales - por ejemplo, la feria de la rosa. La celebración regional más importante, que ha llegado incluso a tener resonancia estatal y nacional es el Atlixcáyotl. Realizada ininterrumpidamente desde hace más de 35 años, “congrega a diversas comunidades étnico campesinas del Estado de

³⁵ En la siguiente sección hablaremos de la manera en que estas redes de parentesco y de organizaciones comunitarias facilitan que los migrantes continúen formando parte de las comunidades de origen (Cfr. Smith, 1998).

³⁶ El Antropólogo Raymond Stage Noël tiene avanzado un trabajo muy interesante que realizó desde los años sesenta. Desgraciadamente no ha sido publicado ni pudimos consultarlo directamente.

Puebla, muestra a través de la música y la danza sus tradiciones, costumbres, idioma e indumentaria y contribuye a la preservación de su herencia cultural y en la afirmación de su identidad.” Realizada en el Netotiloayan o “Plaza de la Danza” del cerro de San Miguel, antiguo Macuixochitepetl en la ciudad de Atlixco, se realiza el último domingo del mes de septiembre.³⁷ Independientemente de ser una “tradición inventada” su creación obedece, según su fundador, al momento en que las poblaciones se disponen a dar gracias por la cosecha. El antropólogo aprovecha elementos de la cultura local para recrearlas en dicha fiesta que ha llegado a tener renombre en el ámbito estatal.

Desde el punto de vista etnográfico, el antropólogo Stage Noël señala que en la región es fácil reconocer **tres subregiones** que pueden identificarse primordialmente a partir de las diferencias geográficas naturales: la región del Volcán, Los Solares en torno a la ciudad de Atlixco, y la Tierra Caliente. Pero que también se percibe en las diferentes danzas, ritmos y composiciones, y en algunos rituales relacionados con el ciclo de vida (bautismo, matrimonio, muerte) (Cfr. Mapa no. 7, Apéndice A). En la región del volcán encontramos una conservación mayor de la lengua y rituales Nahuas; en la región de los solares, las festividades se relacionan con el ciclo agrícola, la importancia del agua y los colores intensos que asemejan las flores de los campos; en tierra caliente proliferan las bandas de música de todo tipo, hoy transformadas en conjuntos de música “grupera.”

Ahora bien, los rasgos etnográficos encontrados en el ámbito pueblerino del Valle de Atlixco no difieren de los encontrados en las poblaciones campesinas de origen Nahuatl del centro de México. Este sustrato sirve a la conformación de la **tercera dimensión de la cultura**, de la que nos habla Bourdieu (1976), en la que

³⁷ En comunicación personal, el Antropólogo Raymond Stage Noël (“Cayuqui” como se le conoce en la región) señaló que ha trabajado desde inicios de los sesenta en rescatar las danzas y el folklore regional. Considerado fundador y promotor de la celebración del Huey Atlixcayotl (Huey que significa en Náhuatl fiesta grande, esencia, estilo y costumbre de Atlixco) reúne bailes de 13 regiones étnicas del Estado. Paralelamente se realiza el “Atlixcayotontli” festividad en la que participan únicamente danzas de la región. Según el iniciador, esta festividad ha perdido su propósito inicial y es controlada por la Secretaría de Cultura del Estado de Puebla con fines de promoción turística. No obstante, continúa teniendo una capacidad de convocatoria considerable que se manifiesta en la asistencia de cientos de peregrinos a la iglesia de San Miguel el mismo día de la festividad del Atlixcáyotl (comunicación personal; Huey Atlixcayotl, 1988; Carus, et. al. 1998 videoproducción: Culto en el Popocatepec; Producción audio de la Escuela de Antropología social de la BUAP “Huey Atlixcáyotl” grabada en 1994).

el territorio es apropiado subjetivamente como un objeto de representación y apego afectivo y, sobre todo, como un símbolo identitario socio-territorial. En este caso, el sujeto (tanto individual como colectivo) se apropia del espacio al integrarlo en su sistema cultural propio. De esta manera, se pasa desde un territorio que llamaríamos “externo”, culturalmente marcado, hacia otro “interno” no visible, resultado de una “filtración” subjetiva del primero, con el cual coexiste. Esta dicotomía - que reproduce la distinción entre formas objetivadas y subjetivadas de la cultura - es fundamental para comprender que los desplazamientos físicos del territorio no implican automáticamente “desterritorialización” en términos simbólicos y subjetivos. Es posible abandonar físicamente un territorio, sin perder las referencias simbólicas y subjetivas que se reactivan a través de la comunicación a distancia, los recuerdos y la nostalgia. Cuando una persona emigra hacia una tierra distante, frecuentemente guarda “su propia tierra adentro.” Es precisamente la geografía de la percepción la que toma en cuenta la dimensión cultural y subjetiva del territorio, implicando una referencia esencial al proceso de formación de la identidad.³⁸

Partimos de la hipótesis de que la cultura etnográfica en el Valle conserva los rasgos de su pasado indígena, de la persistencia ancestral de las “naciones de indios,” de los lugares sagrados, de sus costumbres y tradiciones que realizan una síntesis dinámica con los españolas, pero sobre todo las de carácter religioso – festivo, que nos permitirían trazar el mapa de una región cultural en sentido etnográfico. Este sería el cimiento más profundo de la construcción identitaria de los pueblos campesinos de la región y sería el sustrato en el que pudiera conformarse la tercera dimensión cultural del territorio, en la que éste es apropiado subjetivamente, como un objeto de representación y apego afectivo, y, sobre todo, como símbolo afectivo e identitario. Sin embargo, se trata de una dimensión que no puede ser apreciada por el observador externo. Nuestra pregunta de investigación continúa siendo si el Valle constituye una región cultural desde la perspectiva de la percepción subjetiva o el apego afectivo y el sentimiento de

³⁸ Estos conceptos han sido desarrollados en el capítulo anterior. Consultar la publicación especial “Geografia e percezione” de la *Rivista Geografica Italiana*. Milan, 1980, no. 1.

pertenencia de sus habitantes. En otras palabras, si contamos con evidencia de la existencia de una identidad regional convergente y coincidente con el sustrato geosimbólico y etnográfico.

La región cultural estudiada desde el punto de vista fenomenológico nos permitiría afirmar que la región de Atlixco se nos presenta como una región cultural en la medida en que los grupos humanos piensan y actúan de manera similar, compartiendo ciertos rasgos y formas de vida. Sin embargo, la lealtad a una región – lo que Van Young denomina regionalismo – se refiere a si los actores sociales desarrollan un sentido de pertenencia socioterritorial, si existen lazos afectivos y de lealtad, que pudieran desencadenar un dinamismo y capacidad organizativa que favorezcan la participación activa de sus habitantes en la construcción de su porvenir (Bassand, 1990). La identidad, por tanto, estaría en la base del desarrollo endógeno regional sin el cual no sería posible la autonomía. No existe tal autonomía sin identidad colectiva, y sin autonomía no podemos pensar en un desarrollo que parta desde la región. Según la experiencia europea, el desarrollo endógeno implica la dinamización de la región a partir de la cultura vivida y de la especificidad cultural de la colectividad, que tiene derecho de valorizar y reconocer su patrimonio cultural (ecológico, etnográfico e identitario) y a partir de allí diseñar su futuro.

Esta dimensión subjetiva del territorio es el objeto de nuestra investigación, que se plantea las siguientes preguntas: ¿el Valle de Atlixco constituye una región cultural, desde la perspectiva de la percepción subjetiva, del apego afectivo y del sentido de pertenencia de sus habitantes? En otras palabras, ¿hay evidencia de la presencia de una identidad regional convergente y coincidente con el estrato geosimbólico y etnográfico? En caso afirmativo ¿Se ha visto transformado por la apertura económica de la región, la presencia de los medios masivos de comunicación y la intensificación de la migración internacional? En la siguiente sección abordaremos la problemática migratoria y los rasgos socioculturales de la familia campesina, antes de dar paso a la propuesta metodológica que nos ayudará a plantear la estrategia para responder a las interrogantes que nos plantea la dimensión subjetiva de la cultura.

CAPITULO IV

LA MIGRACIÓN DESDE LAS COMUNIDADES RURALES TRADICIONALES EN LA ERA DE LA GLOBALIZACIÓN

"Hay que irse, para poder quedarse"

Don Francisco, San Pedro Cuauco, Atlixco

"La tierra no es nuestra, nosotros somos de la tierra"

Anciana, Huaquechula, Puebla

La discusión en torno a los rasgos de la globalización en las comunidades periféricas se ha dado desde una perspectiva que afirma que los procesos sociales y culturales han sido desterritorializados a raíz de la "deslocalización" de la población, al entrar ésta en contacto con ámbitos tan amplios que "diluyen" o hacen pasar a segundo término el apego con el territorio (Giménez, 1996). La migración, con gran frecuencia, es vista como un proceso en un solo sentido que tiene como resultado la desintegración de las comunidades "expulsoras": la disolución de su cultura, anomia y la generación de identidades negativas. Sin embargo, queremos desarrollar aquí un modelo alternativo en el cual la migración pueda contribuir a la revitalización de las comunidades locales y a la ampliación "transnacional" de sus redes sociales, gracias a la débil aculturación de los migrantes en los lugares de destino, por un lado, y a las intensivas y variadas formas de comunicación y relaciones que se tejen no solamente entre los paisanos de la diáspora, sino también las que existen entre éstos y sus familiares y amigos en sus comunidades de origen. Esta situación de **ausencia / presencia** de los migrantes, que se encuentran lejos físicamente, pero que retornan varias veces a lo largo de su estancia en el extranjero, se comunican (vía telefónica) con una frecuencia casi semanal, contribuyen a la manutención del hogar y participan en las decisiones familiares y comunitarias, caracteriza a los migrantes de nuestra región. Es el caso de aquellos trabajadores que, debido a las condiciones que explicaremos más adelante, emigran con la idea del retorno, considerando la migración no solamente como una estrategia temporal de sobrevivencia y mejoramiento de sus condiciones de vida, sino como un proyecto personal que se

corresponde con las expectativas de la comunidad hacia la población (generalmente masculina) en edad laboral. La migración es vista no sólo como la única posibilidad de contar con una fuente de ingresos, sino como una forma de mejorar el status familiar y personal frente al resto de los paisanos.

La experiencia migratoria tiene, por tanto, un impacto en la organización familiar y comunitaria; en la forma de ver y desenvolverse en un contexto social totalmente novedoso no sólo para el migrante sino para los familiares y paisanos dejados atrás; en la conformación de una cosmovisión en torno a la vida social que afecta el proceso de construcción y los rasgos de la identidad individual tanto como colectiva. Los desplazamientos espaciales, la ausencia prolongada, tanto como el contacto con una cultura tan diversa a la propia tienen un impacto social y cultural nada despreciables. Sin embargo, queremos adelantar la hipótesis de que, bajo ciertas circunstancias económicas y culturales que expondremos en el capítulo, la migración no implica necesariamente una mutación cultural e identitaria (Cfr. Cap. II). En las comunidades rurales tradicionales bajo estudio, que viven la experiencia de la primera generación de migrantes, el proceso migratorio se ha tornado generalmente en una fuente de revitalización de las tradiciones locales y de consolidación de los lazos con la familia (biológica y simbólica) y con la tierra de origen.

El estudio de la migración internacional desde el punto de vista de una región “expulsora” como Atlixco, nos permite construir un modelo teórico para comprender el futuro desarrollo regional en otras áreas de nuestro país con saldo migratorio negativo. La migración no debe ser analizada como una respuesta aislada a los cambios que imprime la globalización económica en nuestras sociedades y regiones periféricas, sino como una manera de ligar sociedades diferentes, a partir de la interrelación de las esferas local - global.

Al abordar el estudio de la migración nuestro objetivo es doble, por un lado, indagar sobre la situación y la fisonomía actual de los pueblos campesinos tradicionales del centro de México que se han incorporado de manera rápida y masiva a la migración internacional, explorando su modo de producción, su grado de integración cultural, sus formas de sociabilidad y, sobre todo, su vinculación

subjetiva con el territorio, para evaluar el impacto de la modernidad (en los ámbitos económico y sociocultural) sobre las mismas poblaciones.

La modernización en la región, de acuerdo con nuestro estudio, se ha producido por tres conductos principales que no excluyen otras vías más difusas: a) la polarización urbana ejercida por la ciudad de Puebla sobre su entorno, con sus efectos de “periurbanización” y “rurbanización;” b) la circulación de bienes simbólicos a escala global ligada al crecimiento de los *mass-media*; y c) los flujos migratorios en el espacio nacional e internacional.

En primer lugar, ya hemos hablado en el Capítulo III del proceso de metropolización de la ciudad de Puebla que se está conformando mediante la integración de un vasto territorio a través de la meseta poblano – tlaxcalteca y que incluye, como un nodo importante, la ciudad de Atlixco y su entorno regional. Suponemos que este impacto modernizador y, por consiguiente, la globalización,¹ pasa fundamentalmente por las grandes metrópolis, y que éstas, a su vez, tienden a producir en torno a sí una periferia rural integrada (“periurbanización”) que se caracteriza por la diseminación de residencias secundarias con jardines y huertos privados, por la intensificación de la horticultura comercial destinada al mercado urbano, por el incremento de los sectores secundario y terciario y, de modo general, por la difusión de estilos de vida y de consumo urbanos en pleno medio rural (“rurbanización”). Esto ha sido discutido en el capítulo III y forma parte del contexto de la investigación.

En segundo lugar, como ha sido expuesto ampliamente en el Capítulo II, algunos estudiosos afirman que los *mass-media* difunden a escala planetaria productos culturales estandarizados de origen urbano-industrial (Thompson, 1995, 149 ss.), integrando de este modo a su auditorio a una “esfera pública transnacional” desarraigada y anónima (Gupta y Ferguson, 1992).

Por último, suele aceptarse que la migración, además de fomentar el desarraigo de la población y fomentar en ella una cultura cosmopolita, tendría efectos de aculturación urbana en los lugares de destino, minando las bases mismas para la (re)producción de las culturas tradicionales, temas que serán

¹ Esto si aceptamos la tesis de Anthony Giddens (1990) según la cual “la modernidad es intrínsecamente globalizante” (p.63).

discutidos ampliamente en el presente capítulo, que forma parte medular de nuestro estudio.

El presente capítulo consta de seis secciones. En la primera mostramos los diversos enfoques desde los cuales se ha abordado el fenómeno migratorio internacional, señalando la necesidad de un diálogo entre disciplinas para estudiarlo en toda su complejidad. En la segunda sección abordamos los rasgos de la globalización como nuevo contexto de las migraciones laborales de finales de siglo que le imprimen a este proceso rasgos inéditos. La tercera sección se centra en el estudio de la migración internacional desde México hacia los estados Unidos, vista como un proceso histórico, pero específico cuando lo abordamos en sus diferentes fases y escalas: nacional, regional y local. En la cuarta sección nos centramos en el cambio sociocultural a partir de la migración, presentando la hipótesis de la conformación de una comunidad transnacional. En la quinta sección abordamos las transformaciones en la comunidad rural a partir del estudio del ciclo familiar y el ciclo migratorio. En la sexta, finalmente, desarrollamos un modelo para comprender la migración desde una perspectiva sociocultural que nos facilitará el estudio de este fenómeno en la región del Valle de Atlixco.

4.1 Los Estudios de la Migración: Necesidad de Diálogo entre Disciplinas

El interés por el estudio de la migración internacional en las ciencias sociales se ha incrementado en el último cuarto del siglo XX. No por ser un fenómeno del todo novedoso — la migración es tan antigua como el hombre mismo —, sino porque ha tomado nuevas características precisamente a raíz de los procesos de globalización económica al grado que la segunda mitad del siglo pasado puede caracterizarse como “la edad de la migración” (Castles y Miller, 1993). Ya en el capítulo II hablamos de la importancia de la migración en los procesos de cambio sociocultural, ahora abundaremos en los rasgos que adquiere la migración internacional en el contexto mexicano y, específicamente, en la manera en que se articula con las estrategias de sobrevivencia de las familias campesinas tradicionales.

Especialistas de todas las disciplinas se han preocupado por estudiar este fenómeno extraordinariamente complejo, sin embargo no se han aproximado a éste desde un mismo paradigma teórico, sino desde puntos de vista fragmentados entre disciplinas, regiones e ideologías. Como resultado, en general la migración ha sido abordada desde un punto de vista excesivamente estrecho, en ocasiones insuficiente y que conlleva a concepciones erróneas del fenómeno. A grandes rasgos, Brettel y Hollifield (2001) señalan que existen dos aproximaciones al estudio del fenómeno poco articuladas entre sí: por un lado, historiadores, demógrafos, sociólogos, politólogos y economistas han enfatizado un **enfoque macrosocial** (*top-down*) que caracteriza la migración enfocándola desde los cambios en los modelos económicos; las diferencias estructurales entre las economías y los mercados laborales; el impacto del envío de remesas; el estudio de las tasas de crecimiento y desplazamientos poblacionales; la aplicación de políticas de regulación / control de la inmigración, etc. que influirían en que algunas regiones se tornaran en polos de atracción o expulsión poblacional. Por otro lado, encontramos estudios antropológicos y psicosociales que parten de **una aproximación microsocia** (*bottom – up*) y estudian en las comunidades de origen y destino de la migración: las experiencias de los individuos y las familias migrantes; los aspectos comunitarios y las redes sociales que favorecen y amplían la migración; los rasgos del cambio cultural (conflicto en los roles de género, los sistemas de autoridad, la organización familiar, productiva y festiva, etc.); así como procesos relacionados con la formación de la identidad y la distinción social (discriminación, identidades vergonzantes, cambio de status y autoridad, etc.), entre otros. Como sabemos, la manera en que se enmarca el problema conlleva a la formulación de determinadas preguntas y define la metodología a emplear en la investigación, así como los niveles y unidades de análisis y, en última instancia, los modelos teóricos que pueden llegar a construirse. Por ello, nuestro objetivo en el presente trabajo es establecer un diálogo a través de las disciplinas de manera que podamos captar los diferentes aspectos macro y microsociales de la migración internacional, resaltando la dimensión cultural en un ámbito de análisis regional.

Recientemente en nuestro país, las investigaciones han empezado a vincular estos diversos enfoques en el estudio de la migración, y han prestado mayor atención “a los procesos sociales de mediación y a las estructuras sociales reticulares que se van desarrollando entre las regiones de partida y de llegada, ya que estos fenómenos constituyen una especie de plataforma de articulación, susceptible de soportar y de explicar el proceso real de intercambio entre las regiones de procedencia y las regiones de recepción” (Pries, 1997, p. 17). La reflexión ha permitido hacer notar el cambio no sólo en la dirección, sino primordialmente en la naturaleza de los procesos migratorios debido en gran medida a la enorme interconexión económica mundial gracias a la revolución de la movilidad —revolución *movilética* según Pollini (1987)—, el desarrollo de las Nuevas Tecnologías de Comunicación y de procesamiento de información — como vimos en el capítulo II —, y la nueva organización de la producción y el movimiento financiero a escala mundial (Sassen, 1999). Esto nos coloca en la discusión de los rasgos inéditos que imprime el proceso de globalización a los movimientos migratorios actuales, que ya no son más unidireccionales, ni de sociedades más desarrolladas hacia menos desarrolladas, como antaño, sino que hoy se dan en dirección Sur – Norte, y constituyen flujos pendulares o “circuitos” mucho más duraderos, diferenciados y localizados. Esto, afirman diversos autores, estaría dando lugar a la formación de nuevas realidades sociales imbricadas a partir de la migración internacional (Glick Shiller, et.al. 1992; Mummert, coord., 1997).

Por lo anterior consideramos — junto con Massey (et.al., 1991); Bustamante (1993); Escobar Latapí (et.al. 1998), Durand (1994); Santibáñez (1998); Verduzco (1998) y Arias (2000), por mencionar sólo a algunos —, que la migración internacional tiene que ser abordada como un proceso tanto económico como social, que se halla imbricada en una compleja serie de cambios en los ámbitos mundial, nacional y regional que constituyen las condiciones para la construcción de respuestas de carácter individual, familiar y comunitario. Estos diversos ámbitos de relaciones se entrecruzan para dar al fenómeno migratorio un carácter permanente y ampliado una vez que ha sido iniciado. Esta complejidad es

la que le imprime toda su riqueza, pero también dificulta el necesario recorte de la realidad que nos posibilite su estudio.

El trabajo ejemplar de Massey y colegas (1991) nos ofrece una muestra de aproximación multidisciplinaria que integra diferentes escalas en el estudio. Ellos argumentan que la migración internacional es un proceso dinámico y autosostenido, cuya operación se encuentra gobernada por una serie de principios básicos que definen como sigue:

[...] la migración se origina históricamente en los cambios de la estructura socioeconómica de las sociedades de origen y destino; que una vez implementadas, las redes de relaciones sociales sirven para apoyar e incrementar el flujo migratorio; que al aumentar la accesibilidad a la migración internacional, las familias la hacen parte de sus estrategias de sobrevivencia y la utilizan sobre todo cuando están en una etapa del ciclo de vida familiar en que es mayor el número de dependientes; que las motivaciones individuales, las estrategias familiares y las estructuras de la comunidad son afectadas por la migración de tal manera que hacen más plausible la emigración posterior; que aun entre los emigrantes temporales hay un proceso inevitable de establecimiento en el extranjero, y que entre los emigrantes establecidos existe un proceso de migración de retorno (Massey, et.al., 1991, p. 15).

Inicialmente, como señalan, las diferencias estructurales entre los países – consecuencia del desarrollo desigual del capitalismo mundial – aunado a los cambios en los modelos de crecimiento y las crisis económicas, sociales o ambientales sufridos en los países de origen, se tornan en fuerzas detonadoras del proceso migratorio. En estos casos, el diferencial salarial entre países, así como la segmentación de los mercados laborales en ambos contextos juegan un papel determinante en el proceso. Como veremos más adelante, los migrantes mexicanos son “expulsados” del campo, pero, a la vez encuentran un área geográfica y un sector en la economía norteamericana que les ofrece trabajo mejor remunerado (el diferencial salarial ha ido de cerca de 8 veces el salario

percibido en México en 1960 a cerca de 12 veces a raíz de la crisis económica de 1994, Estudio Binacional, 1998).

De la misma manera, los cambios sociales e institucionales y las políticas económicas en ambos contextos (origen y destino) propician el desplazamiento de personas que, para el caso de México como para la mayoría de los países latinoamericanos, ha tenido un carácter eminentemente laboral. También las políticas de inmigración de los EE.UU. (V. gr. el Programa Bracero de los años cuarenta o las recientes políticas de reunificación familiar),² las estrategias de inversión norteamericana en determinadas regiones y países, así como las operaciones militares, juegan un papel importante en la definición de estos flujos (Sassen, 1998; Durand, 1998). No obstante, existen otras formas menos generalizadas como la migración de algunas parejas o de mujeres (jóvenes y solteras) que coadyuvan en el trabajo doméstico y en el cuidado de algunos familiares (enfermos, ancianos o niños).

Durand (1998) y Escobar (1998) sugieren la persistencia de la relación entre pobreza y migración. Si bien no son las familias más pobres y marginadas las que pueden emigrar, dado que requiere de recursos económicos tanto como sociales (tales como participar en las redes de intercambio), es innegable que al menos la migración rural más reciente es detonada por la desarticulación y depauperación de vastas regiones del campo mexicano desde los años sesenta. También existen numerosos estudios que muestran la importancia de los “migradólares” para la subsistencia de la familia campesina (Bustamante, 1975; Cornelius, 1990; Verduzco, 1998; Arroyo Alejandro, et. al. 1991; Orozco, 1992 entre otros). Estos señalan cómo el flujo de recursos se torna en base de sustentación para el campo y la familia campesina. Abordaremos brevemente este aspecto al hablar de las posibilidades de desarrollo local y regional a partir de la entrada de divisas. Desde una perspectiva nacional, las remesas representan hoy

² Por ejemplo, El Acta de Reforma y Control de la Inmigración IRCA por sus siglas en Inglés) en 1986 que tenía como propósito la reunificación familiar de migrantes provenientes de países europeos, tuvo como consecuencia la entrada del mayor número de familiares provenientes de países menos desarrollados, operando como una palanca que fortaleció los lazos entre EU y los nuevos países exportadores de mano de obra (Asia y América Latina). En 1987 fueron legalizados 2 millones de mexicanos. Actualmente se están proponiendo cambios en la Ley de manera que se genere un nuevo programa de trabajo bajo contrato que permita, por un lado, garantizar los derechos laborales de los trabajadores, pero por otro, asegurar su retorno al país de origen (Escobar, 2001).

la segunda fuente de ingreso de divisas al país, después del petróleo,³ y a escala microsocial, la migración se constituye en muchos casos en la única opción para que las familias pobres puedan hacerse del recurso más escaso: dinero.

Una vez iniciado el proceso migratorio, los lazos sociales entre las comunidades de origen y las de destino van creciendo y ampliándose hasta formar verdaderas redes de relaciones que a la larga reducen los costos (económicos, psicológicos y los riesgos) asociados a la migración indocumentada. En numerosos estudios microsociales se ha constatado que la gente de una misma comunidad conforma una red de obligaciones recíprocas por las cuales nuevos migrantes son atraídos y encuentran trabajo y una comunidad de paisanos en la localidad de destino (Massey, et. al. 1992; Smith, 1994; Santibáñez, et. al. 1998). Hay quienes, inclusive, hablan de la conformación de un *espacio o comunidad transnacional* (Glick Shiller, et. al., 1990; Goldring, 1997), conceptos que habremos de discutir con mayor detenimiento más adelante.

La construcción de redes entre familiares y paisanos permite explicar por qué la migración internacional establece una interconexión espacial muy particular. Los primeros estudios de la migración internacional en nuestro país realizados por Gamio (1930, citado por Durand, 1998) mostraban ya la regularidad con que los migrantes de cierto lugar de origen, trabajan y tienden a establecer redes sociales en localidades muy específicas en la Unión Americana, al grado que hoy sabemos por Durand (2000) que más del 80% de la población de origen mexicano se asienta en alrededor de 30 condados de la Unión Americana (Estudio para el voto de mexicanos en el extranjero). Como veremos más adelante, la migración desde el estado de Puebla, si bien importante en una escala microregional, todavía no figura en términos del agregado censal norteamericano.

Los retornos cíclicos de los migrantes temporales y los lazos que mantienen con los paisanos y familiares establecidos en el lugar de origen, han posibilitado que en los últimos diez años se desarrollen algunos conceptos que buscan

³ Existen diferentes cálculos oficiales. Según Banco de México, como fuente oficial, el ingreso de divisas ha crecido desde 2,583.0 mil millones de dólares en 1990, a 4,223.7 MMDD en 1996 y a 5,909.6 MMDD para 1999 (Informe Anual 1990, 1996, 1999). Sin embargo, otros cálculos que no toman en cuenta solamente los movimientos registrados oficialmente, calculan el monto de ingresos en más de 8 mil millones de dólares anuales en términos netos (para 2000). Recientemente, la tesorería del gobierno de los Estados Unidos, calculaba en 10 mil millones de dólares el envío de remesas a México (La Jornada, 28 de mayo de 2002).

aprehender esta realidad inédita. Rouse (1988, 1992) habla de la conformación de una especie de **circuito migratorio trasnacional** entre México y Estados Unidos. Además, la intensa movilidad del capital y la creciente masificación de las tecnologías de comunicación, han permitido enlazar dos lugares (origen y destino) no sólo diversos cultural y socialmente, sino asimétricos en términos del desarrollo y el sitio ocupado en la división internacional del trabajo (Sassen, 1988). Durand (1988) es uno de los primeros en México en señalar la necesidad de estudiar la migración internacional en términos del circuito migratorio que permite el flujo continuo de personas, información, bienes, capitales y servicios a través de las redes sociales construidas entre los dos ámbitos sociales. Por ello, propone afrontar la totalidad del fenómeno, es decir, “establecer los vínculos entre migración interna e internacional, conectar el lugar de origen con las escalas intermedias, el punto de destino y la opción de retorno” (ibid. p. 44). Al mismo tiempo, habría que señalar la necesidad de situar el proceso migratorio en el contexto macrosocial de los modelos de desarrollo y crecimiento económico implantados en ambos países (Arias, 2000).

Las redes sociales que se construyen y mantienen a través del proceso migratorio, facilitan al mismo tiempo su circularidad. Es decir, así como las redes propician y facilitan la migración de un número cada vez mayor de jóvenes, al mismo tiempo mantienen viva la lealtad familiar y comunitaria que favorece su retorno. En la mayoría de los casos,⁴ aún los migrantes ya establecidos retornan con cierta regularidad a sus casas y a sus comunidades de origen en fechas muy específicas como las fiestas patronales, el día de muertos o en alguna celebración u acontecimiento familiar (alguna boda, bautizo, enfermedad, etc.). Por ello, los mismos factores que impulsan la emigración, favorecen su circularidad. Sin embargo, aquí tendríamos que añadir algunos **elementos psicosociales** (apego, identidad socioterritorial), **sociales** (redes sociales y vínculos familiares) y **económicos** (viabilidad económica regional) **que actuarían como variables contextuales que nos permitirían explicar las condiciones bajo las cuales la**

⁴ Según los estudios realizados en el Occidente de México, al término del ciclo migratorio (que consiste en numerosas salidas y retornos) el 86% de los migrantes retornan de manera definitiva a sus lugares de origen al concluir su vida laboral (Massey, 1992; Durand, 1999; Escobar, et.al. 1999).

migración puede o no ser mayoritariamente de retorno. En el primer caso, la migración refuerza las estructuras sociales comunitarias y en el segundo, ésta llega a constituir un verdadero “drenaje” de hombres y mujeres jóvenes trabajadores, que dejan tras sí pueblos de ancianos, mujeres mayores y niños. En la última sección proponemos un modelo para comprender diversos patrones migratorios dependiendo de rasgos psicosociales, socioculturales y económicos de las comunidades de origen (y destino).

En **una escala microsocial**, numerosos estudios antropológicos muestran que, cuando las redes sociales se han consolidado, la migración se torna no sólo más accesible, sino que inclusive forma parte del proyecto de vida de los jóvenes y adultos y es una de las principales estrategias de sobrevivencia de la familia campesina. Entonces, el ritmo de la migración se define principalmente por los cambios en **el ciclo de vida de la familia** y depende de variables como: género, edad y número relativo de dependientes y trabajadores en la familia (Durand, 1994; Verduzco, 1982; López, 1986; González Montes y Salles, 1995; Barrera Bassols y Oehmichen Bazán, 2000; Arias, 2000; entre muchos otros). La experiencia migratoria afecta las motivaciones individuales y trastoca toda una serie de instituciones de (re)producción social en la comunidad de origen como serían: los patrones de noviazgo y casamiento, las decisiones sobre el número y espaciamiento de los hijos, la incorporación de las mujeres a los mercados de trabajo local, los roles de género y las líneas de autoridad patriarcal (Mummert, 1995; D'Aubeterre, 1995, 2000^a; 2000b; Marroni, 1995, 2000^a, 2000b; Fagetti, 1995). Un ejemplo de esto lo proporciona el estudio de Escobar (2001) que recientemente encuentra una asociación estadística entre la población establecida en regiones de tradición migratoria y el descenso más rápido en las tasas de fecundidad de las mujeres que allí residen.⁵ En un estudio etnográfico Fagetti (1995) afirma que estamos en presencia de una verdadera revolución cultural, ya que las parejas jóvenes cruzadas por la migración, generalmente reducen el número y espaciamiento de los hijos.

⁵ No obstante, Fernando Cortés (s/f) argumenta que esto podría ser efecto de la mayor escolaridad de las mujeres y de la necesidad de vincularse a la vida laboral más temprano.

También existe toda una serie de estudios que muestran cómo la migración altera las relaciones de poder y los patrones de participación civil y política en las localidades con cierta tradición migratoria. Encontramos trabajos muy interesantes que enfatizan las relaciones entre la migración hacia Estados Unidos y los rasgos que adquiere el desarrollo regional o estatal en términos fundamentalmente económicos (Cornelius, 1990; Arroyo, 1989; Arroyo Alejandro, et. al., 1991). En el valle de Atlixco, como en otras regiones del Occidente de México, empezamos a presenciar un interesante desplazamiento de las preferencias electorales y en la movilización de recursos hacia el mejoramiento de la infraestructura urbana en las comunidades con experiencia migratoria. Recientemente se ha producido una extensa bibliografía que documenta cambios de actitud (Mummert, coord., 1997) y aprendizaje de habilidades empresariales en los migrantes tanto en sus comunidades de origen como en los lugares de destino de la migración (Valenzuela Varela, 2000, 2001). En el plano cultural y de conformación de las identidades también se han registrado cambios muy interesantes a raíz de la migración, tema que será motivo de nuestro estudio y que abordaremos con detenimiento más adelante.

Para concluir este amplio panorama, nos interesa resaltar la delimitación espacio-temporal de nuestro trabajo que, si bien continúa algunas de las líneas de investigación expuestas, es importante resaltar que en el Valle de Atlixco estaremos presenciando un proceso que afecta hoy día solamente a la primera generación de migrantes, por tanto, se trata de un fenómeno relativamente reciente si lo comparamos con estados de extensa tradición migratoria como el Occidente de México en donde este proceso abarca a la segunda y tercera generaciones y que incluye a un número cada vez mayor de personas que se han quedado a residir en el extranjero. En el valle de Atlixco la migración, si bien se empieza a tornar un fenómeno masivo en un lapso de tiempo muy corto (menos de veinte años), abarca fundamentalmente a la primera generación. Además, por la naturaleza de nuestro estudio, nos centramos en el efecto que la migración tiene en las comunidades de origen y no abarcamos, como seguramente haremos en una segunda fase, a la población migrante que reside (aunque sea

temporalmente) en los Estados Unidos. Es por ello que las conclusiones a que arribemos estarán ligadas a esta situación contextual de las comunidades de origen que se encuentran en una etapa inicial en el ciclo migratorio.

Por último, cabe resaltar otro aspecto, poco enfatizado en las investigaciones sobre migración, que tiene que ver precisamente con el cambio tecnológico en las comunicaciones en dos ámbitos. Tanto el que se refiere al abaratamiento y ampliación de los diferentes medios de transporte — que han generado una “revolución de la movilidad” — como la ampliación de las Nuevas Tecnologías de Información y Comunicación (de las que ya hablamos en el capítulo II). Estas juegan hoy un papel fundamental en el enriquecimiento y fortalecimiento de las redes sociales que sustentan y facilitan el establecimiento de verdaderos circuitos migratorios transnacionales. Los circuitos han puesto de relieve la necesidad de estudiar el fenómeno migratorio de manera que se abarquen ambos contextos sociales (origen – destino), no como fenómenos discretos y separados, sino como parte del fenómeno global en el que las fronteras nacionales han sido desdibujadas por los flujos económicos, de bienes y de personas, tanto como por la difusión masiva de bienes simbólicos.

Nuestro trabajo se centra en el estudio de la migración y los medios masivos de comunicación que se constituyen como canales privilegiados de contacto con la modernidad para las comunidades campesinas tradicionales del Valle del Atlixco. Como hemos mencionado anteriormente, los *media* son aprehendidos como si se tratase de una migración *in situ* en la medida en que permiten un contacto con la modernidad urbana sin necesidad de desplazamiento geográfico; mientras que la migración pone en contacto directo a los miembros de las comunidades tradicionales con contextos sociales urbanos y modernos. Para el caso de nuestros migrantes atlixquenses este contacto con la modernidad, que se inicia desde el proceso de industrialización a finales del siglo XVIII, hoy forma parte de la inserción en la economía de una de las ciudades globales más importantes como es Nueva York. Esto nos obliga a tomar en consideración la manera en que se articulan el contexto de la economía global con las estrategias de sobrevivencia campesina en los ámbitos locales.

4.2 La Globalización: Nuevo Contexto de las Migraciones Laborales

Desde un punto de vista general, podemos decir que la incorporación de la mayor parte de las regiones del mundo al sistema capitalista ha tenido como resultado la desintegración o subordinación de formas no capitalistas de subsistencia (Amin, 1999; Wallerstein, 1974). La generalización de las relaciones capitalistas de producción, por tanto, desarticula las formas de subsistencia campesina. En nuestro país este proceso, que se desarrolla a través de todo el siglo XX, se agudiza desde los años sesenta con el agotamiento del modelo de Industrialización por sustitución de importaciones y, recientemente, con la apertura económica y la reforma al Artículo 27 Constitucional que busca transformar la tierra en una mercancía más, lo que genera una era de migraciones masivas “voluntarias.”

En esta misma dinámica, las medidas de austeridad impuestas por el FMI (conocidas como medidas de “ajuste estructural”) en la región latinoamericana durante los años ochenta, logran movilizar a los pobres en su desesperada búsqueda de estrategias de supervivencia, que incluyen la migración (nacional o internacional). Y recientemente, el papel de los acuerdos de libre comercio (la firma del TLCAN en 1994) refuerzan los flujos de cruce de frontera tanto de capital como de servicios de información, los cuales amplían el cruce de frontera de trabajadores profesionales tanto como no calificados, los primeros gozando de un status privilegiado y los segundos, mayoritariamente, indocumentados (Sassen, 1999).

En última instancia, la consolidación del sistema capitalista mundial, mediante la subordinación de enormes áreas del mundo que forman su periferia, ha acarreado también **un cambio en el sentido y la naturaleza de los flujos laborales**. Las nuevas oleadas de migrantes hoy parten de las regiones y países menos desarrollados del Sur hacia los países industrializados en el Norte (Estados Unidos y Europa, principalmente), en sentido inverso al que se daba desde la

época colonial hasta principios del siglo veinte y la posguerra. La periferia,⁶ que funciona como proveedora de materias primas desde hace siglos, y de mano de obra recientemente, se ha venido expandiendo desde las zonas del Este y Sur europeo, hasta abarcar hoy a regiones tan remotas como el Caribe, Sudamérica, África y Asia. La consolidación del sistema económico mundial ha permitido la incorporación de regiones enormes en su periferia, proceso que se encuentra en la base de las migraciones laborales internacionales. A inicios de los años noventa se calculaba que el número de personas que vivía fuera de su país de nacimiento fluctuaba entre 100 y 150 millones (Castles y Miller, 1993).

Para el caso que nos ocupa, también en los Estados Unidos tiene lugar un cambio reciente en la dirección y naturaleza de los flujos migratorios. En los años sesenta el 82% de los inmigrantes era procedente de Europa Occidental, mientras que a partir de los años noventa más del 80% proviene de América Latina y el Caribe (Sassen, 1988), por lo que, en términos netos, esta región deja de ser importadora para convertirse en exportadora de migrantes. Precisamente son estos años, como veremos, en que la migración de los atlixquenses hacia la región Nueva York – Nueva Jersey se torna un fenómeno masivo.

Saskia Sassen (1988) plantea una tesis que permite explicar el cambio en la naturaleza de la migración desde una perspectiva mundial. En su extraordinario estudio *"The mobility of Labor and Capital"* desarrolla un marco amplio para el estudio de la migración de nuestra región atlixquense, que nos permitirá establecer la interconexión entre los contextos locales y global. Según la autora, habría un grupo de factores que han explicado la migración internacional durante el siglo XIX y mediados del XX, cuyo peso específico en la explicación del fenómeno contemporáneo es preciso reconsiderar. *En primer lugar*, los estudios sobre la migración laboral han puesto demasiado énfasis en la combinación de factores de expulsión de la sociedad de origen, tales como: crecimiento poblacional, pobreza, desempleo, baja inversión, entre otros. Sin embargo, la

⁶ Habría que tener precaución con el empleo excesivamente simplista de los términos centro /periferia que impediría el análisis fino de algunos efectos que esta nueva migración internacional está generando. Hoy encontramos, por ejemplo, una "periferización" del núcleo o, lo que es lo mismo, una implosión del "tercer mundo" en el primero al encontrar, en las sociedades del primer mundo, reductos cada vez más grandes poblados por inmigrantes indocumentados que viven en extrema pobreza. Asimismo, esta situación de polarización social en el espacio es un rasgo del desarrollo regional de nuestro país (Gendreau, 1992).

autora muestra cómo, en términos agregados, durante los años setenta y ochenta los países que enviaron el mayor número de migrantes hacia Estados Unidos no son los más pobres o los que presentan mayores niveles de desempleo ni las menores tasas de crecimiento económico en términos agregados.⁷

En segundo lugar, la autora encuentra trabajos que señalan la importancia de la existencia de **una comunidad de migrantes en el país receptor**, que se constituye en factor de atracción en la medida en que las redes sociales que facilitan el acceso al empleo y habitación para los recién llegados (Portes y Walton, 1981); tal es el caso de numerosas comunidades asiáticas y mexicanas en California. Sassen añade que en la base del desarrollo de las comunidades de inmigrantes en Estados Unidos se encuentra un incremento en la inversión extranjera directa (proveniente de los EE.UU.) en los países de nuevo origen migratorio. Esto ha generado diversas formas de intercambio económico (flujo de bienes, tecnología, estilos de administración, etc.), así como la circulación de imágenes, de información y la creación de redes empresariales que favorecen la percepción de la emigración hacia Estados Unidos como un mecanismo de movilidad social (movilidad intraempresarial, drenaje de cerebros, etc.).

En tercer lugar, Sassen enfatiza la importancia de **la diferenciación del mercado laboral en los países industrializados** que explicaría la coexistencia de un creciente desempleo y una escasez de empleos calificados, al tiempo que aumenta la demanda de trabajadores en la agricultura, como tradicionalmente ha sucedido, pero también en ciertas ramas industriales (industria de la carne o de la construcción) así como en industrias en declive o retrógradas (*backward*) que requieren mano de obra no calificada, flexible y precarizada. Sobre esto volveremos más adelante, ya que son estos sectores en los que se insertan los migrantes atlixquenses que llegan a trabajar a N.Y. en el área de servicios principalmente.

⁷ Quisiéramos añadir que, si desagregamos la información intraregional, para el caso de México, podríamos precisar aún más esta afirmación ya que se integran al proceso migratorio no sólo de las regiones rurales tradicionales, sino de regiones con menores índices de desarrollo (como encontramos en los Estados de Puebla, Tlaxcala y Veracruz), por un lado, y personas provenientes de áreas urbanas como las ciudades de México y Puebla. (Cortés, Sergio, 2001; Estudio Binacional, 1998).

En cuarto lugar, en varias industrias se requiere de una **mano de obra “dócil” y adaptable a nuevas formas de control y disciplina del trabajo**. Es aquí donde los inmigrantes indocumentados son enormemente apreciados. No sólo porque aceptan salarios más bajos (generalmente por debajo del salario oficial), sino por su disponibilidad de tiempo — los migrantes llegan a trabajar hasta doce horas diarias, siete días a la semana — aunado a su incapacidad de organización laboral o política debida a que, en su mayoría, se trata de trabajadores indocumentados y fácilmente “deportables.” Sassen y Koob (1980) resaltan este aspecto poco estudiado: los inmigrantes indocumentados son fácilmente controlables e “inertes” políticamente, lo que los hace atractivos. Antes de los años sesenta otros grupos sociales realizaban los trabajos más pesados y carentes de seguridad social — población autóctona entre la que destacaban: los negros, las mujeres, los chicanos y otras minorías raciales. Pero los movimientos sociales de los sesenta y setenta logran tal reivindicación que las mujeres y las minorías ya no aceptan ni el tipo de trabajo, ni el trato, ni el salario precario característico de ciertas ramas de la economía. Por tanto hoy los indocumentados latinoamericanos y asiáticos son apreciados gracias a su situación de indefensión, lo que explicaría el hecho de que la demanda laboral en este tipo de empleos sigue creciendo aún a pesar del aumento en el desempleo en otras ramas.

Aunado a estos factores económico políticos, Durand (1998) realiza un análisis histórico (que se remonta al siglo XIX) de **las políticas de inmigración y control poblacional en los Estados Unidos** que reflejan el papel del Estado norteamericano para regular la oferta de trabajo no calificado en los sectores que han requerido de este invaluable recurso: desde el tendido de las vías ferroviarias, el trabajo agrícola, la industria de la construcción, el servicio doméstico, hasta incluir hoy el sector servicios y la industria electrónica y de la confección, como veremos más adelante.⁸

⁸ En el trabajo monográfico de Juan Louvier (2000) y el estudio de trayectorias laborales realizado por Herrera y Macías (1998) encontramos una constante en los migrantes poblanos. Si bien parten al extranjero sin ser desempleados (en su mayoría son campesinos) llegan a NY para insertarse en “factorías” y *sweat shops* (generalmente en la rama de la confección), “*Dely’s*” (supermercados que abren 24 horas diarias), restaurantes (como lavaplatos y ayudantes de cocina), y como repartidores de comida rápida (*fast food*), entre otros.

Sassen (1988) señala que el cambio en el origen y dirección de la migración laboral internacional en los últimos veinte años se explica por un factor central: **el crecimiento de la inversión directa norteamericana** en aquellos países de donde proviene el mayor número de inmigrantes hacia los EE. UU. Por ello insiste en la necesidad de situar la migración laboral en un momento particular del desarrollo del capitalismo: “La especificidad de la migración laboral en el período histórico actual no descansa sólo en estas condiciones generales ni en las motivaciones individuales, sino en su articulación con el proceso de internacionalización de la producción, dinámica que asume formas concretas en localidades específicas” (p. 17).

Este enfoque, por tanto, nos permite integrar en el análisis de la migración la relación que se establece entre **la dinámica de la economía global y las estrategias locales de sobrevivencia en las comunidades rurales tradicionales**. Las nuevas formas de producción han trastocado las estructuras tradicionales de trabajo desde la Revolución Industrial, pero en el último cuarto del siglo XX la expansión de las manufacturas de exportación, la conformación de un mercado de escala mundial y el crecimiento de la inversión extranjera en localidades remotas han movilizad o nuevos y cada vez más amplios segmentos de población que hoy se insertan en flujos migratorios de largo alcance. Ello ha tenido un efecto desarticulador de las estructuras locales y regionales de empleo, especialmente en lo que concierne a la producción familiar para autoconsumo e intercambio en los pequeños mercados locales. Como corolario a esta tesis, nos gustaría apuntar hacia una problemática nueva que se abre en esta situación: hemos dicho en el capítulo III que el mercado regional tiene un enorme peso en la articulación de una región como la del Atlixco ¿Qué sucederá con nuestras regiones que se encuentran bajo la presión del mercado mundial? En otras palabras ¿Cuáles pueden ser las consecuencias de la globalización en la articulación futura de la región de Atlixco? Podemos constatar los cambios (¿irreversibles?) en la estructura laboral local y regional debido al desplazamiento poblacional, así como el considerable flujo de divisas, por mencionar sólo algunos

cambios fácilmente perceptibles en la nueva conformación de la región económica.

A pesar de que la movilización espacial de la población toma formas diversas en contextos específicos podríamos decir que, en nuestro país al menos, los pequeños productores agrícolas han sido desplazados, por la agricultura comercial y por los profundos cambios en la estructura económica, por lo que se han tornado en jornaleros o en ejércitos de reserva de las grandes urbes latinoamericanas. Ello explicaría en gran medida las migraciones internas que tienen lugar en nuestro país desde los años cuarenta; pero posteriormente esta migración se ha dirigido hacia las grandes metrópolis del extranjero, fenómeno que está en la base del actual auge de la migración internacional y que se explica también desde la lógica del capitalismo global que ha asignado diversas funciones a diversas regiones en el mundo, dentro de las cuales México desempeña el papel de proveedor de mano de obra barata; ya sea para determinados sectores de la economía norteamericana, engrosando la economía informal o las maquiladoras que proliferan en nuestro país.

Las formas que el mercado laboral para inmigrantes asumen en el tiempo han variado dependiendo del lugar que ocupan los países (de origen y destino) en la división internacional del trabajo y, desde luego, del avance tecnológico, especialización y organización de la producción prevaleciente en el sistema mundial. Actualmente, dos rasgos caracterizan la migración laboral internacional:

el uso creciente de trabajo inmigrante en el sector terciario de los países desarrollados y de migrantes nativos en el sector secundario de los países en desarrollo. [...] a diferencia de algunos componentes industriales que requieren mano de obra intensiva [que se desplaza hacia áreas en donde este recurso es abundante, como sería el caso del sector maquilador], los trabajos en el sector terciario no pueden ser exportados fácilmente. De allí la creciente concentración de trabajo inmigrante en los servicios de los países desarrollados [...] que deben ser realizados *in situ* [en las grandes urbes] (Sassen, 1998, p. 53).

El crecimiento en la inversión extranjera directa ha generado una nueva etapa de industrialización en varios países de Asia y el Caribe (incluyendo México), lo que es visto por Sassen como la otra cara de la “desindustrialización” en la economía estadounidense. Este es sólo un aspecto de la descentralización y transformación técnica del trabajo que ha contribuido al desarrollo de un nuevo centro económico situado en las economías altamente industrializadas. Las *Ciudades Globales* (*Global Cities*, Sassen, 1991), centro económico inédito de la economía mundial, crecen en torno a servicios altamente especializados como los complejos de las matrices corporativas, las industrias de alta tecnología y el sector financiero internacional. Las Ciudades Globales constituyen el eje donde la economía mundial es controlada y servida, por lo que hoy han despertado un enorme interés en el estudio de la globalización. La mayor parte de la literatura ha analizado la creciente centralización del control y propiedad en términos del poder de las grandes corporaciones. Sin embargo, un aspecto desatendido ha sido el hecho de que en estas mismas ciudades globales se genera, al mismo tiempo, la expansión masiva de trabajos precarizados y de baja especialización que se tornan en centros de destino de una vasta mayoría de los nuevos inmigrantes indocumentados provenientes del Sur.

Las Ciudades Globales han favorecido el desarrollo de empleos altamente especializados y con un elevadísimo ingreso que han generado, directa e indirectamente, empleos de muy bajo perfil que requieren mano de obra intensiva con muy bajos salarios. Directamente, a través de las estructuras ocupacionales de estos sectores (personal de intendencia, limpieza, etc.); indirectamente, a través de los servicios de consumo que soportan los estilos de vida de los trabajadores de altos ingresos. Sassen (1988) añade que la creación de empleos de salarios bajos no es privativo del sector de servicios al consumidor (*retailing services*); aun el crecimiento de cierto tipo de manufacturas de punta (entre los que resalta la electrónica) y de otras que se encuentran en decadencia (como la rama de la confección) han facilitado la proliferación de *sweatshops* y trabajo industrial a domicilio, fomentando el crecimiento de **la economía informal** en estos nodos estratégicos para la producción, control y operación del sistema

económico global. También en estos contextos tiene lugar un nicho de mercado laboral ligado a **la subcontratación**, como es el caso de la industria de la construcción. Hasta hace poco un ámbito de trabajadores bien pagados, hoy ha empezado a resentir la competencia de los subcontratistas y las pequeñas empresas que emplean mano de obra migrante indocumentada (Durand, 1998, p. 66).

Saskia Sassen en su multicitada obra analiza el caso de dos grandes urbes: Nueva York, como representante la industria en decadencia en la región del Noreste (*frostbelt*) y Los Angeles, como centro del crecimiento económico en la región Suroeste (*Sunbelt*). La primera presenta una creciente especialización en servicios financieros y en la segunda se localiza una industria tecnológica de punta. Ambas ciudades, además, ocupan los primeros lugares en concentración de población de origen hispano (*hispanics*), que comprenden todos los países de América Latina – entre los que destacan los de origen mexicano. En el siguiente apartado describiremos algunos rasgos de la emigración México-norteamericana, resaltando el hecho de que los atlíquenses, los mixtecos y, en general, los nuevos inmigrantes poblanos se concentran en el área de Nueva York – Nueva Jersey.

4.3 Los Grandes Momentos de la Migración Internacional en México

Una vez establecido el panorama de la economía mundial que permite comprender la novedad migratoria de finales del siglo XX, y algunos rasgos de la sociedad receptora, necesitamos examinar las características del desarrollo en México de manera que podamos delinear, a grandes pinceladas, los factores estructurales que han detonado los movimientos migratorios durante la centuria. Conviene señalar que el flujo migratorio entre México y los Estados Unidos ha sido una constante desde finales del siglo XIX, éste ha variado en forma e intensidad dependiendo fundamentalmente de la oferta y demanda de mano de obra en ambos países. Sin embargo, encontramos que desde México, algunos factores que han detonado estos flujos han sido: “pobreza y violencia rurales, deterioro de

los quehaceres agropecuarios, desigualdad intra e interregional, desajustes entre las actividades del campo y la ciudad: más tarde desempleo y crisis urbanas” (Durand, 1998, p. 5).

Nuevamente es necesario contextualizar en tiempo y espacio cada uno de los grandes momentos migratorios para comprender los cambiantes factores asociados a éstos, para romper con la visión simplista de que se trata de flujos indiscriminados de la pobreza a la riqueza. Por una parte, en el contexto norteamericano varios han sido los factores que han generado una demanda de mano de obra con rasgos específicos: la expansión de la economía agropecuaria en el suroeste, la escasez de trabajadores nativos en algunos sectores industriales y en las grandes ciudades en los estados de California, Texas, Illinois y Nueva York (Sassen, 1998). Por la otra, es necesario considerar las profundas transformaciones en las dinámicas de la economía y los mercados de trabajo en México como resultado de la puesta en marcha de un modelo de desarrollo que modifica la distribución espacial y sectorial de las actividades económicas a través del territorio nacional en el marco de la apertura económica y la firma del TLCAN (Arias, 2000, p. 186).

A finales de los años setenta se incrementan los estudios de la migración internacional proveniente de ámbitos rurales y urbanos no sólo en México, sino en todo el continente, y su estudio se ha generalizado también en los países centrales en donde la inmigración deviene poco a poco en un problema de “seguridad nacional.” Existe una nutrida bibliografía que da cuenta de ello y que no podremos profundizar dado el reducido espacio con que contamos y el objetivo de nuestra investigación.⁹

Al mismo tiempo, la migración se encuentra vinculada a los profundos procesos de cambio social y económico de nuestra nación. Entre 1930 y 1950 la migración tiene como rasgo fundamental la de ser una migración rural - urbana. Los movimientos, predominantemente de población rural e indígena, eran del

⁹ No podemos dejar de mencionar la *International Migration Review* que da cuenta de la abundante investigación generada en el contexto norteamericano y europeo. Para el caso de México encontramos algunos trabajos pioneros como el de Massey (et. al. 1992); el proyecto de investigación denominado “Cañón Zapata (posteriormente El Bordo), los trabajos de académicos relacionados con El Colegio de la Frontera Norte, CIESAS, U. de Guadalajara y, recientemente, el primer Estudio Binacional México – Estados Unidos (1997) en la que participaron académicos de ambos contextos que abordan los diferentes aspectos económico, sociales y políticos de la migración.

campo a las ciudades, donde los migrantes experimentaban severas restricciones para integrarse económica y culturalmente a la dinámica modernizadora que se vivía en esta época. El desarrollo desigual caracterizado por el modelo de industrialización por sustitución de importaciones, que genera enormes flujos de recursos, incluyendo la formación de ejércitos de reserva, del sector agrícola hacia la industria, que da lugar al desarrollo polarizado y desigual, centrado en el crecimiento industrial y de las grandes urbes mexicanas: Ciudad de México, Guadalajara, Monterrey y Puebla (Gendreau 1992). En términos generales, en este período la migración es de carácter fundamentalmente interno. Sin embargo, si analizamos este fenómeno en términos regionales, el área Centro - Occidente de México (que incluye los estados de Guanajuato, Michoacán, Jalisco, Zacatecas, Colima, fundamentalmente) la migración internacional abarca a grandes proporciones de la población rural.

La emigración de México a Estados Unidos ha sido considerada como una invasión, “éxodo silencioso” o “invisible” que una vez iniciado no se ha detenido, si bien ha variado en intensidad, forma, duración y tanto sus causas como sus efectos en ambos contextos nacionales han variado con el tiempo (Alba, 1976, citado por Durand, 1998, p.57; Verduzco, 1992). En una perspectiva de largo alcance, existen tres premisas básicas para comprender el proceso migratorio México – Norteamericano: historicidad, vecindad y masividad (Durand, 1999). Desde el punto de vista **histórico**, se trata de uno de los fenómenos migratorios contemporáneos con mayor antigüedad en el mundo (desde la época prehispánica se dan movimientos en esta región y desde la época colonial e independiente se registra una larga secuela de ocupaciones, intervenciones y expropiaciones). Es una relación histórica basada en la asimetría de poder y económica más grande del mundo en términos de países fronterizos.¹⁰ Asimismo, es un fenómeno de carácter **masivo** en tanto que se calcula en Estados Unidos hay ocho millones de mexicanos (lo que representa el 8% de la población total) y una población de origen mexicano de 15 millones. Hoy la comunidad mexicana es considerada la segunda minoría más importante y será la primera a mediados del presente siglo.

¹⁰ Valga señalar que el PIB de Estados Unidos en 1994 era 18 veces mayor que el mexicano y el PIB del área de Los Ángeles es mayor que el mexicano, con una población diez veces menor (Durand, 1999, p. 30).

Por último, también se trata de un fenómeno **vecinal** en tanto que ambos países comparten la frontera más extensa del globo (más de 3 mil kilómetros de longitud) y la frontera de Tijuana es el punto más transitado de todo el orbe.

Desde una perspectiva histórica Durand (1998) y Escobar (1998) caracterizan **cuatro grandes fases de desarrollo** a las que han correspondido diversas políticas (de control y fomento de la inmigración) a las que se asocian **patrones migratorios** (comportamientos) determinados. La primera fase se inició a fines del siglo XIX y continuó hacia 1941; la segunda abarca el período comprendido por los convenios braceros (1942-1964); la tercera corresponde a las dos décadas en que predominaron los trabajadores indocumentados (1965 – 1985); y la última fase se inicia a raíz del proceso de legalización propugnado por la Ley Simson – Rodino y puesta en marcha por IRCA (*Immigration Reform and Control Act*) desde 1986 hasta la fecha. En nuestro estudio habremos de centrarnos especialmente en esta última fase en la que se ubica el grueso de la migración de los atlixquenses.

En **la primera fase migratoria**, la mayor parte de los migrantes – hombres, mujeres y niños, provenía de las áreas rurales del occidente de México. Según Manuel Gamio casi dos terceras partes (62%) era procedente de tres entidades: Guanajuato Michoacán y Jalisco; y se desplazaba en su mayoría hacia tres estados norteamericanos: California, Texas e Illinois (60.3%) (Citado por Durand, 1998, p. 21). En esta época se pueden distinguir **dos patrones migratorios**: el desplazamiento permanente, generalmente de tipo familiar y la migración temporal, en que predominaban hombres solteros que iban y venían varias veces hasta regresar a establecerse a México. Esta es la migración de mayor tradición en nuestro país, que ha logrado desarrollar y consolidar redes migratorias y laborales que vinculan regiones específicas en ambos países, y que ha facilitado la formación de barrios mexicanos en algunas de las ciudades norteamericanas (v. gr. East Side en Los Ángeles o Pilsen en Chicago) y la generación de grupos México-norteamericanos que hoy juegan un papel relevante en la política de aquel país.

La **segunda fase migratoria** se da en un contexto de economía de guerra y más tarde de una economía en expansión. De aquí surge el acuerdo bilateral que buscaba conseguir mano de obra evitando el establecimiento de las familias. Así surgen los acuerdos Braceros que, como su nombre lo indican, buscan “brazos” para trabajar, definiendo un **patrón migratorio con cuatro características**: legalidad, ruralidad y temporalidad del flujo migrante ligado al ciclo agrícola. El Programa Bracero garantizaba la oferta de trabajadores de bajo costo. Con el tiempo se vuelve un elemento imprescindible para las actividades manuales agrícolas y trastoca el patrón laboral multiétnico ya que se tornan en espacios laborales exclusivos de los mexicanos en los estados del sudoeste norteamericano (íbid. p. 29 y ss).¹¹ Un efecto “no controlado” del Programa es que, en muchos casos, la experiencia migratoria se torna en la cimiento de futuras migraciones indocumentadas que, con el tiempo, integran a nuevas generaciones de migrantes rurales. Tal sería el caso del valle de Atlixco y otras áreas en el Estado de Puebla que participan en la experiencia bracera que se torna en un recurso que habría de ser empleado por futuros migrantes en épocas de crisis agrícola. La experiencia ya estaba ganada, el camino era conocido y, muchas veces, aun fuera del Programa, los empleadores continúan buscando mano de obra mexicana indocumentada.

La semilla indocumentada prendió en los estados de vieja tradición migratoria – Jalisco, Michoacán, Guanajuato, Zacatecas, Durango y Chihuahua-, que fueron, además, los que concentraron más de las dos terceras partes (65 por ciento) de la proporción nacional de braceros (Morales, 1982). Así la región histórica de la emigración resultó notablemente favorecida por el Programa Bracero. Y fue en estos mismos estados donde prosperó también la emigración indocumentada (Durand, 1998, p. 34).

A pesar de que 21 de los 32 estados de la República Mexicana contaban con cuotas migratorias, los estados con menor participación en el Programa que, a su

¹¹ Durante el programa Bracero (1942-1964) fueron contratados más de cinco millones de mexicanos. Se estima que otros cinco millones de migrantes indocumentados entraron en ese mismo período (Durand, 1999, p. 31).

vez, tenían menos posibilidades de construir redes sociales y de continuar con migración indocumentada eran: Oaxaca, Puebla, Querétaro, Hidalgo y Guerrero.¹²

Entre 1965 y 1985 se desarrolla la **tercera fase migratoria** que corresponde a condiciones socioeconómicas inéditas en ambos contextos nacionales (Escobar, 1998). México, por una parte, había dejado de ser un país predominantemente rural para tornarse en un país en pleno proceso de urbanización e industrialización. Por la otra, Estados Unidos había concluido la expansión de su frontera agrícola, experimentaba cambios tecnológicos sin precedentes en esta área y vivía un proceso de reconversión industrial y auge del sector servicios en la grandes ciudades (Sassen, 1998). El fin del Programa Bracero y la ausencia de una política migratoria definida entre ambos países significa un incremento notable de los costos y riesgos de la migración. Asimismo los cambios sociales y económicos de México se reflejan en la composición de la oferta de migrantes. La corriente migratoria tradicional, de origen rural y proveniente de Occidente, se enriqueció con la incorporación de migrantes con otro perfil y provenientes de nuevas regiones. Dos actores empezaron a figurar **en el nuevo patrón migratorio**: los migrantes de origen urbano y las mujeres; y dos regiones nuevas comenzaron a enviar trabajadores a Estados Unidos: el centro y la frontera norte (Durand, 1995, citado por Durand, 1998, p. 39).

En 1980 la región tradicional de la migración (Aguascalientes, Colima, Durango, Jalisco, Guanajuato, Michoacán, Nayarit, San Luis Potosí y Zacatecas) continúa teniendo el mayor peso en el flujo migratorio (73.2%). Pero, como hemos dicho, empiezan a cobrar fuerza otras dos regiones, la frontera Norte y la zona Centro. En la primera el Programa de Industrialización Fronterizo desarrolla maquiladoras y acelera el crecimiento de las ciudades fronterizas como Tijuana, Ciudad Juárez, Mexicali y Nuevo Laredo, favoreciendo la migración transfronteriza. La región Centro (Guerrero, Morelos, Hidalgo, México, Querétaro, Oaxaca, Puebla, Tlaxcala y D.F.), por su parte, contribuye ese mismo año con

¹² Aunque no se tiene un registro preciso del volumen de braceros, el impacto del Programa Bracero ha sido medido a través del monto de remesas. En 1958 Ruiz Cortínez informó haber recibido cerca de 21 millones de dólares como remesas. Aunque éstas no cesaron, a partir de 1964 el gobierno deja de informar su monto, ya que resultaba difícil aceptar la presencia de población mexicana en Estados Unidos a pesar de que el Programa había concluido (Durand, 1998, p.15).

cerca del 11% del total nacional, cifra que tiende a crecer en las dos últimas décadas del siglo XX.

La región centro, [...] aportó migrantes de origen urbano, en especial del Distrito Federal y sus zonas conurbadas (Cornelius, 1990; EMIF, 1995). Los estados de Oaxaca, **Puebla** y Guerrero enviaron indígenas de origen rural, sobre todo, mixtecos y zapotecas: migración que forma parte y se entrelaza con la corriente golondrina [jornaleros] que se dirige cada año a trabajar a los campos de Sinaloa, Sonora y Baja California (Clark, 1982; Zabin, 1992, citados por Durand, 1998, p. 42; negritas nuestras).

A principios de la década de los ochenta existían diversas estimaciones de la población mexicana en Estados Unidos: desde dos millones, según las más conservadoras, hasta ocho millones según proyecciones del SIN (por su acrónimo en Inglés Servicio de Inmigración y Naturalización). Nuestros connacionales dejaron de ser trabajadores privilegiados (dominantes) en ciertos sectores como el medio agrícola del sudoeste norteamericano. En el medio urbano también enfrentaron la competencia de trabajadores centroamericanos, sudamericanos y del caribe. El peso relativo de la población inmigrante de origen hispano ha puesto de relieve el papel político que ésta puede jugar, especialmente en aquellas ciudades y condados donde representan más del 20% de la población (Cfr. *Infra*).

El flujo migratorio de origen urbano se hizo más numeroso, sobre todo a raíz de las crisis recurrentes y el cambio estructural de la economía mexicana por lo que se diversifican las opciones laborales y los lugares de destino de la migración. Esta migración no se dirige ya al sector agrícola, sino a las ramas industriales que se ubican en las ciudades: calzado, curtiduría, textil, confección, mueblera, empackadora, maquiladora, enseres domésticos, construcción. Además, encuentra la posibilidad de incorporarse al sector servicios en: hoteles, moteles, restaurantes, lavandería, jardinería, servicio doméstico, comercio y limpieza en general (Gómez Quiñónez, 1994).

Desde 1986 y hasta la fecha, se inicia la **cuarta y última fase** de este fenómeno bajo estudio, misma que algunos estudiosos en Estados Unidos describen como el inicio de una segunda ola migratoria (*Second Wave*) que ya no

se dirige a los estados fronterizos o a Illinois, sino que se orienta geográficamente a los estados del Noreste: Nueva York, Nueva Jersey, Carolina del Norte y del Sur, Pennsylvania, entre otros (Jasso, et. al., 1998). Esta fase se caracteriza por la generación de una política de integración selectiva sustentada en una nueva legislación que favorece a los inmigrantes que ingresaron a Estados Unidos anteriormente, pero que deja descubierto a un gran número de inmigrantes indocumentados, lo que propicia una “segmentación” en el grupo de inmigrantes de origen mexicano, como veremos más adelante. Dos elementos que alimentan este nuevo flujo migratorio son: el desplazamiento de nuevos migrantes (y aún de migrantes previamente establecidos en los estados fronterizos) hacia el Norte y Noreste Norteamericano ante el creciente racismo y discriminación desatados contra la población de origen mexicano en los estados del Sur. Situación que, desde la percepción de los propios migrantes, es menos fuerte en los estados del Norte de la Unión Americana y del Canadá. Pero además, los migrantes que logran su residencia a partir de los programas de amnistía y trabajadores agrícolas especiales promovidos por IRCA cuentan con una mayor movilidad laboral (al insertarse en otras ramas de la economía) y espacial ya que se movilizan hacia estados vecinos a California (Nevada, Oregon, Washington, Idaho y Alaska).¹³

Son dos los factores que influyen en el desarrollo de la migración femenina y su incorporación al mercado de trabajo. En primer lugar, la inserción de la mujer a los mercados de trabajo urbano y rural a consecuencia, entre otras cosas, de la crisis de las actividades tradicionales del medio rural mexicano que generó desempleo y búsqueda de alternativas laborales (Arias, 1992). En segundo lugar, Durand (1998) señala que el proceso de reunificación familiar permite a los residentes traer a las esposas e hijos, por un lado, y aquellos que tenían hijos nacidos en Estados Unidos podían solicitar residencia en ese país, por el otro. El 41% del total de las amnistías concedidas por IRCA fue para mujeres. Sassen

¹³ La ley IRCA busca esencialmente cuatro objetivos: a) sancionar a los empleadores que contrataran a indocumentados (acción que ha sido sumamente laxa); b) reforzar las medidas de control en la frontera para impedir la entrada de nuevos indocumentados; c) conceder amnistía, es decir, derecho a obtener residencia legal a los indocumentados que demostraran cinco años de estancia como inmigrantes; d) establecer un programa dirigido a trabajadores agrícolas (SAW, Special Agricultural Workers) que hubieran trabajado al menos tres meses en ese sector entre mayo de 1985 y mayo de 1986. No obstante que IRCA privilegió a los inmigrantes urbanos (por la dificultad que implicaba demostrar la permanencia en Estados Unidos). Entre 1996 y 1990 más de dos millones de mexicanos obtuvieron la calidad de residentes legales.

(1998) muestra que los efectos de esta legislación que buscaba atraer a la población europea, es aprovechada en mayor proporción por la población mexicana y latinoamericana. Pero además, IRCA fue el detonador de la fase más reciente en el proceso migratorio México-norteamericano, al favorecer nuevas oleadas de migración indocumentada aunada al hecho de que la expectativa de retorno se desvanece cada vez más frente a los escenarios de crisis y cambio del modelo económico en México (Escobar, Bean and Weintraub, 1999).

Tanto el Programa Bracero como IRCA (y su complemento el RAW),¹⁴ que se orientaban a regular y legalizar la inmigración, han sido detonadores de la nueva migración indocumentada. Hoy vemos que la selectividad migratoria indocumentada depende, en gran medida, de la presencia o no de estas redes sociales que facilitan el viaje, el pago del “coyote,” el alojamiento y la ubicación en el mercado de trabajo. Se ha demostrado, inclusive, que las probabilidades de migrar aumentan cuando se tienen parientes directos que hayan sido o sean actualmente migrantes (Massey, et.al., 1987). El sistema de contratación centrada en manos y sistemas privados facilitó, al mismo tiempo, la conformación y fortalecimiento de estas redes en ambos lados de la frontera.¹⁵ **Las relaciones sociales, sobre todo las de índole familiar y de paisanaje, son hoy un elemento clave en el sistema de abastecimiento de mano de obra migrante en el mercado de trabajo norteamericano.** Desde el punto de vista de la población mexicana encontramos hoy un **mercado de trabajo segmentado**: los trabajadores residentes (“los rodinos”), los indocumentados y el “nuevo bracero” (aquél que logra visas H2 que avala el contrato de trabajo estacional y que se vincula a tareas agrícolas principalmente).¹⁶ Como vimos en la sección anterior,

¹⁴ A pesar de que el SAW (*Replenishment Agricultural Workers*) buscaba regular la contratación de inmigrantes en el sector agrícola, de hecho les sirvió para obtener la legalización y abandonar este sector, lo que genera un vacío laboral que ha tenido que llenarse con otros programas, pero sobre todo, con nuevos indocumentados (Durand, 1998, Pp. 53-54).

¹⁵ Recientemente encontramos prácticas ligadas a la subcontratación de indocumentados en ciertos sectores que han reactivado los sistemas de “enganches” por parte de los contratistas en los pueblos de origen en busca de trabajadores con cierta calificación. Ellos se encargan de la logística del cruce fronterizo y dan empleo bajo condiciones de enorme control (ya que no permiten ningún tipo de movilidad laboral) y precarización (Durand, 1997).

¹⁶ El programa H2 surge en los años ochenta como una demanda específica del sector tabacalero de los estados de Virginia y Carolina del Norte. Sin embargo, se han incrementado paulatinamente tanto en el tipo de actividades, regiones de origen y destino, como en el tiempo de estancia. Los trabajadores son reclutados principalmente de los estados de Durango, Guanajuato, Guerrero, Hidalgo, Michoacán, Nayarit, San Luis Potosí y en menor medida Jalisco. Hoy éstos se han dirigido a otras actividades (reforestación, industria de alimentos) y zonas (Nueva York, Nueva Jersey) y han arribado desde otros estados como: Nayarit, la Huasteca Potosina y el Norte de Veracruz. Una novedad en el patrón migratorio es que en estas actividades no sólo se contratan hombres sino también mujeres (Durand, 1998),

los trabajadores indocumentados que llegan a Estados Unidos desde la segunda mitad de los años ochenta han estado estrechamente ligados a ciertos sectores económicos donde han llegado a ser irremplazables (Sassen, 1998).

Otro efecto muy importante de la regularización migratoria originada por IRCA consiste en la formación de nuevas comunidades dispersas por el territorio norteamericano y la ampliación de las opciones laborales. La migración indocumentada había favorecido la formación de comunidades de migrantes en la diáspora, ya que la “espacialidad cerrada” era empleada como un “sistema de defensa” ante las presiones policiales y racistas provenientes de otros grupos de la sociedad norteamericana. La nueva legalidad facilita la movilidad espacial y laboral. Ello da lugar a la segunda ola de migración que se ha orientado a ciudades medianas y pequeñas, alejadas de los ámbitos conflictivos de los barrios étnicos de las grandes ciudades (debido en gran parte a que los recursos y redes indispensables a los inmigrantes indocumentados ya no son necesarios y al hecho de que IRCA establece la obligación de aprender inglés para legalizarse). Esta nueva realidad merece ser estudiada con detenimiento desde la perspectiva cultural e identitaria, trabajo que aún queda por realizarse.

A su vez, el cambio en la condición legal de los mexicanos ha impactado severamente la dirección y monto de las remesas. Antes de 1986 las remesas se destinaban a objetivos vinculados a los proyectos de retorno, sin olvidar que una parte considerable (entre el 50% y 75% de los ingresos) se destinaba al consumo en Estados Unidos.¹⁷ El proceso de reunificación familiar cambió la dirección de las remesas que se quedan en Estados Unidos, lo que ha propiciado el ahorro y las solicitudes de préstamo para la compra de viviendas. La migración desde Atlixco se inicia fundamentalmente a partir de los años ochenta, por lo que solamente casos aislados han podido aprovechar los beneficios de IRCA. En este sentido, los migrantes atlixquenses son mayoritariamente indocumentados y mantienen una orientación fundamental hacia el retorno (al final de la vida laboral, cuando termina el ciclo migratorio después de varias salidas y retornos).

¹⁷ Según información reciente de CONAPO (2000) cerca de 1.3 millones de hogares mexicanos depende del dinero que envían sus familiares desde Estados Unidos.

Como podemos ver, el grueso de la emigración internacional mexicana es y ha sido de tipo laboral e indocumentada. Escobar (1999) realiza una prospección de los flujos en el futuro mediano señalando que si bien reducirán su tasa de crecimiento, no tenderán a desaparecer. Es preciso tomar en cuenta: a) el cambio en la dinámica demográfica (descenso de la tasa de natalidad y período de transición hacia una población menos joven y más adulta) generará un menor crecimiento de la PEA nacional¹⁸ y, consiguientemente, una menor oferta de mano de obra (incluyendo a aquella que busca oportunidades en el mercado norteamericano); b) el proceso de reestructuración y crisis económica vivida en los ochenta parece haber sido remontado por una época de mayor crecimiento en la economía formal, lo que, de continuar un crecimiento económico estable, tenderá a reducir la tasa de desempleo. Sin embargo, nuevas crisis podrían desatar oleadas migratorias; c) en los últimos 20 años, se han venido fortaleciendo las redes y recursos sociales que han facilitado la emigración desde nuevas áreas y regiones en ambos países, y ha permitido abarcar nuevos sectores económicos en los EE.UU.; d) por último, el descenso del costo de las comunicaciones y el transporte, que han seguido las rutas de la integración económica, han facilitado tanto la migración circular como el contacto frecuente de los migrantes con sus comunidades de referencia, por lo que el proceso migratorio se integra a las expectativas de vida de la población joven de la mayor parte de las localidades que desarrollan una cultura migratoria.

Recientemente, la puesta en marcha de los operativos “Guardián”, Salvaguarda, Bloqueo y Río Grande,¹⁹ cerró los lugares de cruce tradicional de migrantes, desplazándolos hacia sitios más agrestes, lo que ha causado más de 1,600 muertes entre 1993 y 1997 (320 muertes anuales en promedio), lo que ha tornado la frontera México-norteamericana en la que tiene el costo humano más alto del planeta (Durand y Rodríguez, 1999). Estos programas han reducido el cruce por el área de Tijuana en un 50% debido a las estrictas medidas de control y métodos sofisticados para detectar y capturar indocumentados, desviando el cruce

¹⁸ En 1996 la PEA mexicana la conformaban 38 millones de personas; la PEA total mexicana en Estados Unidos se calcula en 4.1 millones, es decir entre el 11 y 12% de la PEA nacional (Escobar, 1999, p. 19).

¹⁹ Especialistas señalan que se ha desplazado a cerca de una tercera parte del personal militar norteamericano a la frontera, situación que muestra de facto una situación de “guerra de baja intensidad.”

hacia los estados de Arizona y Texas, zonas menos conocidas y que implican mayores riesgos para los futuros migrantes. Esto ha favorecido la selectividad ya que el incrementado en el riesgo y el costo de los “coyotes” favorece la migración de la población masculina joven, y ha ampliado el tiempo que transcurre entre cada ida y retorno en el ciclo migratorio. Sin embargo, según los especialistas, no ha disminuido el número de migrantes anuales (alrededor de 300 mil); simplemente los ha lanzado hacia otros puntos de cruce, aumentando el riesgo y la vulnerabilidad de los migrantes mexicanos (Comunicación Personal, Dr. Agustín Escobar, Marzo 2001).

Después de más de casi tres décadas de “vacío” en la política migratoria — tolerada por los Estados Unidos que requiere de mano de obra e “ignorada” por el gobierno Mexicano que necesita esta válvula de escape — Desde el sexenio del Presidente Zedillo, México, por primera vez, toma una iniciativa de política y ofrece la doble nacionalidad ante la situación de perder no sólo a la población migrante (que ha sido prescindible por décadas) sino ante la disminución en el envío de remesas. De esta manera, nuestros compatriotas pueden obtener los beneficios a que todo ciudadano norteamericano tiene derecho, al tiempo de no perder el arraigo y el sentido de su identidad en la comunidad socioterritorial que lo expulsó, pero que lo retiene a través de la conformación de esta comunidad trasnacional.

Recientemente el gobierno de Vicente Fox propugnó por la ampliación de la emigración legal y estacional (semejante al Programa Bracero) en la que ambos países asumen su responsabilidad ante el proceso migratorio. También nos encontramos ante la posibilidad de que la población mexicana que reside en los Estados Unidos, participe en el proceso electoral del 2006.²⁰ No obstante, los acontecimientos del 11 de septiembre del 2001 han obligado a Estados Unidos a endurecer sus políticas de inmigración, por lo que es muy probable que, ante la demanda de mano de obra que no ha descendido, la mayor parte de la migración

²⁰ El gobierno mexicano, que por décadas descuidó a esta población migrante a pesar de haber representado una importantísima válvula de escape al problema social generado por la depauperización del campo, hoy reconoce el papel que juegan no sólo económico (el envío de remesas, segunda fuente de ingreso de divisas al país), sino como gestores de inversión y organización productiva en sus comunidades de origen (como recientemente anuncia Juan Hernández, de la oficina para comunidades migrantes del gobierno de Fox).

mexicana continúe siendo indocumentada. Esto hará que nuestros migrantes vivan una doble situación de vulnerabilidad manifiesta en el mayor riesgo de perder la vida en el cruce y el incremento en el costo de viaje por un lado y, en mayores posibilidades de explotación de la mano de obra indocumentada, por el otro.

Por último, nos gustaría resaltar, como señala Durand (1998), que “las políticas y modelos migratorios diseñados para regular la migración mexicana han tratado de corregir los efectos no deseados —es decir, el patrón migratorio generado por las políticas anteriores — más que tratar de prevenir, de diseñar el comportamiento migratorio en el futuro” (p. 72). Además, en cuanto a la reducción y/o anulación de este fenómeno han sido poco eficaces. Ello en gran parte debido a que no se analiza a fondo la complejidad del fenómeno. Las políticas, creemos, deberían considerar la realidad en sus diferentes dimensiones y escalas. La política migratoria no debería pretender limitar los flujos, sino administrarlos y aprovecharlos, puesto que son inherentes a los nuevos modelos de desarrollo (Escobar, 1999). Existe un primer esfuerzo en este sentido materializado en el Estudio Binacional (1998) que abrió la posibilidad de un diálogo entre especialistas de las dos naciones, flexibilizando, abriendo, derribando algunos de los estereotipos y preconcepciones de los migrantes mexicanos y de su participación en la vida social y económica norteamericana.

4.3.1 Geografía de la Migración México – norteamericana

Los rasgos de la migración de connacionales hacia los Estados Unidos es, como hemos visto, un fenómeno de largo alcance y que presenta características peculiares ligadas a su historicidad, vecindad y masividad. No obstante, contrariamente a lo que una mirada simplista podría sugerir, ésta no se distribuye en el espacio de manera homogénea. Veremos que enlaza puntos geográficos específicos tanto en la sociedad de origen como en la de destino, dando lugar a verdaderos circuitos migratorios, como veremos a continuación.

Como mencionamos en la sección anterior, sólo en la frontera se producen más de 300 millones de cruces anuales, además de las entradas y salidas aéreas o marítimas. Al comparar el censo de Población de 1990 de Estados Unidos con las estadísticas de la Encuesta Continua de Población, la población mexicana en el país vecino continúa creciendo a una tasa de entre 6.6 y 7% por año (Escobar, 1998).²¹ Y de los 5 millones que el INS (*Immigration and Naturalization Service*) estima como población extranjera indocumentada en 1996, 2.7 millones son mexicanos, mientras que en el Primer Estudio Binacional (1998) esta población se estima en 2.3 millones (puesto que no contabiliza a las personas que habían solicitado su legalización o ajuste de status migratorio).

Según la información más reciente, el 98.7% de los mexicanos emigrados residen en el país vecino. En el año 2000, a partir del Censo Norteamericano de Población es posible dar cuenta de que la población hispana o latina ha pasado a ser la primera minoría, después de la población blanca, con un total de 35.3 millones de personas, de los cuales 20.6 millones se identifican como mexicanos (es decir, el 58.5% del total (Durand, 2000, p. 4).

En relación con la distribución espacial de la población mexicana, Durand (2000) señala que coexisten dos patrones claramente definidos de **concentración** y de **dispersión**. El primero agrupa a gran cantidad de mexicanos en un mismo espacio (ciudad, barrio, condado o pueblo). “A comienzos del siglo XX los lugares de mayor concentración estaban en las ciudades de **San Antonio**, Texas; **Kansas City**, Missouri; **Los Ángeles**, California y **Chicago**, Illinois” (íbid. p. 4).

Este patrón no cambia mucho, ya que para 1996, **la mitad de los mexicanos mayores de 18 años (49.37%) se concentraban en ocho condados** de la Unión Americana, con una fuerte representación en los estados de California y Texas: Los Ángeles, California (con el 22.63%), Cook, Illinois; Orange, California; Harris, Texas; San Diego, California; Maricopa, Arizona; El Paso y Dallas, Texas. También resaltan otros **25 condados**, de mediana concentración, ubicados en los

²¹ Una medida indirecta de la importancia de los cruces es la deportación. Mientras que en 1994 fueron removidos 30 mil mexicanos, en 1995 fueron 34 mil lo que nos da un indicio de que los procesos migratorios indocumentados no han disminuido.

estados de California, Texas, Illinois, Arizona, **Nueva York**, Nevada y Colorado. Es decir que, **en 33 condados, se concentran tres cuartas partes del total (74.51%)**. Finalmente, el restante 25% se dispersa en toda la Unión Americana y se localiza en 428 condados repartidos en 38 estados (íbid., p. 5 y 8). Cabe resaltar, también, que el 18% de la población mexicana radica a lo largo de la franja fronteriza.

Por último, Durand concluye en su estudio que la población mexicana se concentra en las grandes zonas metropolitanas que conforman los núcleos de mayor expansión y desarrollo de la Unión Americana, como son: Los Ángeles, San Francisco, San Diego, Chicago, Houston, Dalas, **Nueva York**, Atlanta y Denver. Las ciudades globales, como vimos en la sección anterior, son un nicho importante de recepción de migración mexicana.

Visto en términos históricos, la distribución geográfica de la migración mexicana hacia el vecino del norte permite definir **cuatro grandes regiones**: dos de carácter permanente, una de carácter histórico y otra más en proceso de formación.

La primera región [**permanente**] es la del sudoeste, que incluye a los cuatro estados fronterizos y una en una segunda fase de expansión abarca a los estados adyacentes. En segundo término figura la región de los Grandes Lagos, que se articula en torno a la ciudad de Chicago. La tercera región [**histórica**] de corta duración fue la de las Grandes Planicies que se articuló en torno al centro ferrocarrilero de Kansas y que al parecer en estos momentos está en proceso de reconstitución. Finalmente, hay que tomar en cuenta una nueva región, **en proceso de formación**, la del corredor de la Costa Este, que va de La Florida a Connecticut [en la que destaca el área de Nueva York – Nueva Jersey], (Durand, 2000, p. 11; subrayado por nosotros).

Es interesante notar la dinámica y constante reacomodo de la población mexicana en los EE.UU. Por ejemplo, al comparar los censos de población de 1990 y 2000 se puede apreciar que **la región histórica fronteriza** y su área de expansión hacia el noroeste (que sigue teniendo el mayor peso relativo), perdieron en una

década 9 puntos porcentuales. El gran perdedor, sin embargo, fue el estado de California que perdió 17 puntos, y el ganador parece haber sido Arizona, lo que puede ser consecuencia directa del bloqueo fronterizo en la zona de Tijuana – San Diego, por una parte, y del discurso racista promovido por políticos californianos (baste recordar la discusión en torno a la legislación 187 por el gobernador Pete Wilson a principios de los años noventa).

La Región de los Grandes Lagos, tuvo un crecimiento moderado (recuperando la caída de la década de los ochenta) y la Región de las Grandes Planicies, empieza a crecer y a recomponerse; es notorio el crecimiento de la ciudad de Denver en el estado de Colorado. **La nueva región migratoria**, de enorme interés para nuestro estudio es, precisamente, la de la Costa Este en la que la población mexicana tiene un crecimiento importante al pasar de 3.6% a 7.8%, doblando su población en sólo una década. Este fenómeno se localiza en los estados de Florida, Georgia, North Carolina y New York (íbid., p. 12). Hace falta, no obstante, un estudio intraregional que nos permita descubrir el patrón de concentración en algunas ciudades y condados de la región.

El área de destino de la mayor parte de los migrantes atlixquenses registra un crecimiento notable en la década de los noventa: en Nueva Jersey pasa de 0.2% a 0.8% (además del 11.4% de ciudadanos naturalizados) y en Nueva York se incrementa de 0.8% a 1.6% (además del 8.3% de ciudadanos naturalizados) (íbid., Tabla No. 1).

En el apéndice A en el mapa No. 5 mostramos, con información de 1999, la manera en que se vinculan determinadas regiones de origen con otras específicas de destino. Ello nos permite mostrar el contexto binacional de la migración aunque aún están representados los circuitos migratorios de reciente constitución (como el de Puebla – Nueva York). No obstante, el estado de Puebla aparece ya como expulsor de migrantes (con una tasa migratoria del 2.11% en la década de los años noventa).

Para finalizar esta sección, nos interesa resaltar algunos rasgos de la población mexicana que se asienta en **Nueva York**, obtenidos a partir de varias fuentes primarias. Cabe resaltar que la migración de mexicanos al estado de

Nueva York no es un fenómeno nuevo, pero se intensifica en la última década en que tiene lugar una nueva ola migratoria (*New Wave*). La ciudad de Nueva York es el área que atrae al mayor número de inmigrantes en toda la Unión Americana. Más de un millón de inmigrantes llegaron a esta ciudad entre 1990 y 1999 (*New York City Department of City Planning*, citado por Rosenbaum, 2002). **La población latina asciende a 2.2 millones** en 2000 (de una población de 1.8 millones en 1990), representando el grupo minoritario de mayor peso demográfico en la ciudad, sobrepasando a la población negra en tan sólo una década.

En comparación con el resto del país, Nueva York presenta una contribución desproporcionada de ciertos grupos inmigrantes: tiene una menor participación de inmigrantes provenientes de Norteamérica, 0.9% (principalmente de México) frente a 17% nacional en el bienio 1995-96. No obstante, **Nueva York parece ser un destino crecientemente importante para inmigrantes mexicanos que se dirigen hacia los Estados Unidos, particularmente aquellos que provienen del estado de Puebla.** Esto es evidente en el crecimiento dramático registrado en la población mexicana que reside en la ciudad de Nueva York desde 1980. Mientras sólo 23, 761 mexicanos residían en la ciudad, según el censo de 1980, este número creció hasta 61,722 en 1990 y a **casi 187,000 en 2000** (Rosenbaum, 2000, p. 2; subrayado nuestro).²²

La población de origen mexicano se ha más que triplicado en los últimos diez años, lo que muestra una tendencia interesante que debe ser tomada en consideración tanto por las autoridades del estado de Puebla como por las de Nueva York. No obstante, aún representa una proporción menor dentro del grupo de latinos en la ciudad (que en su conjunto participan con cerca del 7%).

Utilizando información del Censo sobre Casas Habitación y Desocupación de la Ciudad de Nueva York realizado en 1999, Emily Rosenbaum (2002) que citaré en los próximos párrafos, nos ofrece un panorama interesante de algunos rasgos de nuestros connacionales; éstos servirán como marco de referencia para

²² Esta cifra subestima el número de mexicanos que viven en la ciudad, debido a que se trata de población indocumentada y de reciente arribo, por un lado, y a que se realiza en cinco condados (countries o boroughs: Bronx, Brooklyn, Maniattan, Queens y Staten Island) . El censo de población de 2000 considera que existen 186,872 personas de origen mexicano (ibid.).

el estudio de la migración desde el estado de Puebla. Los mexicanos se asientan principalmente en **los condados de Brooklyn y Queens** (33% y 28% respectivamente) y en menor proporción se encuentran en Bronx y Manhattan (21% y 15% respectivamente). Se asientan en barrios donde previamente vivía población latina, por lo que el empleo del Inglés no es necesario en su vida diaria.

Algunos **rasgos socioeconómicos** de la población mexicana son dignos de destacarse: una mayor proporción de mexicanos (en relación con la población latina de la ciudad) se encuentra en casas habitación consideradas como pobres y tienen ingresos que están sólo marginalmente por arriba de la línea de pobreza. Además, estos individuos no sólo perciben salarios muy bajos sino que no están inscritos en programas de beneficencia (*welfare*). Rosenbaum afirma que ello puede ser un indicio de su estrategia para reducir al máximo los costos de habitación en la ciudad de Nueva York con la finalidad de enviar la mayor parte de sus ingresos a sus familias mexicanas. Viven en grupos de trabajadores varones, relativamente jóvenes (la mayor proporción se encuentra en el rango de 20 a 44 años de edad), sin la presencia de algún núcleo familiar. Por último, cabe resaltar que los mexicanos presentan los menores niveles de educación en comparación con la población latina de la ciudad. Tienen en promedio seis o menos años de escolaridad. Todos estos rasgos concuerdan con el patrón de la migración internacional en las áreas rurales del estado de Puebla.

Por último, Emily Rosenbaum señala que los trabajadores mexicanos se concentran en ciertas ocupaciones, especialmente aquellas que requieren menor capacitación y que no precisan un nivel elevado en el manejo del Inglés. Por ejemplo, **los hombres** se concentran en el sector servicios, particularmente preparación y servicio de comida. Además ocupan, en su mayoría, puestos de menor responsabilidad, es decir que se encuentran bajo las órdenes de otros (supervisores, capitán de meseros, etc.). Por su parte, **las mujeres** se desempeñan principalmente en el servicio doméstico privado y en categorías ocupacionales como operadoras de maquinaria, ensambladoras e inspectoras.

Una reflexión que surge al revisar esta información es que los procesos migratorios no pueden ser analizados sin tomar en consideración las condiciones

sociales, culturales, políticas y económicas de la región de procedencia y de llegada. El análisis de las redes sociales y los circuitos migratorios, como canales de comunicación, desempeñan una función articuladora de capital importancia en la vida cotidiana en ambos espacios geográficos. En la sección 4.4 ahondamos en las dimensiones comunitaria, local y familiar de la sociedad de origen de la migración para describir algunos de los rasgos espacio-temporales que definen las características de este proceso social.

4.3.2 La Tortuosa Construcción de la Migración hacia Estados Unidos: El Valle de Atlixco en el Contexto Poblano

Como hemos podido apreciar en las secciones anteriores, la migración poblana hacia los Estados Unidos es relativamente reciente. Si bien se inicia con el Programa Bracero en los años cuarenta, no es sino hasta 1980 que empieza a adquirir una mayor importancia, tanto para las comunidades expulsoras como en la región de destino (Nueva York – Nueva Jersey).

La extensión en el territorio nacional del fenómeno migratorio abarca hoy a casi todo el país ya que en la actualidad sólo 93 de los 2, 433 municipios en el país no registran algún índice migratorio (CONAPO, 2000). En el quinquenio comprendido entre 1995 y 2000 las entidades que mayor número de migrantes enviaron al extranjero fueron: Jalisco, Michoacán, Guanajuato y el Estado de México. **Puebla**, a finales del siglo XX, ocupa ya el quinto lugar (aunque aporta apenas la mitad de cada una de esas entidades). Por debajo de la entidad poblana se ubican: Veracruz, Guerrero, Distrito Federal, San Luis Potosí, Hidalgo y Oaxaca (INEGI, 2000). Esto nos hace ver la tendencia reciente de la migración internacional desde el estado de Puebla, que en su mayoría se dirige, como hemos dicho ya en repetidas ocasiones, al área de Nueva York – Nueva Jersey.

Con frecuencia se escucha que en Nueva York viven varios cientos de miles de poblanos (principalmente mixtecos). Sin embargo, estudios recientes nos obligan a ser mucho más cautelosos en esta afirmación. Según los registros de El Colegio de la Frontera Norte (Proyecto Cañón Zapata) que aplica cuestionarios a

migrantes mexicanos al momento de cruzar la línea fronteriza, sólo un 5% de éstos correspondería a la entidad Poblana. Por su parte, el Consejo Nacional de Población (CONAPO) estimó un saldo neto migratorio de México hacia Estados Unidos de 360 mil personas al año para el quinquenio 1996 – 2000, y si consideramos que de éstos el 5% son poblanos, tendríamos un saldo neto para el año 2000 de 18 mil poblanos (Cortés, 2001).

Existe una verdadera “guerra de cifras” en relación con el monto total de poblanos que radican en Nueva York, en gran medida generado por las cifras oficiales (Consulado Mexicano, Encargado para las poblaciones migrantes del estado de Puebla) que tienden a elevar sus dimensiones, mientras que los investigadores buscan sustentar sus aseveraciones comparando diversas fuentes y realizando proyecciones de crecimiento poblacional. En este sentido, encontramos que Luz María Valdés (1990), una de las primeras investigadoras en aproximarse a esta problemática, empleando información del registro consular, estima en 200 mil los mexicanos que residen en la mancha urbana de Nueva York en 1990. Por su parte, Ludger Pries (1997) habla de una población de mexicanos que se sitúa entre 200 y 250 mil, dos terceras partes de los cuales serían poblanos. No obstante, el encargado para comunidades migrantes por parte del gobierno del estado de Puebla señalaba, en 1998, que la cantidad de poblanos en Nueva York ascendía a más de 300 mil (cifra externada por el Dr. Robert Smith de la Universidad de Columbia, Nueva York; ambos en comunicación personal, noviembre 1998).

En los años noventa el estado de Puebla se torna en expulsor neto de población. Para el Consejo Nacional de Población (2000), el saldo neto de migración interestatal es de -0.19% y el de la migración internacional asciende a 0.29% . Según la información del INEGI, la tasa media anual de emigración de la entidad para el quinquenio 1995-2000 es de 0.35% . En promedio, durante el quinquenio salieron 37 personas al día rumbo al extranjero y, para 1999, este número asciende a cincuenta. De acuerdo con el trabajo original de Sergio Cortés Sánchez (2001), basado en proyecciones realizadas a partir de una encuesta de representación estatal, “los poblanos radicados fuera del municipio en que

nacieron representan el 9.0 por ciento con relación a la población residente en la entidad: 5.9 por ciento radicaba en el año 2000 en algún municipio mexicano diferente al que nació y 3.1 por ciento tenía su residencia en el extranjero” (p.2).²³ Y de éstos, más del 99% radica en los Estados Unidos, donde los destinos finales de los migrantes de esta región son: la ciudad de Nueva York (68.2%), el área de Nueva Jersey (10.2%) y la ciudad de Los Ángeles (6.8%).

Los mixtecos fueron los primeros en trazar la ruta migratoria laboral hacia Nueva York que se inicia hacia 1946. Durante los cuatro últimos decenios del siglo XX la mayor parte de los migrantes internacionales procedían de la región de la Mixteca poblana. Es hacia los años ochenta que la situación de crisis económica generalizada (y agudizada en el campo) genera una migración internacional que parte de otros municipios entre los que se encuentran: **Atlixco**, Puebla, San Pedro Cholula, **Huaquechula**, Huehuetlán el Chico, **Tianguismanalco**, Coronango, Tepetlaxco, Calpan y Nealtican en la región suroriente y nororiente del estado (tres de ellos pertenecientes al Valle de Atlixco). Asimismo Acajete, Tepeaca, Tecamachalco, Chalchicomula y Tepatlaxco de Hidalgo, de la región oriente. El flujo más reciente, a partir del decenio de los noventa, lo representan los indígenas nahuas y totonacos de la Sierra Norte, que radican en los municipios de Pahuatlán, Huauchinango, Honey y Zacatlán. En esta última región, se suman a los factores de expulsión, los desastres causados por el descenso en los precios del café, la pimienta gorda y los cítricos, así como los desastres naturales causados por las intensas lluvias en 1999 (Cortés, 2001, p.3).

En una encuesta aplicada en 2000 por este autor a una muestra representativa de la población registrada por el IFE, encontró que **los distritos electorales con mayor stock migratorio hacia el extranjero eran: Izúcar (13.4%), Acatlán (10.7%) y Atlixco (5.5%)**, todos ellos ubicados en el Centro-Sur del Estado. También realiza una proyección de estos porcentajes según el total de población distrital, encontrando los resultados que anotamos en la siguiente tabla.

²³ Esta cantidad excluye a los nativos emigrados que no tienen padres radicando en el municipio en que nacieron (sea por muerte o cambio de residencia). Sin embargo, se trata de una omisión menor ya que la mayoría de los migrantes son jóvenes y sus padres aún son jefe de familia.

TABLA No. 1. STOCK MIGRATORIO DEL ESTADO DE PUEBLA RESPECTO A LA POBLACIÓN RESIDENTE EN EL MUNICIPIO, AÑO 2000

	Tepeaca	Serdán	Atlixco	Acatlán	Izúcar	Tehuacán	Puebla	Estado
Emigrados	6.5	7.8	8.5	14.3	20.8	8.1	2.5	8.52
Rep.Mex.	4.1	5.2	3.0	3.6	7.4	6.9	1.8	5.60
Exterior	2.4	2.6	5.5	10.7	13.4	1.2	0.7	2.93
Inferencia								
Emigrados	24,379	24,379	31,133	39,168	53,855	34,115	33,407	432,178
Rep.Mex.	16,189	16,189	11,066	9,748	19,190	28,979	23,840	283,756
Exterior	8,190	8,190	20,067	29,420	34,665	5,136	9,567	148,421
Población Estatal*	31,3121	313,121	365,781	274,532	259,060	422,583	1346,176	5070,346
Lugar	5o	4o	3o	2o	1o			

* Población Total, Censo INEGI (2000),

Sergio Cortés Sánchez, 6,869 cuestionarios aplicados en 2000 a jefes de familia en sus viviendas. 2001, Apéndice estadístico, Tabla No. 1.

Como podemos ver, el stock total de población del estado de Puebla en el extranjero es de menos de 150 mil personas, menos del 3% de la población total del estado. Sin embargo, no olvidemos que esta población se concentra en las áreas rurales y en estratos de edad determinados (15 a 40 años) donde la proporción puede llegar a alcanzar hasta el 10% de la población masculina rural en ese grupo etáreo.

Cabe resaltar que las tasas más altas de migración interna (hacia la República Mexicana) corresponden a distritos de la Sierra Norte: Huauchinango y Zacatlán (Apéndice A), con lo que **se definen dos grandes regiones migratorias**: el Norte de la entidad (donde se ubican los distritos de Zacatlán, Teziutlán y Huauchinango, donde se asienta cerca del 60% de la población indígena del estado) se registra la mayor migración nacional; y los distritos del sur de la entidad (Acatlán, Izúcar y Atlixco) que registran las mayores tasas de migración internacional. Con esta información construimos el Mapa Stock migratorio Internacional del Estado de Puebla según distrito electoral (Cfr. Mapa IX, Apéndice A). Hoy, afirma el autor, la migración internacional puede provenir de cualesquiera de los 217 municipios de la entidad poblana.

En cuanto a **género**, la emigración femenina hacia los Estados Unidos ha aumentado en términos absolutos, pero no en términos relativos; entre 1980 y 2000 de 100 migrantes 24 eran mujeres y 76 hombres.

En la entidad poblana, 80 de cada mil familias tiene al menos un hijo radicando en los Estados Unidos; en los extremos, en la Mixteca hay 327 jefes de familia que tienen al menos un primogénito (sic) en los Estados Unidos, en cambio, en la Sierra Norte hay apenas 55 jefes de familia con algún hijo residiendo en aquel país. En el municipio de Puebla, que registra la tasa de emigración internacional más baja de la entidad, por cada mil familias residentes hay 24 que tienen por lo menos un hijo en Estados Unidos (Cortés, 2002, p. 13).

En su mayoría la emigración sigue siendo **rural**. El grueso de los emigrados internacionales entre 1995 y 2000 procedía de localidades menores a 2, 500 habitantes (57.7%) y entre 2,500 y 14,999 habitantes (29.4%) (íbid.). Sin embargo, explicar la migración en función de la extrema indigencia o la ausencia de empleo es un mito: no sólo el costo del traslado (que fluctúa entre 500 y 3 mil dólares, dependiendo del origen del migrante), sino que tres de cada cuatro migrantes poblanos tenía empleo en México antes de partir a los Estados Unidos: Sin embargo, el diferencial salarial entre las comunidades rurales y el área de Nueva York es mayor a 10 veces. La tasa de **emigración laboral** de poblanos hacia EE.UU. entre 1995 y 2000 fue de 0.44 (casi una décima más que la tasa de migración poblacional 0.35, lo que indica una mayor participación de la PEA), mientras que entre 1980-1985 fue de 0.11%, cuatro veces menor. Durante el sexenio de Ernesto Zedillo el 30% de la PEA nacional se incorporó al mercado laboral norteamericano (Cortés, 11 de Diciembre de 2000).

En la Encuesta sobre Población y Salud Reproductiva en Puebla, ²⁴ si bien no es un instrumento diseñado para tener un retrato preciso de la migración, se muestra que uno o más integrantes del 22% de los hogares habría migrado (a otro municipio del estado, hacia otro estado de la república o hacia el extranjero). **La participación femenina** en la migración ha sido de carácter interno (estados de la República y en el interior de Puebla), mientras que **la migración masculina**

²⁴ Levantada en 1998 por el Consejo Estatal de Población de Puebla (COESPO) que se realiza en una muestra de 58 municipios que presentaban los mayores índices de marginación (condiciones sociales precarias) y que se distribuyen en tres regiones: la Sierra Norte, la Mixteca y la zona central.

predominantemente se dirige hacia otros estados del país y, especialmente, hacia Estados Unidos. El grupo de edad más numeroso, tanto hombres (50%) como mujeres (60%) tienen entre 10 y 19 años al momento de migrar. El segundo grupo en importancia es el que tenía entre 20 y 29 años. “Ambos rasgos, la extrema juventud de los migrantes y la alta participación de las mujeres, convierten al fenómeno migratorio de esta región en un caso excepcional en comparación con las regiones tradicionales de emigración” (Muñoz Aguirre, 2000, p. 162).

En términos nacionales, el dinero enviado del exterior por concepto de remesas (que asciende a cerca de 10 mil millones de dólares, según la última estimación dada a conocer por la secretaria del Tesoro Norteamericano en Mayo 2002) es proporcional a la masa de migrantes. Los estados del centro del país perciben el 38% del total; los cuatro estados de occidente reciben 35%. **Puebla**, de incorporación reciente, **ocupa el octavo lugar en remesas recibidas**,²⁵ sólo una décima arriba del Estado de Veracruz (INEGI, cuestionario ampliado, Censo 2000). De la misma manera que para el caso del monto migratorio, existen diversas aproximaciones al monto de remesas enviado a la entidad poblana. Por ejemplo, según la encuesta de Sergio Cortés (2002), la ayuda enviada por familiares radicados en el extranjero varía entre 35 y 40% del ingreso monetario en áreas rurales; el promedio estatal es de 2.9%, apenas medio punto más arriba de los ingresos enviados por migrantes al interior de la República Mexicana. En la región Sur, que es la que nos interesa, los recursos llegan a representar hasta el 7% del ingreso monetario de las familias. Coincidimos con D'Aubeterre (2000) en que si en el pasado la migración rural era una estrategia complementaria a las actividades agrícolas, ahora representa la principal opción en torno a la cual se estructuran las vidas y el futuro de un número creciente de grupos domésticos.

4.3.1.1 Algunos Rasgos de la Migración del Valle de Atlixco. En el periodo 1940 - 1960 las corrientes migratorias fueron de carácter interno principalmente, aunque en un contexto internacional tuvieron lugar contrataciones para los trabajadores agrícolas en el marco del Programa Bracero. En las últimas décadas

²⁵ El monto estimado para el Estado de Puebla es de...

del siglo XX, sin embargo, hemos sido testigos del incremento de la migración internacional, del desarrollo de nuevos patrones migratorios y de nuevos destinos, de nuevas formas de inserción en la economía receptora. Este ha sido el caso del Valle de Atlixco, donde el proceso de migración que reinicia en los ochenta ha empezado a adquirir un carácter masivo en tanto ha involucrado casi a todas las familias de la región.

Coincidimos con Wiggins y colegas (1999), Preibisch (1995) y Marroni (2000, Pp. 93 y ss) en que, desde el punto de vista regional (mesosocial) los factores que explican la construcción, ampliación y reproducción de la emigración internacional desde el Valle de Atlixco son cinco.

En primer lugar, la crisis generalizada del sector agrícola, que se inicia a mediados de los años sesenta, pero que se agudiza con la firma del Tratado de Libre Comercio y las secuelas de la devaluación de 1994 que restringen la actividad agrícola. El desmantelamiento de los programas sociales de apoyo al campo (Arroyo, 2000) y la reforma al Artículo 27 constitucional que favorece el desarrollo de un mercado local de tierras, han generado un reacomodo en los patrones de uso y tenencia de la tierra en el país. No obstante, hace falta un estudio detallado del impacto que esta reforma ha tenido en la región.

En segundo, la declinación económica de la región atlixquense (industria textil y de servicios) como vimos en el Capítulo III, interactúa con factores interregionales que limitan la creación de oportunidades para las nuevas generaciones. La presión demográfica aunada a los límites naturales impuestos por la frontera agrícola imposibilitan el acceso a la tierra de las nuevas generaciones y ha detonado la “búsqueda de oportunidades” fuera de las comunidades de origen. Las ciudades de Puebla y México, que anteriormente ofrecían algunas opciones de empleo temporal (industria de la construcción o de servicios) dejan de ser atractivos para los jóvenes que ingresan a la PEA regional.

En tercero, la crisis diferenciada de la agricultura regional muestra la declinación y aun abandono de las parcelas erosionadas en zonas temporaleras dedicadas a la producción de cultivos tradicionales, al tiempo que se suscita la expansión en algunos “nichos de agricultura comercial” (principalmente flores y

hortalizas y producción de sorgo o amaranto) que requieren de inversión del dinero procedente de la migración — para irrigación, comercialización y transporte.

En cuarto lugar, la transformación de la migración internacional de un fenómeno individual a otro social o “masivo” ha sido posible gracias a las redes sociales construidas gradualmente por los paisanos, tejidas a partir de las relaciones entre los miembros de la familia, los amigos y los compadres que ya han recibido un status migratorio o residencia legal en Nueva York y que, en ocasiones, han comenzado algún negocio (como podrían ser tortillerías, pastelerías, servicios de jardinería, venta de flores, etc.); o aquellos que se han incorporado a los sectores de servicios (restaurantes principalmente) o industrial (en diversas maquilas o “sweatshops”) lo que les permite conseguir con cierta facilidad algunas plazas para sus familiares y paisanos. Estas redes sociales permiten ligar a las comunidades de “expulsión” con algunos destinos específicos en los EE. UU. lo que hace posible el establecimiento de circuitos migratorios entre Brooklyn y Queens en N.Y. y Atlixco en el estado de Puebla. Estos fuertes nexos se construyen entre migrantes y no migrantes, a través del marco complementario de interrelaciones y compromisos interpersonales basados en un grupo de expectativas informales y recíprocas, gracias a su sentido de pertenencia a una comunidad socioterritorial (aspecto que desarrollaremos más adelante).

Por último, el cambio en las expectativas de vida de los jóvenes que, al tener mayores niveles de escolaridad que sus padres y ante el imaginario de éxito asociado a los proyectos familiares y comunitarios que logran financiar los recursos de los migrantes, ha generado un profundo cambio en la definición de los proyectos de vida de los jóvenes (hombres y mujeres) y en la organización de las unidades domésticas.

En el Valle de Atlixco, después de sólo dos décadas, la importancia de la migración en la vida rural permite distinguir **tres modelos en el binomio agricultura – migración**:

- a) las comunidades con agricultura de subsistencia que combina la producción de básicos con la obtención de ingresos procedentes de la

migración en distintos grados; b) las comunidades con agricultura comercial, productoras de hortalizas y flores, que capitalizan sus actividades productivas con las remesas de dólares y pueden expandirse a partir de las ganancias obtenidas; y c) las comunidades en donde el perfil ocupacional de la población es diversificado, la agricultura es marginal, y la migración es una de las estrategias de sobrevivencia en un conjunto de varias otras alternativas (Marroni, 2000, p. 94).

Esta clasificación nos permite ver las diversas maneras en que la migración se articula con la reproducción del grupo familiar, incluido el financiamiento para el ciclo agrícola de subsistencia, el mejoramiento de la infraestructura de la casa y el pueblo, la expansión de la agricultura comercial con la apertura de pozos para riego, semillas mejoradas, abono; y la compra de tractores o vehículos para comercialización de los productos. Todas estas formas de emplear las remesas **han generado nuevas actividades económicas**, que también son dignas de mencionarse: la industria de la construcción ha comenzado a crecer – generando no sólo empleos directos, sino indirectos en la comercialización de materiales—; la compra de camionetas (“combis”) que han ampliado las rutas de transporte colectivo; las obras de remozamiento de iglesias, parques y edificios (presidencias municipales, escuelas); el mejoramiento en la infraestructura (agua entubada y drenaje), la compra de líneas telefónicas privadas, teléfonos celulares, electrodomésticos, entre otros muchos (Ibarra Mateos, 2o Reporte SIZA-CONACyT, 2000).

El patrón migratorio en el Valle de Atlixco se caracteriza por ser reciente, indocumentado, de alto costo (económico y personal) y, fundamentalmente de retorno (circular). Este proceso se inicia durante el Programa Bracero, pero a partir de los ochenta, alcanza su **ciclo expansivo** (Massey, et. al. 1992) según el cual la mayor parte de los estratos de la población pueden acceder a ella. Al inicio, el costo de la migración es bastante elevado y solamente podían acceder a ella las familias que contaran con algunos recursos — el costo del viaje, incluyendo el pago del “Coyote” se ha ido incrementando desde 900 US en 1987 hasta cerca de 1,600 U.S. en 2001, según información obtenida en el trabajo etnográfico. Sin

embargo, la ampliación y consolidación de las redes sociales permite que familias con menores recursos económicos puedan emigrar. Hoy vemos que es bastante común pedir un préstamo y pagarlo en un año, contar con trabajo asegurado por los paisanos en NY y reducir los costos de la estancia al compartir la vivienda con otros paisanos. Sin embargo, éste no es un proceso homogéneo ni en términos de la región ni en el interior de las propias localidades:

En la región, durante la segunda mitad de la década de los ochenta, la migración estaba bastante extendida en algunas comunidades (no en otras) y al interior de ellas era diferenciada: las familias de migrantes parecían ser las que disponían de mejores condiciones de vida, pero había varios núcleos familiares no integrados a los circuitos migratorios. Una década después el panorama ya era distinto, principalmente después de la devaluación de 1994: en casi todas las comunidades la cultura migratoria estaba consolidada, encausando las perspectivas de vida de los varones en dirección al vecino país, independientemente de su estrato de origen (Marroni, 2000, Nota al pie de la página 95).

Resumiendo, la migración en la región se caracteriza por ser un proceso relativamente **reciente**, pero que se ha tornado **masivo** en un tiempo mucho menor al que tomó en las comunidades de larga tradición migratoria como el Occidente de México. Es una migración fundamentalmente masculina (hombres casados en edad productiva 16-40 años) y con costos todavía elevados (fundamentalmente por el riesgo creciente y el pago al “coyote”).²⁶ Además, debido a las políticas restrictivas de la Unión Americana (como el Programa Guardián, Cfr. *Supra*) imprimen un elevado riesgo y costo a los viajes, de manera que se han reducido la frecuencia y el número de salidas y retornos de los

²⁶ El *coyote*, en términos de los propios migrantes, es generalmente un familiar o personaje conocido en la comunidad al que se le “confía” a los hijos. El se encarga del traslado de la región, el paso por la frontera (antes Tijuana, ahora el desierto de Arizona y Nuevo México) y el arribo al destino final, generalmente Nueva York, a un miembro de la familia o comunidad quien comunica vía telefónica a los padres o hermanos que su hijo ha llegado. Solamente entonces, cobra dicha cantidad. Sin embargo, aquellos migrantes que carecen de redes, contratan al *coyote* en la frontera para ser trasladados “al otro lado”. Muchas veces se trata de individuos que carecen de algún compromiso con los migrantes y han sido responsables (junto con la política persecutoria norteamericana) de buena parte de las muertes acaecidas en el desierto o en las ciudades fronterizas.

migrantes. Este patrón, estamos seguros, afecta de manera profunda el ritmo de vida comunitario y familiar y se constituye en un factor de cambio sociocultural de primera importancia.

4.4 El Cambio Sociocultural a Partir de la Migración:

¿Hacia la Constitución de una Comunidad Transnacional?

Nuestro estudio se centra en los efectos socioculturales de la migración campesina asentada en una región específica que, a partir de los años ochenta, empieza a orientarse hacia los Estados Unidos. Por ello, abordaremos brevemente algunos **rasgos de la vida comunitaria y familiar** en un ámbito campesino tradicional que nos permitirán comprender la manera en que, en el ámbito local, la migración laboral hacia el país del norte adquiere rasgos definidos, pero sobre todo, para poder plantear hipótesis en torno a los cambios socioculturales que tienen lugar en las localidades de origen de la migración.

Desde la década de los años sesenta y ante el crecimiento de las ciudades en México, las investigaciones sociológicas y antropológicas se orientaron al estudio del crecimiento urbano y sus consecuencias en el cambio cultural de las sociedades rurales e indígenas. Se buscaba conocer el impacto del modelo de desarrollo nacional en la organización y el papel económico de la sociedad rural, eminentemente campesina. Las condiciones desiguales del desarrollo nacional que se manifestaban en un patrón de concentración / dispersión poblacional, llevaron a poner en el centro de la discusión el papel de la economía campesina en su relación con el Estado (Warman, 1976). Esta se enmarcaba en un debate más amplio sobre el futuro del campesinado en México representado por dos corrientes extremas. Por un lado, los denominados **campesinistas**, consideraban que la migración rural / urbana constituía una actividad temporal que formaba parte de las estrategias de sobrevivencia campesina. La migración, tanto como el trabajo asalariado rural (jornaleros) se asociaba a los ciclos y necesidades agrícolas de la población. Para Palerm (1979) la venta de fuerza de trabajo era un factor regular y complementario que se articulaba con otras actividades como la

agricultura de subsistencia y la venta de algunas mercancías en los mercados locales. Por tanto, **la migración interna reforzaba a la sociedad rural y se integraba a la lógica de la organización campesina.**

El análisis influenciado por el paradigma marxista, en el otro extremo, representado por autores como Bartra (1978) y Stavenhagen (1976) (que encabezan una corriente también conocida como **proletarista o descampesinista**), aseguraba que el proceso de migración manifestaba una tendencia irreversible hacia la descampesinización. “La migración era sólo una expresión de los reacomodos económicos que redefinían la inserción de los nuevos proletarios en el mercado de trabajo capitalista. La convicción de que a cada modo de producción le correspondía una modalidad de migración zanjó el tema de manera aparentemente definitiva” (Durand, 1994, p. 43 y ss).

Estas dos posturas extremas, sin embargo, fueron integradas en el trabajo de Lourdes Arizpe (1978) al centrar la discusión en la articulación entre las grandes tendencias económico sociales generadas por el modelo económico – Industrialización por Sustitución de Importaciones como contexto macrosocial —, que se entrecruzaba con las consideraciones individuales y familiares instrumentadas para impulsar la migración rural – urbana (contexto microsocioal). Su estudio, llevado a cabo en cuatro localidades del estado de México, muestra que el factor étnico propiciaba diversas modalidades de migración rural que tenían lugar y generaba formas diversas de integración en el mercado de trabajo de la ciudad de México. Su aproximación permite **evaluar el impacto diferencial** que la migración tiene en la vida y economía de las comunidades rurales al resaltar aspectos centrales como: **la selectividad** de los migrantes rurales (según género, edad y ocupación), **el ritmo** (definitiva o de retorno) y **la frecuencia** con que se emigra, **la localización espacial** (desde ciertas poblaciones hacia zonas específicas al interior de la gran urbe) y **sectorial** (trabajadoras domésticas, vendedoras ambulantes, industria de la construcción, etc.), por lo que el impacto

sociocultural de la migración sería, necesariamente, diversa dependiendo de estas variables.²⁷

A pesar de que el viejo debate entre campesinistas – descampesinistas ha quedado en el olvido, la profunda reestructuración de la economía mexicana desde los ochenta y su reciente inserción en la globalización ha hecho resurgir, bajo un nuevo ropaje, la vieja discusión en torno a la desaparición de las sociedades campesinas. A pesar del desplazamiento de la investigación sociológico antropológica hacia nuevas problemáticas, encontramos aportaciones recientes al estudio de las sociedades campesinas que hacen ver la persistencia de los campesinos en sus localidades, lo que pone de manifiesto la complementariedad entre las sociedades rurales y los espacios urbanos caracterizados por una “nueva rusticidad” en el campo mexicano (Arias, 1992). No obstante la importante migración rural – urbana que se manifiesta desde los años cuarenta, vemos ahora que los campesinos han encontrado de manera lenta y “terca” nuevos caminos para un objetivo de siempre: la permanencia en su tierra. “La sociedad rural había comenzado a transformar su espacio vencido en un espacio vivido, a forjar una nueva rusticidad. Ciertamente las maneras en que ella ha podido recuperar y recrear su ámbito son muy diversas” (ibid. p.12). Patricia Arias señala que las diferencias que se advierten dependen de la forma en que cada sociedad rural logra conjugar al menos cuatro elementos: la modernización general de los servicios públicos – incluyendo la presencia de las Nuevas Tecnologías de Comunicación y Comunicación, añadiríamos nosotros -, las tradiciones y culturas locales de trabajo, la especialización de la economía regional y, finalmente, las demandas siempre cambiantes de las economías nacional e internacional.

El profundo arraigo a la tierra y la necesidad de buscar formas diversas de sobrevivencia que se adaptaran a los ciclos agrícolas y a la organización del trabajo familiar han generado una enorme diversificación de actividades complementarias que van desde la explotación de diversos recursos – maderables, minerales, turísticos, etc.-, la participación en algunos servicios a la

²⁷ Resulta importante notar que estos mismos aspectos van a definir los rasgos más sobresalientes de la migración internacional contemporánea.

localidad - molinos de nixtamal, casetas telefónicas, etc.- y la inserción en diversos mercados laborales agrícolas e industriales. Estos últimos adquieren nuevos rasgos ante la irrupción del capital internacional en amplias plantaciones de productos exportables y en la industria maquiladora que ha dejado de ser un fenómeno fronterizo y se asienta en numerosas regiones rurales del Centro y Sur, como el estado de Puebla, donde el valle de Atlixco es sólo un ejemplo más.²⁸

A inicios de los años noventa - como señalamos en la sección 4.1 —, los estudios sobre la migración buscan no solamente integrar las perspectivas micro y macro sociales, sino realizar una aproximación que permitiera ligar ambos polos del circuito migratorio (origen y destino) en el contexto de la globalización. Aquí, nuevamente, nos interesa reflexionar en torno a dos paradigmas que abordan el estudio del cambio sociocultural. Una aproximación bastante popular, conocida como ***transnational approach*** (Glick Shiller, et.al., 1992) enmarca el estudio de la migración como fenómeno social que permite el surgimiento de realidades sociales “cualitativamente” diversas, más allá de los acostumbrados arraigos espaciales de la región de origen y destino. El término trasnacional define las nuevas relaciones que se dan entre el espacio social y el espacio geográfico. Estos autores, por ejemplo, señalan que el transnacionalismo enfatiza la emergencia de

[...] un proceso social en el cual los migrantes establecen campos sociales a través de fronteras geográficas, culturales y políticas. Los migrantes, por tanto, se describen como *transmigrantes* en la medida en que desarrollan y mantienen múltiples relaciones –familiares, económicas, sociales, organizacionales, religiosas y políticas – que amplían las fronteras. Un aspecto central al trasnacionalismo es, a nuestro entender, la multiplicidad de ámbitos en los que el migrante se involucra tanto en las sociedades de origen y destino. Los *transmigrantes* actúan, toman decisiones y tienen preocupaciones dentro de un campo de relaciones sociales que liga tanto

²⁸ Recomendamos la lectura de las investigaciones colectivas sobre los nuevos rasgos de la sociedad rural frente al nuevo milenio coordinados por Grammont (1996) y los cuatro volúmenes coordinados por Gramont y Tejera Gaona (1996) en donde se recogen experiencias muy diversas de esta nueva rusticidad en la que la migración internacional juega ya un papel fundamental.

su país de origen como el país o países de llegada (Glick Shiller, et.al., 1992, p. IX).

Resulta interesante esta perspectiva en tanto que intenta situar el estudio de la migración laboral internacional en un contexto de los procesos de globalización, al tiempo que estudian las relaciones sociales en dos contextos sociales específicos. Es innegable que la migración debe estudiarse hoy en día en el marco de la circulación internacional de bienes, ideas y personas. Añaden además que “dentro de la compleja red de relaciones sociales, los transmigrantes definen y crean *identidades múltiples y fluidas* arraigadas en las sociedades de origen tanto como las de destino” (íbid. p. 11). Y van más allá al afirmar que “mientras que algunos migrantes se identifican más con una sociedad que con la otra, la mayoría tiende a mantener varias identidades que los ligan simultáneamente a más de una nación” (loc. cit.). Por tanto, consideramos que su comprensión del cambio identitario y sociocultural es demasiado simplista, identificándose de alguna manera con algunas teorías de modernización (como los descampesinistas) que afirmarían que las sociedades tradicionales estarían en proceso de desaparición ante el surgimiento de nuevos espacios sociales (“transnacionales”), nuevos actores (“transmigrantes”) y formas novedosas de identidad (“múltiple y fluida”).

Reconocemos la novedad del enfoque que permite identificar diversas dimensiones del análisis migratorio – étnico, nacional, laboral, etc. – y que vinculan ambos contextos de la migración, la multiplicidad de relaciones familiares, económicas, sociales, religiosas y políticas que trascienden las fronteras y definen la amplitud de compromisos que los “transmigrantes” mantienen en ambas sociedades, constituyendo nuevos campos sociales que conectan regiones de origen y nueva residencia. Sin embargo, el afirmar que estos nuevos espacios sociales tienen como rasgo central la “fluidez” y la “desterritorialización” de la identidad nos parece una afirmación que aún no ha sido sustentada ni empírica ni teóricamente con profundidad.

Como telón de fondo de esta propuesta se encuentran los desarrollos de la antropología posmoderna (con representantes como Akhil Gupta y James Ferguson, 1992) que, emparentada con las teorías de la modernización, considera

que la globalización a través de los flujos de mercancías, personas y bienes culturales — mediante las Nuevas Tecnologías de Comunicación y la circulación de bienes simbólicos — han propiciado la **desterritorialización y desespacialización** de la cultura. Su tesis central afirma que

“[...] esta disociación radical entre cultura y espacio habría dado origen a culturas nómadas o de diáspora que ya no permiten distinguir entre ‘aquí’ y ‘allá’, entre ‘nosotros’ y ‘ustedes.’ Más aún, la cultura de masas, cuya producción y distribución están controladas por organizaciones ‘deslocalizadas’ (*placeless organizations*) habrían generado en el polo de la recepción una especie de ‘esfera pública trasnacional’ que habría tornado obsoleta la idea de una comunidad local con fronteras claras (Giménez, 1996, p. 1- 2, subrayado por el autor).

Esta es una visión del cambio sociocultural que no nos permite dar cuenta de la enorme riqueza y complejidad de la realidad de las comunidades campesinas tradicionales del centro de México. ¿Cómo abordar los cambios que la migración internacional, que los continuos desplazamientos entre dos localidades tan diversas (como el ámbito rural mexicano y las ciudades globales norteamericanas), están generando en la cultura e identidad socioterritorial de las poblaciones tradicionales bajo estudio? Habremos de echar mano a varios recursos, primero, a las tres dimensiones de la relación entre cultura y territorio que elaboramos en el capítulo III. Segundo, ahondaremos en otro paradigma que define el surgimiento de la comunidad trasnacional a partir de los circuitos migratorios y, tercero, recordaremos el concepto de identidad como representación social. Estos tres elementos nos permitirán captar, en toda su complejidad, el cambio sociocultural en nuestra región de estudio.

Luin Goldring (1992, 1997), desde una perspectiva que adeuda a la antropología, ha desarrollado el concepto de comunidad transnacional en su estudio del proceso migratorio México – Estados Unidos. La autora propone ampliar el enfoque de la comunidad de origen de muchos estudios migratorios, para considerar la conformación de una comunidad más extensa que incluya a paisanos y connacionales en los lugares de destino. Massey y colegas (1991) ya

habían dado cuenta del proceso de construcción de redes sociales y puesto de manifiesto que la historia local, recursos y capital social influyen en los patrones de migración y en la incorporación económica y social de los inmigrantes en los Estados Unidos. Pero más allá de las redes, la **comunidad transnacional** se entiende como **el campo social construido por los migrantes a través del tiempo y el espacio, en circuitos migratorios internacionales localizados espacialmente**, no “deslocalizados.”

Aunque hemos abordado este tema en el capítulo II al hablar del apego e identidad socioterritorial, recordemos brevemente que, en la tradición sociológico-antropológica **la comunidad** descansa en nociones de grupo, solidaridad e historia compartida, así como en la persistencia en el espacio. La dimensión territorial en la definición de las comunidades ha sido fundamental, las comunidades se conciben inscritas en territorios específicos, locales, regionales, nacionales. La comunidad, por tanto, requiere para su mantenimiento de una cierta proximidad espacial, del contacto cara a cara, de la interacción de diversos órdenes. La propuesta de Goldring (1992) de comunidad transnacional obedece, precisamente, a la ampliación de la comunidad sociocultural que describe Tönnies (citado por Pollini, 1987). Si aceptamos la tesis desarrollada en el capítulo II de que la globalización permite la ampliación y la conformación de nuevos asideros a la tradición, es fácilmente comprensible que la ampliación de la comunidad local hacia el ámbito transnacional, se logra en la lógica comunitaria tönniesiana que implica compartir una misma cultura, prolongar los lazos sociales, mantener, en lo posible, un estilo de vida. Con el proceso migratorio se estaría construyendo un **nuevo tipo de comunidad, transnacional**, por llamarla de alguna manera.

Conviene resaltar que el estudio de la comunidad no debe opacar las divisiones basadas en clase y status anterior o posterior a la migración, así como el status legal, laboral y social por los que atraviesan las familias al participar en el proceso migratorio. Es decir, el estudio de la comunidad no debe ocultar las diferenciaciones y tensiones, las relaciones de poder que caracterizan a todo grupo humano. Además, como se trata de una comunidad en construcción, habrá que señalar con claridad sus límites (si incluye a la población entera o únicamente

a la población que participa directamente en la migración), su solidez y duración (si trasciende la experiencia migratoria más allá de la 2ª o 3ª generaciones) y los mecanismos que la refuerzan y mantienen, como el contacto directo y continuo gracias a los medios de comunicación, los viajes frecuentes, el flujo de bienes e información, entre otros.

Una de las condiciones necesarias, no suficientes, para la constitución de la comunidad transnacional, quisiéramos resaltar, **es la preexistencia de una comunidad sociocultural, con cierta densidad histórica**. Tal sería el caso de las comunidades campesinas de México en las que se encuentra un sustrato cultural étnico que ha mantenido la “comunidad primordial” (Giménez, 1994a) y ha persistido a través de varios siglos. Base de la organización social campesina y de la cosmovisión tradicional del *México Profundo* (Bonfil, 1990). Se trata de una cultura tradicional no cerrada, sino que ha sabido adaptarse a la modernidad y a los drásticos cambios económicos; una cultura que ha resistido a los embates políticos y sociales que han apostado a su desaparición desde el siglo XIX en que México se compromete en un proyecto de modernización (Cfr. Cap. III), hasta tiempos recientes en que el neoliberalismo y la apertura comercial han minado su base de sustentación (Arias, 1992; Grammont, 1996).

Con base en lo anterior, podríamos adelantar la hipótesis de que **la comunidad trasnacional es posible precisamente por la existencia de una base de comunitaria tradicional previa**. Es claro que no todo proceso de migración de retorno conforma una comunidad trasnacional, la migración de personas que provienen de ámbitos urbanos hacia otros semejantes, que no formaban parte de una comunidad en sentido sociocultural (*Gemenshaft*), difícilmente conformarán algo diferente en las sociedades de destino. Por ejemplo, los trabajadores especializados de las grandes corporaciones que cambian de ciudad continuamente, no constituyen una comunidad trasnacional, porque las relaciones que mantienen son de tipo instrumental y no de tipo sociocultural como en el caso de los migrantes de origen campesino.

El concepto de comunidad trasnacional no supone que las comunidades campesinas tradicionales fueran entes aislados o cerrados en sí mismos.

Numerosos estudios dan cuenta de la manera en que los campesinos se enlazan al sistema de producción e intercambio global, localizados en una jerarquía política y económica no sólo nacional, sino hoy en día primordialmente internacional, global. Este concepto busca mostrar un tipo diferente de expansión de la comunidad en tanto que la migración trasciende las fronteras de la sociedad, economía y estado nación. Rouse (1991) empleaba el concepto de ***circuitos migratorios trasnacionales*** para describir las comunidades y espacios sociales creados a partir de la densidad de circulación de bienes, personas e información entre lugares situados en ambos lados de la frontera. La importancia no sólo histórica, sino contemporánea de la migración circular permite resaltar los lazos que se mantienen con las comunidades de origen y representa a los trabajadores migrantes “como actores sociales, porque generan una imagen de estructuras sociales e instituciones que se crean, activan y reproducen a través de las prácticas de la gente” (Goldring, 1997, p. 67). Permite describir un **espacio social multilocalizado** en el que se insertarían las prácticas culturales y, consiguientemente, la dinámica identitaria. Cuando los movimientos y lazos sociales entre ambos sitios son relativamente altos, los migrantes pueden construir una relación y sentido de pertenencia a dicha comunidad trasnacional (de paisanos, dirían Massey y equipo, 1992). En este momento, el sentimiento de lealtad del migrante se orienta a su comunidad originaria (grupo de pertenencia), que constituye un “núcleo de cultura propia en torno a la cual se reinterpreta el universo de la cultura ajena” (Giménez, 1994a, p. 177).

La **comunidad trasnacional** parte de un punto fijo, de una localidad específica de origen, que es la que da sentido de pertenencia a una comunidad que presenta rasgos socioculturales peculiares. La comunidad de origen, las redes de parentesco biológico y simbólico (como el compadrazgo, el paisanaje), las redes de amistades y de vecindad, la memoria social, las experiencias compartidas, son elementos de la conformación comunitaria. **La dimensión objetiva de la comunidad** estaría representada por todos los elementos anteriores. Pero **la dimensión subjetiva, el sentido de pertenencia**, no partiría de una definición *a priori* sino, como hemos establecido en el Capítulo II, de su

explicitación por parte de los sujetos. El que los migrantes se definan a partir de su comunidad de origen es un aspecto fundamental de la conformación de esta comunidad trasnacional. El sentimiento de pertenencia a una comunidad específica se manifiesta de varias formas: en la voluntad de contribuir a la manutención de la familia y a los proyectos de la colectividad -el envío de remesas representaría un indicador práctico del sentido de pertenencia y de los límites de una comunidad trasnacional —; la participación en las fiestas y en el sistema de cargos; el contacto cotidiano con la familia de origen; el matrimonio generalmente endogámico (D'Aubeterre, 2001); el retorno frecuente; el deseo de arraigar a los hijos en la tierra natal, etc. Todos estos son indicios de pertenencia a la comunidad de origen, enfatizan la interacción entre las prácticas y las instituciones sociales que amplían a la comunidad local hacia el ámbito trasnacional a partir de la experiencia, casi masiva, de la migración internacional.

Encontramos entonces que la comunidad local a partir de la globalización “desde abajo” (Amin, 1999) **se alarga**, se adapta e inserta en otros espacios, pero **manteniendo su matriz cultural tradicional** (Giménez, 1994a). Como menciona Thompson (1995) la globalización dota a la tradición de otros recursos: los migrantes se insertan en las localidades de destino en donde reproducen en gran medida su *modus vivendi*, sus relaciones sociales y su cultura. Pero además, las tecnologías comunicacionales y de transporte que han facilitado la migración hacia otras latitudes, favorece el mantenimiento del contacto con las comunidades de origen, ampliando el espacio de la interacción no presencial (Thompson, 1995). Por consiguiente, nos gustaría plantear la hipótesis de que, en el caso de Atlixco así como de otras regiones rurales de México, nos encontramos ante la presencia de una **comunidad multilocalizada**, no desterritorializada o aespacial como asegurarían algunos exponentes del trasnacionalismo. La comunidad, diríamos nosotros, no es tanto una comunidad trasnacional, sino, en sentido estricto, se trata de una comunidad *multilocalizada*. Ésta se encuentra en dos o más localidades concretas, como en el caso de la tradición encuentra nuevos asideros, se abre a otras dimensiones, pero no desaparece. Aún más, la ampliación de la comunidad no abarca a las naciones por completo; trasciende las fronteras

nacionales, geográficas y culturales, desde luego, pero localizándose espacialmente en contextos determinados. Como hemos visto con precisión en el apartado 4.2.1, el 90% de la población mexicana se localiza en diez estados y 33 condados concentran tres cuartas partes del total (Cfr. Apéndice A, Mapa No. 4). Esto no es fortuito, sino que obedece a una lógica cultural comunitaria y al hecho que las redes sociales son el vehículo que permite anclar la migración en determinados espacios geográficos.

No siempre, no en todo lugar es factible la construcción de una comunidad transnacional. Se requiere al menos de la existencia de una sólida comunidad sociocultural de base territorial que imprima un sesgo particular a la migración, que permita establecer circuitos migratorios, por un lado. Y por el otro, es necesario que los migrantes no encuentren asideros fáciles en la sociedad de destino. Es decir, como en el caso de la migración México-norteamericana, nuestros connacionales ocupan los últimos lugares en la escala social y laboral por lo que difícilmente pueden vivir una “asimilación estructural” (Gordon, 1964, p. 71). Es decir, el acceso pleno a las instituciones de la sociedad receptora – como escuelas y universidades, organizaciones políticas, etc. – y a los *cliques* y clubes del grupo dominante. Algo que han documentado muy bien Glick Shiller y colegas (1992) es el profundo racismo y clasismo que prevalecen en la sociedad norteamericana que, lejos de facilitar la conformación de una *melting pot*, ha propiciado una situación de diferenciación socioeconómica estructural y exclusión político – cultural de los grupos a partir de su origen racial y nacional. Nuestros migrantes no sólo no encuentran espacios de intercambio y sociabilidad en la sociedad receptora, sino que, como en el caso de Nueva York, por tratarse de una inmigración relativamente reciente, son discriminados también por grupos de origen hispano que arribaron con anterioridad como son los cubanos y portorriqueños (Smith, 1997). El término “*hispanics*” o latinos, popularizado en el medio periodístico y político, no hace sino ocultar las profundas diferencias y desigualdades que existen entre los rasgos de origen (nacional, regional, social y económico) de los inmigrantes (Suárez-Orozco y Suárez-Orozco, 1995). Sassen (1988) inclusive muestra cómo esta situación es funcional para la segmentación

del mercado laboral norteamericano que requiere de mano de obra barata, controlable (apolítica) y deportable (al menor indicio de confrontación). Esto se manifiesta en los estereotipos que se manejan en el lenguaje y la descripción oficial de los trabajadores indocumentados como *illegal aliens*.

La identidad tradicional de los migrantes, que se define primariamente por la continuidad de sus límites, de sus diferencias, por el establecimiento de fronteras (sociales, económicas, culturales), es mantenida por la propia sociedad receptora. Aquí es necesario hacer una distinción fundamental entre la constitución identitaria **de los migrantes de primera generación** — cuya socialización temprana se da en la comunidad rural tradicional y se arraiga en la comunidad de origen—, y la de aquellos de la segunda o tercera generaciones, cuyos procesos de socialización y establecimiento de redes sociales (amigos, selección de cónyuges, espacios de vida extrafamiliar) se realizan en las sociedades de destino. Esta situación que vale para la migración interna, se aplica principalmente para la internacional:

El migrante rural-urbano de primera generación llega a la ciudad cuando su proceso de socialización ha sido cumplido. Psicólogos, sociólogos y antropólogos concuerdan en que las etapas más decisivas e indelebles de la *endoculturación* se cubren en la niñez y adolescencia. Llamaremos *matriz cultural* a los elementos y configuraciones *básicos* internalizados por los individuos durante su infancia y adolescencia, los cuales constituyen el *principio de identidad*, un acervo de saberes, unas pautas de respuestas actitudinales y conductuales, un abanico de alternativas de acción, emoción y pensamiento, en fin, una *lógica* específica materializada en un *idioma* (Santos Jara, 1991, p. 7).

En la primera generación de migrantes, y éste es el caso de la mayor parte de la migración del Valle de Atlixco, la orientación cultural desde y hacia la comunidad local es la que otorga los rasgos fundamentales a la interacción del migrante con la sociedad receptora:

Cuando el migrante se inserta en el contexto urbano, se produce una *interacción dialéctica* entre esa matriz cultural (de carácter étnico – rural) y

la cultura urbana (de carácter capitalista, 'moderno'). A través de esta interacción, el migrante desarrolla *respuestas adaptativas* a la nueva situación *desde* los elementos y dimensiones de su matriz cultural (v.gr. el papel de la reciprocidad y de las asociaciones étnicas entre los migrantes urbanos [o las asociaciones deportivas y religiosas de los paisanos en Nueva York]. Pero no sólo eso: inevitablemente el migrante incorpora *elementos de la cultura capitalista urbana* que permiten también generar respuestas adaptativas de nuevo tipo. Inmerso en una situación material inédita, enfrentando relaciones sociales nuevas, moviéndose en ambiente cultural distinto, **el migrante se ve obligado a redefinir su identidad, pero sobre la base de conservar lo esencial de la vieja identidad, esto es, la matriz cultural** (Santos Jara, 1991, p. 7-8; subrayado nuestro).

La aportación de esta concepción psicosocial de la identidad, que distingue la matriz cultural (el núcleo duro) de las modulaciones subjetivas y estrategias adaptativas (periferia), nos permite asegurar que el tendón de Aquiles de la corriente posmoderna de la cultura está, precisamente, en que no cuentan con el herramental teórico ni la investigación empírica para distinguir entre dos realidades. El hecho de que los migrantes, a través de la sociedad de consumo, adopten cierta vestimenta o adquieran aparatos electrodomésticos, nuevas tecnologías de comunicación, etc. no dejan de ser sino la parte objetiva, externa, de su cultura. Esta continúa articulada por una lógica (interna) subjetiva tradicional. Por tanto, la "hibridación cultural" (García Canclini, 1990) no es posible. El perder la referencia del aquí y el allá, del nosotros y ellos a la manera de Ferguson y Gupta (1992) conllevaría a una suerte de esquizofrenia cultural. Puede uno cambiar de lugar, modificar el ritmo de la vida pasando del tiempo campesino al tiempo del obrero ciudadano, sin extraviarse, sin perder la orientación que otorga la cultura de origen, gracias no sólo a una decisión personal –que se manifiesta en el claro rechazo de la sociedad receptora desde y hacia el migrante– sino gracias, precisamente, a la existencia del grupo de pertenencia que se localiza en el país de origen, en la pequeña comunidad local y que se amplía gracias a las redes sociales que facilitan la migración (interna tanto como

internacional) como una estrategia de sobrevivencia familiar. Como veremos en el capítulo de resultados, la orientación hacia *la familia y la tierra* gracias a la conformación de una comunidad simbólica protegida por el santo patrono, ampliada por las redes recíprocas de compadrazgo y del sistema de cargos, mantenida sólidamente por el sentimiento de pertenencia socioterritorial, favorecen el alargamiento de la comunidad tradicional hacia una comunidad transnacional o multilocalizada.

Sabemos por la teoría de las representaciones sociales que el hecho de ampliar la experiencia subjetiva, al participar en sociedades diferentes, no conlleva a la construcción de una identidad múltiple. El proceso de construcción identitaria se realiza en **diferentes dimensiones** pero bajo una lógica unitaria. La identidad subjetiva se traduce en el curso de una biografía incanjeable que se enriquece y se amplía con las nuevas experiencias (nuevas relaciones, diferentes roles, contextos inéditos). La mayor diferenciación de los contextos sociales permiten una mayor amplitud o “modulación” identitaria, favorece la multidimensionalidad, pero no la multiplicidad (Cfr. Capítulo III). Esta última, consideramos, es una concepción equivocada.

Es aquí donde se sitúa la hipótesis de nuestro trabajo que afirmar que, si bien la migración es un proceso que genera cambios culturales, al ampliar la experiencia y los ámbitos de conformación identitaria, cuando existe una cultura local sólidamente arraigada es posible encontrar una adaptación más que una mutación cultural o desarraigo. A pesar de las diversas vías en que se ha entrado en contacto con la modernidad, la cultura local no se orienta hacia la secularización, la pérdida de las tradiciones o el individualismo. De acuerdo con lo establecido en nuestro capítulo segundo, gracias a la movilidad de la población y a la difusión ampliada de los bienes simbólicos, la cultura tradicional adquiere nuevos asideros y se revitaliza precisamente debido a estos flujos. No obstante, habremos de afirmar hacia el final del capítulo, ello implica como condición *sine*

qua non la existencia previa de una cultura socioterritorial sólidamente arraigada en una región que mantiene su viabilidad económica.²⁹

En el caso de la migración internacional, el contraste entre las culturas de las sociedades de origen y destino resultan ser mucho más drásticas, por lo que la conformación de *ghetos* o comunidades *diaspóricas* es mucho más frecuente de lo que los discursos “nacionalistas” aceptarían. Esta situación, que permite mantener una diferenciación cultural basada en orígenes socioculturales diversos, ha sido la forma de integración diferencial a la sociedad norteamericana. Numerosos estudios de comunidades étnicas en Estados Unidos reportan que, a pesar de la percepción de que su situación económica o social ha tenido una relativa mejoría en relación con su sociedad de origen, los migrantes “mantienen su país [región, comunidad] como punto de referencia. Aún más, numerosos estudios etnográficos en poblaciones migrantes en Estados Unidos, dan cuenta de que los migrantes en general “perciben y experimentan su vida actual no en términos de los ideales y expectativas de la sociedad mayoritaria, sino, más bien, en términos de los ideales y expectativas de la ‘vieja cultura’ [de origen].” (De Vos, 1973, citado por Suárez-Orozco y Suárez-Orozco, 1995, p. 325). Este patrón ha sido encontrado en varios grupos de inmigrantes “latinos” incluyendo a los de origen mexicano. La enorme importancia de la discontinuidad generacional entre los migrantes de primera generación y sus hijos nacidos en California, señalan, genera en los segundos un *marco de referencia dual* (íbid. p. 326).³⁰

En el lugar de destino, por lo que han podido reportar varios investigadores (Rouse, 1992; Suárez Orozco y Suárez-Orozco, 1996; Romanucci y De Vos, 1996;), los trabajadores inmigrantes desarrollan una importante identidad de grupo que se arraiga en sus comunidades de origen. No obstante, con el tiempo y la experiencia compartida de exclusión y estereotipación racista, se desarrollan la

²⁹ Cristina Oehmichen Bazán (2000) estudia una comunidad indígena migrante y llega a esta misma conclusión, señalando que la migración genera una comunidad extraterritorial, que nosotros llamaríamos multilocalizada, a partir de la preexistencia de rasgos socioculturales comunitarios bien definidos.

³⁰ La selectividad del flujo migratorio de México a California [en el sentido de la conectividad entre las localidades de origen y destino de éste] tiende a crear una población inmigrante de primera generación psicológicamente robusta, que se siente menos despojada o excluida porque la migración mejoró su calidad de vida; en contraste los México-norteamericanos, nacidos en los Estados Unidos, sienten más esta exclusión al ver que sus aspiraciones no han sido cumplidas (Robler, Cortes y Malgady, 1991, p. 589 citados por Suárez-Orozco y Suárez-Orozco, 1995, p. 326).

conciencia de clase y la identidad nacional, al momento de exigir sus derechos e iniciar un proceso de organización y participación políticas. Sin embargo, nos hacemos la pregunta ¿Cuál es la identidad que continúa prevaleciendo sobre las demás? Hemos discutido en el Capítulo III que un sujeto a través de su vida y sus experiencias va incluyéndose en nuevos grupos de referencia y pertenencia que van definiendo su identidad: desde la familia, la escuela, el grupo de trabajo, la vecindad, etc. En el caso de nuestros migrantes rurales de primera generación, el grupo de pertenencia lo constituyen el grupo familiar y “el pueblo” o comunidad. Pero indiscutiblemente que al integrar las nuevas experiencias compartidas en el proceso de migración (exposición a riesgos comunes con otros connacionales, conformación de grupos de defensa de los derechos laborales, etc.) se despierta ese nuevo ámbito de lealtad, que puede llegar a ser nacional (mexicano), racial (“*hispanics*”) o de clase y condición migratoria (trabajadores indocumentados). Este tipo de preguntas solamente pueden ser respondidas en una segunda etapa de la investigación que pudiéramos llevar a cabo en Nueva York.

Autores que han realizado trabajo de campo tanto en las localidades de origen como de destino señalan que

[...] la mayoría de los mexicanos rápidamente enfrentan los estereotipos étnicos y raciales dominantes que les asignan, una parte como obreros buenos, pero otra como miembros de una minoría racial y étnica con poder político y estatus social relativamente bajo. Como minorías, a menudo experimentan la discriminación y prácticas exclusivas. La jornada compartida y común una generación de trabajadores migratorios de un lugar particular y fomenta un sentido de historia compartida, comunidad e identidad nacional (Goldring, 1997, p. 82).

Por ello, como bien señala la autora, la construcción de la identidad en la comunidad transnacional opera en varios círculos de pertenencia. De manera fundamental (y éste es nuestro argumento) la comunidad de origen, con características socioterritoriales fundamentales que conforman su matriz cultural. Es decir, desarrollan un sentido de identidad como miembros de una comunidad de origen. Pero, esta identidad se va ampliando en nuevos círculos (no siempre

concéntricos, no sin conflicto). Los trabajadores migrantes, comparten la vida y el trabajo con mexicanos de otras localidades y otras personas de lengua castellana, gracias a la segregación espacial de los barrios “étnicos” en las grandes ciudades y en las regiones agrícolas, por lo que desarrollan un sentido de su mexicanidad y de la exclusión que viven – muchos de ellos se sienten inclusive bajo una vigilancia y persecución continua al ser “*illegal aliens*” — , por lo que forman parte de una comunidad nacional “imaginada” de mexicanos (Anderson, 1983), una identidad que emerge en el proceso de ser definido extranjero en los Estados Unidos.

Los migrantes no solamente viven una explotación económica, sino que los estudios muestran la existencia de un abuso psicológico por el hecho de ser estereotipados como inferiores, flojos, criminales, etc. Esto manifiesta las dos caras de la misma moneda: la “explotación” psicológica racionaliza el trato que la sociedad dominante económica y políticamente otorga a estos grupos. Las experiencias y procesos identitarios de los hijos de los migrantes de segunda y tercera generaciones³¹ deben ser estudiados como un caso diferente en la medida en que se forjan en los límites de la sociedad dominante. Es en este terreno que se plantean las cuestiones en torno a la fuerza y los límites de la comunidad transnacional ¿Podríamos asegurar que trascienda varias generaciones? La importancia de los estudios longitudinales y de las comparaciones entre regiones y grupos sociales que experimentan la migración internacional se antoja indispensable.

La migración, además, tiene un efecto importante **de renovación, reactivación de la cultura tradicional campesina** que hemos podido descubrir durante el trabajo de campo. De Vos y Romanucci – Ross (1996) muestran que los movimientos de renovación son manifestaciones de defensa cultural ante la

³¹ Suárez-Orozco y Suárez-Orozco (1995), en concordancia con otros trabajos como Romanucci-Ross, De Vos (1995) y colegas, proponen un modelo heurístico tripartita para examinar el tipo de adaptación de los hijos de inmigrantes en la segunda y tercera generaciones: a) la nueva síntesis, a partir de las dos tradiciones, con cierto éxito (adopta la lengua, se inscribe en las escuelas, busca establecer matrimonio fuera de la comunidad étnica, etc.) y logra una movilidad social importante, busca conformar grupos de acción política que favorezcan la integración de su grupo en la sociedad receptora. b) La identidad con el grupo dominante opresivo, que busca “olvidar” o dejar atrás sus raíces, sus grupos de referencia, que se “avergüenza” de su pasado. Por último, c) la resistencia, que rechaza profundamente la cultura y estereotipos de la sociedad receptora afirmando su propia identidad étnica, dando lugar en ocasiones, a la conformación de bandas y grupos que toman acciones de confrontación violenta.

amenaza externamente impuesta (como políticas públicas o condiciones económicas de enorme precarización). El concepto de comunidad transnacional y el reforzamiento o reactivación de prácticas sociales (como las fiestas patronales) que venían erosionándose, permite comprender este hecho como veremos a continuación. La rica tradición de psicología social que permite ver la complejidad del cambio sociocultural descubre aspectos de los procesos identitarios poco estudiados por la propia Goldring, que parte de una lectura fundamentalmente antropológica, pero ni siquiera adivinados por la corriente de la antropología posmoderna y de otras propuestas extremas de las teorías de la modernización. Estas consideran que la migración es fuente de mutación cultural, por parte de las comunidades de origen, y de asimilación (lo que implicaría ruptura con el pasado del migrante) en las sociedades de destino. Vemos que aún en los hijos y nietos de los migrantes establecidos en la sociedad norteamericana permanece el conflicto identitario por el hecho de la “referencia dual” que continua causando conflicto al “integrarse” en la sociedad receptora (Suárez-Orozco y Suárez-Orozco, 1995). La discriminación, pero también la fuerza de la memoria histórica, las redes sociales que no se rompen (no sólo los lazos de la familia biológica, sino de la familia simbólica, “nuestros muertos”), la lealtad al santo patrono o a la Guadalupeana, la valoración del ambiente y el paisaje (el ámbito rural, los geosímbolos), la permanencia en la cultura alimentaria y la persistencia en las instituciones culturales ligadas a los ciclos de vida (el noviazgo, el cortejo y el matrimonio, como bien lo estudia D’Aubeterre, 2001) continúan siendo referencias centrales en la construcción identitaria de los migrantes de comunidades rurales tradicionales. Pero además, la enorme distancia económica, social y cultural entre la sociedad de origen y la de destino, podríamos resumir, juegan un papel central en las posibilidades de adaptación, de asimilación o nueva síntesis cultural.

Reconocemos, con Luin Goldring (1997), que aún hace falta elaborar el concepto de comunidad transnacional para establecer toda su capacidad heurística. Hace falta estudiarla a través del tiempo, ver los efectos que tienen los cambios económicos y políticos en ambas sociedades (origen – destino), estudiar las nuevas formas de participación económica y política en ambos puntos del circuito

—desde el reconocimiento del voto “hispanico” por Bush hasta la propuesta foxista de reconocer que somos 123 millones de mexicanos en el continente Norteamericano. La historia está por escribirse, a nosotros nos toca dar cuenta de una experiencia arraigada en un contexto espacio – temporal definido.

4.5 Transformaciones en la Comunidad Rural: Ciclo Familiar y Ciclo Migratorio

El estudio de la migración como simple expresión de la falta de tierra disponible para ampliar la producción de subsistencia (ante la presión demográfica) ha resultado ser excesivamente miope. Consideramos que tal proceso no puede ser reductible al cumplimiento de normas impuestas por cambios en las condiciones económicas nacionales ni internacionales, ni a la mera imposición de proyectos de organizaciones locales o regionales, ni a la satisfacción de demandas provenientes de las relaciones comunitarias o grupos domésticos. Es necesario considerar las demandas y presiones planteadas desde fuera (por individuos, grupos, empresas) y las normas institucionales de la sociedad mayor (que considera no sólo el ámbito nacional, sino internacional, con todas las contradicciones y ritmos dispares que esto puede generar), que son fuertes determinantes del comportamiento local, que a su vez, traduce y modifica las influencias externas (De la Peña, 1980, p. 21). De aquí la complejidad que implica la aproximación a la realidad regional en su articulación con la diferenciación interna de las comunidades campesinas. Por ello la complejidad de las sociedades agrarias debe ser aprehendida por la consideración de cuando menos dos constantes:

Primera: la estructura que presenta cualquiera de ellas en un momento dado es producto de largos procesos acumulativos: su historia es ‘estatigráfica’; perdura el pasado —uno y múltiple— a través de los efectos de la evolución tecnológica, los movimientos demográficos, las catástrofes naturales, la sabiduría tradicional cristalizada en símbolos. Segunda: el comportamiento de una unidad social determinada (grupo doméstico,

parentela, cofradía, comunidad local) implica condicionamientos de relaciones horizontales (con unidades semejantes) y verticales (con el feudo, la iglesia, el Estado y la ciudad,...); un grupo agrario no se basta ni explica a sí mismo, se inserta en una estructura de clases, en un sistema de dominación más amplio (De la Peña, 1991, Pp. 123-124).

Siguiendo esta propuesta intentaremos mostrar el conjunto de relaciones sociales que cristalizan en un contexto microsocial como es la comunidad campesina, que no está exenta de conflictos; **campo social heterogéneo** no sólo porque los actores tienen características divergentes, sino porque también varían las normas, símbolos y percepciones de los actores sociales que detentan diversos grados y modalidades de poder. Ello le imprime una **multidimensionalidad** a la comunidad campesina que impide que pueda ser reducida a alguna institución o aspecto social único (política, parentesco, religión, economía, etc.). Además, la comunidad campesina como estructura social, implica el establecimiento de control sobre los recursos valorados por un conjunto de actores sociales a través de líneas de poder (material o simbólico) bien definidas que pueden expandirse y contraerse a medida que entran en relación con otros contextos. En este sentido, la migración internacional pone en contacto a las familias y sociedades campesinas tradicionales con ámbitos y fuerzas sociales y económicas definidas en la esfera internacional (Smith, 1997).

De esta manera, el proceso migratorio detonado por fuerzas macrosociales (estructura económica, mercados de empleo, etc. que han sido revisados en los apartados anteriores) no puede ser entendido sin la participación activa de los propios actores locales. Hemos revisado ya el contexto social y económico que da inicio a los procesos migratorios. Ahora nos toca echar un vistazo a la **realidad microsocial** que “sostiene” los procesos migratorios, que les imprime ciertas características y define patrones (según variables de género, generación, dirección y distancia geográfica), a la vez que construye nuevos campos sociales en los que se tejen las identidades y los proyectos de vida a partir fundamentalmente, de la (re)organización comunitaria y familiar.

En el apartado anterior hablamos de la preexistencia de las comunidades campesinas en el Valle de Atlixco sugiriendo, como hipótesis de trabajo, que se trata de comunidades integradas social y culturalmente por lo que favorecerían la creación de “Comunidades trasnacionales.” Sin embargo, en esta sección queremos resaltar la que las comunidades campesinas del valle están lejos de conformar unidades homogéneas. El paradigma culturalista describe la comunidad como una totalidad integrada, arraigada en un territorio, en la que la interacción cara a cara propicia la construcción de fuertes vínculos recíprocos entre los miembros que comparten una cosmovisión, valores, normas e intereses. Sin embargo, hay que tener cuidado de subestimar el análisis de las **relaciones de poder** que se manifiestan en los ámbitos políticos, sociales y económicos que operan en el micro nivel de las comunidades y los grupos domésticos (Kearney, 1986, citado por D'Aubeterre, 2000, p.19). Es en este análisis fino de las negociaciones comunitarias y familiares frente a la irrupción (violenta, imprevista) de la migración internacional, que los conflictos y tensiones saldrán a la vista.³²

Para poder describir, en términos generales, algunos de los rasgos e instituciones que conforman a las comunidades campesinas establecidas en el Valle de Atlixco, es necesario resaltar el sustrato cultural **náhuatl** que pervive en la cosmovisión campesina; en su sistema de intercambio de trabajo (“mano vuelta” o *tequio*) para la mejora de la infraestructura del pueblo; en el sistema de cargos que define y refrenda la autoridad política y religiosa (Vargas, 2002); en la realización del ciclo festivo ligado a actividades agrícolas (Rivermar, 2002) y religiosas relacionadas con el Santo Patrono (Maurer, 1999). Este sustrato permite a su vez encontrar algunas constantes en los rasgos de los grupos domésticos y las comunidades que, al entrar en contacto con la migración internacional, generan cambios sociales y culturales de los que habremos de dar cuenta en esta última sección.

El estudio de Lourdes Arizpe (1978) ya resaltaba las diferencias locales y culturales que definen patrones migratorios diversos en las comunidades rurales

³² A pesar de nuestro reconocimiento de la dimensión política en la vida comunitaria, los instrumentos de trabajo de campo sólo lo abordan de manera muy superficial, lo que reconocemos como una carencia de nuestro trabajo que deberá ser subsanada en futuras investigaciones.

sometidas a tensiones económicas y demográficas similares. La autora resaltaba la importancia de las **redes sociales y laborales** que tejían los paisanos en la propia comunidad y que se extendían hacia los lugares de destino, manteniendo y ampliando la dinámica migratoria, entrelazada por los derechos y obligaciones, los favores recíprocos, articuladas desde las comunidades de origen y ampliadas hacia los lugares de destino de la migración. Esto mismo es lo que hoy constatamos en el caso de la migración internacional que favorece la conformación de la comunidad trasnacional (Luin Goldring, 1992). En este sentido, los rasgos culturales (de origen Náhuatl añadiremos nosotros) de la comunidad de origen imprimen una mayor solidez y durabilidad a la comunidad trasnacional y favorece la migración de retorno (Arizpe, 1980).

Recientemente surge una vertiente de estudios que sostiene que la **organización doméstica de las sociedades rurales tradicionales**, combina la migración temporal de algunos de los miembros de las familias campesinas con la permanencia (resistencia) de la familia en el campo que implica

“[...] la persistencia, casi reinención, de la actividad agrícola, aunque fuera a nivel de subsistencia. La producción de maíz y frijol para el autoconsumo parecía entonces una estrategia familiar para garantizarse el abasto alimenticio en condiciones de incertidumbre del empleo e inestabilidad de los salarios en el mercado urbano” (Arias, 2000, p. 190).

Desde esta óptica, nuestra hipótesis de trabajo es que, ante las opciones que impone la globalización (a través de las políticas económicas impuestas por Banco Mundial y el Banco Interamericano de desarrollo) a las regiones periféricas, **la migración forma parte de la multiplicidad y diversificación de las actividades de las familias campesinas que buscan permanecer en la tierra, mantener su estilo de vida y las relaciones sociales y simbólicas que organizan su sentido de pertenencia socioterritorial.**

La **migración interna** (rural – urbana), casi unidireccional, del período 1940 – 1970 dio lugar a un esquema diversificado de desplazamientos masculinos, tanto como femeninos. De hecho, como muestra la Encuesta Nacional de la Dinámica Demográfica (ENADID) de 1992, la tendencia de la migración femenina

era ligeramente superior (29.4%) que la masculina (28.4%) y mostraba una diferenciación en cuanto a la distancia, la duración y el sector económico en el que las mujeres lograban insertarse. La **migración internacional**, como hemos visto, ha sido un fenómeno fundamentalmente masculino. Las diversas fuentes de medición de los flujos de migrantes — Encuesta Nacional de Emigración a la Frontera Norte del País y a Estados Unidos (ENEFENEU); la Encuesta fronteriza de “El Cañón Zapata” en la que predominan los migrantes de retorno y los ligados a los ciclos agrícolas; la Encuesta sobre Migración en la Frontera Norte (EMIF, 92), entre otras – confirman la presencia mayoritaria de hombres jóvenes (que fluctúa entre un 80 y un 90 % según la fuente consultada) (Santibáñez, 1998).³³

En la obra colectiva que coordinan Dalia Barrera Bassols y Cristina Oehmichen Bazán (2000) se enfatiza el hecho de que las mujeres presentan un patrón migratorio muy diverso en función de los roles de género que favorecen la permanencia femenina en el lugar de origen o destino, el ciclo de vida y el ciclo de familiar, y las representaciones sociales tradicionales que impiden a las mujeres su desarrollo independiente. No obstante, como veremos, en el ámbito del trabajo etnográfico realizado en las comunidades, se encuentra un cambio en esta tendencia ya que cada vez más mujeres jóvenes inician su experiencia migratoria internacional como solteras (en la medida en que los hermanos ya están establecidos “del otro lado”) o al inicio de su vida conyugal (emigran “al Norte” en busca de mejor fortuna). Indiscutiblemente el embarazo y la crianza de los hijos limita enormemente sus posibilidades de permanecer en el circuito migratorio y las estabiliza en su comunidad (de origen o de destino).

En las últimas décadas del siglo XX en el Valle de Atlixco surge un patrón de **migración internacional** que coincide con las nuevas tendencias de la economía internacional y nacional y repercute en la reconfiguración de los espacios regionales. Esta tendencia ha dado lugar a un proceso de diversificación de las economías rurales y, al mismo tiempo, de especializaciones

³³ Esta participación mayoritaria de varones jóvenes en los procesos migratorios internacionales, sin embargo, puede deberse a que la metodología subestima la presencia femenina al sobredimensionar la migración de retorno, temporal, indocumentada y transfronteriza. Recordemos que las mujeres desarrollan un patrón migratorio diverso: el tiempo es reducido, se circunscribe a un viaje de ida y vuelta y, desde la implantación de IRCA, las mujeres madres y hermanas se trasladaron al país vecino en forma definitiva (Marróni, 2000, p. 89-90).

microrregionales como lo señalan Arias (1997) en su estudio en el estado de Jalisco y Marroni (2000a) en el Valle de Atlixco.³⁴

En el marco de los cambios macrosociales que han influido en la pauperización del campo mexicano, la migración se constituye en una de las estrategias de sobrevivencia que permite a las familias rurales (pobres) organizar la producción y el consumo de todos sus miembros. Por esto, el estudio del proceso migratorio en esta escala de análisis buscará aprehenderlo en términos de **ciclo migratorio** — caracterizado por un proceso inicial en el que participa un reducido número de individuos, hasta tornarse paulatinamente en un fenómeno masivo — que implica varios eventos de salida y retorno a la comunidad de origen e interactúa con los rasgos fundamentales de la **unidad doméstica** (familia extensa o nuclear)³⁵ y el **ciclo de vida familiar** (inicio, desarrollo y madurez). Y a la inversa, cada una de las fases del ciclo migratorio (inicio, desarrollo y consolidación) ha sido moldeada en función de los rasgos de la unidad doméstica y el ciclo de vida familiar. La salida de migrantes que desempeñan diferentes roles familiares (según variables de género y generación) han sido orientados a diversos destinos geográficos, con diferente duración e intencionalidad, y se han ocupado en mercados de trabajo específicos. En otras palabras, “[...] la unidad doméstica ha tenido — y en muchos casos sigue teniendo — mucho que ver con la manera en que los hombres y las mujeres rurales se han presentado y han podido acceder a los mercados de trabajo que han surgido dentro y fuera de las localidades” (Arias, 2000, p. 197). Los estudiosos de la migración desde el ámbito local aceptan que

Las relaciones sociales basadas en el **parentesco** constituyen un sistema que ejerce una gran influencia como instancia reguladora de diversos

³⁴ Señalamos en el capítulo III cómo la instalación de maquiladoras en la región de Atlixco responde al modelo actual de economía globalizada en los que determinados sectores y ramas industriales se establecen en el campo por razones económico políticas. Pero también, tiene que ver con la constatación de que el trabajo femenino en el campo permite acceder a mano de obra barata, dócil, flexible y carente de organización. Esta situación, estamos seguros, generará en la comunidad campesina y la unidad familiar una recomposición de sus estrategias de subsistencia, entre las que se encuentra la migración.

³⁵ En términos censales, se entiende como familia nuclear el núcleo básico constituido por los padres y los hijos (nuclear conyugal). La ausencia de hijos define a los hogares nucleares estrictos y la ausencia de alguno de los padres a los hogares nucleares monoparentales. El hogar es de tipo extenso cuando además del núcleo básico se identifican otros residentes emparentados, y es compuesto cuando el hogar comprende a individuos no emparentados. Por último los hogares no familiares son aquellos formados por personas no relacionadas por parentesco (Muñoz Aguirre, 2000, p. 167).

procesos sociales. El parentesco define un conjunto que va más allá de los vínculos de consanguinidad y afinidad; en torno a él se estructuran dimensiones sustantivas de la vida social, económica y cultural de los individuos (Muñoz Aguirre, 2000, p. 158).

El papel de estas relaciones adquiere un peso específico en las regiones campesinas donde la producción y reproducción social está estrechamente articulado con la dinámica familiar.³⁶ Esta imprime un sesgo definitorio a los patrones de la migración tanto en sus etapas iniciales como en las de consolidación, mediante la trasmisión y reproducción de las relaciones de jerarquía y desigualdad construidas a partir de las diferencias genéricas y generacionales. Y a su vez, **la migración contiene un alto potencial disruptor de la organización y estructura de los hogares.**

En el estado de Puebla, según la Encuesta sobre Población y Salud Reproductiva en Puebla (COESPO, 1998) en las áreas rurales bajo estudio (Mixteca, Sierra Norte y Área Central) **existe un predominio de hogares nucleares (62%) frente a los extensos (30%).**³⁷ En varios estudios etnográficos se había mostrado que los migrantes provenían en una mayor medida de los hogares extensos, dando lugar a la “migración por relevos” (Arizpe, 1980). Sin embargo, la Encuesta señala que los migrantes provienen tanto de los hogares extensos como de los nucleares y monoparentales. En este caso, las relaciones entre número y migración se tornan complejas. Parece ser que la posibilidad de migrar se incrementa cuando existe una familia extensa que facilita la migración por relevos. El otro extremo estaría representado por las unidades domésticas

³⁶ Mientras que la antropología se ha aproximado a la familia a partir del estudio de las relaciones de parentesco, la economía habla de hogares como unidades que articulan el ingreso / gasto en términos más bien monetarios y la sociología, por su parte, ha puesto un mayor énfasis en las funciones sociales, económicas y culturales que se desarrollan en su seno. En estudios recientes se prefiere el término unidad doméstica que busca articular estas dos aproximaciones mediante la distinción analítica entre el grupo residencial, la unidad reproductiva y la unidad de producción y consumo (Jelin, 1991, citado por Muñoz Aguirre (2000, p. 159).

³⁷ Según Muñoz Aguirre (2000, p. 167) existe un peso mayor de los hogares no nucleares en la región bajo estudio, ya que según diversas encuestas y censos, la proporción de hogares nucleares en zonas rurales del país era de 22.4% en 1980 (Censo 1980), 29.5% en 1987 (Encuesta de Ingreso Gasto de los Hogares), 20.6% en 1990 (Censo de 1990) y 27.5% en 1992 (Encuesta Nacional de Dinámica Demográfica). Las diferencias se deben en gran parte al tamaño muestral y la metodología empleada. Sin embargo es claro que los hogares nucleares no exceden el 30% en las áreas rurales. La diferencia tan significativa para el caso del estado de Puebla puede deberse, como ya hemos dicho, a la manera en que los censos y encuestas subregistran a las familias extensas, al no considerar que las familias nucleares comparten el solar familiar, así como innumerables actividades y decisiones que afectan el rol de sus diferentes miembros.

monoparentales en las que la presión sobre los escasos recursos que poseen, obliga a alguno sus miembros a salir:

[...] la prevalencia de altas tasas de migración inducirá cambios en la estructura, tamaño y organización de los hogares. En parte la mayor proporción de hogares monoparentales entre los hogares nos permite sostener también esta última explicación. Es decir, el tamaño del hogar puede ser una condición para la salida selectiva de sus miembros [como sería en el caso de la familia extensa], pero en el momento en que esto ocurre, el proceso se revierte, disminuyendo el tamaño de los hogares (Muñoz Aguirre, 2000, p. 168).

En numerosas comunidades de migrantes se han encontrado patrones de **matrimonio relativamente endogámicos** (y generalmente patrivirilocales) (D'Aubeterre, 2001). La endogamia fortalece los lazos en el circuito migratorio centrada en la familia de la comunidad de origen. **La familia extensa** permite de esta manera el establecimiento de lazos económicos y sociales para la gente del pueblo, pero, al mismo tiempo la reproducción de las estructuras patriarcales y de los papeles de género tradicionales, que incluyen el control de la sexualidad y el movimiento de las mujeres (Marroni, 1995; D'Aubeterre, 1991; 1995; Fagetti, 1992; González Montes y Salles, et. al., 1995). El interés de los migrantes por casarse con mujeres del pueblo (la endogamia) refuerza la importancia y continuidad de la comunidad, que se expande a través de los lazos sociales y las redes (Massey, et. al. 1991). Y asimismo **favorece la migración de retorno**: la gente vuelve, renueva y genera lazos nuevos, de manera que el circuito migratorio se continua a través de varias generaciones. La propiedad de la tierra y de la casa es un factor más de arraigo local, que favorecerá la continuidad del movimiento circular y ampliará la duración de la comunidad trasnacional.

El **ciclo de vida familiar**, que se define a partir de la edad de los hijos³⁸ (inicio, desarrollo y madurez), es otra variable relacionada con la mayor o menor probabilidad de migrar. La distribución de los hogares según la etapa de desarrollo

³⁸ Los hijos en los hogares que **comienzan** son todos menores a quince años; los que se encuentran en **etapas intermedias** combinan hijos menores y mayores a esa edad y, por último, los hogares con hijos mayores a esa edad (Tuirán, 1993).

refleja el régimen demográfico predominante en la región.³⁹ La migración aumenta en aquellos hogares donde los hijos mayores se están incorporando a la vida productiva y donde el ciclo reproductivo se ha completado. “La transición de la niñez a la edad adulta significa, para una parte importante de la población menor de quince años, no sólo convertirse en trabajador, sino también en migrante laboral” (íbid., p.169).

Las relaciones de parentesco, por tanto, adquieren una gran relevancia en la construcción y reproducción de la comunidad local, tanto como transnacional, que dependen de las relaciones que los miembros de un circuito migratorio establecen con ambos espacios.

[La comunidad de origen] Es el lugar al que la gente vuelve, donde los miembros de la familia viven, donde es probable encontrar un compañero de matrimonio, y donde pueden poseer una casa y/o tierra. Es también un paisaje que mantiene memorias de la niñez y adolescencia, y **un sentido de historia común e identidad regional**. El parentesco, tanto real como ficticio [simbólico], enlaza a la gente con un sitio de origen y extiende lazos sociales a través del espacio. El parentesco es una dimensión importante de la comunidad transnacional, y un mecanismo que contribuye a su mantenimiento (Goldring, 1997, Pp. 74 – 75, subrayado nuestro).

En el estudio etnográfico varios migrantes de retorno nos relatan la manera en que viven (siempre en grupo) en las localidades de destino. Resalta la persistencia en la cultura alimentaria - buscan tortillas, chile, tamales, etc. — que gracias a las redes de migrantes y al esfuerzo empresarial de algunos de ellos (que tienen mayor tiempo en NY) pueden fácilmente mantener. Además, existe una comunicación frecuente entre los paisanos a través de clubes deportivos, el rememoramiento de las fiestas patronales, de algunas peregrinaciones, el envío de remesas a sus familias (tanto para manutención de la familia como para mejoría de la casa o del pueblo), etc. Todo esto nos habla de la persistencia de la

³⁹ “Una población caracterizada por altas tasas de fecundidad y mortalidad, una estructura por edades muy joven y el inicio de la vida matrimonial a una temprana edad, conduce necesariamente a un mayor peso de los hogares jóvenes.” (Muñoz Aguirre, 2000, p. 168).

comunidad local y de su “alargamiento” a través de los miembros de las familias migrantes.

Aún más, nos gustaría precisar, la manera en que se organiza la unidad doméstica y se definen las líneas de poder y autoridad, así como los papeles aceptados para los géneros y las generaciones, se funda en una **representación social** que hemos denominado **tradicional**. En esta cosmovisión, el hombre es definido como proveedor económico y los mayores como los depositarios del capital simbólico al detentar la autoridad reconocida por el grupo. La construcción de la diferencia (genérica) y su transformación en desigualdad (de poder) que se manifiesta en las obligaciones y expectativas es elaborada al interior de la unidad doméstica que (re)produce los patrones de conducta “esperada” y condiciona la construcción de las identidades de género. Los hombres, al ser definidos como proveedores fundamentales de la familia, han podido rechazar los empleos rurales de bajos ingresos, por lo que su salida en busca de trabajo a otras regiones del país y del extranjero son perfectamente justificables.

Los desplazamientos masculinos tienen una peculiaridad adicional: ellos pueden desprenderse con facilidad y pleno consentimiento social de las obligaciones cotidianas sin conmovir —más bien al contrario— los entramados comunitarios y familiares de los que forman parte; las madres, esposas y hermanas se encargan de mantener los compromisos filiales, familiares y sociales del ausente (Massey, et. al. 1987, p. 198)

Y a la inversa, las mujeres casadas o con hijos pequeños, son compelidas a permanecer en la localidad y su movilidad espacial es restringida. Por ello es fácil que accedan a empleos que se ofrecen en el campo, aunque sean mal pagados, inestables, precarios o peligrosos (Marroni, 2000a). No obstante, como toda práctica social, esta experiencia de trabajo asalariado y extradoméstico ha favorecido a las mujeres (solteras generalmente) disponer de dinero, y han incrementado la posibilidad de desplazarse hacia espacios sociales y geográficos más amplios que sus antecesoras (Mummert, 1987). Esta es una situación dialéctica ya que, existen mecanismos que refuerzan la desigualdad de género

aún a pesar de que los cambios económicos favorecen una mayor independencia de las mujeres:

[...] esa situación de mujeres que se quedan y aceptan las ofertas locales de trabajo, aunque sean precarias y de hombres que se van en busca de mejores ingresos remite, de nueva cuenta, a una construcción genérica que codifica el espacio y asigna obligaciones y derechos no sólo diferentes sino, en verdad, desiguales para hombres y mujeres (Arias, 2000, p. 199).

La migración, por tanto, involucra valores y normas relativas a la posición y jerarquía de las unidades familiares en la comunidad, así como las de sus miembros en función de la división sexual y generacional del trabajo.

La **migración afecta de manera diferenciada al grupo doméstico** en su estructura y funcionamiento. En términos de ciclo de vida, las mujeres casadas y en edad reproductiva — cuyos maridos están integrados a procesos de migración circular, reciente y de carácter indocumentado — son las que deben afrontar mayores obstáculos y carencias. Están imposibilitadas para acompañar al marido y, cuando lo hacen deben dejar a sus hijos a cargo de parientes, en una difícil opción entre maternidad y conyugalidad (Marroni, 2000b, p. 91).

Pero, al mismo tiempo, su dependencia del envío de las remesas — muchas veces insuficientes y esporádicas— por parte de los maridos que se encuentran en “El Norte,” genera incertidumbre y carencias en el hogar que las obligan a asumir e intensificar actividades extradomésticas para allegarse recursos para la manutención del hogar (íbid.). Ma. Eugenia D’Aubeterre (2000) señala con precisión que ésta es la manera en que las mujeres de comunidades rurales participan activamente en la consolidación de la migración masculina.

Las diferencias entre los patrones migratorios de hombres y mujeres se ha advertido en la distancia y lapso de los desplazamientos y en el destino de los ingresos de cada uno. Desde los primeros flujos de migración interna, **la migración masculina** tendía a ser a lugares cercanos y de carácter estacional. De esta manera mantenían activa su vinculación con el quehacer agrícola y podían ahorrar sus salarios que serían invertidos en el pueblo en proyectos

familiares, a la vez que mantener la vigencia de sus derechos comunitarios. **La migración femenina**, en cambio, solía ser de una duración mucho más indeterminada e imprecisa, así como su destino. En el caso de las mujeres, la migración siguió el rumbo que le marcaban tanto las razones macroeconómicas como las decisiones familiares: la migración estacional, a veces definitiva, hacia la gran ciudad. En su caso, el cambio de estado civil era un factor clave para definir su asentamiento en el lugar de origen o destino. A través de las últimas dos décadas, los estudios etnográficos han puesto de manifiesto que

[...] las diferencias de género al interior de las familias habían hecho de la mujer el eslabón más débil y, de ese modo, el miembro más fácilmente sometido a unas estrategias de sobrevivencia que, hoy lo sabemos, suponen relaciones de cooperación pero también de conflicto, donde se expresan la desigualdad y el poder al interior de las unidades domésticas, de tal manera que algunos de sus miembros son capaces de imponer sus opciones y decisiones al conjunto de la familia, en especial a las mujeres (Arias, 2000, p. 189).

En contra de la idea de que el papel de las mujeres en la migración internacional es pasiva o de resistencia, D'Aubeterre (2000) señala con gran detalle el papel cada vez más activo de la mujer en la vida económica, pero también social y política de su comunidad. La ausencia masculina prolongada en comunidades de la Mixteca Poblana ha supuesto para las mujeres no sólo un incremento de la carga de trabajo y su ingreso en el mercado laboral local (se han detectado casos de "jornaleras" en el área de Atlixco (Marroni, 2000a). También se ha ampliado su injerencia en la toma de decisiones domésticas y su presencia en las actividades comunitarias. Conforme se consolida el proceso migratorio, con la inserción de jóvenes solteros (hombres y, en menor medida mujeres) al circuito migratorio, encontramos ya algunos casos de exogamia local y de reducción de la patrivirilocalidad como se da cuenta en el estudio etnográfico (Vargas Espinoza, 2002 y Barrientos, 2000).

Concluimos esta sección señalando la importancia de estudiar la migración internacional como una estrategia de sobrevivencia de la familia campesina en el

contexto de cambio estructural de la economía mexicana, de su impacto en la región de estudio, y de su inserción en un proceso de globalización irreversible.

4.5.1 La Comunidad Simbólica: Los ausentes siempre presentes⁴⁰

Los intercambios, las redes de solidaridad y parentesco que se establecen en el ámbito de la comunidad socioterritorial, se extienden por el circuito migratorio, reforzando la identificación comunitaria, porque la comunidad proporciona el contexto inmediato que permite construir las interpretaciones del mundo, además de ser ésta la que establece las bases para interpretar los diversos roles sociales tanto de los migrantes como de los no migrantes.

Un elemento que nos permite hablar de la importancia central de la estructura sociocultural de la comunidad de origen es el hecho de que, las formas de diferenciación y estratificación social se encuentran marcadas por **la comunidad de origen**: distinciones de estatus basadas en el género, la edad, así como en la riqueza, la propiedad de la tierra, la autoridad y el reconocimiento al interior de la comunidad (el hecho de ser anciano, fiscal, presidente municipal, etc.). Es indiscutible, sin embargo, que la migración es un proceso que favorece el cambio y la movilidad social, y que disloca muchos de estos patrones de reconocimiento y distinción. Los hijos migrantes, aunque cuentan con recursos y autonomía suficientes para contestar la autoridad de los padres, continúan ligados a las líneas de autoridad de éstos, pero, al mismo tiempo, cambia su relación con los hijos y las mujeres que se quedan. Estamos seguros de que las nuevas generaciones que crecen al cuidado de las madres y los abuelos, desarrollan una identidad diversa a la de aquellos que vivieron en un hogar con la presencia continua de su padre, como era el caso de las comunidades rurales previas a la consolidación del proceso migratorio.

En La Soledad Morelos, por ejemplo, encontramos una familia donde los siete hijos varones son migrantes (muchos de ellos tienen hasta 12 años de haber salido del pueblo). No obstante, todos han colaborado a la manutención de los

⁴⁰ Retomo este título del trabajo de Robert Smith (1994) uno de los pioneros en el estudio de la migración en la región Mixteca en el estado de Puebla.

padres y han enviado recursos para construir sus casas al interior del solar familiar, donde quedan las mujeres y los hijos al resguardo de los abuelos. Los ausentes colaboran con recursos a la realización de las celebraciones familiares y de las fiestas del santo patrono. De esta manera conservan su lugar real y simbólico en la familia y comunidad de pertenencia. Por supuesto que hay situaciones en donde las instituciones, costumbres y las relaciones de lealtad se encuentran fuertemente trastocadas por la migración de los hijos jóvenes, especialmente aquellos que inician su vida conyugal en Nueva York (Vargas Espinosa, 2002).

En el contexto exterior, el sentido de pertenencia a la misma comunidad de origen (paisanaje), se torna explícita y significativa cada vez que un miembro de la comunidad emigra y es recibido por los familiares y paisanos. Un fuerte sentido de identidad crece bajo las adversas circunstancias de la migración. Según lo señalan nuestros informantes, los paisanos de Atlixco han fundado equipos de fútbol soccer así como bandas de música que trabajan en Nueva York; se reúnen en algunos parques y áreas especiales de la megalópolis (como la Calle Washington en Queens); y aún se reúnen para celebrar algunas festividades como el día de la Virgen de Guadalupe o algún festejo social (quince años, bodas, bautizos, etc.). Es a través de los recién llegados a Nueva York que la comunidad foránea recibe noticias, cartas y obsequios desde México.

Algunas comunidades bajo estudio en el Valle han comenzado a “recordar” a los ausentes, reservándoles un lugar simbólico. Esto no es sólo porque los ausentes envían dinero para pagar las celebraciones comunitarias, o porque han contribuido en la inversión de infraestructura en su pueblo (drenaje o agua entubada, restauración de la iglesia o la pintura de las escuelas). Ellos son reconocidos como miembros de la comunidad, conservando sus derechos tradicionales debido a que nunca han dejado de ser una parte integral de sus familias. Esto confirmaría la tesis del “alargamiento” de la comunidad local, de la conformación de una “comunidad transnacional, según la propuesta de Goldring (1997).

La fiesta patronal continúa siendo la celebración social más importante para los pobladores, al nutrir las relaciones entre los miembros de la comunidad, tanto ausentes como presentes. Esta festividad anual siempre ha sido una fecha importante para los migrantes que regresan, siempre que es posible, y permanece como una demostración de la cohesión comunitaria (Ginsburg, 1989; Melucci, 1985).⁴¹

En este contexto es fácil entender por qué la migración de retorno es sumamente extendida. La migración es concebida como una estrategia temporal de sobrevivencia, un camino para mejorar las condiciones de vida familiar y comunitaria. En los casos estudiados, pudimos apreciar que las estrategias de migración son organizadas en grupos. Por ejemplo, en una familia extensa, los adultos deciden quién puede migrar, por cuánto tiempo y a dónde. En estos casos, ellos cuidan de la familia del migrante, en el caso de que éste sea casado. Mantienen una comunicación frecuente con éste de manera que se aseguren su lealtad hacia la familia y su retorno. Pero a pesar de que existen fuertes incentivos para la migración internacional, no se trata de una decisión fácil. Se toma de manera estratégica, en algún tiempo determinado, y para cubrir determinados objetivos. La migración tiene su origen en las necesidades familiares y, una vez que son cubiertas, se inicia una estrategia de retorno, permitiendo que otro miembro de la familia abandone el lugar, nuevamente, de manera temporal (Arizpe, 1985).

El proceso migratorio, sin embargo, va generando cambios sustanciales en la organización familiar y en las expectativas de vida de los jóvenes que, al tener mayores niveles de escolaridad que sus padres, y ante la nueva “mitología” asociada al éxito de los migrantes, viven un profundo cambio en la manera de percibir su proyecto de vida. Recientemente asistimos a una eucaristía en la que el cura del pueblo despedía abiertamente a un grupo de futuros migrantes de la

⁴¹ En un pequeño pueblo al sur de la ciudad de Atlixco, una mujer que vivió más de 35 años en la ciudad de Nueva York regresó a su comunidad a organizar la fiesta patronal este año. Ella y sus tres hijos ahorraron dinero de manera que pudiesen costar una de las celebraciones más fastuosas en dicho lugar, de manera que nadie pudiese olvidarlo (el costo superó los 5 mil dólares). De esta manera ellos “guardaron” su lugar simbólico en la comunidad (La Jornada de Oriente, 1996).

región (en sus 14 y 15 años), la mayoría hombres, acompañados por el “coyote” que los acompañaría en su trayecto hasta N.Y.

Una vez que el proceso migratorio alcanza el ciclo expansivo, como es el caso de Atlixco en la década de los noventa, el alcance de la red migratoria permite a un número importante de miembros de la comunidad (como veremos en nuestra encuesta se reporta un 60% de familiares) acceder a ella. Este es el momento en que **la migración se torna en la conducta esperada para los jóvenes varones**, que experimentan la presión social y familiar para optar por ella. Es en este momento que

La decisión de migrar está influenciada de manera importante por actitudes sociales, por normas y valores transmitidos por la familia. En sociedades en donde la migración tiene un peso específico, se desarrollarían estándares de comportamientos migratorios ‘apropiados.’ Se sugiere que en estas comunidades ‘orientadas hacia la migración’ tiene lugar una socialización anticipada que prepara a los migrantes en sus papeles. Aquellos individuos considerados como socialmente aptos para migrar, serían socializados en valores y prácticas adecuadas a su futura condición de trabajadores migratorios (D’Aubeterre, 2000, p.36).

La socialización genérica se manifiesta en el hecho de que las jóvenes solteras son influidas a actuar en un sentido contrario, es decir, a permanecer y apoyar la migración masculina desempeñando nuevos roles en la comunidad. No obstante esta situación está cambiando y las jóvenes empiezan a emigrar en compañía de sus cónyuges y hermanos.

Por último, nos gustaría señalar que **el compadrazgo y la participación en el Sistema de Cargos**, la colaboración para la realización de la fiesta patronal, son formas de ampliar el **parentesco simbólico** y de consolidar la comunidad transnacional. Emilio Barrientos (2000) muestra en La Soledad Morelos cómo el sistema de compadrazgo es una institución que permite comprender la lógica del sentido de pertenencia local. Las redes de intercambio entre compadres, la seguridad de apoyo ante la emergencia, constituyen un seguro frente a las continuas eventualidades y crisis económicas de las familias campesinas. Estas

redes sociales de parentesco biológico y simbólico, de pertenencia a una comunidad socioterritorial, son los que favorecen y explican la expansión y duración de la comunidad transnacional.

4.6 La Migración desde una Perspectiva Sociocultural: Migración (Re)Integradora / (Des)Integradora

Ya ha sido ampliamente estudiado por otros investigadores (Massey, et. al., 1991; Durand, 1994; Smith, 1994; D'Aubeterre, 1995; Marroni de Velásquez, 1995; Barrera Bassols y Oehmichen Bazán, 2000, entre otros) y coincidimos con ellos, el que algunos patrones sociales y culturales se alteran a medida que la migración se torna un fenómeno masivo y se va consolidando en una región. En la vida local encontramos adaptaciones en varias dimensiones importantes de la vida cotidiana: la organización productiva, la dinámica familiar, las relaciones de género, las prácticas religiosas y festivas, etc. Para concluir el capítulo nos interesa mostrar algunos hallazgos en la realización de nuestro trabajo de campo que nos permitirán construir un modelo heurístico⁴² que nos ayude a profundizar en el cambio sociocultural que tiene lugar en las sociedades rurales ante la consolidación del proceso migratorio internacional.

A partir del estudio etnográfico realizado en cuatro localidades (San Jerónimo Coyula, San Pedro Cuauc, La Soledad Morelos y Huaquechula)⁴³ encontramos una tensión estructural creada por el hecho de que los miembros de la familia viven en espacios diferentes, situación que merece ser evaluada con detenimiento. En los casos de la migración internacional, especialmente cuando existen amplias distancias a ser consideradas y el espaciamiento entre los retornos se hace cada vez mayor, la integridad familiar debe ser preservada por las mujeres en tanto que las remesas son necesarias para el sostenimiento del hogar. Este tipo de migración genera nuevas formas de vida y afecta no solamente

⁴² Hemos venido definiendo los rasgos de este modelo durante el trabajo de interpretación de los resultados de la investigación. Encontramos ya avances en el trabajo Giménez y Gendreau (2001).

⁴³ En San Jerónimo Coyula han trabajado varios antropólogos: Marcela Ibarra Mateos, Luis Fernando Gutiérrez y Martha Patricia Vargas Espinoza; esta última realiza un trabajo monográfico en la localidad de Huaquechula; Emilio Barrientos hace lo propio en La Soledad Morelos y Mónica Gendreau realizó varias entrevistas en profundidad en San Pedro Cuauc.

las relaciones de la pareja, sino también aquellas entre padres e hijos y suegros y nueras. El soporte económico de los migrantes es la base para mantener dichas relaciones familiares. Cuando el envío de remesas se interrumpe, no solamente implica la diferencia entre penuria y sobrevivencia, sino aún la reciprocidad entre las generaciones y entre hombre y mujer. El efecto del soporte económico en la identidad y sentido comunitario es, por lo tanto, profunda.

En el trabajo de campo pudimos encontrar la coexistencia de ***dos patrones migratorios en la región estudiada***, en función de los rasgos identitarios y socioculturales de las comunidades expulsoras. Por un lado, existen comunidades que, lejos de sufrir alguna desagregación o deterioro causado por la migración, parecen haberse revitalizado y ampliado más allá de las fronteras nacionales gracias a la situación de ***ausencia / presencia*** de sus migrantes que viven en diáspora. De hecho, los que han partido con la idea del retorno han recreado y estimulado su cultura nativa en los lugares de destino,⁴⁴ además de mantener una intensa comunicación con sus lugares de origen - por teléfono, correspondencia⁴⁵ a través de las remisiones de dinero a sus familias y, frecuentemente, mediante el retorno a su pueblo para participar en ritos y festividades locales. Aquí podríamos apoyar la tesis de la creación de una ***comunidad transnacional como “alargamiento” del espacio comunitario local***.

Por otro lado, también encontramos localidades en proceso de desintegración — de ninguna manera representativas en la región—, con una acelerada pérdida de sentimiento de pertenencia (identidad negativa), cuyos miembros no han mantenido contacto alguno con sus familiares, y cuya población joven únicamente espera su turno, la ocasión adecuada para emigrar también, puesto que sus proyectos de vida se vislumbran completamente fuera de la

⁴⁴ Como hemos señalado, un fenómeno frecuentemente observado en la sociología de la migración es la tendencia de los migrantes a recrear la cultura de su lugar de origen en el lugar de destino. Esto permite encontrar una explicación para la emergencia de distritos urbanos que se transforman -se remodelan literalmente- por las características simbólicas de los migrantes de las minorías étnicas en algunas ciudades norteamericanas: "Chinatown", "Little Havana", "Placita Olvera", etc. En casos como este el abandono del lugar de origen no significa automáticamente pérdida de la identidad cultural, al contrario, sería más exacto hablar de que se ha dado una "reterritorialización" de la cultura nativa, o una recomposición de la identidad de origen en una situación de Diáspora.

⁴⁵ Una investigación reciente en torno a migrantes mixtecos en la frontera, en la ciudad de Tijuana confirma que la comunicación mediante carta es una forma de contacto con la comunidad de origen más frecuentemente empleada. Esto es sorprendente si tomamos en cuenta el bajo nivel de escolaridad y el carácter oral que generalmente se atribuye a las culturas indígenas (Velasco Ortiz, 1989, p. 165 - 166)

comunidad. Estos resultados concuerdan con el paradigma que considera la migración como un evento discreto, que se realiza en una sola dirección, y sin posibilidades de crear una nueva realidad de **circuito migratorio** o comunidad transnacional. En este caso, podemos argumentar, las solas fuerzas económicas de expulsión / atracción podrían explicar la dirección y efectos de la migración. Sin embargo, cuando las variables económicas se sustentan por la presencia de una cultura fuerte y sólidas redes sociales, asociadas a la percepción de viabilidad económica futura de la comunidad, los resultados del mismo proceso migratorio pueden ser diferentes.

Todo parece indicar que el primer modelo migratorio que podríamos llamar, paradójicamente, **migración (re)integradora**, requiere de ciertas condiciones esenciales que ligan al migrante con su comunidad de origen, tales como: una identidad socioterritorial positiva, basada en relaciones sociales primarias (familiares) y secundarias (amistad, compadrazgo, vecindad), en una memoria colectiva y un sustrato étnico-religioso común; un sentido de pertenencia al lugar (que puede ser local o regional) frecuentemente asociado con la propiedad o la posesión de la tierra, considerada ésta como herencia material y cultural. Pero, también es necesaria la percepción de los sujetos de la viabilidad económica y bienestar social futuro de la comunidad o región de manera que pueda asegurar la existencia.

El segundo modelo, que denominamos **“migración (des)integradora**, pudimos encontrarlo en áreas periféricas de la región (o en la periferia de la ciudad de Atlixco), marcadas por la severa crisis agrícola. Estas se caracterizan por una división extrema de la parcela familiar en fracciones (producto de la presión demográfica) y la imposibilidad de adquirir nuevas y mejores tierras o tener acceso a infraestructura de riego. Bajo estas circunstancias, podríamos decir que las condiciones necesarias para la construcción de una identidad mínimamente “gratificante” y el orgullo de pertenencia, no se encuentran presentes. La “evaporación” de la población joven se ha venido realizando desde décadas anteriores en que se origina la migración hacia las ciudades en territorio nacional y, posteriormente, hacia el norteamericano.

**TABLA No. 2. RASGOS DEL CAMBIO SOCIOCULTURAL GENERADO POR LA
MIGRACIÓN INTERNACIONAL**

Migración (re) Integradora	Migración (des)Integradora
A. Comunidad de origen	
1. <u>Rasgos Identitarios</u> : <ul style="list-style-type: none"> Sentido de pertenencia y lealtad a la comunidad de origen y la familia Identidad gratificante y proyectiva Cultura tradicional, patriarcal, religiosidad popular, memoria social compartida 	1. <u>Rasgos Identitarios</u> : <ul style="list-style-type: none"> Nulo o bajo sentido de pertenencia y lealtad a la comunidad de origen y la familia Identidad “vergonzante” y defensiva Cultura en transición (rasgos de individualismo, cultura moderna)
2. <u>Relaciones Sociales</u> : <ul style="list-style-type: none"> Matrimonio endogámico y fundamentalmente patrivirilocal Desarrollo de redes sociales y recursos que sostienen el circuito migratorio Participación en organizaciones y fiestas comunitarias (sistema de cargos, fiesta patronal) Comunicación y recepción constante de remesas 	2. <u>Relaciones Sociales</u> <ul style="list-style-type: none"> Matrimonio exogámico y no patrivirilocal Imposibilidad de desarrollar redes sociales; falta de recursos para sostener el circuito migratorio Nula o baja participación en organizaciones y fiestas comunitarias. Ruptura de la solidaridad Se interrumpe todo tipo de comunicación con la comunidad de origen
3. <u>Ciclo Migratorio</u> : de retorno <ul style="list-style-type: none"> Conformación de un circuito migratorio (origen – destino) Ampliación de la comunidad local hacia una comunidad transnacional 	3. <u>Ciclo Migratorio</u> : exodo o “evaporación” <ul style="list-style-type: none"> Evento discreto: salida sin retorno Ruptura con la comunidad de origen
4. <u>Viabilidad Económica</u> : local y Regional <ul style="list-style-type: none"> Propiedad de la tierra y/o de la casa Actividades agrícolas combinadas con otras fuentes de ingreso (remesas, ingreso asalariado temporal, etc.) 	4. <u>Nula o baja Viabilidad Económica</u> (Extrema pobreza): local y Regional <ul style="list-style-type: none"> No existe propiedad de la tierra, ni posibilidad de acceder a ella Abandono de la tierra: erosionada, fragmentada
B. Sociedad de destino	
5. <u>Integración a la Sociedad Receptora</u> : nula o baja <ul style="list-style-type: none"> Bajo manejo del Inglés Nula o baja participación en instituciones: escuelas, seguridad social, clubes, etc. Participación en asociaciones de paisanos (religiosas, deportivas, políticas) Status Migratorio: indocumentado 	<ul style="list-style-type: none"> <u>Integración a la Sociedad Receptora</u>: baja, pero con expectativas de lograrla Interés por aprendizaje del Inglés Búsqueda de participación en instituciones: escuelas, seguridad social, clubes, etc. Status Migratorio: Búsqueda de regularización
6. <u>Habitación Espacial</u> : en “Barrios étnicos”, (latinos y/o mexicanos)	5. <u>Habitación Espacial</u> : se inicia en barrios étnicos, pero se busca inserción en otros espacios no identificados como “hispanicos”
7. <u>Discriminación</u> : baja o Nula Movilidad Social <ul style="list-style-type: none"> Empleos precarizados Imposibilidad de acceder a un patrimonio (casa, tierra, crédito), etc. Desconocimiento de derechos cívicos, laborales, humanos 	6. <u>Discriminación</u> : búsqueda de inserción y movilidad social <ul style="list-style-type: none"> Búsqueda de capacitación y mejoría de empleos Acceso a patrimonio y/o crédito Residencia y/o nacionalización, participación cívica

En la tabla anterior resumimos los aspectos que hemos venido reseñando a través de este capítulo. En el modelo es necesario tomar en consideración los rasgos de la sociedad receptora, que actúa como un “imán” a la migración desde las poblaciones rurales de nuestra región y que facilita o impide la integración económica y social en el ámbito de destino.

La migración tiene, ineludiblemente, un costo no sólo económico, sino psicosocial en la medida en que disloca los lazos con las redes de soporte en la sociedad de origen, por un lado, y dificulta la incorporación en los grupos primarios

de la sociedad receptora. Este proceso solía darse en las migraciones definitivas y en un solo sentido, características de la población de origen europea que viajó hacia América hasta inicios del siglo XX. Sin embargo, aquí es donde debemos estudiar las nuevas condiciones de interconectividad económica y cultural facilitados por la globalización. Hoy en día, las poblaciones rurales desplazadas de nuestro país, pueden emigrar a los Estados Unidos no sólo con la idea del retorno, sino que mantiene lazos económicos y sociales con sus comunidades de origen de manera cotidiana gracias a las nuevas tecnologías de comunicación. Pero, además, debido a la segmentación del mercado laboral que les ofrece únicamente un nicho de trabajo, precarizado y no les abre las puertas a las oportunidades que antaño dieron a los nuevos residentes de origen europeo. Como diría un conocedor del fenómeno: “el problema de los mexicanos ha sido el arribar tarde a la sociedad de las grandes oportunidades.” Pero no sólo esto, el origen social y la nacionalidad de los inmigrantes ha determinado las posibilidades de éxito en la movilidad social y económica de la sociedad receptora. Es claro para nosotros que la sociedad de la democracia y las oportunidades para todos, no deja de ser un slogan. Las oportunidades son para los WASP (por sus siglas en Inglés: *White Anglo Saxon Protestant*), los demás ocupan su espacio en esta “*rainbow society*” que mantiene a cada grupo de color en su sitio.

En nuestra opinión, el primer modelo describe lo que ocurre con mayor frecuencia en la región del Valle de Atlixco. No sólo porque en términos de viabilidad económica y persistencia de la población en la región datan de varios siglos atrás, sino porque hasta el momento el proyecto migratorio es percibido por los pobladores como una estrategia de sobrevivencia, como un proyecto temporal. En la mayoría de las entrevistas realizadas, tanto los familiares como los propios migrantes mantienen la expectativa del retorno. Veamos algunos de los resultados del trabajo etnográfico que podrían ejemplificar este modelo heurístico.

San Pedro Cuauco representa para nosotros un ejemplo claro de lo que hemos llamado “migración (re)integradora. San Pedro es una comunidad rural (rebautizada como San Pedro Benito Juárez) situada en las faldas occidentales del volcán Popocatepetl. El pueblo se caracteriza por la carencia de servicios de

salud, educación, infraestructura en caminos, etc. No obstante, paradójicamente, no se encuentra lejos de centros urbano industriales tales como Atlixco, Izúcar de Matamoros y Puebla.

La localidad es particularmente rica en lo que llamaríamos “cultura etnográfica” en tanto que permeada por un sentido religioso profundo que se manifiesta en los ritos de la vida y la muerte, en las festividades pueblerinas, en los bailes locales, en las ceremonias nupciales, y aun en las decisiones que tienen que ver con las cosechas. Esta cultura etnográfica también nutre un profundo sentido de pertenencia y muchos de sus elementos funcionan como símbolos identitarios compartidos.

Si es cierto que los habitantes de San Pedro reconocen que ellos son “hermanos por la lengua” -“El Náhuatl de nuestros padres” - no se identifican como un grupo étnico, sino como campesinos y agricultores pobres: ellos se sienten “orgullosos” de su sangre y de su región; participan activamente en una gran variedad de ritos religiosos comunitarios que revelan un profundo apego a su tierra nativa.

El localismo cultural de esta población entra en contacto con la modernidad a través de dos canales principalmente: migración y exposición a los media. En otros artículos hemos ya descrito su relación con las Nuevas Tecnologías de Comunicación (Gendreau y Giménez, 1998). Ahora nos detendremos en la migración, que es un fenómeno principalmente masculino y que en la mayoría de los casos no es considerada como definitiva, sino como una perspectiva de regreso y con destino principal hacia Nueva York y Nueva Jersey. **“Nueva York, 1 Km. Nosotros traemos y llevamos a sus familiares al aeropuerto de la ciudad de México”** reza un anuncio en alguna de las paredes del pueblo. Es como si la frontera de México con los Estados Unidos estuviese reducida a escala del pueblo, y que estuviese casi a la vista.

Para darnos una idea de la amplitud del fenómeno migratorio, baste con señalar que el 81% de las familias presenta al menos un migrante, y que 28.3% de éstas, cuenta con más de uno. Ello nos habla de que la migración ha pasado a ser un fenómeno masivo que afecta casi a todas las familias del pueblo.

Al menos en las comunidades bajo estudio, y en otras localidades con cultura etnográfica semejante, no hemos observado una “expatriación” o “desarraigo cultural” entre los migrantes (actualmente ausentes), menos aún con los que han retornado. Lo que hemos observado es que, por el contrario, existe una “repatriación” de la cultura de origen y de nuevas formas de relacionarse con el espacio. Los migrantes de San Pedro que habitan en Nueva York o Nueva Jersey viven en distritos caracterizados por redes de solidaridad basados en relaciones que pueden ser de tipo familiar, vecindad o compadrazgo. En estos vecindarios se (re)produce, entre otras cosas, la cultura alimentaria y festiva de sus lugares de origen. Aquellos entrevistados, por ejemplo, tienen amigos y familiares en Nueva York. El caso de Nicolás, al ser entrevistado, puede ser ilustrativo: señala que trabaja en Nueva York como plomero y albañil, viven con un grupo de mexicanos (la mayoría provenientes de su pueblo o de algún otro cercano) y, por lo tanto, considera que nunca tuvo necesidad de aprender inglés ya que en su trabajo y entre los amigos podía comunicarse en español.

Aún más, los migrantes mantienen una comunicación intensa de larga distancia con sus lugares de origen, por teléfono, a través de cartas y, sobre todo, a través de las remesas de dinero que envían hacia sus familias. Desde un punto de vista subjetivo, el lazo persiste en términos simbólico afectivos, y en manifestaciones de nostalgia y esperanza del retorno. Aquellos entrevistados frecuentemente expresan elocuentemente esta paradoja: *“Es necesario irse para poder quedarse.”* Por esto, ellos quieren decir que la migración que enfrentan es sólo temporal, necesaria para realizar proyectos específicos tales como: ahorrar dinero para invertir en comprar tierra, arreglar la casa o cumplir con alguna obligación social o religiosa (una boda, la fiesta patronal, etc.). Desde el punto de vista de la nostalgia sentida por los migrantes en una tierra ajena, Nicolás (de 32 años) ha regresado y expresa sus sentimientos de esta manera:

“Uno extraña la familia: uno no puede ver a los niños: y allá tienen costumbres que son... bueno, yo no sé, diferentes. Uno no puede ver el volcán, uno que está acostumbrado a sembrar la milpa... todo eso cuenta... Uno “no se halla”... pero la necesidad, es canija.”

Para interpretar esta visión casi idílica, podríamos hacer al menos dos observaciones:

Primera, que en la localidad de estudio, las variables generacionales parecen jugar un papel importante. En efecto, hemos podido ver que los jóvenes (a diferencia de los adultos) manifiestan una mayor propensión hacia la migración (algunos nunca retornan), tienden a concebir sus proyectos de vida fuera de la comunidad y parecen mucho más susceptibles a “fascinarsé” con la ciudad.

Segunda, que entre algunos de los entrevistados de manera más extensiva, encontramos casos de ambigüedad identitaria y conflicto de lealtad. Esto parece precisamente ser el caso de aquellos migrantes que regresan, pero que han desarrollado lazos familiares o de amistad en Nueva York: “He ido y venido tantas veces que de pronto siento que no soy de aquí ni de allá.” No obstante, sospechamos que el entrevistado ha formado una segunda familia en el lugar de destino.

San Jerónimo Coyula, en contraste con el caso anterior, es una comunidad que podría ejemplificar el modelo de una migración **(des)integradora** que, en caso extremo, podría conducir a la desaparición del pueblo mediante la lenta “evaporación” de su población masculina. Esta es una población cuyas tierras muy fragmentadas y empobrecidas han sido cruzadas por la construcción de la supercarretera que une Puebla con la “Ruta del Sol,” y empiezan a vivir una fuerte presión especulativa para la venta de sus parcelas y con pocas expectativas de viabilidad económica. Ha contribuido a esto la profunda crisis agrícola en la región que ha afectado a la población de manera considerable. Los salarios de los jornaleros en el campo han estado deprimidos por varias décadas, no siendo ya ésta una opción atractiva de recursos para las familias.

Un número considerable de familias en el pueblo, y más de la mitad de la gente joven, considera que no existe futuro para ellos, por lo tanto ven la migración como una esperanza; manifiestan una identidad vergonzante o negativa (caracterizada por un apego muy débil hacia su comunidad) y conciben sus planes futuros “fuera” de la comunidad. Más aún la mayor parte de los jóvenes no poseen tierras, ni tienen posibilidades de acceder a ella.

Encontramos varias familias que han comenzado a perder contacto con sus hijos porque ellos ya no llaman por teléfono o escriben, menos aún envían recursos. Los hijos más jóvenes saben que algún día ellos también emigrarán. Finalmente todo parece indicar que la falta de oportunidades para mejorar sus condiciones de vida favorece la formación de identidades negativas, y el efecto primario de ello es un debilitamiento del sentido de pertenencia. En casos como éste la migración, lejos de fortalecer los lazos comunitarios, está rompiéndolos.

4.6.1 Algunas Conclusiones Preliminares

El contacto de familias rurales con la modernidad urbana a través de la migración de algunos de sus miembros está provocando cambios significativos en la cultura local. Tanto en sus formas objetivadas (patrones simbólicos y de comportamiento, actividades de la vida diaria) como en las subjetivadas (representaciones sociales, sentido de pertenencia, arraigo a la tierra, etc.). De hecho, no podría ser de otra manera: **la cultura y el sentido de pertenencia son realidades dinámicas gobernadas dialécticamente por una lógica de continuidad y discontinuidad**. Los cambios más visibles se dan en el ámbito de la estructura familiar, donde podemos observar una alteración significativa por ejemplo, en la jerarquía de los padres, en la evaluación de los proyectos de vida de las mujeres y, sobre todo, en los roles simbólicos e instrumentales éstos, que se consideran supletorios y son permitidos durante la ausencia de los hombres.

Sin embargo, es interesante observar cómo los roles femeninos cambian. Por ejemplo, estos cambios ocurren primero de manera supletoria, condicionadas por la ausencia de los hombres. Pero más adelante, estos nuevos roles entrarán en el núcleo duro(o corazón) de la representación social. En otras palabras, el trabajo extradoméstico de las mujeres como jornaleras o empleadas en la maquila, que en primera instancia asume un status suplementario o condicional, se torna altamente valorado y, posteriormente, se concibe como una actividad “normal” de las propias mujeres, sin restricciones sociales. Es de esta manera que el mecanismo psicosocial del cambio cultural, claramente apuntado por sociopsicólogos, se torna evidente (Flamand, 1994, p. 49).

Sin embargo, todo parece indicar que, a pesar de los cambios observados, **la lógica de continuidad cultural e identitaria** prevalece todavía. Es entonces que tendríamos que hablar de las **estrategias culturales adaptativas** para enfrentar la migración internacional y los cambios económicos regionales, pero que no representan una mutación identitaria (Cfr. Cap. II). Ella implica una sistemática o sustancial alteración de los valores locales y tradiciones. En términos de la sociopsicología, estos cambios observados están ocurriendo principalmente en la periferia de la representaciones sociales (Jodelet, 1989; Doise et Palmonari, 1986). Los procesos modifican y enriquecen el sistema y sus prescriptores condicionales, pero sin afectar seriamente su núcleo central.

Contrario a lo que ciertas expectativas de la modernidad que afirman que el resultado de una interacción entre las culturas tradicional y moderna devendría inevitablemente en un proceso de destradicionalización y aculturación, en el Valle de Atlixco encontramos que la migración internacional ha contribuido en su mayoría a reproducir y reforzar la cultura local y el sentido de pertenencia.

De hecho, los migrantes no solamente se relacionan con sus paisanos y familiares en la comunidad transnacional, reforzando la identidad propia, y relacionándose débilmente con la cultura dominante de los espacios urbanos que los reciben. Ellos continúan considerándose como miembros activos de sus comunidades de origen y son reconocidos como tales por sus paisanos y familiares. Aún más, continúan manteniendo su lugar simbólico en las festividades locales. Uno podría decir, entonces, que **la migración ha contribuido a la ampliación de la dimensión comunitaria local en una red internacional que incluye a sus miembros ausentes a partir de la conformación de una comunidad transnacional o multilocalizada.**

Igualmente, consideramos que la migración tiene un efecto importante de renovación o reactivación de la cultura tradicional campesina que descubrimos en el trabajo de campo. Hoy los pobladores de la región cuentan con recursos y con la autonomía necesarios para reavivar algunas tradiciones y festividades que se venían perdiendo. El remozamiento de la iglesia local, como un signo de orgullo

identitario, la cada vez más “rica” celebración de la fiesta del santo patrono, son algunos ejemplos de ello.

No obstante, a pesar de que éste es el modelo más generalizado en la región, se verifica solamente bajo ciertas condiciones que hemos tratado de identificar en esta sección. En algunas comunidades periféricas de la región, caracterizadas por pobreza extrema (v. Gr. completa erosión de la tierra, fragmentación de la propiedad y crisis agrícola generalizada) podemos encontrar una cultura local vergonzante, que genera **identidades negativas** destruyendo la solidaridad local, debilitando las tradiciones comunitarias de lealtad y disolviendo el arraigo a la tierra. En estos casos —como es posible percibir en el Sur del Valle de Atlixco, así como en la región de la Mixteca Poblana — los migrantes han perdido contacto completamente con sus comunidades y ya no envían remesas a sus familias.

Parece que una comunidad bajo estudio, San Jerónimo Coyula, ha comenzado a ilustrar esta situación. Jóvenes, en particular, desprecian su comunidad: su futuro se concibe completamente fuera de su pueblo y región. Estos casos verifican el hecho de que sólo cuando existen identidades gratificantes — basadas en un mínimo de viabilidad económica regional, por un lado, y en la imposibilidad de asimilación a la sociedad receptora, por la otra — pueden desarrollarse como factores para retener a los migrantes y traerlos de regreso, permitiéndoles desarrollar un sentido de pertenencia orgulloso. Por el contrario, identidades negativas o estigmatizadas pueden ser una fuente de subestimación, complejo de inferioridad, insatisfacción y crisis (Bassand, 1981, p. 6).

Estas variaciones muestran el carácter **multidireccional y no predecible del cambio cultural e identitario**. Tomando en cuenta esta variedad y esta incertidumbre podemos decir que, dependiendo de la fortaleza cultural y la identidad de grupo, **estos cambios pueden variar entre una total (des)integración hasta una (re)integración social**. Las posibilidades de desarrollo local y regional futuras dependerán enormemente de esta variable sociocultural.

CAPÍTULO V

ESTRATEGIA METODOLÓGICA

El hombre ve lo que sabe, no sabe lo que ve
Rolando García

*Hay que pensar para medir, no medir para
pensar*

Gastón Bachelard

La elección de la metodología está determinada por consideraciones empíricas (naturaleza del objeto de estudio, tipo de población) pero sobre todo, por el sistema teórico que subyace a la investigación justificándola. En este caso, la selección de los instrumentos está dictada por la teoría de la cultura y de la identidad (como forma subjetivada de la cultura), así como por la definición de región según criterios diversos: geográfico-ecológico, económico, político-administrativo y sociocultural.

En el presente capítulo definimos los principales aspectos que conlleva la definición de la estrategia metodológica. En un primer apartado, adoptamos una clara postura epistemológica en torno a la construcción del conocimiento en ciencias sociales, señalando los principales rasgos del discurso sociológico. Enseguida mostramos las diversas dimensiones y escalas que implicó el estudio regional y que nos hizo adoptar una aproximación multimetódica y multiescala, intentando aprovechar los trabajos previos realizados por especialistas de otras áreas, que nos permitieran reconstruir el contexto regional de nuestra investigación.

En el apartado tres, definimos los objetivos y preguntas de la investigación, mostrando las diversas áreas temáticas que abarca el estudio y a las cuales deberán corresponder secciones específicas en los instrumentos de recopilación de la información. Presentamos una breve justificación empírica y teórica del empleo de la entrevista por cuestionario con dimensiones regionales, que nos permiten reconstruir un espacio social mayor, y lo contrastamos con las guías de observación y entrevista profunda aplicadas en los estudios monográficos (realizados en tres localidades), que nos permitieron tener en cuenta aspectos que no pudieron ser capturados por la encuesta. La aproximación etnográfica nos

ofrece nueva información al momento de realizar la interpretación de los resultados del cuestionario en los próximos capítulos de análisis.

Finalmente, presentamos los criterios de selección de la población y definición de la muestra de estudio, mostrando los rasgos del muestreo estratificado, aleatorio que nos permitió contar con una buena representación de la diversidad de localidades que conforman la región. Igualmente, presentamos la manera en que fueron codificadas las variables una vez que se aplicó el cuestionario, como elementos previos a la realización del análisis estadístico e interpretación de los resultados.

5.1 Algunas Consideraciones Epistemológicas

Con el ánimo de presentar brevemente nuestra postura en torno a la construcción del conocimiento en las ciencias sociales, coincidimos con varios autores en que el discurso científico se distingue de otros en cuanto a que implica la elaboración de un **discurso controlado y refutable sobre determinada área del conocimiento**. El léxico científico se basa en un sistema de conceptos y no en simples nociones. En este sentido, los conceptos son términos cuyo contenido de significación puede definirse con precisión, a diferencia de las nociones que tienen un carácter ambiguo y figurado y sus connotaciones son muy amplias y no controladas (Giménez, 1994).

Como discurso controlado, el científico se genera a partir de una teoría coherente y explícitamente definida. Sin embargo, en las ciencias sociales, como veremos más adelante, no se emplean teorías en el sentido de sistemas hipotético-deductivos susceptibles de una falsación popperiana. En el campo de las ciencias sociales, las teorías son en realidad **paradigmas**, es decir “marcos de pensamiento u orientaciones teórico – metodológicas a propósito de los cuales existe cierto acuerdo dentro de la comunidad científica, porque son considerados útiles y fecundos” (íbid., p. 4). Estos marcos conceptuales orientan el trabajo del investigador, le proponen un lenguaje, un modelo de pensamiento y ciertos principios de comprensión de la realidad.

Pero, al mismo tiempo, el léxico, los paradigmas y modelos que genera el discurso científico deben ser **refutables**, es decir, tienen que definir y prever los criterios de validación según parámetros establecidos por la comunidad científica. Fernando Cortés (s.f.) incluso afirma que hoy ya no existe una verdadera lucha entre paradigmas, puesto que la metamorfosis del viejo empirismo lógico en post-positivismo aceptan, tanto como el constructivismo, que “recortan teóricamente sus objetos de investigación y por tanto, a partir de los mismos hechos es posible generar una diversidad de objetos. Hoy ambas corrientes aceptan que hay una interrelación entre sujeto y objeto, que lleva a la imposibilidad de separar qué parte de la observación la pone el sujeto y cuál aporta el objeto. Por tanto, para ambas posturas epistemológicas cabe la posibilidad de que existan varias teorías compatibles con cierta evidencia (cuestión que no es privativa de las ciencias sociales) y la adopción de una u otra dependerá no sólo de consideraciones teóricas o metodológicas, sino que están fuertemente influenciadas por los valores del investigador.

Cuando se considera que sujeto y objeto son independientes, la objetividad se define como una correspondencia entre el conocimiento producido y los hechos,¹ pero si dicha separación no existe, no habría cabida para tal concepto de objetividad que debería ser reemplazado por el de **un acuerdo intersubjetivo**. Popper (1985) señala que la objetividad se logra al discutir los trabajos, confrontar los resultados, llegar a consensos y marcar los discensos. Esto se limita “a la regulación racional mutua por medio del debate crítico.” En este mismo sentido Piaget (1970) ya señalaba que el sujeto individual, el “yo” como sujeto egocéntrico, es fuente de “posibles deformaciones o ilusiones de naturaleza subjetiva” mientras que el sujeto “descentrado” coordina sus acciones con las de otro(s), que mide, calcula y deduce de manera verificable por cualquiera. De esta manera sus actividades epistémicas son comunes a todos los sujetos y genera un conocimiento abierto a la crítica racional, al debate, que le permite limar las deformaciones o ilusiones de naturaleza subjetiva y aproximarse tendencialmente

¹ La famosa teoría de la “correspondencia” con la realidad hace tiempo que ha sido descartada por los propios científicos que aceptan que la relación con lo real está mediada por las teorías y las hipótesis, es decir que, el objeto de investigación es construido (Russell, 1989). Por tanto, la observación está condicionada por el conocimiento previo, incluidas las teorías.

al conocimiento del objeto. Piaget reintroduce el objeto en un mundo de intersubjetividades y reemplaza la noción de subjetividad por la de “**proceso de objetivación.**” Por consiguiente, “el apoyo de una hipótesis procede en parte de los datos empíricos y en parte del resto del cuerpo de conocimientos pertinentes – tanto que las hipótesis se verifican contra esta último antes de ser sometidas a pruebas empíricas” (Bunge, 1999, p. 257).

Por tanto, nuestro quehacer sociológico se asocia más con la sociología comprensiva de Weber que buscar captar, por interpretación, el sentido de la acción. El método tiológico busca dar sentido a la acción en el dominio de la ciencia, y la explicación causal consistiría en imputar dicho sentido a la evidencia. De igual manera, los estudios de la epistemología genética “han mostrado que el individuo **atribuye** a los hechos que pretende explicar, la necesidad de las relaciones lógicas dentro de la estructura de la teoría que intenta explicarlos (Piaget y García, 1992). La diferencia entre imputar y atribuir es muy sutil, y ninguno de los dos escapa a la noción de explicación causal desarrollada por la epistemología genética. Por lo tanto, hoy en día ya no es posible

[...] sostener que el método cualitativo es subjetivo y el cuantitativo es objetivo a menos que se acepte la idea de objetividad – objeto y perdería sentido si la objetividad surge del acuerdo de intersubjetividades. La explicación causal, como atribución o imputación de sentido, construida a través de modelos teóricos hace difícil plantear una discusión paradigmática entre causalidad e interpretación. Sólo podríamos justificar dicha diferenciación si se supone que el sentido de la acción surge desde ‘la realidad’, es decir, si se adscribe a la teoría de la correspondencia que los pioneros del empirismo rechazaron por razones de consistencia (Cortés, s.f. p. 12).

La naturaleza de los conceptos involucrados en la o las hipótesis y las potencialidades de los instrumentos de recopilación de información constituyen los criterios básicos para su selección, siempre y cuando se vigilen la confiabilidad y validez de las medidas. No obstante, hay una diferenciación en las tradiciones de investigación en las diferentes disciplinas sociales, pues hay métodos de

investigación que son empleados con mayor frecuencia por antropólogos, historiadores o sociólogos. Sin embargo, habremos de ver, esta selección depende menos de la diversidad del objeto de estudio, que de las preguntas de investigación y las características del contexto a ser estudiado.

El objeto de estudio de las Ciencias Sociales. A pesar de la polémica que exacerba las diferencias entre historia, antropología y sociología, Passerón (1991) afirma que “la lengua de descripción del mundo histórico, común a la historia y a la sociología, implica la imposibilidad de un ‘paradigma’ estable” (p.59). Ambas comparten el mismo objeto de estudio, puesto que la construcción de éste es inseparable de la nominación, la categorización y la periodización que se manifiestan en la ausencia de un paradigma o “gran teoría.” Las ciencias sociales tienen **un objeto común: la historia de las sociedades humanas**. Si bien la historia, la antropología y la sociología surgen de tradiciones diferenciadas que establecen una diferencia discursiva radical entre el relato histórico y el razonamiento sociológico (o experimental). Esta situación ambivalente se manifiesta en el trabajo weberiano que al emplear las tipologías impide hacer equivalentes los contextos estudiados, e intenta enunciar ciertas generalizaciones que no se asemejan a la generalidad nomológica de la ley universal accesible solamente a ciertas áreas de las ciencias exactas.² Es por ello que afirmamos que las ciencias sociales comparten una proximación descriptiva en tanto conservan, en grados diversos, **una referencia tácita a las coordenadas espaciotemporales**. Es decir, las definiciones, clasificaciones y tipologías presentan un rasgo implícitamente deíctico en los enunciados, indispensables a su funcionamiento semántico.

Lo anterior adquiere una enorme relevancia ya que, la generalización de un enunciado de correlación o la regularidad en un proceso, constituye una operación lógica susceptible de ser manipulada por las ciencias experimentales, que pueden controlar la variación de los contextos de observación para la construcción activa de los protocolos y, por tanto, para una serie finita de enunciados que comandan

² Los concepto **nomotéticos**, que expresan constelaciones de atributos predicables *a fortiori* de todos los casos a que se aplique el concepto (V.Gr. H₂ 0), son generalmente empleados por las ciencias exactas; mientras que los conceptos

sus conceptos descriptivos. Al contrario, las condiciones de la observación históricosocial (producto de observación que enuncia ciertas constantes relevantes de hechos de configuraciones no reproducibles) excluye la generalización inductiva. En otras palabras, el lenguaje mismo de las ciencias sociales elabora enunciados que se refieren implícitamente a su contexto de validez, sea por los términos que tienen un contenido concreto o por la evidencia alusiva de un ambiente que delinea las circunstancias de la enunciación. Esta referencia tácita, que enmarca las constantes encontradas en los análisis estadísticos, se enuncian bajo la condición implícita de todo el contexto de la medida. Por más que sean numerosas las variable “controladas” o neutralizadas por un protocolo de encuesta o un programa de investigación, el contexto de medidas y de las aseveraciones que se expresan permanece incontrolable (Passeron, 1991, p. 72).

El razonamiento sociológico: entre la contextualización histórica y el razonamiento experimental. Expresado en términos cartesianos, Passeron (1991) ubica en un polo el espacio del razonamiento de las ciencias sociohistóricas centradas en la descripción de los hechos que se refieren explícitamente a las interpretaciones del contexto espaciotemporal de los fenómenos estudiados. En el otro polo sitúa el razonamiento experimental, es decir, el ejercicio de la comparación (cuantitativa o no) capaz de controlar sus inferencias en un sistema cerrado de reglas. El razonamiento experimental funda sus aseveraciones sobre correlaciones constantes de rasgos, observados o medidos, a partir de una presunción de *ceteris paribus* (manteniendo el contexto invariable) y estableciendo una generalización de las afirmaciones que dependen de la invariancia del contexto o de la posibilidad de controlarlo bajo cierto procedimiento. En las ciencias sociales, el razonamiento experimental se encuentra representado, precisamente, por el razonamiento estadístico.

La definición más precisa del régimen disciplinario del razonamiento sociológico se ubica en el centro de este espacio cartesiano en el que se oponen polarmente, en un eje horizontal, el discurso histórico y el razonamiento experimental, y al jerarquizarlo (sobre un eje vertical), según la debilidad mayor o

menor de la forma pura, sea de la historia o del razonamiento estadístico. Es decir que la sociología, como otras ciencias sociales, es una disciplina histórica, en tanto que sus enunciados no pueden ser “desindexadas” de los contextos que les dan sentido a sus acepciones. En este sentido, el discurso de las ciencias sociales se asemeja al **razonamiento natural**. Sin embargo, existen momentos en que el razonamiento sociológico se distingue del relato histórico por los momentos de **razonamiento experimental** (estadístico); aunque estos momentos alternan necesariamente con su trabajo con otros de razonamiento natural. El lenguaje estadístico (que busca establecer las relaciones entre variables, mediante un lenguaje de la probabilidad, fundado sobre constantes empíricas) es un lenguaje experimental, cuyos enunciados en torno al mundo histórico adquieren validez para un contexto sociohistórico determinado; es decir que las relaciones formales se refieren siempre a un contexto, explícito o no.

En el presente trabajo hemos buscado, precisamente, mantener esta tensión. En los capítulos precedentes hemos hecho una revisión histórico social de la región de estudio, a la cual habremos de referirnos en los próximos capítulos en que plasmaremos los resultados de nuestro análisis estadístico. Pero en ningún momento pretendemos hacer generalización alguna en torno al fenómeno estudiado, sino resaltar los rasgos más relevantes que presenta en un lugar y tiempo determinados. Queda abierta a la crítica la manera en que construimos el objeto de estudio y definimos las escalas y métodos de recopilación de información, así como las conclusiones a que arribamos al término de la investigación que ha generado, necesariamente, nuevas interrogantes.

5.2 Aproximación Multidimensional

La complejidad del objeto de estudio, nos obligó a considerar diversos niveles de análisis y, consiguientemente, a combinar diversos métodos y técnicas de recolección de información y de análisis para abarcarlo de manera integral. En la presente investigación empleó el **método monográfico** que combina tanto el

análisis histórico, económico e histórico cultural de la región, con la **observación etnográfica** (que no será presentada *in extenso* en el presente trabajo) y el **método sociológico** consistente en una entrevista por cuestionario aplicada a una muestra (aleatoria, estructurada y contrastiva) de la población. A continuación precisaremos cada uno de los aspectos estudiados y su respectivo método de investigación.

Como quedó establecido en el capítulo II, una región puede ser definida (y delimitada) siguiendo diversos criterios de demarcación. Los que empleamos en este estudio fueron:

1. Para estudiar la conformación de la región desde su dimensión **geográfico – ecológica** fue necesario realizar una investigación documental, basada en trabajos efectuados por geógrafos, biólogos y el propio INEGI, complementada con la observación de campo, que permitió establecer con precisión los límites naturales de la región del Valle de Atlixco (Cfr. Capítulo III). La región natural se encuentra conformada por un fértil valle de aproximadamente 980 Km² en extensión, caracterizado por su clima templado e irrigado por el río Atoyac y sus afluentes.
2. Desde el punto de vista **económico**, vimos en el capítulo III que la (micro)región ha variado su estructura dependiendo de la producción dominante y de los ciclos económicos propios de la región, así como de los nacionales. Para estudiar la (micro)región económica, ha sido necesario en este sentido realizar una investigación histórico - documental para reconstruir las características cambiantes de la región, en relación con sus ámbitos estatal y nacional, particularmente en cuanto a la conformación del mercado regional de gran importancia en nuestros días.
3. Desde el punto de vista **político - administrativo**, el valle de Atlixco recubre los actuales municipios de Atlixco, Atzizihuacán, Huaquechula, Tianguismanalco y Tochimilco. Fue necesario reconstruir la región empleando este criterio dado que la mayor parte de la información socio - demográfica, política y económica viene organizada en función de la división político-administrativa (municipios y localidades). Para ello consultamos censos

oficiales y mapas (INEGI) realizando una georeferenciación de la información socioeconómica plasmada en los mapas que ilustran el capítulo III.

El político-administrativo es un criterio que, a pesar de ser impuesto desde una lógica en ocasiones externa a la propia región, termina siendo integrada a la vida social y cultural de las poblaciones. Las fundaciones de pueblos en la época colonial, así como aquellos que surgen del reparto de tierra en los años veinte, permitió el arraigo identitario pueblerino tradicional del que daremos cuenta en los capítulos siguientes.

4. La región no es más que el territorio reducido a una escala intermedia entre el espacio local y el nacional (Van Young, 1992). Esta la hemos definido según criterios ecológicos, económicos y político - administrativos. Sin embargo, la **región sociocultural** implica, además, el elemento histórico que se encuentra plasmado en la memoria colectiva, en los monumentos y los geosímbolos compartidos y en elementos subjetivos de los propios habitantes de la región. Esta dimensión ha sido abordada en el capítulo III partiendo de fuentes secundarias de información, monografías históricas, tesis y reportes de investigación sobre el área.

En un estudio exploratorio que realizamos entre 1995 y 1996, y con la información documental e histórica recabada como se señala en los cuatro puntos anteriores, podemos afirmar que **la región de Atlixco constituye una región sociocultural en el sentido geosimbólico y etnográfico** del término. En su patrimonio ambiental (el volcán Popocatepetl, su paisaje natural y antropizado, sus canales de irrigación, etc.) e histórico (cascos de antiguas haciendas y ranchos, fábricas ruinosas, vestigios de antiguos molinos de trigo en la rivera del Atoyac, ex conventos, profusión de iglesias, hábitat característico de los pueblos, etc.). Por otro lado, sirve de marco a una gran variedad de rasgos culturales etnográficos entre los que cabe citar la persistencia residual de la lengua Náhuatl (más del 20% de la población es bilingüe), de un catolicismo “popular barroco” que se expresa en la celebración de los santos patronos de las diversas comunidades del valle, así como la realización de ritos ancestrales ligados al ciclo agrícola.

5. Sin embargo, **para estudiar la región cultural desde el punto de vista de la percepción, del apego afectivo y del sentido de pertenencia de sus habitantes**, es decir, para afirmar la existencia de **una identidad regional** convergente y coincidente con el estrato geosimbólico y etnográfico que hemos señalado, fue necesaria la aplicación de una encuesta por cuestionario diseñada específicamente para dar cuenta del aspecto subjetivo de la identidad regional, objetivo central del presente estudio.

5.3 Objetivos y Preguntas de Investigación

Nuestro proyecto se propone por tanto, elaborar hipótesis consistentes que den respuesta a las siguientes preguntas:

- ¿Cuáles pueden ser, en el mediano y largo plazos, los efectos del proceso de globalización económica sobre las culturas regionales tradicionales de México?
- ¿Qué tipo de cambios puede provocar el flujo de personas (migración) y de bienes (económicos y culturales) entre regiones modernas, por un lado, y campesinas con una matriz cultural tradicional, por el otro?
- ¿Cuáles serían las consecuencias de este intercambio en el desarrollo futuro de regiones campesinas tradicionales que se encuentran atravesadas por la migración masiva?

Estas grandes líneas orientan el planteamiento de preguntas específicas de investigación que hemos agrupado en tres bloques temáticos y que permitieron establecer la necesaria interrelación y la construcción paralela de las diferentes técnicas de investigación empleadas en nuestro estudio. Por tanto, definimos 12 preguntas orientadoras distribuidas como sigue:

- I. ¿Cuáles son **los rasgos** de la cultura en esta región? ¿Obedecen a una lógica de cultura moderna o tradicional? ¿Existen diferencias significativas entre grupos de localidades, en otras palabras, es posible definir subregiones culturales?
 1. ¿Cuáles son las **dimensiones** de la pertenencia socio-territorial en la región (rasgos, amplitud, intensidad, exclusividad / comprensividad)?

2. ¿Cuáles son **las motivaciones** de la pertenencia: primordial-vital, sociocultural, histórico-estética y/o instrumental?
3. ¿Cuáles son las relaciones entre las dimensiones y motivaciones de la pertenencia?
4. ¿Cuáles son las relaciones entre la pertenencia (dimensiones y motivaciones) y los rasgos sociodemográficos (edad, sexo, nivel de escolaridad, ocupación, tipo de personalidad, orientación política y cultural, etc.) y socioculturales de la población de estudio?
5. ¿Cuáles son **los rasgos del sentido de pertenencia** y el modo en que se percibe y es vista la zona de residencia (localidad)?
6. ¿Cuáles son las relaciones entre **las dimensiones del sentido de pertenencia y los rasgos de la vida comunitaria** (presencia, intensidad, importancia)?
- II. ¿Cuáles son las relaciones entre la pertenencia (dimensiones y motivaciones) y la experiencia existencial (biográfica) del sujeto, en particular, respecto a **su movilidad-estabilidad territorial** (manifiesta en el desplazamiento y conocimiento de otras regiones, migración nacional e internacional, “pendularismo laboral”)?
7. ¿Existe alguna diferencia en la manifestación de la pertenencia (dimensiones y motivaciones) entre la población migrante y no migrante (motivos de la migración, duración, actitud frente a la migración, etc.)?
- III. ¿Cuáles son **las características de la exposición a los Medios Masivos de Comunicación** (número y diversidad, preferencia de géneros televisivos y musicales)?
8. ¿Cuáles son los “usos”, las preferencias, la orientación hacia los MMC según las características sociodemográficas de los sujetos (edad, sexo, nivel de escolaridad, ocupación, estado civil)?
9. ¿Cuál es la amplitud del conocimiento de otras realidades (regional, nacional e internacional) a partir de los MMC?
10. ¿**Existe alguna relación entre las dimensiones de la pertenencia y los usos y preferencias por los MMC?**

5.4 Técnicas de Investigación: Guías de Cuestionario, Observación y Entrevista

El cuestionario, basado en estudios previos realizados por Polini (1987) y Strassoldo y Tessarin (1992) y modificado por el Dr. Gilberto Giménez, fue desarrollado en forma de guía de entrevista para el trabajo etnográfico realizado por el equipo de investigadores, y fue adaptado sociolecto regional a partir de tres pruebas piloto en localidades seleccionadas para tal efecto.

La información así recabada será sujeta a un complejo análisis multivariado que permita descubrir la matriz identitaria fundamental, lo que será tema de los próximos capítulos. Asimismo, ésta será complementada con algunos elementos del **trabajo etnográfico realizado en tres localidades** elegidas por los investigadores en función de su “densidad cultural” y rasgos contrastantes de manera que podamos ejemplificar algunas variantes socioculturales y organizativas locales.

Asimismo, para esta investigación se construyó una grúa de observación para la realización del trabajo etnográfico y una guía de entrevista en profundidad que nos permitieran registrar cambios de identidad relacionados con las variables sexo, edad, experiencia migratoria y exposición a los media. No obstante, repetimos, el presente trabajo se centra fundamentalmente en reportar el análisis de la información arrojada por la encuesta regional y, a manera de ejemplificación, se incluirán algunos elementos obtenidos en el trabajo etnográfico.

En este mismo sentido, la realización de entrevistas a “intelectuales” urbanos que revivan y refuercen una identidad regional –objeto de otro trabajo– podrá ser contrastada con la identidad ligada a las pequeñas poblaciones rurales que se funda predominantemente en un sentimiento de profundo arraigo a la tierra, a las tradiciones y a los lazos familiares y comunitarios.

La combinación de métodos y técnicas de investigación nos permitirán estudiar la presencia (fuerte o débil) y los rasgos del sentido identitario local, a través del cual se manifiestan la identidad regional y nacional.

5.4.1 Justificación Empírica y Teórica del Cuestionario Regional

Como hemos dicho en las secciones antecedentes, dado que la identidad - entendida como representación social de sí mismo a través de la selección, codificación y jerarquización distintiva de rasgos culturales interiorizados- no resulta directamente observable, desde el punto de vista del observador externo, debemos procurar que sean los propios actores sociales los que la exterioricen y manifiesten discursivamente. Para lograr este propósito existen dos grandes grupos de métodos: los que pueden calificarse como **interrogativos**, que consisten en registrar el punto de vista subjetivo de los actores sociales acerca de la representación de sí mismos y de los elementos culturales que marcan sus límites; y los llamados **asociativos**, también orientados a recoger la expresión verbal de los sujetos, pero de modo más espontáneo, menos controlado y, presumiblemente, más auténtico (Abric, 1994).

Entre los primeros se encuentra la guía de entrevista en profundidad, empleada en la investigación etnográfica inspirada en el trabajo antropológico, que permite registrar el contenido de las representaciones sociales, referirlo directamente a su contexto y estudiar sus relaciones con las prácticas sociales de los grupos bajo observación.

Pero también es posible lograr cierto acceso indirecto a la subjetividad de los actores sociales mediante el procedimiento de “imputación de identidad” a partir de la observación de comportamientos e interacciones culturales en la vida cotidiana y festiva. En este caso, se procede a una especie de “argumentación por indicios” (Ginzburg, 1989) mediante la cual se imputa (conjeturalmente) cierto tipo de identidad a un actor social a partir de la observación de algunas características de su acción (preferencias, fines, estrategias, etc.). Para ello, se construyó una **guía de observación** que permitiera ser contrastada con la información recabada por la encuesta por cuestionario (Cfr. Apéndice B). Por ejemplo, de la observación de comportamientos repetidos y generalizados de respeto a la jerarquía tradicional de las figuras parentales (“familismo”), de solidaridad comunitaria, de apego al

terruño, de participación en las fiestas religiosas organizadas según el sistema de cargos, etc. puede inferirse la persistencia de un núcleo de cultura tradicional.

Cabe resaltar, sin embargo, que el habernos limitado a realizar el trabajo monográfico descrito arriba, si bien nos ayuda a lograr una enorme profundidad para análisis y descripción de los rasgos identitarios locales, no nos permitiría avanzar hacia una representatividad regional. Es decir, para “contrastar” esta información local con otra de dimensiones regionales, la realización de una entrevista por cuestionario resulta el instrumento más adecuado.

No obstante, nos enfrentábamos al siguiente problema metodológico: ¿Cómo lograr que en un instrumento previamente estructurado, como lo es la entrevista por cuestionario, se pueda reconstruir la dimensión identitaria que tiene que ver con la “percepción subjetiva” de la cultura y el espacio? Para ello consultamos una amplia bibliografía sobre el tema, entre los que resaltan los estudios realizados por Abric (1994), Doise (et.al., 1992) y el equipo de las Universidades de Trento y Urdine en Italia (Strassondo e Tessarin, 1992). Estos muestran la manera en que, a partir de una muestra representativa de la población, y desde el conocimiento profundo de los rasgos socio-culturales de la región, es factible reconstruir el “núcleo duro” que conforma la matriz identitaria de la población. La discusión epistemológica que hemos desarrollado en la primera sección de este capítulo nos permite justificar esta aproximación que no pretende ser rígidamente “positivista,” sino que se corresponde con los rasgos del razonamiento propio de las Ciencias Sociales (Passeron, 1991). En este sentido, la información es construida por los investigadores a partir del conocimiento de la población y de la postura teórica de partida, no como “datos” sino, precisamente, como contruidos tanto por la postura teórica como por las características del contexto regional y por los rasgos socioculturales de la población entrevistada. Es decir que realizamos **un procedimiento deductivo-inductivo, de contrastación de las hipótesis con la información empírica.**

La experiencia y capacitación de los investigadores, el conocimiento del contexto rural en el que se aplicaría el cuestionario, así como la construcción colectiva del cuestionario (gracias a varias pruebas piloto), nos permitieron

asegurar una adecuada vigilancia en torno a su validez interna (Bourdieu, 1993). No obstante, veremos al término de los capítulos siguientes, una vez realizado el análisis de resultados encontramos algunas inconsistencias y hacemos sugerencias necesarias para su modificación para futuros estudios.

Finalmente, queremos recalcar que el mejor procedimiento de investigación consiste en utilizar y cruzar diferentes métodos y técnicas de investigación que permitan abarcar las diversas escalas y dimensiones en el análisis: el estudio etnográfico, el análisis histórico, la encuesta y las técnicas psicosociales (como la entrevista en profundidad). Es así como las deficiencias y debilidades de unas, se compensan con las ventajas y cualidades de las otras y viceversa. Un objeto de estudio tan complejo como lo es el estudio de la identidad regional, requiere necesariamente de la concurrencia de diversas perspectivas teóricas, así como de diversas técnicas de investigación y análisis.

5.4.2 La Entrevista por Cuestionario: variables y bloques temáticos

Siguiendo los objetivos y preguntas de investigación construimos una guía de entrevista por cuestionario que contaba de un total de 57 preguntas (Consultar Guía de Cuestionario, Apéndice b) organizadas según las tres grandes temáticas correspondientes a las preguntas de investigación y una sección para reporte del investigador en el que proporciona información para evaluar la confiabilidad de las respuestas.

Conviene resaltar que el equipo de investigación estuvo conformado por un total de 21 investigadores universitarios (Cfr. Apéndice B) los cuales recibieron capacitación desde el punto de vista teórico-metodológico a través de 6 sesiones de discusión – comprensión de las áreas temáticas que conformaban el estudio, lo que permitió realizar la construcción colegiada del cuestionario. Además, todos ellos realizaron un entrenamiento en campo que consistió en la aplicación de dos cuestionarios piloto y la modificación, nuevamente por el equipo, tanto de la estructura como del orden de las preguntas hasta conformar el cuestionario definitivo, del que hablaremos a continuación.

El cuestionario incluye preguntas de diferente tipo (abiertas y cerradas) algunas de las cuales presentan la modalidad de respuestas múltiples y jerarquizadas. De éste se construimos una matriz que consta de 329 columnas por 763 renglones (o casos), cuyo análisis será presentado en el siguiente capítulo.

La aplicación del cuestionario era acompañada de una descripción de la localidad y de una breve entrevista a las autoridades civiles (comisariado ejidal, presidencia auxiliar, presidencia municipal), religiosas (sacerdote, mayordomo, catequista) y/o de servicio (profesor, encargado de salud, etc.). Además contamos con un registro fotográfico de algunas de sus principales edificaciones: la iglesia, el mercado (si existía), el edificio que alberga a las autoridades, así como del entorno rural y el tipo de construcción y conformación de los predios habitacionales. Esto con la única finalidad de ilustrar el presente reporte de investigación con algunos elementos visuales que permiten encontrar un patrón de asentamiento típico de los pueblos rurales en la región.

Los bloques de variables corresponde a las siguientes temáticas:

1. **Variables Sociodemográficas** de la población: edad, sexo, estado civil, escolaridad, ocupación, estructura familiar, tipo de propiedad de la casa-habitación, origen de la persona y de sus padres.
2. **Variables de movilidad / origen** relacionadas con el espacio de comportamiento individual - familiar: casamiento al interior de la comunidad de origen, residencia, habitación; ubicación de la comunidad de nacimiento y habitación de los familiares (padre, madre, cónyuge, hijos), parientes y amigos; ubicación espacial de la actividad y del tiempo libre; visita a alguna otra localidad de la región, del país o aún del exterior por diversos motivos (trabajo u otros); “pendularismo” por motivos de estudio, trabajo u otros.
3. Variables relacionadas con la **Experiencia de Migración Interna y/o Externa** (de retorno y/o definitiva): ya sea que se cuente con familiares en el extranjero, si se mantiene algún contacto con éstos, percepción de la migración externa (positiva, negativa), entre otras.

4. Variables relacionadas con las **características socioculturales de la población**: Experiencia de vida en ambiente de tipo rural o urbano; rasgos socioculturales (tradicional / moderno); práctica religiosa, orientación política; percepción del fenómeno migratorio en general.
5. Variables relacionadas con las **características sociales de la comunidad** (lugar de pertenencia) según son percibidas y evaluados por el sujeto: evaluación de la dotación de servicios, de la integración social, de las características distintivas del lugar en relación con las del entorno; amplitud de las redes familiares y comunitarias.
6. Variables relacionadas a **la integración del sujeto con su lugar (de origen, de habitación o de pertenencia)**: relación con la familia, con los amigos, participación en la vida social, conocimiento personal (estrecho) de los miembros de la comunidad, participación en las fiestas y ritos sociales del lugar, uso del término local (pueblo, localidad, comunidad).
7. Variables relacionadas con **las características espaciales percibidas del lugar de pertenencia**: límites, centro, distancia del centro hacia los límites, localización del propio lugar de habitación respecto del centro, elementos característicos y centrales del lugar.
8. Variables **relacionadas con las dimensiones “analíticas” del sentimiento de pertenencia territorial**: amplitud geográfica del lugar; intensidad de la relación; juicio genérico sobre el abandono de la zona de origen; existencia de zonas de pertenencia secundaria o alternativa; disponibilidad personal de transferirse de una a otra zona; exclusividad o difusividad del sentimiento de pertenencia
9. Variables relacionadas con la **motivación del sentimiento de pertenencia y de la disponibilidad al abandono** comparándola con variables sociodemográficas y la experiencia migratoria previa.
10. Variables relacionadas con **la organización de la vida familiar, comunitaria, las formas de socialización y el tiempo libre**.

11. Variables relacionadas con **usos, preferencias y orientación hacia los Medios Masivos de Comunicación (MCM)**: existencia, variedad y uso de los medios masivos; programación y contenido preferido; conocimiento de la realidad nacional, regional y local; definición de noticia; medios de comunicación interpersonal vs. Medios masivos. Variables relacionadas con las dimensiones de la pertenencia y los usos y preferencias por los medios masivos de comunicación.

Estos bloques fueron distribuidos de manera que el cuestionario tuviese un ritmo adecuado y hubiese el mínimo de sesgo en las respuestas.

5.4.3 Guías de Observación y Entrevista Profunda

Además de profundizar en los diversos aspectos de un trabajo monográfico (organización social, familiar, económica, política, cultural y religiosa) de la localidad, se siguió aplicó una guía de observación – entrevista (Cfr. Apéndice B) en aquellas familias seleccionadas que permitiesen establecer comparaciones según variables de: edad, sexo, experiencia migratoria y, cuando fuese posible, uso de medios masivos de comunicación.

En este caso, no se realizó muestreo alguno, por el contrario, se buscaron sujetos voluntarios que cumplieran con la característica fundamental de haber tenido en algún momento de su vida, una experiencia migratoria internacional. De esta manera, pudimos entrevistar a más de una veintena de personas y, cuando fue posible, se amplió este trabajo a su familia inmediata (el cónyuge, los hijos, los padres) de manera que pudiésemos contrastar algunas respuestas.

La mayor parte de las entrevistas se realizaron a varones entre 16 y 35 años, la edad en que la mayoría se encuentra en proceso migratorio pendular. Fueron muy pocas las mujeres entrevistadas ya que, como mencionamos, el proceso migratorio es fuertemente selectivo debido a una serie de elementos culturales, familiares y de riesgo. No obstante, encontramos algunas mujeres jóvenes que habían emigrado con sus familiares cercanos (hermanos o padres) o acompañando a su cónyuge (Vargas Espinosa, 2002). Este trabajo estuvo a

cargo de tres antropólogos que realizaron el trabajo monográfico en tres comunidades seleccionadas: Martha Patricia Vargas, José Emilio Barrientos y Gabriel Salazar.

5.5 Definición de la Población y Muestra de Estudio

En función de información político-administrativa y económica, se delimitó la región del valle de Atlixco a **cinco municipios**: Atlixco, Atzitzihuacán, Huaquechula, Tochimilco y Tianguizmanalco. Para cada uno de éstos se realizó una búsqueda de indicadores sociodemográficos de manera que tuviésemos una clara descripción de la región, por municipio y por localidad.

De acuerdo con nuestros intereses, consideramos pertinente estratificar a la población con base en cinco variables: Tamaño de la población, porcentaje de habitantes que hablan alguna lengua indígena, porcentaje de población alfabeta e índice de masculinidad. Para verificar la relevancia de nuestras variables de estratificación, obtuvimos una tabla de coeficientes de correlación, de manera que pudiéramos decidir suprimir alguna variable que se encontrara fuertemente correlacionada con otras. Este no fue el caso, encontramos independencia entre variables, únicamente encontramos una correlación baja entre el total poblacional y el porcentaje de personas que hablan lengua indígena, lo cual además era esperado.

Sin embargo, dado que el número de estratos generados por la combinación de las cinco variables superaba el número de localidades en la región (171) decidimos suprimir aquella que presentara una menor variación. Como podemos ver, el porcentaje de población alfabeta tiene una media del 83.89 % siendo la desviación estándar de 9.63%, lo que permite suponer que se trata de una variable que no nos daría suficiente variación al momento de estratificar a la población. Por ello, decidimos suprimirla.

Considerando únicamente las variables: Población total, porcentaje de la población que habla lengua indígena e índice de masculinidad (número de hombres por cada 100 mujeres), conformamos los siguientes estratos:

TABLA No. 3. VARIABLES DE ESTRATIFICACIÓN DE LA POBLACIÓN

Población total	Lengua indígena	Índice masculinidad
1 = 0 - 500 habs.	0 = menos del 50% habla	1 = 40 - 80
2 = 501 - 1000 habs.	1 = más del 50% habla	2 = 80.1 - 100
3 = 1001 - 1500 habs.		3 = 100.1 y más
4 = 1501 - 2000 habs.		
5 = 2001 - 2500 habs.		
6 = 2501 o más habs.		

Dado el enorme peso económico y demográfico que representa la ciudad de Atlixco (con más de 100 mil habitantes) se dejó fuera del muestreo en un estrato misceláneo. Además, por ser éste el centro regional, precisa de un estudio específico; sus habitantes tienen una percepción urbana y sociocéntrica de la región y decidimos dejarla para un estudio futuro con una finalidad de poder contar con otros elementos de contraste.

El número de combinaciones posibles es de $6 \times 2 \times 3 = 36$ estratos, por lo que las localidades quedaron distribuidas como se aprecia en la Tabla No. 1 del Apéndice B, donde quedaron algunas combinaciones vacías. No obstante, con este procedimiento podemos presumir una considerable reducción de la varianza al interior de los estratos, lo que facilita la selección de los individuos al interior de los mismos, puesto que partimos de la hipótesis de una relativa homogeneidad intraestrato. Una vez seleccionadas las localidades correspondientes a cada uno de los estratos, definimos cuotas por sexo y edad para tener una adecuada representatividad de la población. Estas cuotas, a su vez, se definieron siguiendo la distribución poblacional por sexo y edad del Censo de Población 1995 (INEGI, 1995).

Para no alterar el proceso de selección aleatoria, se conformó un **estrato misceláneo** donde agrupamos localidades que presentaban características histórico-culturales especiales que nos decidieron a incluirlas como son: Huaquechula, San Pedro Cuauco, Tochimilco y, como mencionamos con anterioridad, la ciudad de Atlixco. Descontamos estas localidades del número total por estrato, para no alterar el proceso de selección aleatoria de la muestra.

TABLA No. 4. ESTRATO MISCELÁNEO

Número	Nombre	Población	Estrato
69-001	Huaquechula	2928	6-1-2
19-0076	Sn. Pedro Cuauco	4340	6-1-2
188-001	Tochimilco	3265	6-1-2
	Atlixco		Único
Población total			

A partir de un proceso de selección aleatoria, elegimos dos localidades de cada uno de los 36 estratos, con excepción de aquellos vacíos o donde únicamente se encontraba una localidad. Al seleccionar dos localidades por estrato aseguramos la representatividad al interior de cada uno de ellos.³

Como se presume homogeneidad al interior de los estratos y se cuenta con dos localidades por cada uno, la población muestral quedó conformada por un total de 31 localidades de 32,551 habitantes. El 2 por ciento del total de habitantes nos arrojó un número de 651 encuestas por aplicar. Sin embargo, para asegurar la dispersión de la población a entrevistar (en cuanto a variables sexo y edad) se ajustó este número a 763 (Consultar Tabla B17, en Apéndice B).

Por último, se añadieron algunas localidades a la muestra que sirviesen como reposición dado que, una vez en campo, nos encontramos con algunas dificultades. Por ejemplo, tuvimos que desechar localidades de menos de 100 habitantes en las que residían los miembros de una sola familia (V. Gr. El Chamorro); otro caso peculiar fue Champusco, ya que no se trataba de una localidad, sino que era una escuela técnico rural cuyos habitantes eran los alumnos y las familias de los maestros. Fuera de estos casos, se aplicaron estrictamente el número de encuestas por localidad según las cuotas de sexo y edad que les correspondieran completando un total de 763.

5.6 Codificación de Respuestas

Una vez que terminamos la aplicación de las encuestas procedimos a la codificación y captura de todas y cada una de las preguntas, empleando el libro de

códigos que mostramos al final del Apéndice B. Con ello construimos la matriz para el análisis estadístico del que damos cuenta en los próximos capítulos.

5.7 Etapas del Análisis

A lo largo de los próximos tres capítulos de presentación de resultados, buscamos hacer una presentación ordenada de las tres grandes etapas del análisis. En el capítulo VI nos centramos en el análisis descriptivo y univariado, en el que ya encontramos rasgos centrales que definen tanto las características sociodemográficas de la población, como de las demás variables del estudio.

En el capítulo VII, a partir de un análisis bivariado o de correlación, empezamos a descubrir las principales asociaciones entre los conjuntos de variables que nos ayudarían a construir el modelo teórico para comprender las dimensiones del sentido de pertenencia socioterritorial.

Finalmente, el capítulo VIII representa la síntesis de todo el trabajo. En este realizamos tanto un análisis factorial como multivariado para construir el modelo teórico desde el cual orientamos la reflexión en torno a las variables que intervienen de manera directa o mediada en la conformación del sentido de pertenencia socioterritorial. En cada sección hemos hecho una reflexión detenida sobre los alcances y limitaciones de cada etapa y señalamos con precisión que no pretendemos construir un modelo riguroso de causalidad, sino uno que nos permite orientar la reflexión teórica en torno a la fuerza, significancia y dirección de las relaciones encontradas. En este ejercicio integramos los conocimientos generados por los demás métodos de investigación (histórico, antropológico, sociopsicológico) que nos permiten descubrir significados que los “datos” por sí mismos no proporcionan. En este sentido, nos movemos continuamente en este espacio de tensión entre el discurso social y la estadística, propios del trabajo sociológico. La riqueza y pertinencia de este esfuerzo deberán ser evaluados por los lectores.

³ La definición de la estrategia de muestreo estuvo supervisada por el Dr. Sergio Vargas, doctor en estadística y especialista en investigación social.

APENDICE B

TÉCNICAS DE INVESTIGACIÓN Y MUESTREO

GUÍA DE ENTREVISTA POR CUESTIONARIO

No ☐ Encuestador ☐

Hora de Inicio _____

Localidad ☐

Nombre _____

Rango de Edad ☐ a ☐

Sexo ☐ (F/M)

1

INSTITUTO DE INVESTIGACIONES SOCIALES - UNAM UNIVERSIDAD IBEROAMERICANA - GOLFO CENTRO

¿Vive Ud. Aquí?

Sí ☐

No ☐ (No aplicar la encuesta)

1. ¿Dónde nació Usted? ¿Dónde vivían sus padres cuando usted nació?

Localidad

Municipio/Edo.

2/3

2. Si no es originario de este lugar ¿desde hace cuántos años vive Ud. aquí?

4

menos de un año	
de uno a tres años	
de 3 a 5 años	
de 6 a 10 años	
de 11 a 15 años	
de 16 a 30 años	
más de 30 años	

3. ¿Cuántos años Tiene? ☐ Años [Año en que nació ☐]

5

4. Qué estudios tiene usted?

Educación Formal	Completa	Incompleta
Sabe Leer	Sí	No
Primaria		
Secundaria		
Preparatoria		
Universidad		

Educación No Formal	(Especificar)
Otra Lengua	
Aprendizaje de Oficio	
Adiestramiento técnico (especifique)	
Otros (especifique)	
Ninguno	
No sabe / No responde	

6

7

8

9

10

11

5. ¿El día de hoy cuál es su principal ocupación?

12

6. ¿En qué municipio trabaja [ejerce su ocupación actual]?

13

7. ¿Dónde nacieron sus padres?

	Municipio	Estado
Padre		
Madre		

14

15

8. ¿A qué se dedican (dedicaron) sus padres?

Padre _____ _Madre _____ 16/17

[Si se trata de jubilados, desocupados o difuntos, indicar la actividad principal desempeñada anteriormente]

9. ¿Cuál es su estado civil?

18

- ☐ Soltero
 ☐ Casado*
 ☐ Separado
 ☐ Divorciado
 ☐ Viudo
 ☐ Unión libre*

10. ¿Ha vivido en otros lugares? Sí ☐ No ☐ (Pasar a la Pregunta 11) 19

En caso afirmativo ¿dónde, durante cuánto tiempo, con quiénes y por qué motivos se mudó?

Localidad, Mpio	País	Tiempo	Personas en el hogar (subrayar)	Motivos	
			Solo, Padres, Abuelos, Hermanos, Suegros, Pareja, Niños, Otro:		20/24
			Solo, Padres, Abuelos, Hermanos, Suegros, Pareja, Niños, Otro:		25/29
			Solo, Padres, Abuelos, Hermanos, Suegros, Pareja, Niños, Otro:		30/34
			Solo, Padres, Abuelos, Hermanos, Suegros, Pareja, Niños, Otro:		35/39
			Solo, Padres, Abuelos, Hermanos, Suegros, Pareja, Niños, Otro:		40/44
			Solo, Padres, Abuelos, Hermanos, Suegros, Pareja, Niños, Otro:		45/49
			Solo, Padres, Abuelos, Hermanos, Suegros, Pareja, Niños, Otro:		50/54

11. Muchas personas abandonan su lugar de origen por varias razones (de estudio, trabajo, o por razones familiares). ¿A usted cómo le parece ésto? ¿Bueno o malo?

[No mencionar los motivos, dejar que el entrevistado los mencione]

Comentario [CI1]:

Motivo	Bueno	Indiferente	Malo	
Estudio				55
Trabajo				56
Razones familiares				57
Otro (especifique)				58

12. Ahora le voy a pedir su opinión de los siguientes comentarios.

Usted cree que abandonar su lugar de origen

59/65

	De Acuerdo	Indiferente	En desacuerdo
Crea problemas, como el adaptarse a nuevas costumbres			
Es muy importante porque permite a los que se van tener nuevos conocimientos y amistades			
Es el camino para mejorar			
Es bueno porque ayuda a que las personas se valgan por sí mismas			
Hace que uno se vayan olvidando de la familia			
El lugar pierde a las personas más trabajadoras			
Otro (Especifique)			

¿Por qué cree Usted que la gente se va de su lugar de origen?

66

es una necesidad ☐

es algo que uno puede elegir ☐

13. ¿Cuál es el lugar que más le gustaría para vivir?

67

¿Por qué?

68

14. ¿Qué otras partes de México conoce y ha visitado?

[Dejar libremente que el entrevistado diga los nombres de los lugares, el investigador deberá localizarlos en la región a la que pertenezcan]

☐ Ninguna [Pase a la siguiente pregunta]

69

Lugar	Sólo de paso	Visitas breves	Visitas largas o repetidas	
Norte de México				70
Sur de México				71
Estados vecinos: Tlax. Hgo. Ver. Gro. Oax. Mor. DF.				72
Otros estados				73

15. ¿Ha estado en el extranjero? ☐ Sí ☐ No [Pase a la pregunta 17] 74

En caso afirmativo, ¿en qué país y en qué ciudad? ¿Por qué motivos? ¿Cuántas veces?

Ciudad	País	Motivo	1 vez	2 a 3 veces	4 a 5 veces	5 ó más	
							75/78
							79/82
							83/86
							87/90

16. Cuando ha estado en el extranjero ¿Cuánto ha sido su estancia más larga? 91
- ☐ 1-6 meses ☐ 1-2 años ☐ 5 ó más años
- ☐ 6-12 meses ☐ 2-4 años

17. Dígame, de los siguientes lugares:

A. los dos a los que se sienta más unido [donde más “se halla”]
[Enumerarlos y marcar 1o. y 2o. lugar]

92/93

B. Ahora, dígame a cuál de ellos se siente menos unido [se halla menos]

94

LUGAR	Más Ligado	Menos Ligado
al barrio (colonia)		
al pueblo		
a todo el municipio		
a todo el valle Atlixco		
al estado de Puebla		
a México como país		
a América Latina		
a Estados Unidos		
al mundo entero		
Otro (especifique)		

18. Quisiera preguntarle ahora

- A. ¿A dónde y qué tan seguido sale por motivos de estudio o trabajo ?

☐ No se Aplica

95

Lugares	todos los días	al menos una vez/ semana	al menos una vez por mes	al menos una vez por año
a otras poblaciones del municipio				
a municipios vecinos				
a Atlixco				
a Puebla				
a otros municipios del Estado				
al D.F.				
a otros estados				

96

97

98

99

100

101

102

- B. ¿A dónde y qué tan seguido sale a visitar a sus parientes ?

☐ No se Aplica

103

Lugares	todos los días	al menos una vez/ semana	al menos una vez por mes	al menos una vez por año
a otras poblaciones del municipio				
a municipios vecinos				
a Atlixco				
a Puebla				
a otros municipios del Estado				
al D.F.				
a otros estados				

104

105

106

107

108

109

110

C. ¿A dónde y qué tan seguido sale de compras ?

☐ No se Aplica

111

Lugares	todos los días	al menos una vez/semana	al menos una vez por mes	al menos una vez por año
a otras poblaciones del municipio				
a municipios vecinos				
a Atlixco				
a Puebla				
a otros municipios del Estado				
al D.F.				
a otros estados				

112

113

114

115

116

117

118

19. ¿Cuáles son los lugares (ciudades, poblaciones) más importantes de la zona o región donde vive actualmente? [Señalar 4 en orden de importancia]

1o. 119

2o. 120

3o. 121

4o. 122

20. ¿Por qué considera que es el primer lugar ?

123

21. Sin tomar en cuenta a su familia ¿con quién o con quiénes pasa preferentemente su tiempo libre? [Elija solamente uno]

124

Con nadie	
Con un amigo/a	
Con un grupo de amigos	
Con un grupo (deportivo, musical, etc.)	

22. Piense en sus tres mejores amigos o amigas [comadres] ¿Dónde habita cada uno de ellas [marcar sólo 3] 125/127

ellos o de

en alguna casa de su calle			
en el barrio donde está su casa			
en el pueblo o ciudad donde vive			
en los municipios cercanos			
en Puebla			
en el DF			
En otros estados del país			
en el extranjero			

23. Ahora le voy a pedir, por favor, que me diga 2 o más noticias importantes:
[Si no menciona alguna, pasar a la pregunta 25]

- De su pueblo (locales): 128/129

- Del país (nacionales): 130/131

- Internacionales: 132/133

24. ¿Cómo se enteró de estas noticias?

[Rápidamente recordarle las noticias que mencionó y marcar la fuente de información sin sugerir las opciones]

134/136

FUENTE	Locales	Nacionales	Internacionales
revistas			
periódicos			
radio			
televisión			
cine			
comentarios familia			
comentarios compañeros trabajo			
comentarios amigos			
iglesia			
escuela			
otro (especifique)			

25. Dígame, por favor, ¿Tiene en su casa radio? ¿Tiene TV? ¿Algún otro?

137/141

- ☐ Radio AM y FM
☐ Grabadora
☐ Televisión
☐ Videocaseteras (para ver películas)
☐ Otros (Subraya: Antena Parabólica, Televisión Restringida Walkman, CD)

26. ¿Escucha la radio? Sí ☐ No ☐ [Pase a la pregunta 27]

142

¿Qué radioemisoras o programas le gusta más escuchar?

[Que mencione nombre del programa, del locutor o de la estación. Si el investigador cuenta con información, que catalogue el tipo de estación estatal, nacional...]

Programa/Locutor	Estación Preferida	Estatat	Nacional	Extranjera
1o.				
2o.				
3o.				

143/144

145/146

147/148

27. ¿Acostumbra ver la TV ? ☐ Sí ☐ No [Pase a la pregunta 28]

149

¿Qué programas le gustan más?

[Que mencione nombre del programa, el horario o el canal]

Programa	Horario	Canal
10.		
20.		
30.		

150/151

152/153

154/155

28. ¿Qué música escucha? Es decir, cuáles son sus cantantes preferidos o los géneros musicales que más le gustan?

1. 156

2. 157

3. 158

29. ¿Cuáles son sus películas preferidas? [título, personajes, u otro dato para identificarlas]

1. 159

2. 160

3. 161

30. Ahora, piense en un lugar o territorio al que se sienta muy unido/a [en el que mejor "se halle"] ¿Cuál es?

162

A. ¿Podría decirme cómo es [describirlo]?

163

B. ¿Qué otros nombres tiene ese lugar o territorio?

164

C. ¿Conoce usted los límites de ese lugar? En otras palabras ¿Qué pueblos o lugares están alrededor?

165

31. ¿Me puede decir qué tan grande es ese lugar al que usted se siente más unido/a? ¿cuánto se tardaría en recorrerlo [a pie, a caballo, en coche...?]

166

32. ¿De la zona o región donde usted vive ¿cuáles son los sitios, montañas, cerros, monumentos, edificios, iglesias, conventos, mercados, lugares de feria... que sean importantes, bien conocidos por los pobladores y muy típicos? Por favor descríbalos:

167

168

169

	170
	171
	172
	173

[Si necesitas espacio, emplea el reverso de la hoja]

33. Si usted vive (o ha vivido) en ese lugar, zona o territorio al que se siente más unido [pregunta #30]
¿Por qué motivos aceptaría abandonarlo? [Enumerar los motivos]

Motivos	Suficientes	Insuficientes	No lo sé	
para buscar trabajo o buscar uno mejor pagado				174
para tener una mejor vivienda				175
para contar con servicios (agua, luz, drenaje...)				176
para conocer lugares, personas diferentes				177
para estar cerca de mis familiares				178
para que mis hijos pudieran estudiar				179
otro (especificar)				180

34. En orden de importancia, ¿qué es lo que más extrañaría si estuviera viviendo lejos del lugar o del territorio al que usted se siente más unido [Pregunta #30]?
[Enumérelas en orden de importancia]

la familia		181
los amigos		182
el clima		183
el paisaje		184
las fiestas y tradiciones		185
el pueblo o ciudad		186
Otro		187

35. ¿Qué tan cerca está su casa del lugar, zona o territorio al que usted se siente más ligado?
188

- ☐ en el centro aproximadamente
☐ en una parte no central de la zona o lugar
☐ en los límites de la zona o lugar
☐ fuera de la zona o lugar

36. Usted me ha mencionado, que se siente muy unido a _____
[Preg. #30] Ahora, permítame preguntarle ¿Qué tan importantes son los motivos por los que Ud. se siente unido(a) o "se halla" en ese lugar? [Enumerar las opciones]

Motivos	Muy importante	Poco importante	No es importante	
porque ahí nací				189
porque ahí vive mi familia				190
porque ahí nacieron (nacerán) mis hijos				191
porque ahí trabajo				192
porque ahí está mi casa o propiedad				193
porque tengo amigos y todos me conocen				194
porque comparto las ideas y la costumbre				195
porque tengo lo necesario para vivir				196
Otro (especifique)				197

37. Para usted, ¿cuáles son los hechos más importantes de la historia de la zona o lugar al que usted se siente más ligado? Mencione sólo cinco:

1.	198
2.	199
3.	200
4.	201
5.	202

38. ¿Cómo es la gente que vive en la zona o lugar al que usted se siente unido(a)? 203

- ☐ es una comunidad unida, la gente trabaja por el pueblo
☐ sólo algunos trabajan por el pueblo
☐ Son desunidos, no les gusta trabajar por el pueblo

39. ¿Cuáles son las principales diferencias entre _____ [Preg. #30] y los lugares o pueblos vecinos que están alrededor?

	Gran diferencia	Poca diferencia	Ninguna diferencia	
las ideas y la forma de ser de las personas				204
la agricultura, las artesanías, el comercio				205
las escuelas y servicio médico				206
las personas son más prósperas (dinero)				207
el partido político por el que votan				208
las fiestas y las tradiciones				209
Otro (Especifique)				210

40. ¿Usted participa en las fiestas (religiosas, cívicas y sociales) del lugar al que se siente más unido/a [Preg. #30]? 211

- ☐ sí, casi siempre
☐ sólo a veces
☐ nunca

41. ¿Cuáles son, en su opinión, los tres principales problemas del lugar donde vive actualmente?

1.	212
2.	213
3.	214

42. ¿En qué grupos o asociaciones participa o se siente interesado?

[Permitir que el entrevistado mencione el nombre de las agrupaciones, sugerirle algunos ejemplos y clasificarlas según rubros]

Tipo de grupo	miembro activo	interesado	no interesado	
culturales (círculos lectura, bandas...)				215
deportivo/recreativo				216
religioso/asistencial (AAA)				217
escolares/vecinales				218
sindicatos				219
mayordomías y cargos				220
partidos políticos				221
otro (especifique)				222

43. Según siente usted o según le ha dicho la gente mayor ¿Han habido cambios en su localidad? 223

- ☐ Sí ☐ No [Pase a la pregunta # 46]

44. ¿Podría decirme hace cuánto tiempo se produjeron estos cambios? 224

- ☐ en los últimos 10 años
☐ en los últimos 20 años
☐ en los últimos 30 o 40 años
☐ en los últimos 50 años

45. ¿Cuáles han sido éstos cambios? ¿Está usted de acuerdo con ellos?
[Dejar que el entrevistado los enumere, el investigador deberá clasificarlos por rubros]

Rubros	De acuerdo	Indiferente	En desacuerdo	
en el plano económico				225
en el campo político				226
en los valores morales				227
en la vida familiar				228
en las tradiciones				229
en la vida religiosa				230
en infraestructura(agua,elec.				231
Otro (especifique)				232

46. ¿Cuándo asiste usted a celebraciones y/o a las fiestas Religiosas? 233

- ☐ Siempre asisto a las celebraciones y fiestas
☐ sólo a veces asisto a las celebraciones
☐ sólo asisto a algunas fiestas (Navidad, año nuevo, semana santa)
☐ nunca

47. Me podría decir ¿A qué fiestas, celebraciones, ferias, etc. asiste? ¿En qué lugares?
[Dejar que hable con libertad y clasificarlas en los rubros a los que corresponda]

Descripción	Tipo	Fecha/mes	Lugar	
				234/235
				236/237
				238/239
				240/241
				242/243
Tipo: R= religiosa S= social C= civil				

48. ¿A cuántas personas que viven en _____ (Preg. 30)
conoce por su nombre o, por lo menos, por su sobrenombre?

- ☐ a casi todas
☐ a más de la mitad
☐ más o menos a la mitad
☐ a mucho menos de la mitad
☐ sólo a muy pocas

244

49. ¿Me podría decir si está de acuerdo con los siguientes dichos?

	de acuerdo	indiferente	desacuerdo	
hoy no se puede confiar en nadie				245
la obediencia y disciplina son las virtudes más importantes para educar a los niños				246
está bien ocuparse de los demás, pero los de casa son primero				247
los políticos se pasan la vida discutiendo sobre los problemas, en vez de resolverlos				248
resulta tonto extrañar (añorar) tiempos pasados				249
los problemas de la familia, se resuelven dentro de la familia				250
únicamente se deben respetar las leyes que nos parecen justas				251
hay que comportarse como la gente espera para no tener problemas				252

50. ¿Qué le parece que vengan a vivir a su pueblo (ciudad) gente de fuera?

253

- ☐ totalmente bueno
☐ ni bueno ni malo
☐ totalmente malo

51. Cuando viene gente de fuera a vivir al pueblo, ésto provoca que

	de acuerdo	indiferente	en desacuerdo	
se pierde la costumbre				254
acarrea desórdenes y vicios				255
permite conocer nuevas gentes				256
nos quita puestos de trabajo				257
quita espacio a la agricultura				258
trae otras formas de portarse				259
otro (especifique)				260

52. ¿Es de su propiedad (o propiedad de su familia) la casa donde vive?

261

- ☐ Sí (aunque no haya terminado de pagarla)
☐ No

53. ¿Es usted propietario de tierra de cultivo?

262

- ☐ Sí ☐ No (Pase a la pregunta 55)

54. ¿A través de qué régimen de propiedad tiene usted tierra de cultivo?

263

- ☐ Ejido ☐ Pequeña Propiedad ☐ Mediero ☐ Otro _____

A. ¿De qué tamaño es su propiedad?

264

- ☐ de menos de 1,000 mts² ☐ de más de 1,000 mts²

B. ¿Cómo se encuentra?

265

- ☐ dividida en varios pedazos en diferentes lugares
(p. ej. ladera del cerro, cerca del río, etc.)
☐ se encuentra en un solo pedazo

C. ¿En qué municipio se encuentran? 266

_____ (Estado de _____)

D. ¿Cuenta con agua para riego? 267

☐ Sí ☐ No

55. ¿Cuántos miembros conviven dentro de su familia, además de usted? 268

☐ Miembros ☐ Ninguno [Pase a la pregunta 56]

Por favor, indique la relación de parentesco que tiene usted con ellos.

	Sexo	Edad	Parentesco	
1.				269/271
2.				272/274
3.				275/277
4.				278/280
5.				281/283
6.				284/286
7.				287/289
8.				290/292
9.				293/295
10.				296/298
11.				299/301

56. ¿Hay miembros de su familia que actualmente se encuentran en el extranjero? 302

☐ Sí ☐ No [Terminar]

En caso afirmativo, ¿Cuántos, de qué sexo y edad? ¿a qué país y ciudad?

[Anotar exactamente como les digan, no corregir ni sugerir las ciudades o países]

Sexo	Edad	Parentesco	Ciudad	País	
					303/307
					308/312
					313/317
					318/322
					323/327

57. Ahora, quisiera preguntarle si estos migrantes que se encuentran ausentes

A. ¿Mantienen alguna comunicación con sus familiares que se quedaron aquí? 328

☐ Sí ☐ No [Terminar]

B. ¿De qué manera se mantienen en contacto? 329

☐ por carta ☐ por teléfono ☐ por visitas

☐ enviando ocasionalmente dinero (remesas)

☐ por mensajeros, por compañeros que regresan

☐ Otro _____

MUCHAS GRACIAS POR SU VALIOSA INFORMACIÓN.

Hora de terminación _____

INFORME DEL ENTREVISTADOR SOBRE EL CUESTIONARIO

Llenar inmediatamente después de haberlo aplicado

I. Nombre del entrevistado _____
Dirección:(descripción de cómo contactar al entrevistado en caso de que no sean claras las indicaciones del domicilio)

_____	Calle	_____	No.	_____	Esquina Con
_____	Colonia o Barrio			_____	Teléfono

Población _____

II. Desarrollo de la Entrevista

1. Principio y fin de la entrevista:

Fecha _____	Desde _____	hasta _____	hrs. _____
Fecha _____	Desde _____	hasta _____	hrs. _____

2. ¿Quién aparte del entrevistador y el entrevistado, estaba presente durante la entrevista?

☐ Nadie ☐ Familiares ¿Quiénes? _____
☐ Otras personas ¿Quiénes? _____

3. ¿Las demás personas intervinieron en la aplicación del cuestionario?

☐ No ☐ Sí ¿En qué forma? _____

4. ¿Cómo era la disposición del entrevistado para dar información?

☐ Buena ☐ Mala ☐ Regular ☐ Otro _____

5. ¿Tenía el entrevistado algunas preocupaciones o dudas, con ciertas preguntas?

6. ¿Cuál era el ambiente de la entrevista?

7. ¿Cómo califica el entrevistador la confiabilidad y exactitud de los datos?

☐ Totalmente fidedignas ☐ En parte fidedignas ☐ No fidedignas

¿Por qué? _____

8. ¿Qué problemas tenía el entrevistado durante la aplicación del cuestionario (Captar preguntas, recordar, expresarse, etc.)? [Contestar a la vuelta]

9. ¿Qué problemas enfrentaste tú como entrevistador? [Contestar a la vuelta]

10. Cómo se seleccionó al entrevistado?

☐ Recomendado por otro entrevistado
☐ Selección aleatoria sobre el terreno

III. Nombre del Encuestador _____

Firma _____ Firma del Coordinador _____

GUÍA DE OBSERVACIÓN – ENTREVISTA TRABAJO MONOGRÁFICO

Además de profundizar en los diversos aspectos de un trabajo monográfico (organización social, familiar, económica, política, cultural y religiosa) de la localidad, se aplicó la guía de observación – entrevista en aquellas familias seleccionadas que permitieran establecer comparaciones según variables de: edad, sexo, experiencia migratoria y, cuando fuese posible, uso de medios masivos de comunicación.

La siguiente guía es flexible y se adapta a las condiciones de cada familia en cada contexto comunitario:

1. Lugar de origen, residencia, tiempo que se tiene en la actual residencia, lugar de origen de los padres (y los hijos).
2. ¿Dónde prefiere habitar y por qué? (Contrastar sexo, edad, ocupación)
Si existe viabilidad económica, la identidad local sería fuerte y positiva
3. Dónde quisiera ser enterrado?
4. Lugar(es) donde habitan sus mejores amigos
5. ¿Dónde se siente más protegido y con mayor seguridad?
6. ¿Cuál es el área o zona geográfica a la que se siente más ligado (unido, identificado) Describirlo ampliamente, recalcar adjetivos y características
7. Preguntar por los límites no sólo de la población en la que vive, sino también por los geosímbolos (naturales o de naturaleza antropizada). Intentar que representen la distancia necesaria para recorrer el lugar (distancia considerada en medida, tiempo para recorrerlo)
8. ¿Cuáles son los edificios, construcciones, ríos, etc. más importantes de esta zona? ¿Pertenecen a la propia localidad o a la región?
9. Motivos por los que se siente ligado a esta zona
10. Importancia de las zonas (localidades) circundantes para las personas
11. Otras áreas a las que se sienta ligado(a) y por qué? (Buscar diferencias dependiendo de su experiencia migratoria)
12. ¿Por qué motivos dejaría este lugar (al que más se siente ligado)?
13. ¿Cuántas personas conoce en este lugar?

14. Las gentes que viven en este lugar ¿forman una comunidad por mentalidad, por tradición, por parentesco o por modo de comportarse?
15. ¿En qué se diferencia el lugar al que se siente más ligado de los otros?
16. En general ¿Está o no de acuerdo con la mentalidad de la gente del lugar?
17. ¿Cuáles son los aspectos negativos o indeseables, positivos o deseables de este lugar?
18. ¿Cuál es su participación en las fiestas locales o en la vida comunitaria del lugar?
19. ¿Existe algún sociolecto particular en el lugar, lo hablan, lo entienden?
20. ¿Cómo juzga a la gente extraña que viene a vivir a este lugar?
21. ¿Considera que la zona a la que se siente ligado es tradicional, moderna o en proceso de modernización? ¿Cuál es su percepción del cambio: económico, social, político, cultural?
22. Si han existido cambios ¿Considera que es bueno y aceptable este hecho? ¿Por qué?
23. Observar hábitos o actitudes modernizantes (presencia de Nuevas Tecnologías de comunicación, automóvil, electrodomésticos, etc.)
24. Preferencia sobre géneros y programas televisivos, radiofónicos, musicales e impresos
25. Práctica religiosa y filiación política del entrevistado
26. Ocupación actual y ocupaciones anteriores
27. Tiene familiares, amigos, conocidos, trabajando fuera de la localidad? ¿Dónde? ¿Qué actividad realizan, por cuánto tiempo emigran? ¿Hay gente que no regresa? ¿Por qué?
28. ¿Considera que la migración es un problema? ¿Es una estrategia de sobrevivencia? ¿Introduce o no cambios en la conducta, en las relaciones familiares y/o comunitarias, en las formas de pensar y comportarse?
29. ¿Considera que las NTC sean un problema? ¿Introducen o no cambios en la conducta, en las relaciones familiares y/o comunitarias, en las formas de pensar y comportarse?

MUESTREO ESTRATIFICADO - ALEATORIO

Como se presume homogeneidad al interior de los seis estratos, seleccionando dos localidades por cada uno, la población muestral quedó conformada por un total de 31 localidades y 32, 551 habitantes. Al obtener el 2 por ciento, tendríamos que aplicar un total de 651 encuestas, las cuales fueron ajustadas según criterios de dispersión de las variables sexo y edad, siguiendo la distribución de la población total por municipio, tamaño de la localidad y grupos quinquenales de edad según sexo (INEGI, Censo de Población 1995, Pp. 364-457). Ajustándonos a estos datos, aplicamos un total de 763 encuestas.

Finalmente, la manera de distribuir las encuestas, considerando además criterios de costo, distancia y tiempo, fue la de asignar cuotas fijas por estrato. Si consideramos los seis grandes estratos conformados a partir de la variable población total, se aplicaron 108 encuestas por estrato. De esta manera evitamos que las localidades más pequeñas (estratos 1,2 y 3) quedasen subrepresentadas, ya que en números relativos las encuestas a ser aplicadas quedaron como se muestra en la siguiente tabla B.1

TABLA B.1 Número de Encuestas por Estrato (absolutos/relativos)

ESTRATO	Población total	No. Encuestas	% Población Total
I	1,195	108	9.03%
II	4,731	108	2.28%
III	5,504	108	1.99%
IV	3,199	108	3.46%
V	8,877	108	1.21%
VI	9,225	108	1.17%

Y al interior de cada estrato, se asignaron cuotas por localidad siguiendo la distribución de la pirámide de edades por sexo para los municipios a los que pertenecen dichas localidades. Tomando como ejemplo el caso de Atlixco, los intervalos de edad en los que el índice de masculinidad es inferior a 100, estos son de 15 años hasta 45 en la mayoría de las localidades ¹ por lo que, la mitad de la muestra debe quedar en estos rango de edad, según se muestra en la tabla B.2

¹ No hay que olvidar que en nuestra investigación la edad mínima quedó establecida en 15 años, debido a que es a esta edad que se inicia el trabajo productivo remunerado en las zonas rurales.

TABLA B.2 Cuotas por Sexo y Edad para cada Estrato de la Muestra

Intervalo de Edad	Hombres	Mujeres	Porcentaje
15 - 20	112	12	22.22 5
21 - 30	16	16	29.62%
31 - 40	15	15	27.22%
Subtotal	43	43	79.06%
40 o más	11	11	20.06%
Total	54	54	100%

El primer estrato, que cuenta con 12 localidades, muchas de ellas sumamente pequeñas, se optó por completar 10 encuestas por localidad (sumando un total de 120 encuestas, en lugar de 108) para balancear la distribución de cuotas por sexo y edad.

Organización del Trabajo de Campo

Partiendo del supuesto de homogeneidad de la población al interior de los estratos, se decidió tomar el 2 por ciento de la población para cada uno, lo que nos da un total de 108 encuestas por estrato, y para ajustarlo al número de hombres y mujeres en los diferentes intervalos de edad (según la pirámide poblacional por grupos quinquenales de edad), se decidió ampliar el número de encuestas a 112 para equilibrar las cuotas por sexo y edad, quedando distribuidas de la manera siguiente:

TABLA B.3 Conformación del Estrato V

No. Localidad	Nombre	Población Total	Muestra
69 - 014	Sn. Diego el Organal	2,019	28
69 - 025	Tezoteopan Bonilla	2,280	28
188 - 002	S. Antonio Alpanocan	2,372	28
188 - 006	Magdalena Yancuitlalpan	2,206	28
	Total	8,877	112

TABLA B.4 Distribución de la muestra por cuotas (sexo y edad) en cada Localidad

Intervalo de Edad	Hombres	Mujeres	Total
15 - 20	3	3	6
21 - 30	4	4	8
31 - 40	4	4	8
40 o más	3	3	6
Total	14	14	28

TABLA B.5 Conformación del Estrato VI

No. Localidad	Nombre	Población Total	Muestra
22 - 003	Sn. Juan Amecac	3,619	36
22 - 004	Sn. Juan Tejupa	2,542	36
69 - 003	cacaloxúchitl	3,064	36
	Total	9,225	108

TABLA B.6 Conformación del Estrato Misceláneo

No. Localidad	Nombre	Población Total	Muestra
69 - 001	Huaquechula	2,928	36
22 - 004	Sn. Pedro Cuaucó	4,340	36
69 - 003	Tochimilco	3,265	36
	Total	10,533	108

TABLA B.7 Distribución de la muestra por cuotas (sexo y edad) en cada Localidad de los estratos VI y Misceláneo

Intervalo de Edad	Hombres	Mujeres	Total
15 - 20	4	4	8
21 - 30	5	5	10
31 - 40	5	5	10
40 o más	4	4	8
Total	18	18	36

TABLA B.8 Conformación del Estrato IV

No. Localidad	Nombre	Población Total	Muestra
19 - 060	Sn. Félix Hidalgo	1,524	54
19 - 0082	Sta. L. Cosamaloapan	1,595	54
	Total	3,119	108

TABLA B.9 Distribución de la muestra por cuotas (sexo y edad) en cada Localidad

Intervalo de Edad	Hombres	Mujeres	Total
15 - 20	6	6	12
21 - 30	8	8	16
31 - 40	8	8	16
40 o más	5	5	10
Total	27	27	54

TABLA B.10 Conformación del Estrato III

No. Localidad	Nombre	Población Total	Muestra
188 - 007	Sn. Miguel Tecuanipa	1,228	28
188 - 003	Sta. C. Cuatomatitla	1,439	28
176 - 005	Sn. Pedro Atlixco	1,486	28
188 - 010	Sn. Lucas Tulcingo	1,251	28
	Total	5,404	112

TABLA B.11 Distribución de la muestra por cuotas (sexo y edad) en cada Localidad

Intervalo de Edad	Hombres	Mujeres	Total
15 - 20	3	3	6
21 - 30	4	4	8
31 - 40	4	4	8
40 o más	3	3	6
Total	14	14	28

TABLA B.12 Conformación del Estrato II

No. Localidad	Nombre	Población Total	Muestra
69 - 021	Santiago Tetla	749	18
19 - 0033	Sn. Agustín Huixtla	877	18
19 - 0064	Sn. Jerónimo Caleras	706	18
22 - 007	Sn. Pedro Izhuatpec	840	18
69 - 016	Sn. Juan Vallarta	930	18
69 - 008	Mártir Cuauhtémoc	629	18
	Total	9,225	108

TABLA B.13 Distribución de la muestra por cuotas (sexo y edad) en cada Localidad

Intervalo de Edad	Hombres	Mujeres	Total
15 – 20	2	2	4
21 – 30	3	3	6
31 – 40	2	2	4
40 o más	2	2	4
Total	9	9	18

Por último, dada la enorme dispersión de la población en el primer estrato, y ya que se conforma de 12 localidades, se ajustó el número de encuestas a 10 por localidad, quedando distribuidas de la manera siguiente:

TABLA B.14 Conformación del Estrato I

No. Localidad	Nombre	Población Total	Muestra
69 – 011	El Paraíso	82	10
19 – 0089	Texiquémel	138	10
19 – 100	Zapotitlán (4 Laureles)	33	6
19 – 134	Est. Los Molinos	23	6
19 – 044	Mártir de Chinameca	201	16
19 – 158	H. de Jesús 1ª. Secc	14	4
19 – 047	El Chamorro	31	6
19 – 142	Lagunillas	12	4
19 – 117	El Recreo (Xonaca)	135	12
69 – 004	Champusco	474	24
22 – 022	Lom.Chapultepec	22	4
19 – 175	Los Amigos (Teléfonos)	30	6
	Total	1,195	108

TABLA B.15 Distribución de la muestra por cuotas (sexo y edad) en cada Localidad

Intervalo de Edad	Hombres	Mujeres	Total
15 – 20	1	1	2
21 – 30	2	2	4
31 – 40	1	1	2
40 o más	1	1	2
Total	5	5	10

En este último intervalo fue necesario incluir en la muestra varias de las localidades de reposición, dado que nos encontramos con localidades conformadas por miembros de una misma familia (como El Chamorro y Huertos de Jesús 1ª. Sección) o que no correspondían a una localidad rural (Champusco es una Escuela Técnica Rural). Además, en aquéllas localidades en donde el número de habitantes no permite aplicar 10 encuestas, se respetaría únicamente respetar la cuota por sexo.

TABLA B.16 Localidades de Reposición para el Estrato I

No. Localidad	Nombre	Población Total	Muestra
19 – 218	Sta. Elena Axocopan	71	10
19 – 185	Huexócatl	51	10
69 - 002	Ahuatlán	259	12
19 - 208	Copalillo	22	8
19 - 153	El Novillero	17	4
19 - 0072	Sn.Lorenzo Los Jatúeyes	87	10

Únicamente fue necesario utilizar las tres primeras reposiciones.

TABLA B17 LOCALIDADES QUE INTEGRAN LA MUESTRA SEGÚN ESTRATOS

ESTRATO	No. CASOS	No. Localidad	Nombre	Pob. Total	No. Localidad	Nombre	Pob. Total	TOTAL
1-0-1	23	69-011	El Paraíso	82	69-047	El Chamorro	31	611
1-0-2	30	19-0089	Texiquémel	138	19-142	Lagunillas	12	
1-0-3	26	19-100	Zapotitlán (Laureles)	33	19-117	El Recreo(Xonaca)	135	
1-1-1	6	19-134	Est. Los Molinos	23	69-004	Champusco	474	
1-1-2	17	19-0044	Mártir de Chinameca	201	22-022	Lom. Chapultepec	22	
1-1-3	18	19-158	H. de Jesús 1a.Sec	14	19-175	Los Amigos (Teléfos)	30	
Subtot	120	6		491	6			
2-0-1	1	69-021	Santiago Tetla	749			0	4731
2-0-2	7	19-0033	Sn A. Hixoxtila	877	69-016	Sn Juan Vallarta	930	
2-0-3	0			0			0	
2-1-1	0			0			0	
2-1-2	13	19-0064	Sn. Jerónimo Caleras	706	69-008	Mártir Cuauhtémoc	629	
2-1-3	1	22-007	Sn. Pedro Izhuatpec	840			0	
Subtot	22	4		3172	2		1559	
3-0-1	0							5404
3-0-2	0							
3-0-3	0							
3-1-1	0							
3-1-2	9	188-007	Sn. Miguel Tecuanipa	1228	176-005	Sn. Pedro Atlixco	1486	
3-1-3	2	188-003	Sta. C. Cuatomatitla	1439	188-010	Sn. Lucas Tulcingo	1251	
Subtot	11	2		2667	2		2737	

TABLA No. 1 LOCALIDADES QUE INTEGRAN LA MUESTRA SEGÚN ESTRATOS (Continuación)

ESTRATO	No. CASOS	No. Localidad	Nombre	Pob. Total	No. Localidad	Nombre	Pob. Total	TOTAL
4-0-1	0							
4-0-2	0							
4-0-3	0							
4-1-1	0							
4-1-2	6	19-0060	Sn. Félix Hidalgo	1524	19-0082	Sta. Lucía Cosamaloapan	1595	
4-1-3	0							
Subtot	6	1		1524	1		1595	3119
5-0-1	0							
5-0-2	1	69-014	Sn. Diego El Organal	2019				
5-0-3	0							
5-1-1	0							
5-1-2	2	69-025	Tezonteopan Bonilla	2280	188-006	M. Yancuitlalpan	2206	
5-1-3	1	188-002	Sn. A. Alpanocan	2372				
Subtot	4	3		6671	1		2206	8877
6-0-1	0							
6-0-2	1	22-003	Sn. Juan Amecac	3619				
6-0-3	0							
6-1-1	0							
6-1-2	4	22-004	Sn. Juan Tejupa	2542	69-003	Cacaloxúchitl	3064	
6-1-3	0							
Subtot	5	2		6161	1		3064	9225
Localidades		18			13		31	31967

EQUIPO DE INVESTIGACIÓN

NOMBRE	ESPECIALIDAD	FUNCIÓN
1. Barrientos Bedolla, José Emilio	Antropología	Encuestador – Trabajo etnográfico en “La Soledad Morelos”
2. Castillo, Horacio	Posgrado Antropología	Coordinador equipo trabajo encuestas
3. Corona Pérez, Verónica	Comunicación	Encuestador
4. Cuautli López, Ana María	Antropología	Encuestador
5. García Contreras, Sofía	Comunicación	Encuestador
6. García Mesa, Adriana	Antropología	Encuestador
7. Gendreau Maurer, Mónica	Posgrado Sociología	* Coordinadora Equipo
8. González Pereyra, Rocio	Posgrado en Economía	Encuestador
9. Gutiérrez Domínguez, Luis Fernando	Antropología	Coordinador equipo trabajo encuestas
10. Ibarra Irigoye, Gustavo	Posgrado Antropología	Encuestador
11. Ibarra Mateos, Marcela	Posgrado Desarrollo Reg.	* Coordinadora Equipo
12. Liñán Pérez, Margarita	Antropología	Encuestador
13. Morales Ibáñez, Francisco	Comunicación	Encuestador
14. Morales Macías, Liliana	Comunicación	Encuestador
15. Rodríguez Vázquez, Ma. Carmen	Antropología	Encuestador
16. Salazar, Gabriel	Antropología	Encuestador – Trabajo etnográfico en “La Magdalena Yancuitalpan”
17. Tapia, Julio César	Posgrado Comunicación	Encuestador
18. Torres Pereda, Ma. Pilar	Antropología	Encuestador
19. Valencia Méndez, Sandra	Antropología	Encuestador
20. Vargas Espinosa, M. Patricia	Antropología	Encuestador – Trabajo etnográfico en “Huaquechula”
21. Vera Flores, Montserrat	Antropología	Encuestador

El equipo conformado por pasantes, licenciados y estudiantes de posgrado en diversas áreas de Ciencias Sociales (Antropología, Sociología, Comunicación y Desarrollo Regional) de las siguientes instituciones: Universidad Nacional Autónoma de México, Universidad Iberoamericana – Golfo Centro, Benemérita Universidad Autónoma de Puebla, Universidad de las Américas – Puebla.

LIBRO DE CODIGOS

Pregunta	Variable	Significado	Código
	1 Sexo	Masculino	1
		Femenino	2
1	2 Municipio en el que nació	Atlixco	1
		Atzizihuacan	2
		Huaquechula	3
		Tlanguismanalco	4
		Tochimilco	5
		D. F./Edo Mex.	6
		Edos vecinos: Tlax, Hgo, Ver, Gro, Oax, Mor	7
		Zona centro (Qro, Mich, Jal)	8
		Zona norte (BCN, BCS)	9
		Zona sur (Chis, Tab, QR, Camp, Yuc)	10
		No respondió	9998
		No sabía	9999
	3. Localidad		
2	4 Tiempo en la localidad	Menos de un año	1
		De uno a tres años	2
		De 3 a 5 años	3
		De 6 a 10 años	4
		De 11 a 15 años	5
		De 16 a 30 años	6
		Más de 30 años	7
3	5 Edad	De 15-20 años	1
		De 21-30 años	2
		De 31-40 años	3
		Más de 40	4
4	6 Sabe leer	No	0
		Si	1
	7 Educación formal	Primaria incompleta	1
		Primaria completa	2
		Secundaria incompleta	3
		Secundaria completa	4
		Preparatoria incompleta	5
		Preparatoria completa	6
		Universidad incompleta	7
		Universidad completa	8
		Ninguna de las anteriores	9
	Educación no formal		
	8 Habla lengua indígena	No	0
		Si	1
		No respondió	9998
		No sabía	9999
	9.-Aprendizaje de oficio	No	0
		Si	1
		No respondió	9998
		No sabía	9999

Pregunta	Variable	Significado	Continuación...
			Código
	10.-Adiestramiento técnico	No	0
		Si	1
		No respondió	9998
		No sabía	9999
	11.-Otro	No	0
		Si	1
		No respondió	9998
		No sabía	9999
5	12 Principal ocupación	Sector primario	10
		Campeño	11
		Jornalero	12
		Mediero	13
		Sector secundario	20
		Sector terciario	30
		Labores del hogar	4
		No respondió	9998
		No sabía	9999
6	13 Dónde trabaja	Atlixco	1
		Atzizihuacan	2
		Huaquechula	3
		Tanguismanalco	4
		Tochimilco	5
		D. F./Edo Mex.	6
		Edos vecinos: Tlax, Hgo, Ver, Gro, Oax, Mor	7
		Zona centro (Gro, Mich, Jal)	8
		Zona norte (BCN,BCS)	9
		Zona sur (Chi, Tab, QR, Camp, Mer)	10
		No respondió	9998
		No sabía	9999
7	14 Dónde nació su papá	Misma localidad en la que nació el entrevistado	1
		Municipio de la región (Atlixco, Atzi, Huaq, Tiang, Toch)	2
		D. F./Edo Mex.	3
		Edos vecinos: Tlax, Hgo, Ver, Gro, Oax, Mor	4
		Zona centro (Gro, Mich, Jal)	5
		Zona norte (BCN,BCS)	6
		Zona sur (Chi, Tab, QR, Camp, Mer)	7
		No respondió	9998
		No sabía	9999
	15 Dónde nació su mamá	Misma localidad en la que nació el entrevistado	1
		Municipio de la región (Atlixco, Atzi, Huaq, Tiang, Toch)	2
		D. F./Edo Mex.	3
		Edos vecinos: Tlax, Hgo, Ver, Gro, Oax, Mor	4
		Zona centro (Gro, Mich, Jal)	5
		Zona norte (BCN,BCS)	6
		Zona sur (Chi, Tab, QR, Camp, Mer)	7
		No respondió	9998
		No sabía	9999

Pregunta	Variable	Significado	Continuación...
			Código
8	16 Ocupación del padre	Sector primario	10
		Campeño	11
		Jornalero	12
		Mediero	13
		Sector secundario	20
		Sector terciario	30
		Ninguno	4
		No respondió	9998
		No sabía	9999
	17 Ocupación de la madre	Sector primario	10
		Campeña	11
		Jornalera	12
		Mediera	13
		Sector secundario	20
		Sector terciario	30
		Labores del hogar	4
		No respondió	9998
		No sabía	9999
9	18 Estado civil	Soltero	1
		Casado	2
		Separado	3
		Divorciado	4
		Viudo	5
		Unión libre	6
10	19 Ha vivido en otro lugar	No	0
		Si	1
	LUGAR 1-LUGAR 7 (20-54)		
	20 Ubicación	Atlixco	1
		Atzizihuacan	2
		Huaquechula	3
		Tlanguismanalco	4
		Tochimilco	5
		D. F./Edo Mex.	6
		Edos vecinos: Tlax, Hgo, Ver, Gro, Oax, Mor	7
		Zona centro (Qro, Mich, Jal)	8
		Zona norte (BCN, BCS)	9
		Zona sur (Chi, Tab, QR, Camp, Mer)	10
		Los Angeles	11
		Otro	12
	21.-País	México	1
		Estados Unidos	2
		Centroamérica	3
		América Latina	4
	22 Tiempo	Menos de 1 año	1
		1-2 años	2
		2-4 años	3
		Más de 4 años	4
	23 Con quién se mudó	Familia nuclear (padres, hijos, conyuges, hermanos)	1
		Familia extensa (combinaciones)	2
		Otros	3

Pregunta	Variable	Significado	Continuación...
			Código
	24 Motivos	Trabajo	1
		Estudio	2
		Familiares	3
		Otro	4
		No respondió	9998
		No sabía	9999
11	55 Abandono por estudio	Malo	1
		Indiferente	2
		Bueno	3
	56 Abandono por trabajo	Malo	1
		Indiferente	2
		Bueno	3
	57 Abandono por familia	Malo	1
		Indiferente	2
		Bueno	3
	58 Otras razones	Malo	1
		Indiferente	2
		Bueno	3
	EL ABANDONO DEL LUGAR DE ORIGEN		
12	59 Crea problemas de adaptación	En desacuerdo	1
		Indiferente	2
		De acuerdo	3
	60 Permite tener mas conocimientos y amigos	En desacuerdo	1
		Indiferente	2
		De acuerdo	3
	61 Es el camino para mejorar	En desacuerdo	1
		Indiferente	2
		De acuerdo	3
	62 Ayuda a que las personas se valgan por si mismas	En desacuerdo	1
		Indiferente	2
		De acuerdo	3
	63 Se olvida uno de la familia	En desacuerdo	1
		Indiferente	2
		De acuerdo	3
	64 Se van los mas trabajadores	En desacuerdo	1
		Indiferente	2
		De acuerdo	3
	65 Otro	En desacuerdo	1
		Indiferente	2
		De acuerdo	3
	66 Significado de irse del lugar de origen	Una necesidad	1
		Ambas	2
		Una elección	3

			Continuación...
Pregunta	Variable	Significado	Código
13	67 Lugar en el que le gustaría vivir	Misma localidad en la que vive	1
		Municipio de la región (Atlixco, Atzizi, Huaq, Tiang, Toch)	2
		Atlixco (ciudad)	3
		Puebla (ciudad)	4
		D.F.	5
		Zona centro	6
		Zona sur	7
		Zona norte	8
		Otro	9
		Extranjero	10
		Ninguna	11
		No respondió	9998
		No sabía	9999
	68 Por qué	Trabajo	1
		Familia	2
		Paisaje	3
		Otro	4
		Otro	5
		Otro	6
		No conoce otro lugar	7
14	69 Otras partes de México	No	0
		Si	1
	70 Norte de México	No	0
	71 Ha visitado el sur de Mex	Sólo de paso	1
	72 Ha visitado edos vecinos	Visitas breves	2
	73 Ha visitado otros edos.	Visitas largas o repetidas	3
	74 Ha visitado el extran]	No	0
		Si	1
	LUGAR 1-LUGAR 4 (75-90)		
	75 Ciudad	Nueva York	1
		Nueva Jersey	2
Los Angeles		3	
Chicago		4	
Boston		5	
Otro		6	
76 País	Estados Unidos	1	
	América Central	2	
	América Latina	3	
	Otro	4	
77 Motivos	Trabajo	1	
	Visita	2	
	Estudios	3	
	Familiares	4	
	Otro	5	
78 Número de veces	1 vez	1	
	2-3 veces	2	
	4-5 veces	3	
	5 ó más	4	

Pregunta	Variable	Significado	Continuación...
			Código
16	91 Estancia más larga	1-6 meses	1
		6-12 meses	2
		1-2 años	3
		2-4 años	4
		5 ó más años	5
17	92 Lugar más ligado (1er lugar) 93 Lugar más ligado (2do. lugar) 94 Lugar menos ligado (1)	Ninguno	0
		Barrio	1
		Pueblo	2
		Todo el municipio	3
		Todo el valle	4
		Edo de Puebla	5
		México como país	6
		América Latina	7
		Estados Unidos	8
		Mundo entero	9
		Otro	10
18 A	95 ESTUDIO O TRABAJO		
		SALIDAS POR	
		No	0
		Si	1
		96Otras poblaciones	0
		97 Mpos. vecinos	1
		98 En Atlixco	2
		99 Puebla	3
		100 A otros mpos. del estado	4
		101 Al D.F	
		102 A otros estados	
18B	103 VISITA A PARIENTES	No	0
		Si	1
		104 Otras poblaciones	0
		105 Mpos. vecinos	1
		106 En Atlixco	2
		107 Puebla	3
		108 A otros mpos. del estado	4
		109 Al D.F	
		110 A otros estados	
18 C	111 DE COMPRAS	No	0
		Si	1
		112 En otras poblaciones	0
		113 Mpos. vecinos	1
		114 En Atlixco	2
		115 Puebla	3
		116 A otros mpos. del estado	4
		117 Al D.F	
		118 A otros estados	

Pregunta	Variable	Significado	Continuación...
			Código
19	Lugares más importantes		
	119 -122 Lugar 1-Lugar 4	Su propia localidad	1
		Otra localidad de su municipio	2
		Atlixco (ciudad)	3
		Otro municipio de la región (Atlixco, Tianguis, Toch, etc)	4
		Puebla (ciudad)	5
		D.F	6
		Otro	
		Ninguno	7
		No respondió	9998
		No sabía	9999
20	123 Motivos de importancia	Económicos	1
		Familiares	2
		Religiosos	3
		Políticos	4
21	124 Tiempo libre	Con nadie	1
		Con un amigo/amiga	2
		Con un grupo de amigos	3
		Con un grupo (deportivo..)	4
22	Donde habitan amigos		
	125-127 Amigo 1-Amigo 3	En la misma calle	1
		En el barrio donde vive	2
		En el mismo pueblo/ciudad	3
		Mpos cercanos	4
		En Puebla	5
		En el D.F.	6
		En otros estados del país	7
		En el extranjero	8
23	128 Noticia locales 1	Políticas-Economicas	1
	129 Noticia local 2	Sociales	2
	130 Noticia nacional 1	Religiosas-Culturales	3
	131 Noticia nacional 2		
	132 Noticia internacional 1		
	133 Noticia internacional 2		
24	134 Dónde se enteró de las locales	Revistas	1
	135 Dónde se enteró de las nacionales	Periódicos	2
	136 Dónde se enteró de las internacionales	Radio	3
		Televisión	4
		Cine	5
		Familia	6
		Compañeros de trabajo	7
		Amigos	8
		Iglesia	9
		Escuela	10
		Otro	11
		Impresos/radio/Tv	12
		Interpersonal	13
		Incluye 12 y 13	14

Pregunta	Variable	Significado	Continuación...
			Código
25	APARATOS CON LOS QUE CUENTA		
	137 Radio	No	0
		Si	1
	138 Grabadora	No	0
		Si	1
	139 Televisión	No	0
		Si	1
	140 Video	No	0
		Si	1
	141 Otro	No	0
		Si	1
	142 Escucha radio	No	0
		Si	1
26	143 Género, programa radio 1	Noticias	1
		Musicales	2
		Discusión	3
		Deportes	4
		Otro	5
	144 Tipo de estación	Estatad	1
		Nacional	2
		Extranjera	3
	145 Género, programa radio 2	Noticias	1
		Musical	2
		Discusión	3
		Deportes	4
	146 Tipo de estación	Estatad	1
		Nacional	2
		Extranjera	3
	147 Género programa radio 3	Noticias	1
		Musical	2
		Discusión	3
		Deportes	4
	148 Tipo de estación	Estatad	1
		Nacional	2
		Extranjera	3
	149 Ve televisión	No	0
		Si	1
	150 (Género) Programa 1	Noticias	1
		Telenovelas	2
		Deportes	3
		Películas	4
		Nota roja	5
		Concursos	6
		Series	7
		Caricaturas	8
		Discusión	9
		Otro	10

Pregunta	Variable	Significado	Continuación...
			Código
	151 Canal	Estatad	1
		Nacional	2
		Extranjero	3
	152 (Género) Programa 2	Noticias	1
		Telenovelas	2
		Deportes	3
		Películas	4
		Nota roja	5
		Concursos	6
		Series	7
		Caricaturas	8
		Discusión	9
		Otro	10
	153 Canal	Estatad	1
		Nacional	2
		Extranjero	3
	154 Programa 3	Noticias	1
		Telenovelas	2
		Deportes	3
		Películas	4
		Nota roja	5
		Concursos	6
		Series	7
		Caricaturas	8
		Discusión	9
		Otro	10
	155 Canal	Estatad	1
		Nacional	2
		Extranjero	3
28			
	156 Música que más le gusta	Tropical	1
	157 Música que más le gusta	Norteña	2
	158 Música que más le gusta	Ranchera	3
		Rock en inglés	4
		Rock en español	5
		Instrumental	6
		Otra	7
	159 Película favorita 1	Mexicana	10
	160 Película favorita 2	Extranjera	20
	161 Película favorita 3		
30	162 Territorio al que se sienta muy ligado	Misma localidad en la que vive	1
		Municipio de la región (Atlixco, Atzizi, Huaq, Tiang, Toch)	2
		Atlixco (ciudad)	3
		Puebla (ciudad)	4
		D.F.	5
		Zona centro	6
		Zona sur	7
		Zona norte	8
		Otro	9
		Extranjero	10
		Ninguna	11

Pregunta	Variable	Significado	Continuación...
			Código
A	163 Descripción		
B	164 Otros nombres		
C	165 Conoce los límites del lugar	No	0
		Mencionó 1-2 lugares	1
		Mencionó de 3-4 lugares	2
		Mencionó 4 ó más lugares	3
31	166 Tamaño del lugar	No	0
		De manera precisa	1
		De manera imprecisa	2
32	167-173 Sitio importante (1-5)	Misma localidad en la que vive	10
		Sitios religiosos (iglesias, conventos, panteones)	11
		Mercados y ferias	12
		Otros edificios	13
		Sitios naturales (cerros, ríos, presas)	14
		Mpo de la región (Atlixco, Huaq, Atz, Tiang, Toch)	20
		Sitios religiosos (iglesias, conventos, panteones)	21
		Mercados y ferias	22
		Otros edificios	23
		Sitios naturales (cerros, ríos, presas)	24
		Puebla (ciudad)	40
		Popocatepetl	50
		Cerro de San Miguel	60
33	MOTIVOS DE ABANDONO		
	174 Para buscar trabajo o mejor salario	Suficiente	1
		Insuficiente	2
	175 Para tener mejor vivienda	Suficiente	1
		Insuficiente	2
	176 Para tener servicios	Suficiente	1
		Insuficiente	2
	177 Para conocer lugares o personas diferentes	Suficiente	1
		Insuficiente	2
	178 Para estar cerca de familiares	Suficiente	1
		Insuficiente	2
		No sabía	9999
	179 Para que sus hijos puedan estudiar	Suficiente	1
		Insuficiente	2
	180 Otro	Suficiente	1
		Insuficiente	2

Pregunta	Variable	Significado	Continuación...
			Código
34	181 En qué lugar extrañaría Familia		1
	182 Amigos		2
	183 Clima		3
	184 Paisaje		4
	185 Fiestas y tradiciones		5
	186 Pueblo o ciudad		6
	187 Otro		
35	188 Ubicación de su casa y lugar al que está más ligado	En el centro	1
		En una parte no central	2
		En los límites de la zona o lugar	3
		Fuera de la zona o lugar	4
	MOTIVOS DE ESTAR LIGADO		
	189 Porque aquí nació	Muy importante	1
	190 Porque aquí vive su familia	Poco importante	2
	191 Porque aquí nacieron sus hijos	No es importante	3
	192 Porque aquí trabaja	No respondió	9998
	193 Porque aquí está su casa o propiedad	No sabía	9999
	194 Porque tiene amigos y todos lo conocen		
	195 Porque comparte ideas y costumbres		
	196 Porque tiene lo necesario para vivir		
	197 Otro		
37	198-202 5 hechos importantes	Económico	1
		Político	2
		Social	3
		Cultural	4
		Religioso	5
		Otro	6
		No respondió	9998
		No sabía	9999
38	203 Como es la gente de la comunidad	Unida y trabaja por el pueblo	1
		Sólo algunos trabajan por el pueblo	2
		Son desunidos	3
39	DIFERENCIAS ENTRE VECINOS		
	204 Ideas y forma de ser de las personas	Gran diferencia	1
	205 Agricultura, artesanías comercio	Poca diferencia	2
	206 Escuelas, servicio médico	No hay diferencia	3
	207 Personas más prósperas	No respondió	9998
	208 Partido político	No sabía	9999
	209 Fiestas y tradiciones		
	210 Otro		
40	211 Participa en fiestas	Si, casi siempre	1
		Sólo a veces	2
		Nunca	3

Pregunta	Variable	Significado	Continuación...
			Código
41	PROBLEMAS DEL LUGAR		
	212 Problema 1	Económico	1
	213 Problema 2	Político	2
	214 Problema 3	Social	3
		Cultural	4
		Religioso	5
		Otro	6
		No respondió	9998
		No sabía	9999
	ASOCIACIONES EN LAS QUE PARTICIPA		
	215 Culturales	Miembro activo	1
	216 Deportivo/recreativo	Interesado	2
	217 Religioso/Asistencial	No interesado	3
	218 Escolar/vecinal		
	219 Sindicato		
	220 Mayordomías y cargos		
	221 Partidos políticos		
	222 Otro		
43	223 Cambios en la localidad	No	0
		Si	1
		No respondió	9998
		No sabía	9999
44	224 Cuando se dieron los cambios	En los últimos diez años	1
		En los últimos 20	2
		En los últimos 30 o 40 años	3
		En los últimos 50 años	4
		No respondió	9998
		No sabía	9999
45	En donde ha habido cambios		
	225 Plano económico	De acuerdo	1
	226 Político	Indiferente	2
	227 Moral	Desacuerdo	3
	228 Familia	No respondió	9998
	229 Tradiciones	No sabía	9999
	230 Vida religiosa		
	231 Infraestructura		
	232 Otro		
46	233 Asistencia a la iglesia	Nunca	0
		Sólo a fiestas (navidad)	1
		Sólo a celebraciones	2
		Siempre a celebraciones y fiestas	3
		No respondió	9998
		No sabía	9999
47	Celebración (234-243)		
	234 Tipo	Religiosa	1
		Social	2
		Civil	3
		Ninguna	4
		No respondió	9998
		No sabía	9999

Pregunta	Variable	Significado	Continuación...
			Código
47	235 Lugar	Misma localidad	1
		Localidades vecinas	2
		Municipio de la región	3
		Atlixco (ciudad)	4
		Puebla (ciudad)	5
		México	6
		Estados colindantes	7
		Otro	8
		No respondió	9998
		No sabía	9999
48	244 A cuántas personas conoce	Sólo a muy pocas	1
		A mucho menos de la mitad	2
		Más o menos a la mitad	3
		A más de la mitad	4
		A casi todas	5
49	245 Hoy no se puede confiar en nadie	Desacuerdo	1
		Indiferente	2
		Acuerdo	3
	246La obediencia y disciplina	De acuerdo	1
		Indiferente	2
		Desacuerdo	3
	247 Está bien ocuparse de...	De acuerdo	1
		Indiferente	2
		Desacuerdo	3
	248 Los políticos se pasan...	De acuerdo	1
		Indiferente	2
		Desacuerdo	3
	249 Resulta tonto extrañar...	De acuerdo	1
		Indiferente	2
		Desacuerdo	3
	250 Los problemas de la fam..	De acuerdo	1
		Indiferente	2
		Desacuerdo	3
	251 Unicamente deben....	De acuerdo	1
		Indiferente	2
		Desacuerdo	3
	252 Hay que comportarse...	De acuerdo	1
		Indiferente	2
		Desacuerdo	3
50	253 Que venga gente de fuera	Totalmente malo	1
		Ni bueno ni malo	2
		Totalmente bueno	3
51	254 Se pierde la costumbre	De acuerdo	1
		Indiferente	2
		Desacuerdo	3
	255 Acarrea desordenes...	De acuerdo	1
		Indiferente	2
		Desacuerdo	3

Pregunta	Variable	Significado	Continuación...
			Código
	256 Permite conocer...	De acuerdo	1
		Indiferente	2
		Desacuerdo	3
	257 Quita puestos de	De acuerdo	1
		Indiferente	2
		Desacuerdo	3
	258 Quita espacio a....	De acuerdo	1
		Indiferente	2
		Desacuerdo	3
	259 Trae otras formas....	De acuerdo	1
		Indiferente	2
		Desacuerdo	3
	260 Otro	De acuerdo	1
		Indiferente	2
		Desacuerdo	3
52	261 Es de su propiedad	No	0
		Si	1
	262 Es propietario de tierra de cultivo	No	0
		Si	1
	263 Régimen de propiedad	Ejido	1
		Pequeña propiedad	2
		Mediero	3
		Otro	4
		No respondió	9998
		No sabía	9999
	264 Tamaño de propiedad	Menos de 1,000	1
		Más de 1,0000	2
		No respondió	9998
		No sabía	9999
	265 Ubicación de propiedad	Dividida	1
		En un pedazo	2
		No respondió	9998
		No sabía	9999
	266 En que municipio	En el que vive	1
		Municipio de la región	2
		Otro municipio del estado	3
		No respondió	9998
		No sabía	9999
	267 Agua para riego	No	0
		Si	1
		No respondió	9998
		No sabía	9999

Pregunta	Variable	Significado	Continuación...
			Código
55	268 Cuántos conviven en familia	Ninguno	1
		Familia nuclear	2
		Familia extensa	3
	Caract. de familiares (269-301)		
	269 Sexo	Femenino	1
		Masculino	2
	270 Edad	De 0-5 años	1
		De 6-10 años	2
		10-15 años	3
		De 15-30 años	4
		De 30-45 años	5
		De 45-60 años	6
		Más de 60	7
	271 Parentesco	Esposo	1
		Esposa	2
		Hijo	3
		Hija	4
		Hermano/a	5
		Padre	6
		Madre	7
		Familiar extenso (mujer)	9
		Familiar extenso (hombre)	10
		No respondió	9998
		No sabía	9999
55	302 Familia en el extranjero	No	0
		Si	1
	Descrip de fam (303-327)		
	303 Sexo	Masculino	1
		Femenino	2
		No respondió	9998
		No sabía	9999
	304 Edad	De 0-5 años	1
		De 6-10 años	2
		10-15 años	3
		De 15-30 años	4
		De 30-45 años	5
		De 45-60 años	6
		Más de 60	7
		No respondió	9998
	305 Parentesco	No sabía	9999
		Esposo	1
		Esposa	2
		Hijo	3
		Hija	4
		Hermano/a	5
		Padre	6
		Madre	7
		Familiar extenso (mujer)	9
		Familiar extenso (hombre)	10
		No respondió	9998
		No sabía	9999

Pregunta	Variable	Significado	Continuación...
			Código
	306 Ciudad	Nueva York	1
		Nueva Jersey	2
		Los Angeles	3
		Chicago	4
		Boston	5
		Otra	6
		No respondió	9998
		No sabía	9999
	307 País	Estados Unidos	1
		Centro América	2
		América Latina	3
		Otro	4
		No respondió	9998
		No sabía	9999
57	328 Mantiene comunicación	No	0
		Si	1
	Tipo de contacto		
	329	Carta	1
		Teléfono	2
		Visitas	3
		Dinero	4
		Mensajero	5
		Teléfono y visitas	6
		Teléfono y dinero	7
		Teléfono y mensajes	8
		Carta y visitas	9
		Carta y dinero	10
		Carta y mensajes	11
		Otra combinación	12
	342 Compañeros que regresan	No	0
		Si	1
	342 Otro	No	0
		Si	1